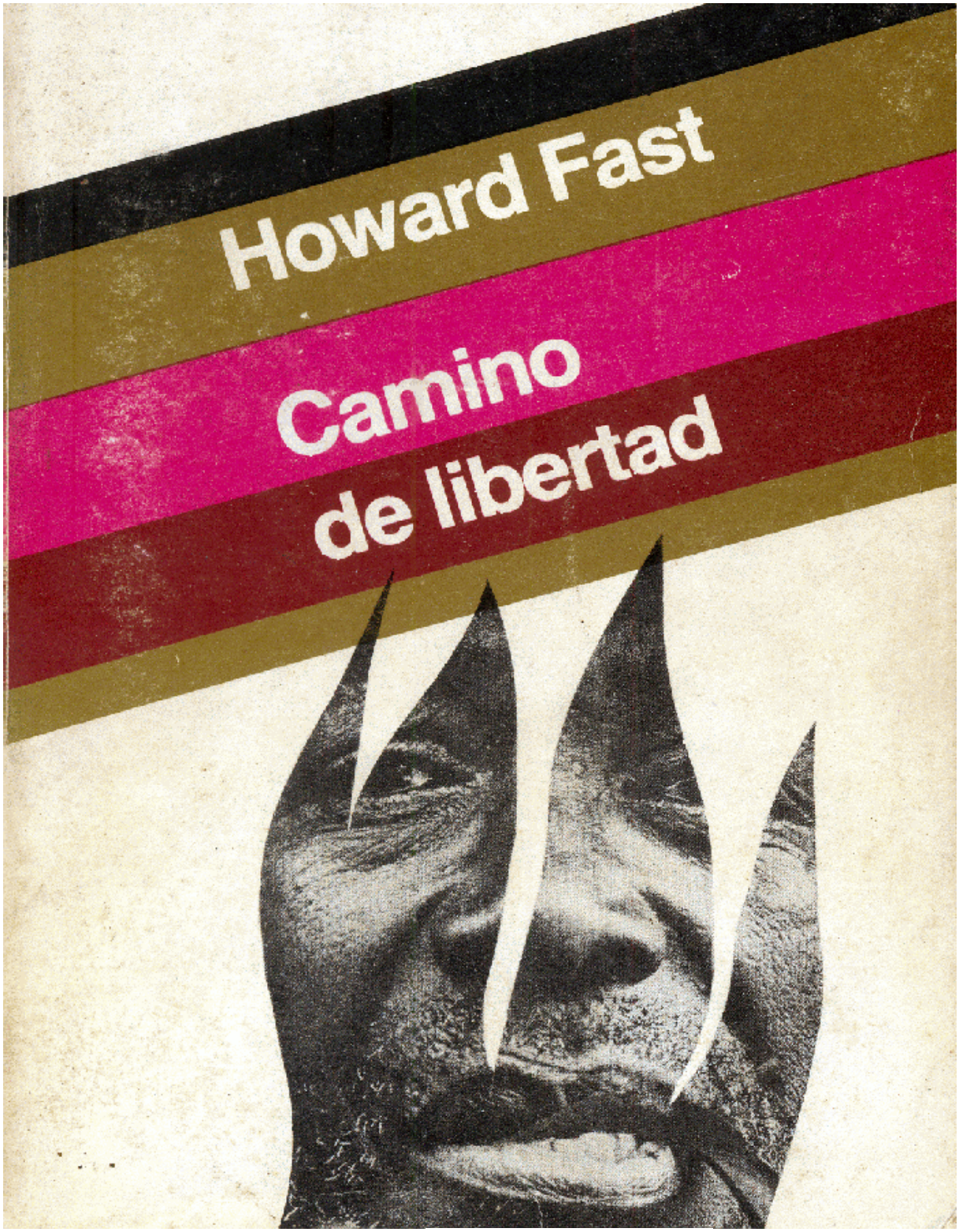
CAMINO DE LIBERTAD
HOWARD FAST



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

La guerra había terminado -la larga y sangrienta guerra que fue, en su tiempo, la más grande guerra popular que el mundo hubiese conocido-y los hombres de uniformes azules retornaban a sus hogares. Los de uniforme gris, aturdidos y heridos, paseaban la mirada en torno, contemplando sus propiedades asoladas y perdidas, y veían qué era en verdad la guerra.

En Appomatox, el general Lee depuso sus armas y entonces todo terminó. Y en el cálido Sur cuatro millones de negros acababan de pasar de la condición de esclavos a la de ciudadanos libres. Libertad pagada con jirones de carne dejados en los campos de batalla; ¡preciosa libertad! Para el hombre libre son suyos el ayer y el mañana: cuando el hambre le acose no tendrá un amo que atienda a su sustento, mas tampoco sentirá en sus espaldas los aguijonazos de la mirada feroz y recelosa del capataz, no oirá sus gritos airados, ni sufrirá sus azotes al alargar el paso a la vista de un camino de liberación. Doscientos mil negros eran soldados de la República al cesar la lucha, y muchos de ellos regresaron a sus chozas con el fusil al hombro.

Gideon Jackson estaba entre ellos. Alto y fornido, y cansado, con un desvaído uniforme azul, Gideon Jackson volvía a los campos de Carolina, a la plantación de los Carwell, adonde perteneciera. La casa solariega de los Carwell, casona blanca coronando un collado, se erguía adusta, tal como la recordaba Gideon, intacta aún, pero con sus jardines convertidos en zarzales y los campos labrantíos en páramos. Los flamantes ciudadanos libres volvían a ocupar antiguas cabañas de sus tiempos de esclavos, junto con aquellos de su misma raza que no habían hecho la guerra.

La afluencia de liberados a Carwell fue creciendo con el andar de los meses; procedían de las frías comarcas del Norte, hacia donde habían huido en busca de libertad, de las filas del Ejército Unionista, de cuevas en la espesura de los bosques y .de las orillas de los solitarios pantanos esparcidos en los lóbregos tembladerales de la costa. Retomaban el hilo de su antiguo modo de vivir, dominados por el profundo asombro de ser libres.

PRIMERA PARTE
LA VOTACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

GIDEON JACKSON VUELVE A SU HOGAR DESPUÉS DE LAS ELECCIONES

Los cuervos despertaron temprano a Raquel aquella destemplada mañana de noviembre. Arrebujada en la raída cobija, en tanto su hijita Jenny le abrigaba el pecho con su cuerpecito, Raquel escuchaba el grajear de aquellos pajarracos. El graznido procedía de lejos, cro, cro, cro, monocorde y lúgubre, aunque no lo era tanto para ella, acostumbrada como estaba a oírlo todas las mañanas al alba. Fuera bueno o malo el amanecer, tanto se les daba a los cuervos.

Sin despegarse del cuerpo de la madre, la niña se movió para tomar una posición más cómoda, llevándose consigo el punto abrigado que formaba su cuerpo en el de la madre; y Raquel le murmuró, cariñosa:

-Quieta hijita, quieta; escucha los cuervos... escucha. Pero el día avanza, es imposible detenerlo. El jergón crujía perezosamente, invitando a demorarse un rato más en la cama esa mañana, pero no bien el sol se hubo abierto paso entre la niebla, introdujo sus rayos por las hendijas que formaban las tablas alabeadas de la puerta de la choza. Jeff, tras un primer desperezo, hizo retumbar el piso con sus talones desnudos; Jenny despertó de pronto, y al levantar su lanuda cabecita; dio paso al aire frío entre ella y su madre. A Marcus se le dio esa mañana por hacer ruidos raros, algo entre ronquidos y bostezos, v Jeff, irritado, la emprendió con el a codazos, para terminar ambos rodando por el piso, trabados en lucha.

Raquel, conociendo todos esos ruidos del despertar, no necesitó abrir los ojos para saber de dónde venían. "¿Por qué habremos de despertar emitiendo ruidos tan raros?", preguntábase, molesta. Con todo, se contuvo unos instantes, con los párpados entornados, antes de incorporarse y saltar de la cama, dispuesta a imponer la paz.

-¡Jeff, quédate quieto!

Había enroscado sus piernas en torno a la cintura de Marcus. Tenía Jeff apenas quince años, pero no le cedía a Gideon en contextura; era un gigante, aun antes de tener conciencia de ser hombre. Pasaba del metro ochenta de talla. Su cutis, moreno chocolate, acercábase más al color de Raquel que al brilloso negro ciruela que caracterizaba a Gideon, de quien había tomado el rostro oval y la armonía de las líneas. Parecía nacido para hacer pecar a las mujeres. Marcus, en los doce años, era huesudo y menudo. Por eso, Raquel reprendía a Jeff:

¡Suelta esas piernas, gandul!

Jenny, la menor de la familia, de siete años, salió corriendo de la choza, como todas las mañanas a esa hora, en busca de aire v luz. El perro le dio los buenos días con ladridos alborozados.

Al incorporarse Jeff, Marcus descargó sobre él una lluvia de puñetazos... pájaro carpintero echando picotazos a un tronco de roble. Jeff era de ánimo sereno, en lo cual se parecía a su padre, pero sin el acero en el corazón que convertía a Gideon en alguien. Jeff tardaba mucho en dejarse dominar por la ira, que cuando estallaba había de ser volcánica; pero, en Gideon hervía una lava eterna.

-¡Salgan de aquí! -les gritó la madre-. ¡Salgan, les digo, vayan afuera!

Les regañaba, pero hacía esfuerzos por contener la risa al mismo tiempo. Menuda de cuerpo como era ella, no alcanzaba a explicarse el milagro de que aquellas masas de carne morena fueran suyas, de sus entrañas, salidas de un saquito, adherido al ombligo por un tenue cordón. Sí, pero su hombre era grande; ¡son hijos de Gideon!, pensaba Raquel con orgullo. Entretanto, arreglaba las cosas en el interior de la choza, llena ya de luz dorada. La puerta volvió a abrirse, de afuera esta vez. Era Jeff, que entraba con carbones encendidos para el hogar, y la cabeza chorreándole agua. Acababa de lavarse en una tina, donde se recogía agua llovida; luego fue Raquel a chapuzar manos y cabeza en el mismo recipiente.

-¡Vamos, a lavarse, pronto! -dijo, llamando a Jenny, una vez que hubo terminado ella.

Jenny le tenía horror al agua; después de repetidos llamados, Raquel la tomó de un brazo y le acercó la cabecita lanuda al agua, tormento que la niña trató de acortar a gritos, como si el agua fría fuese a matarla. El fuego ya crepitaba alegre, cuando Raquel volvió al interior de la cabaña. En un tazón de madera comenzó a verter y mezclar harina, en tanto Jeff avivaba los tizones. El perro no había de desperdiciar la oportunidad de echarse junto a la lumbre. ¡Qué otra cosa puede hacer un perro en una destemplada mañana de noviembre!...

En la época de su mayor esplendor, una década atrás, la plantación de los Carwell cubría una superficie de diez mil hectáreas de buena tierra labrantía, como sabe haberlas en Carolina del Sur. A cien millas de la costa se extendía, sobre un terreno suavemente ondulado, característico de la marca entre la llanura aluvional v las estribaciones de las sierras. Cuando reinaba supremo el algodón, tres fardos eran la cosecha de una hectárea de cultivo, y cuando el algodonero abría sus níveas cápsulas, los campos se convertían en una mar blanca hasta el horizonte.

Dominaba la escena la maciza casa colonial, con veintidós aposentos distribuidos en cuatro pisos. Un amplio pórtico formábale un peristilo como en un templo griego. Se erguía la casona en la cima del collado más alto, casi en el centro geográfico de la plantación. Dos hileras de sauces daban sombra al camino que conducía a ella, mientras una guirnalda de encinas formaba a su alrededor una umbrosa muralla protectora.

Observándola desde las cabañas de los negros, media milla hacia el bajo, acentuábase aún más su parecido a un templo ateniense; y cuando alguna gran nube navegaba el cielo, formándole un fondo blancuzco, ofrecía un espectáculo acaso único en esa latitud del país.

Pero dejemos lo ido. En ese año de 1867, nadie había plantado algodón en las tierras de los Carwell. Corría la voz de que Dudley Carwell vivía en Charleston, mas nadie sabía nada a ciencia cierta. También se decía que los dos hijos de míster Carwell habían muerto en la guerra, que las deudas y la mora en el pago de impuestos habían reducido a la "plantación" a aquel peregrino estado de interregno, común a la sazón, a tantas extensas plantaciones sureñas. Tampoco faltaban quienes afirmaran que la propiedad estaba ya en manos del Gobierno, a lo cual se complacían en añadir que a todo ex esclavo de los Carwell se le darían cuarenta acres de tierra y una mula. Tal clase de rumores corría como reguero de pólvora, aunque nadie acertaba a señalar con exactitud la verdadera naturaleza de las cosas, ni qué iría a suceder. Ciertas veces habían caído allí hombres blancos de la ciudad de Columbia, capital del estado de Carolina del Sur, pero así se habían marchado, sin dejar rastro.

Entretanto, los esclavos liberados seguían viviendo allí su incierta vida. Muchos de ellos, que no habían dejado la finca a través de toda la guerra, sembrando y cosechando año tras año, cuidaban del lugar. Otros, como Gideon, habían partido para unirse a las tropas del Ejército Unionista. Otros, en fin, pusilánimes, habían corrido a refugiarse donde pudiesen. Pero, aun después de la emancipación, muchos se quedaron, no tanto porque temieran el drástico castigo que esperaba a los fugitivos, sino porque no sabían adónde ir. Aquello era su hogar, su tierra, su país; nada podía cambiarlo.

A lo largo de toda una generación, los Carwell habían vivido en Charleston, dejando la colonia al cuidado de capataces. Dudley Carwell había visitado el lugar sólo una vez después del tercer año de guerra, que fuera cuando echó llave a la casa solariega y se llevó consigo a la

servidumbre. El último capataz habíase marchado en el sesenta y cinco, y desde esa fecha los esclavos habían sido dueños y señores aparentes de la colonia. Ya no sembraban algodón; era ésta una cosecha sujeta a comercialización, y ellos ni entendían de mercados ni sabían qué hacer del dinero contante. Cultivaban, en cambio, maíz y, en los terrenos anegadizos, arroz. No dejaban de cultivar verduras y legumbres en las huertas; criaban asimismo cerdos y aves de corral, asegurándose de ese modo el sustento.

Gracias a ello, podemos afirmar que lo pasaban mejor que muchos otros negros emancipados. Por tres veces habían pasado columnas regulares por el lugar y habían limpiado los campos y los graneros, pero, mal o bien, los pobladores se las habían ingeniado para superar los consiguientes períodos de hambruna. La despechada tropa derrotada sólo había matado a cuatro de éstos, de lo que había que alegrarse, pues en otros sitios habitados por esclavos emancipados no les había ido tan bien.

Y a esta altura de los acontecimientos, desde un lugar muy lejano, aquella cosa llamada Congreso, había impartido la orden de que los nuevos ciudadanos fueran a votar. Viviéronse momentos de perplejidad y estupor en las plantaciones, a no dudarlo.

Marcus fue el primero en ver asomar a Gideon, regresando de la votación, circunstancia que no dejaría de recordar después, siempre que se le presentase la ocasión. El y Axel Christ, junto con algunos otros muchachos, iban retozando camino de la casona blanca, y, alcanzando ya la parte alta de la falda, se ofrecían a la vista unas dos millas de un camino tendido contra la lejanía soleada y polvorienta. Aquel camino era una puerta sin umbral. Los viejos decían: "Síguelo derecho y te llevará a Columbia", pero eso era hablar por hablar. Para Marcus y sus amigos, el camino se alejaba, tan sólo... ¿y por qué habría de llevar a sitio alguno?

Cuatro días antes de esto, Gideon y el Hermano Pedro habían llamado a reunión a todos los hombres mayores de veintiún años. Claro que en muchos casos era cuestión de cálculo, pues ¿cómo habían de saber los pobres negros si tenían veinte o veintiuno o veintidós o cuántos? La edad es una cuenta que cambia con los años, y el pobre Hermano Pedro se vio en apuros, teniendo que hurgar en la memoria en busca de circunstancias que le permitieran fijar los nacimientos de tanto puntito negro, y al cabo, a través de la bulla y el parloteo, pudo separar las vacas de los terneros, según él decía. Veintisiete, en total, hubieron de ir a votar.

-¿Y qué es esto de votar?, ¿sabes algo tú? -era la pregunta, muchas veces repetida con que asediaban al pobre Gideon.

Marcus veía muy natural el que se dirigiesen a Gideon para saber alguna cosa. De cuestiones de muerte y Dios, bueno, ahí estaba el Hermano Pedro empapado del asunto, pero en todo lo demás -siembra, enfermedades y muchas otras cosas-, ¿quién mejor asesor que Gideon?

Y ahora regresaban de la votación. A distancia de dos millas, a lo largo del camino polvoriento, marchando a paso lento para esperar a los ancianos rezagados, los había divisado Marcus el primero. Y se había precipitado colina abajo hacia la ranchería.

-¡Ya vienen, ya vienen! ¡Viva!

Los demás muchachos le siguieron en coro. Levantaron una algazara que se oía a la milla, y no hubo en toda la población quien se quedara en el interior de su choza. Querían saber de qué se trataba, y Raquel llegó a pensar en un asesinato, no logrando sacar nada de las palabras inconexas de Marcus, hasta que un par de coscorrones lo sosegaron un tanto.

-¿Pero quién es que viene?

-Pa'.

-¿Gideón? -preguntó María, a lo cual no faltó quien añadiera: "Sea loado el Señor", expresando así el sentir de los más. Era una cosa de misterio, esto del voto, asunto de brujería. Con todos los hombres ausentes, la espera habíase tornado solitaria y angustiosa, y tanto más porque nadie en la colonia sabía a ciencia cierta qué era votar. Las mujeres sentíanse más solidarias y cordiales que de costumbre, y al correr de las horas las conjeturas sobre el misterio del voto habían ido haciéndose más raras y disparatadas.

Ahora, todos con la mano en la frente para resguardar los ojos de los rayos del sol, avizoraban el camino polvoriento. No cabían dudas, volvían los hombres... despacio, cierto... -también, todo lo que han andado los pobres-, pero ahí estaban, de vuelta al fin. Aquellos que sabían contar, contaban... y no parecía que faltara nadie. Ya Raquel puede reconocer al esposo, fornido e imponente como siempre.

La naturaleza había sido pródiga al dotar a Gideon. Contextura de toro, ancho de espaldas, fino de cintura, enjuto de piernas; hombres como él, según el dicho corriente, nada tenían que envidiarle a un toro de verdad; y tenía cerebro además... aunque Gideon no era de aquellos que coleccionan dichos y proverbios. El era él, y por esa misma razón la gente gustaba de consultarle; admitían lo de que era un tanto lento en el andar, así del cuerpo, como del cerebro, pero, llegada la necesidad, sabía como moverse. Cuando captaba la sombra de una idea, la barajaba y escudriñaba lentamente, pero una vez que la veía con claridad, ya nadie lograría empañársela.

Venía delante, y Raquel lo contemplaba: el paso lento y el torso un tanto encorvado le decían todas las millas que había dejado atrás. Llevaba el fusil en la mano, según le habían enseñado en el ejército. Echado al hombro llevaba un bolso, seguramente con alguna cosita para los chicos. A su lado marchaba el Hermano Pedro, alto y enjuto, sin armas, así como cuadra a un siervo de Dios. Les seguían los dos hermanos Jefferson, ambos con el fusil al hombro. Y Hanibal Washington, el pequeño. Luego James, Andrew, Ferdinand, Alexander, Harold, Baxter, Trooper -estos últimos no tenían apellido aún. Ya se les ocurriría la necesidad de ello, y entonces se darían uno; pero un apellido es asunto de merecer cierta consideración, y no todos se conformaban con el primero que les viniese a la mente.

Jeff no tardó en echarse a correr al encuentro de los hombres, seguido por una caravana de ágiles muchachos y muchachas, a la que las mujeres formaban cola. Raquel se quedó atrás; también lo retuvo a Marcus para que le ayudase a sacar agua fresca del pozo... así podría apagarle la sed a su Gideon. No tenía por qué correr al encuentro del marido como una niña alocada; se conocían los sentimientos.

Era calurosa esa tarde de noviembre. Cuando Gideon y los otros alcanzaron, agotados, la ranchería, el sudor les corría por el rostro, marcando surcos lustrosos en la capa de polvo que lo cubría.

Raquel sentíase recompensada por su premura oyendo cómo el agua gorgoteaba en las gargantas sedientas de los viajeros, quienes le tendían sus tazones de madera, pidiendo más y más. Las preguntas les llegaban en ráfagas y de todos los ángulos:

-¿Qué es votar?

- ¿Cómo es que no traen nada? ¿Dónde han dejado lo de la votación?

- ¿No iban a comprar el voto?

-¿No lo compraron y pagaron... y entonces?

-¿Cuántos votos había entre los blancos?

- ¿Son muy grandes los votos?

- ¿Cuántos eran?

Al cabo, el Hermano Pedro gritó exasperado:

-Hermanos, hermanas y chicos, un poco de calma, un poco de silencio, que ya lo sabréis todo.

Los hombres besaron a sus esposas y sus hijos. Gideon, al abrazar a Raquel, lo hizo suave, y cariñosamente. Algunos traían caramelos, que repartían entre todos. Abrieron sus bolsos: para Jenny, traía Gideon una rosa hecha de carranclán, flor bellísima, y tan real que hasta venía perfumada. Las voces se confundían en una Babel negra, pero nadie decía nada sobre aquello de la votación. Los perros, presos de una agitación casi convulsa, se escurrían entre las piernas de los hombres, pues como buenos perros que eran, sentían la necesidad de alguna caricia. Finalmente, el Hermano Pedro, abriendo los brazos en demanda de silencio, se dispuso a hablar. Lo consiguió, en parte: los hombres se acuclillaron; los chicos se echaron

sobre el césped; las mujeres se sentaron en el suelo, o permanecieron de pie formando corros, con los brazos entrelazados.

-El hermano Gideon os explicará -dijo-. Esto del voto es algo parecido a una boda o a un sermón de Navidad; es cosa para todo el mundo. El Gobierno os tiende su fuerte brazo derecho, lo mismo que el ángel Gabriel, y os dice: Manifestad vuestra fe. Es lo que hemos hecho nosotros... Al igual que a otros quinientos negros, y quizá más, el Gobierno nos ha dicho: Designad a vuestro delegado. Y también lo hemos hecho. Gideon será nuestro delegado... Es el electo.

Gideon, ya blanco de todas las miradas, muchas incrédulas, se puso de pie, retardando el movimiento. Raquel leyóle signos de temor en los ojos; nunca se le escapaban los cambios de estado de ánimo ni los impulsos íntimos del marido. ¿Qué era eso de haber sido electo? ¿Qué sería un delegado?

-Fuimos allá y votamos dijo Gideon. No delataba su agitación interior; su voz sonaba suave, pero sin fuerza, pues la mente trataba de ordenar las ideas, que se presentaban contusas y en tropel. El voto... -continuó.

Gideon recordó entonces cómo unos pocos días antes habían llegado a la ciudad para hacer uso del nuevo derecho. Había habido en el propio local de la colonia de Carwell una atmósfera de duda, recelo acaso, sobre el significado verdadero del voto; pero Gideon y el Hermano Pedro habíanse prodigado tratando de explicarlo como "la libre determinación de sus propios destinos". Eran hombres libres y gozaban del privilegio de hacer oír su voz; cuando se tratara de resolver una cuestión en disputa, usarían de esa voz...; eso era votar. Mas tales no pasaban de abstracciones, y las abstracciones no hacían sino añadir perplejidad a la duda. Era cosa de esperar y ver qué saldría de todo ello...

Llegados a la ciudad, Gideon había visto cómo todo hombre adulto, blanco o negro, estaba allí presente. Llena la calle principal, abarrotado el pórtico del Ayuntamiento, multitudes abigarradas por doquier... y todos hablando, a voz en cuello, del acontecimiento del día. Una buena mitad, de blancos y negros, andaban armados de fusil. Una compañía del Ejército Unionista había sido destacada en el lugar para mantener el orden. Gideon había dado gracias a Dios por ello; andaban demasiados fusiles, pensaba, y demasiados bravucones.

Y muchos negros, creídos que el voto eran veinte hectáreas de tierra y una mula para llevarse a sus casas, y muchos que habían acudido en la seguridad de que el voto los haría ricos... y muchos que se miraban las manos vacías, desencantados, al salir a la calle después de depositado el voto en la urna.

A Gideon le correspondería intentar explicar a la concurrencia la impresión que le habían causado, cuando llegó el turno para votar, aquel sucio y derruido interior de la vieja casa del Ayuntamiento, los encargados de la mesa electoral sentados en rueda con gran despliegue de libracos enormes, el pabellón de la Unión sembrado de estrellas formando fondo, la media docena de soldados montando guardia, los cuartos oscuros y las urnas. De cómo se le había dado una papeleta donde se leía: "Por una Convención Constituyente", y debajo, "Contra una Convención Constituyente", y aun más abajo, "Vótese marcando una X en la casilla correspondiente" Y el día entero yanquis y negros habían estado debatiendo por qué todos los negros debían votar por la Convención. Esto no era difícil de comprender; ella traería un mundo nuevo... o algo por el estilo, decían. Mientras Gideon miraba el papel, un miembro de la mesa le dijo con voz de aburrido:

- Por la Convención, o contra. Haga su signo... entre en aquel cuarto... doble la hoja.

Otro leyó en voz alta: "Gideon Jackson". Los hombres alrededor de la mesa comenzaron a hojear las páginas de sus libros, hasta que uno le dijo:

- Firme aquí... o marque una cruz.

Gideon tomó la pluma y dibujó penosamente "Gideon Jackson", con mano temblorosa y amilanado, pero dando gracias a Dios por haber aprendido a firmar y no deber humillarse estampando un simple signo. Luego pasó al cuarto, donde trató de leer el papel antes de doblarlo. Creía saber leer algo, pero palabras tales como "Convención Constituyente", podían

estar en sánscrito para él... Marcó una cruz en la casilla donde decía "Por"; eso lo entendía bien, pero le avergonzó no haberlo podido entender todo, y aquella sensación de frustración tardó mucho en borrársele. Y ahora se dirige a los presentes:

-Llegamos como pobres muchachos..., inocentes e ignorantes. El Hermano Pedro... él rogaba a Dios que lo hiciéramos bien. -Aleluya -exclamaron algunos en voz queda.

-Un yanqui de ésos nos habla -continuó Gideon. Nos trata como rebaño de ovejas..., había como quinientos de nosotros parados allí, inocentes e ignorantes... Un delegado, nombren un delegado", nos dijo... y entregó otros papeles. Habla un negro y en seguida otro negro... y también un blanco. Por fin habló el Hermano Pedro, y dijo: "¡Gideon es el hombre!"

Gideon ya no supo qué agregar. Todos habían comprendido cómo Gideon había llegado a ser delegado, y saborearon por primera vez una sensación de orgullo. Por imperfecta que fuese la idea del cargo, el orgullo no les mentía. El Hermano Pedro tomó luego la palabra y dijo que Gideon habría de ir a Charleston a formar parte de la Convención. Raquel echó a sollozar. Gideon, la mirada clavada en el suelo, castigaba el césped con los pies. Marcus y Jeff echaron el pecho adelante, envanecidos; tendrían que darse aire al menos por una semana.

- Sea loado el Señor concluyó el Hermano Pedro.
- Aleluya -respondieron todos en coro.

Luego se disolvieron en pequeños corros; cada cual tenía su propio relato y sus propias maravillas que contar.

Esa noche, Raquel tuvo de nuevo a Gideon a su lado; tendidos sobre el común jergón de paja, escuchaban la respiración rítmica de los niños; afuera, en el charco, croaban las ranas y, más lejos, gorjeaban los ruiseñores.

-Deja de llorar -le rogó Gideon.

- Tengo miedo.
- ¿Miedo?... ¿Miedo de qué?
- Te fuiste, y yo sufría.
- Pero ahora estoy aquí.

-Sí, pero te vas a ir... a Charleston -repuso Raquel, cual si hablara de un lugar legendario en otro mundo.

-Volveré como esta vez -díjole Gideon con dulzura-. ¡Qué mujer... llorar cuando es momento de estar alegres! Es el mejor día en la vida de un pobre negro... Tiempo de aleluya, querida... Abrázame fuerte... Es el sol que se levanta para nosotros .. Estoy lleno de temores, pero no por mi mujercita ni mis chicos.

-¿Que es lo que te da tanto miedo?

-Es que soy un negro... -dijo Gideon con tono de desesperación en su voz-un pobre negro ignorante. ¿Qué es lo que sé? Sé escribir mi nombre, apenas.

- El Hermano Pedro no es ignorante.

-¿Eso... a qué viene?

- ¿No habló a los hombres y les dijo: Aquí está el hombre que será vuestro delegado? ¿Cómo es que aquellos negros te eligieron a ti? -No sé.

Raquel continuó lloriqueando en silencio, suave y feliz. Las lágrimas acudían rápidas a sus ojos en los momentos felices de la vida. Y le dijo al esposo:

-Gideon, Gideon querido, ¿recuerdas aquella vez que te fuiste para ir con los soldados yanquis? Me dijiste, y a mí el corazón se me derretía en lágrimas: "Así es cómo debe portarse un hombre, y así lo hace...", ¿recuerdas? Esto es igual, Gideon.

- ¿Cómo, cómo?

Ella le acercó los labios al oído y le bisbiseó:

-"El negro en el campo juntando algodón, juntando algodón... en la chica que quiere pensando..."

Y con ello durmióse Gideon, y con recuerdos lejanos, y esperanzas y temores.

CAPÍTULO II
CONVERSACIÓN DE GIDEON JACKSON CON EL HERMANO PEDRO

Al desayuno, la mañana siguiente, estando reunida toda la familia, Gideon pensaba con orgullo cuán pocos hombres gozaban de dicha igual a la suya: una esposa como Raquel, dos hijos que eran dos robles y un primor de hijita como lo era Jenny. Los muchachos eran indóciles y obstinados, pero así había sido él cuando chico; lo decían las cicatrices de cientos dé latigazos marcadas en el lomo.

Habían comenzado el desayuno con hogaza caliente de maíz untada con melaza, cuando el Hermano Pedro asomó la cabeza por la puerta entreabierta y saludó:

-Buenos días, hermano; buenos días, hermana; buenos días, muchachos.

No se dejó mucho de rogar para sentarse con ellos a la mesa. La cabaña estaba envuelta en el olor cálido del maíz que se tostaba, que llevaba a uno a relamerse los labios aún antes de tocar bocado. Fue pródigo en alabanzas... Después sacó de sus bolsillos caramelos para los pequeños. Raquel mostrábase especialmente cordial con quienes ponderaban sus platos: ¡abundan tanto los hombres de Iglesia más agrios que manzana silvestre...!

Al levantarse de la mesa, el Hermano Pedro preguntóle a Jeff:

-Hijo, ¿te animas a hacer el trabajo de tu padre?

-Creo que sí -contestó Jeff, asintiendo a la vez con la cabeza.

Gideon y el Hermano Pedro se encaminaron hacia el troje de maíz y allí, sentados en el suelo, con los hombros contra las tablas, comenzaron a conversar. Daban la cara al sol, y el fresco viento mañanero soplaba recio desde el valle. El perro fue a compartir la compañía, echándoseles al lado. En la indecisión de las palabras iniciales, Gideon y el anciano recogían tallos de hierba y los masticaban.

-¿Cuándo piensas partir, Gideon? -preguntó el Hermano Pedro.

-¿Para Charleston?

-Así es.

Viendo que el interpelado tardaba en responder, el Hermano Pedro prosiguió:

-¿A qué ese miedo?

-¿Qué es lo que le hace pensar que tengo miedo?

-¡Hum! Escucha, Gideon, tú, yo... hace tiempo que nos conocemos. Pronto tendrás treinta y seis años. ¿Y sabes por qué lo recuerdo tan bien? Cuando tu pobre madre sintió llegado el momento de echarte a este mundo, se acostó y comenzó a gritar... "¡Oh, Niño Jesús, me voy a morir!" Catorce años tenía yo entonces. Tu finado padre me dice: "Pedro, corre a decirle al patrón que Sofía se está muriendo". Corrí, y el viejo Jim Blake, que era el capataz entonces, dijo que no recordaba a ninguna mujer que no dijera que se iba a morir cuando estaba por tener familia. ¿Llamar al médico? ¡Oh, no!. La comadre Ana, pobre vieja, peleó contra el demonio tres días y tres noches, y al cabo naciste tú... pero tu madre no llegó a conocerte. Entonces fue cuando Jim Blake me desolló a latigazos, jurando por Dios y míster Carwell que yo nunca le había dicho nada. Por eso me acuerdo de cuando naciste. También tengo en la memoria los días aquellos que trabajamos juntos en los algodonales. . ¿Te acuerdas de cuando hablábamos de lo poco que valía la vida de un negro? Cuando tú decías: "Voy a quitarme la vida para echar este cuerpo a dormir tranquilo", fui yo el negro que gracias al Señor, te hizo ver el terrible pecado que ibas a cometer... ¿A quién recurriste en busca de consejo antes de ir a pelear al lado de los yanquis?

-A usted -dijo Gideon, señalándole con la cabeza.

-Me dijiste: "Cuide de Raquel, cuide de los tres chicos..." ¿No lo hice?

-Así es.

-Y ahora te encabritas cuándo te digo que tienes miedo.

-Es que usted me dice de ir a la ciudad, a Charleston -murmuró Gideon-. Este negro no sabe ni leer ni escribir... apenas sabe hacer su nombre. Y usted me quiere mandar a Charleston... a la Convención... a una ciudad llena de casas blancas, grandes como aquella de allá arriba, llenas de hombres blancos y mujeres blancas que se van a reír de este pobre negro ignorante.

Trazando una figura en la arenilla delante suyo, el Hermano Pedro le preguntó con dulzura:

-¿Cómo llegaste a Charleston la primera vez, Gideon?

-Entramos con los yanquis -recordó-. De uniforme azul y fusil en mano, junto con diez mil soldados más, cantando un himno de aleluya...

-No tenías miedo entonces. Te aterra irte ahora solo, sin uniforme azul, sin fusil, sin himnos de aleluya... de la mano de la Ley, diciéndole al pobre negro: "Hijo mío, eres libre".

Gideon no supo qué responder, y el Hermano Pedro añadió, suavizando el timbre de su voz:

-El Libro dice que Moisés tenía terror, pero Dios le dijo: “Conduce a mi pueblo...”

-Yo no soy Moisés.

-El pueblo necesita quien lo guíe. Gideon. Yo me decía, allá en el pueblo, horas antes de la votación: la ley manda que los negros han de ser libres, que han de votar, que han salido de la esclavitud, que han de rehacer su vida. Los pobres no saben leer, ni escribir... ni pensar siquiera, pues los azotaban o los vendían río abajo por pensar... Y trescientos azotes eran el premio por aprender a leer. El negro no es mejor que un perro de caza echado a la calle y obligado a buscarse un hueso. Yo me preguntaba allá: ¿quién va a guiar a estas gentes? Si les hablan a gritos, se caen de espanto... Dios mío, ¿quién será el que podrá enseñarles el camino?

-¿Por qué yo? -preguntó Gideon-. ¿Por qué no usted, Hermano?

-La gente ha dicho que has de ser tú -rebatió el Hermano Pedro-. Y así habrá de ser, de hoy en adelante. -El religioso se inclinó hacia su vecino, apoyándole sus manos huesudas en las rodillas-. Escucha, hermano Gideon: dices que no sabes leer. Todos hemos nacido con la facultad de poder leer. Convéncete de eso primero... y luego, a aprender a leer y escribir. Yo... apenas sé escribir unas quince, veinte palabras, pero las voy a escribir, y tú las copiarás, y las estudiarás... como primer paso.

Gideon sacudió la cabeza, no convencido todavía a pesar de todo.

-El hablar, por ejemplo -prosiguió el Hermano Pedro-, juntar las palabras, ordenarlas, a eso los blancos le llaman gramática. Cualquier hombre con la cabeza plantada sobre los hombros sabe hacerlo... Esta pobre piltrafa de negro, no. ¿Cómo crees que vas a aprenderlo tú?

-Sabe Dios.

-Claro que Dios lo sabe... y yo también. Escuchando... Tendrás que escuchar cómo hablan los blancos..., todos los minutos del día tendrás que escuchar. Y así aprenderás tú también. Llegará el día, ¿quién te dice?, que podrás leer un libro entero. Todo lo hallarás en los libros: verdades del Evangelio hallarás allí.

-Si uno se pone a pensar en la siembra -dijo Gideon-, bueno, es, trabajo de un día. ¿Pero cómo va a poder llenarse la cabeza de cosas leídas?

- No abras el paraguas antes de que llueva, hermano. Entretanto, Jeff podrá correr con los trabajos de la casa. Marcus es un muchacho despierto. La bendición de Dios no te ha dejado un momento... Va a ser un mundo nuevo, Gideon, nuevo y hermoso. -Sonrió y extendió el brazo hacia el grupo de chozas sin ventanas-. Habrá que levantar algo mejor en su lugar. -Luego, recogiendo sobre el pecho su brazo largo y delgado, murmuró-: Con la ayuda del Señor.

Gideon reanudó el ataque:

-¿Cómo se figura usted esta Convención?

- Hace las leyes. La Constitución es como la Biblia. No puedes pensar en un mundo con negros sueltos por ahí como cerdos salvajes. Los blancos odian a los negros y los negros... les tienen terror a los blancos.

Por ahí no vamos bien.

-¿Cómo voy a saber si una ley es buena o mala?

-¿Y cómo se las ingenia un cristiano para distinguir un hombre bueno de uno malo...? ¿Una buena mujer de una pecadora? -Tengo mis medidas para eso.

-Bueno, cata esta otra medida, entonces -se apresuró a agregar el Hermano Pedro-. ¿Sabes el motivo por el que no sabes leer y escribir, verdad...? Nunca ha habido aquí escuelas para negros..., ni para blancos siquiera. Ya tienes por dónde empezar, pues. Hacer una ley para instruir a todo el mundo; ¿no te parece bueno? Aquí tienes esta colonia de los Carwell, no baja de diez mil hectáreas. ¿Quiénes son los dueños? ¿Míster Carwell? ¿El Gobierno? ¿Los negros... o los blancos? Los negros queremos tierras, y así las quieren los blancos. Lo importante es que hay para todos, mucha tierra para todos; ¿pero cómo se las arreglarán para hacer el reparto?

-¿Y cómo he de saberlo yo?

-Paciencia, Gideon; sin apresuramientos.

-Y dígame un poco: ¿por qué no se hizo nombrar usted delegado? -preguntó Gideon, excitado.

-Sencillamente, porque a la gente no se le ocurrió votarme... Es que la gente sabe quién puede defender mejor sus intereses, Gideon. Algún día habrás de acordarte, Gideon, y decir para tus adentros: ¿será posible que yo fuera a tomar consejos de aquel negro decrépito, e ignorante por añadidura?

-Nunca diré tal cosa.

-¡Que Dios te bendiga!; quizá no lo hagas, Gideon. Pero tú eres como un chico, hoy por hoy. Listo y limpio. Esperando que le llenen de cosas claras, como un cubo volcándose en el agua límpida del pozo. Ya verás, ya verás...

Gideon meneó la cabeza, exclamando:

-Cuánto daría por poder creerlo todo...

-No importa que lo creas o no, Gideon. Es lo mismo, sucederá de todas maneras... como el cubo que baja al pozo en demanda de agua fresca y pura.

-¿Y si llegan a burlarse de este pobre negro?

-Claro que reirán, Gideon, hijo. ¿No nos reímos nosotros de esos pobres diablos de negros que siguen llegando hasta aquí desde los cenagales preguntando por el amo? Y cuando les decimos que va no hay amos, que son libres, los pobres entienden menos de libertad que un perro de caza. Es natural que nos riamos del pobre; pero tú tendrás que aguantar las burlas. Con el primer dólar que te paguen como delegado, según dijo aquel yanqui, ¿recuerdas?, corre a comprarte un libro. Quizá te estés muriendo de hambre... No importa, ¡cómprate el libro, y cómprate una vela, y aprende a leer!

Gideon asintió con la cabeza. Cuanto más numerosos y de peso eran los argumentos que el Hermano Pedro iba poniendo en la balanza, tanto más aterrorizado sentíase Gideon ante la idea de tener que formar parte de la Convención de Charleston...; pero al mismo tiempo, escuchaba en su interior una agitación incomprensible, un ritmo agitado en las venas, que le recordaba el día en que había corrido a enrolarse con los federales del Norte.

- ¿Qué libro habría de ser el primero, Hermano Pedro?

-Un hombre de iglesia como yo, debería aconsejarte la Biblia. Pero la Biblia es difícil de entender, Gideon. Te mete en enredos. Lo primero ha de ser un libro de escuela... lo que llaman un abecedario. Luego te convendrá uno de cuentas... Para entonces, ya sabrás elegir, sin mi ayuda, el libro que más te convenga.

-Ya, ya.

-No vayas a creerte que todo está en los libros -observó el Hermano Pedro, juzgando llegado el momento de dejar fijada una reserva. -¿Cómo es eso?

-No se escribe un libro sino sobre algo que ha sucedido. Esto de ahora, de que el negro sea libre, nunca había sucedido antes... Quizá se parezca a aquella vez que Moisés guió al pueblo elegido a salir de Egipto. Moisés, sabes, no tenía libros para consultar: miró hacia los cielos. Dios le señaló el camino a seguir.

-¿Y a mí quién me indicará el camino?

-Gideon, hijo, llénate el corazón de amor... llénalo de comprensión. -Yo me dejo arrebatar por la ira -dijo Gideon.

- ¿Y quién no? Hemos nacido en el pecado, hermano. Escucha, Gideon, ¿quién te parece que es el hombre más libre del mundo?

- ¿Vivo o muerto? -preguntó Gideon, pensativo.

- Como quieras.

El viejo Abe,[1] creo.

- Ya ves... ¿Y cómo llegó el viejo Abe a saber tanto? ¿Cómo llegó un día en que pudo decirle a todos los negros de estas tierras: "Sois libres"?

- Me figuro que porque lo veía muy justo.

-Puede que así haya sido en verdad. También puede ser que tuviera el corazón lleno de amor y misericordia. Salió de los bosques, según dicen, así como tú y yo, pero tenía un corazón más grande que la casa grande de allá arriba.

-Tenía un gran corazón, es cierto -admitió Gideon.

-Ahora razonemos un poco, Gideon. Si tuvieras que juzgar guiándote de la palabra de dos testigos... Uno, gente de buena posición, de los que llaman de sociedad, dice que no sopla viento. Otro, sucio, hambriento, dice que sí, que sopla viento. ¿Qué habrías de hacer tú? ¿Decidirías que el viento sopla? ¿Cómo harías para juzgar bien?

-Sacaría la mano, para ver si sopla o...

-Ah, sí; o preguntas a la gente, a diez, a doce. No te fíes nunca del testimonio de un solo hombre, aunque ese hombre vista con más colores que un pavo real o hable fino y delicado. Ahora, Gideon, no sientes muchas simpatías por los blancos... Tienes cicatrices de látigo en el lomo, tienes el corazón endurecido... signos de sufrimiento y miseria. De ahora en adelante, Gideon, recuérdalo bien, el color de la piel no habrá de contar; habrá en este mundo hombres buenos y hombres malos... ya sean blancos o negros.

Eso lo veo bien -asintió Gideon.

-Por hoy no hay más, creo -dijo reflexivo el Hermano Pedro-. ¡Que Dios te bendiga, y te acompañe siempre en tu camino, Gideon! Amén -concluyó Gideon.

CAPÍTULO III
GIDEON JACKSON SE MARCHA A CHARLESTON.
LAS PERIPECIAS DEL CAMINO

A medida que los días iban transcurriendo y se hablaba menos del asunto, la elección de Gideon para la Convención fue perdiendo importancia, hasta que llegaron a pasar días enteros sin que siquiera se recordara. En realidad, ¿qué pruebas tenía él de que era uno de los constituyentes? De primera intención, en seguida después de que el Hermano Pedro hubo terminado su larga plática ante los electores reunidos, pareció como si todos los hombres de

(1) [1] Lincoln.

esa circunscripción hubiesen dado el voto a Gideon; luego,, nadie había insinuado que hubiese votado en contra, y por ello tanto él como el Hermano Pedro, habían llegado a la lógica conclusión de que no otro sino él había resultado electo. Mas la votación había sido secreta; y se les había asegurado que, después del recuento de los votos, los delegados recibirían una notificación oficial, junto con las credenciales que los habilitarían para presentarse a la Convención. Vacilando entre el temor y la esperanza, más de una vez habíase preguntado Gideon cuánto tiempo echaría un buen contador para contar hasta quinientos o seiscientos. En estos últimos días, empero, ya apartaba tal idea de la mente cada vez que se le presentaba. Mirándolo bien, pensaba, a ningún yanqui en su sano juicio se le ocurriría nombrar constituyentes a negros analfabetos.

Había otras cosas más urgentes que atender por esta época del año, con el invierno que se venía encima. En verano se vive de nada, y se llena uno el estómago con cualquier cosa; los hombres, no apremiados por el hambre, se dejan dominar por la indolencia, y no van al trabajo sino a empellones. En la precisa semana de que hablamos, Gideon tenía a los hombres haciendo leña en el terreno que denominaban "Los Bajos". En otras épocas, cuando el capataz disponía de hombres y hacienda, se hacía leña sin pensar en la tierra, talando los árboles a un par de pies del suelo, dejando que el tocón y la cepa se pudriesen con los años. Gideon, pensando en ello, había decidido cambiar de sistema. Cavaría alrededor del árbol, a fin de cortar las raíces debajo del nivel del suelo. Así quedaría limpio el terreno.

-Doble trabajo dijeron todos-: ¿para qué?

-Más fácil es sacar ahora el árbol con la cepa, que luego la cepa sin el tronco -repuso Gideon.-¿Y a quién se le va a ocurrir sacar la cepa?

-Eso no lo sabemos todavía -dijo Gideon-. No sabemos de quién es la tierra . .. Vaya que algún día llegue a ser vuestra, nuestra...

-Pues tiempo habrá de pensar en ello cuando llegue el momento.

Hubieran seguido todo el día discutiendo, de no habérsele ocurrido a Gideon sugerir se pusiera el asunto a votación... Al proponerlo, ni siquiera él estaba muy seguro de la eficacia del recurso. La aplicación de principio tan milagroso a tan vulgar faena, como era la de talar árboles, no inspiraba confianza. Pero la aceptaron, y en el silencio expectante que siguió a su sugestión, Gideon aplicó el método del "sí" o "no". Aun cuando todos aquellos hombres habían votado por la Convención, el mecanismo del acto les resultaba revolucionario. No tenían decidido todavía sobre si cada uno debía votar una sola vez por el "sí" o por el "no", o por uno y otro sucesivamente. Llevado a la práctica, al cabo, satisfizo a todos, y la propuesta de Gideon de sacar los árboles con sus raíces ganó por considerable mayoría.

Otro día, cuando Trooper, grande y fornido como un buey, protestó por lo de que él estaba aserrando más leña de la que necesitaría en todo el invierno, en tanto el pequeño Hanibal Washington no hacía ni la mitad de su parte, Gideon tuvo que recurrir de nuevo al voto. Pero esta vez sucedió algo nuevo... Los hombres dejaron caer al suelo sus herramientas y enseres para ponerse a discutir a fondo el problema de la cooperación... En los tiempos de los capataces, lo de trabajar uno para todos y todos para uno había llegado a ser una segunda naturaleza en ellos; pero ahora, al despertar en sus entendederas el hecho inaudito de que eran libres, surgía la incertidumbre. ¿Por qué no habría de trabajar cada cual para sí? Si la libertad no significaba ni siquiera eso, ¿qué era entonces?

La innovación, sugerida por el Hermano Pedro, consistió en la estimación de muchos aspectos de la misma cuestión antes de ponerla a votación. Hanibal Washington, con su rostro rugoso, tenso por la ira, se encaró con Trooper:

-¡Eh, mírame bien! ¿No ibas a cortar leña solo... y yo te dije que no pretendía llevarme la mitad de la que cortáramos juntos? ¿Te dije eso, o no? ¿A qué demonios viene ahora eso de burlarte de mí, eh?, ¡pedazo de carroña para los cuervos!

Trooper levantó en alto el hacha. Gideon y otros acudieron a separarlos, y el Hermano Pedro gritó:

- ¡Vergüenza habría de daros hacer correr sangre por cosa tan pequeña!

Durante una hora más estuvieron debatiendo hasta ponerse roncos de tanto hablar. Esta vez, el lado sensato de la cuestión ganó por escaso margen. Más tarde, decía Gideon al Hermano Pedro:

- Veo que tendremos malos momentos.

-¿No somos hombres, acaso?

- De cualquier modo, me da dolor de cabeza... ¡que los hombres se peleen y lloren como chicos...!

-Gideon, es que no saben lo que es trabajar en común o solos. No se diferencian de tantos muchachos, ahora. ¿Cómo puedes esperar milagros... de un negro salido de la esclavitud hace un año, dos años? El tiempo marcha despacio para estas cosas.

Pero el tiempo, aunque breve, había traído inquietudes y rencillas. Las elecciones habían sido una aurora imprevista, brillante, pero luego nada había pasado, y la vida retomó el antiguo ritmo. Gideon observaba cómo la gente escrutaba a través de los ventanales los interiores de la casa grande. Como estaba repleta de cosas hermosas, creía oír hablar de ellas con demasiada insistencia. Había en el tono un cierto resentimiento contra Gideon. En efecto, un año antes, las desbandadas tropas de Carolina del Sur habían irrumpido, al pasar por el lugar, en la casona, llevándose cuantas cosas se les viniera en gana y desparramando otras por el suelo.

Gideon, precisamente él, había ordenado reponer las cosas en su sitio y clavar de nuevo puertas y ventanas. Y cuando le preguntaron el porqué de su actitud, había contestado: "Porque no son cosas nuestras." "¿Y por qué aquellas ropas han de ser diferentes de las que nosotros llevamos, y la casa grande distinta de nuestras cabañas?" "Unos pobres y otros no", habíales rebatido con firmeza Gideon.

Y ahora acababa de hallar a Marcus en poder de una cuchara de plata, que sólo podía proceder de la casa grande.

Pues sí, era... Marcus se había introducido en ella. En un caserón así, con cien entradas y salidas, no había de ser difícil entrar; pero Gideon, por primera vez en su vida, vaciló respecto del mejor modo de tratar a sus hijos. Pensaba cuán equivocado había estado hasta entonces al vivir en la creencia de que sus hijos eran bien criados; el descubrimiento de su ignorancia le infundió una rara sensación de espanto. Noche tras noche, sentábase frente al fogón con la lista de palabras escritas por el Hermano Pedro. Acer, ormiga, ombre, muger, negro, hancho..., en fin, un montón de hechos que le confundían y aterrorizaban. El mal y el bien eran cantidades variables, en lugar de constantes, inconmovibles; y en vez de aplicar un serio castigo a su hijo, se limitó a decirle, no muy seguro de sí tampoco:

-¿Cómo has podido entrar en la casa grande, Marcus?

-Yo no he entrado.

Con que también su Marcus sabía mentir... Pero es buen muchacho, reflexionaba Gideon. La verdad, las perplejidades y los problemas multiplicáronse en su pobre cabeza al abordar tales temas.

-¿Dónde has conseguido esa cuchara?

-La encontré.

-Esas no son cucharas que se encuentran por la calle, Marcus. Te conviene decir la verdad.

-La encontré.

-Entonces, ¿dónde la encontraste?

Marcus, tomado de improviso, fue cantando, poquito a poquito, toda la verdad. Habían entrado, él y otros, por el sótano de la cocina. Los muchachos se habían llevado sedas, plata... y las tenían escondidas. Gideon no hubiera podido azotar a Marcus; nunca les había puesto las manos encima a sus hijos... No era de su gente hacerlo. Que un blanco blandiera el látigo, santo y bueno... pero él lo tenía sentido restallar en el lomo cientos de veces. Reunió, en cambio, a toda la gente de la ranchería, hizo pasar a Marcus frente a ellos, y allí, cada palabra un puñal en las entrañas del muchacho, refirió lo ocurrido.

El hermano Stephan preguntó al fin:

-¿Cuánto tiempo vamos a dejar la casa grande así, Gideon?

-Hasta el día del Juicio Final, si no nos queda más remedio.

-Muy bonito eso. Los pobres negros vivir en covachas mugrientas y en la maldita casa grande bailan las ratas.

-Hasta el día del Juicio Final -repitió Gideon con terquedad. Aquella noche, entre sollozos, Raquel recriminó dulcemente a Gideon:

-¿Por qué le has hecho eso al pobre muchacho, Gideon?

-Hice ni más ni menos que lo que tenía que hacer.

-Pero hacerle pasar tanta vergüenza delante de todo el mundo...

-Ha hecho algo que está muy mal.

-Lo que me parece es que nada va bien después de la votación aquélla.

-¿Qué dices?

Claro... Ha hecho que tú te marches a Charleston... ha puesto a los negros que no se puede ya con ellos... y no hace nada, ni arregla nada.

Gideon fingió haberse quedado dormido. Raquel calló, y al rato el oyó que la pobre estaba llorando.

A los quince años, Jeff rabiaba y se debatía contra los lazos que le ataban. Era terco y lleno de vida como un animal de la selva. Para él, Gideon era ya viejo, y también el Hermano Pedro; eran los que le tenían el mundo atado al pescuezo y se lo apretaban a manera de nudo corredizo. Sintiéndose aprisionado por el medio, quería romper las ligaduras que lo asfixiaban, y ser libre. En aquella estrecha comunidad, donde nadie sabía leer y escribir con relativa facilidad, donde nunca llegaba un periódico, el tiempo resultaba ser aquella cosa primitiva, elástica, cual lo había sido miles de años atrás, ni siquiera había un reloj; el sol, inmensa péndola dorada, oscilaba allá arriba, y la lenta marcha de las estaciones formaban el calendario. Quince años tenía Jeff, y los recuerdos de los años anteriores a la guerra se le iban borrando de la memoria. Cuanto oyera hablar acerca de la diferencia entre la libertad y la esclavitud no le impresionaba casi; como quiera que fuese, había nacido en un momento en que su infancia y su adolescencia habían sido un caos.

Pichón de gigante por el desarrollo de su cuerpo, no había salido aún de la adolescencia. Habíase sentido desairado al ver que los flamantes ciudadanos, al marcharse para los comicios, lo dejaban atrás. Cada camino era una sirena que le cantaba, y sentía en la sangre que algún día echaría a andar por alguno de ellos para no volver nunca más. A veces, Gideon pulsaba la violencia reprimida del muchacho. Era por eso que lo dejaba ir de caza, sin compañía, en los pantanosos terrenos bajos de la colonia. Jeff era capaz de vagar horas y horas, entonando canciones sin palabras, salvajes. La caza aquietaba su impaciencia mejor que ninguna otra distracción. Al llegar junto a un estanque hollado todo en torno, no precisaba que le dijesen que allí había de caer a beber el venado. Era muy capaz de agazaparse en las cercanías, diez horas de un tirón, armado de paciencia, acechando la llegada de algún gamo de duros cuernos, o de un jabalí feroz. Durante esas solitarias horas de espera, echaría la imaginación a vagar por mundos sin forma ni fin.

Recorría en sus ensueños ciudades nunca vistas, mundos de cuentos de hadas formados por las palabras de los hombres. Aparecíasele el Padre Abraham, amorfo como ha de serlo un dios, cantando himnos de aleluya. Otras veces, dominaba sus sueños un anhelo punzante, proyectado hacia no sabía dónde, también sin forma ni fin, que le henchía el corazón como cosa elástica.

Un día, en los pantanos, habíase encontrado con dos hombres blancos. Gideon nunca llegó a tener conocimiento de tal aventura. Eran soldados, con sus viejos uniformes sucios y hechos jirones. Al descubrir a Jeff habíanle echado una maldición, y él, al verlos apuntar con sus fusiles, había saltado a guarecerse tras un árbol. Los dos disparos, casi simultáneos, habían resonado por los cenagales con fragor de batalla. De haber dado en el blanco, habría sido un negro más muerto, la cara hundida en el barro, barro que iría absorbiéndolo y

cubriéndolo con la ayuda de la hojarasca y el viento, hasta el olvido. Si algún signo de precoz adultez había en Jeff, era precisamente esto: al darse a la fuga los dos soldados, él hubiera podido, a su vez, hacer fuego sobre ellos; pero no... los siguió con la mirada, curioso, impasible, tratando de sondear el misterio de tanta maldad, al querer matarle a él así, a sangre fría y de buenas a primeras. Jamás contó nada a nadie de este episodio.

Era la primera vez que llegaba el correo a la finca de los Carwell desde la partida del capataz. Habían transcurrido semanas desde las elecciones, y por ello fue que a nadie se le ocurrió relacionar los dos acontecimientos. Promediando la tarde, llegó por el camino principal, por el Columbia Pike, el viejo Cap Holstein, el postillón, quien bajó de su coche retardando deliberadamente sus movimientos, tal como se complacía en hacerlo con sus esclavos. Había mantenido su posición de postillón a través de toda la guerra, primero bajo los rebeldes y luego bajo los yanquis, para volver a servir a los rebeldes y, de nuevo, finalmente, a los yanquis.

Ello no quiere decir que Cap Holstein fuese hombre leal; era un bandido que maldecía la Constitución mientras mascaba su tabaco, y la escupía y la profanaba y desacreditaba de sol a sol. No había saludado la bandera siquiera una vez. Pero nadie sino él conocía la residencia de cada habitante de la zona a través de casos sangrientos de la guerra y la posguerra; era él el único que sabía quién había sobrevivido y quién no, quiénes se habían quedado en el terruño y quiénes se habían marchado a Charleston, Columbia, Atlanta o al Norte. Era también la única persona que conocía a casi todos los varios miles de negros emancipados de los alrededores. Así pues, los militares lo conservaron en el cargo de postillón a pesar del hecho de estar maldiciéndolos a todas horas y jurar que quería vivir para darse el gustazo de matar a un republicano con sus propias cochinas manos. Al parar en seco el coche en la ranchería, grito:

- ¡Eh, negrada bastarda!

Era muy cierto que no temía a nada ni a nadie que anduviese sobre piernas o patas. La chusma curiosa, hombres, mujeres, chicos y chicas corrieron hacia el recién llegado y le rodearon. Con el mismo movimiento calculado, escupió en el polvo del camino el jugo negro del tabaco, se restregó las manos y extrajo del bolsillo un largo sobre pardo. Mirándolo de través, preguntó:

- ¿Quién es el pillo de entre ustedes que se llama Gideon Jackson?

Gideon había estado sonriendo al contemplar el talante del viejito. Había algo en el visitante que le causaba gracia; no sabía qué, acaso lo supo explicar el Hermano Pedro... "Ahí tienes a un hombre que necesitaría rezar". Gideon se adelantó unos pasos, y Cap, que lo conocía, le miró de arriba a abajo antes de preguntarle:

-¿Gideon Jackson?

-Sí.

-Firma aquí.

-Sí, señor.

Holstein le alcanzó el cabo de un lápiz y prosiguió:

-¿Sabes escribir? Si no, pon aquí el signo negro.

-Sé escribir -rebatió Gideon. Su nombre, al menos... y su gente apenas le hizo lugar para respirar en los minutos que invirtió en signar su nombre bajo la mirada escrutadora de Cap. Era la primera vez en su vida que ejecutaba la difícil prueba de firmar en público, y los negros se deshicieron en elogios de su habilidad en el arte de escribir. En seguida volvió Cap a ascender al coche. Hízole pegar media vuelta a la mula y se alejó, entre restallos de látigo, por el camino de donde acababa de llegar.

Gideon fue examinando el sobre lentamente. En el ángulo superior izquierdo llevaba la leyenda:

No encontrándose el destinatario

devuélvase dentro de diez días al
General E. R. S. Camby,
Columbia, S.C. S.M.D.

No le costó mucha trabajo leer aquello: aunque nada pudo sacar en limpio de la sarta de iniciales. El Hermano Pedro, mirando por encima del hombro de Gideon, dijo:

-El general Camby es el nuevo hombre yanqui que viene a cuidar las cosas aquí. ¿S.C.? Eso significa "South Carolina"; y S.M.D., podrían ser "Segundo Distrito Militar"... como aquella vez que vinieron a anunciarnos que debíamos ir a votar. Sabe Dios lo que querrán decir las otras letras.

En el ángulo opuesto decía:

Correo Oficial
Su empleo para eludir el pago de franqueo se penará con una multa de $ 100.

Ni el Hermano Pedro ni nadie del compacto grupo en torno a Gideon entendía nada de aquello. En la dirección, en el centro del sobre, se leía:

Gideon Jackson, esquire[2]
Colonia Carwell
Carwell, S.C. S.M.D.

El Hermano Pedro leyó el nombre en voz alta, pero se detuvo en esquire. Era la primera vez que leía tal palabra, no teniendo idea de su significado ni de cómo pronunciarla. Intentó esto último, moviendo los labios en silencio. Hanibal Washington, cuyo modestísimo vocabulario le permitía descifrar algunas palabras, también quiso probar. Y también Marion Jefferson, cuyos rudimentos de lectura le venían de los años de servicio en el Ejército Unionista... pero ahí terminaba la erudición del grupo, y no les quedó otro remedio, a todos, que quedarse mirando las letras con ojos inexpresivos. Gideon rompió el silencio al decir:

-¿Cómo se figura usted esta palabra, Hermano Pedro?

Este meneó la cabeza, dándose por vencido, pero terció Hanibal Washington diciendo:

-¿No podría ser míster, coronel, o algo por el estilo?

-Entonces, ¿por qué no la ponen antes del nombre de Gideon? ¿Qué hace ahí, al final?[3]

Nuevo silencio, hasta que el Hermano Pedro toma una decisión:

-Haz el favor de abrir ese sobre, Gideon.

Meticulosamente, abre Gideon el sobre, que está lleno de papeles. Doblada, cubriendo las demás, viene una carta, también dirigida a Gideon, con sobrescritos iguales al anterior:

Sírvase notificarse por la presente que usted ha sido electo delegado por el distrito Carwell-Sinkerton, Carolina del Sur, para la Convención Constituyente del Estado, que deberá reunirse en Charleston, S.C. S.M.D., el día catorce de enero de 1868. Bajo este mismo sobre hallará usted las instrucciones, y sus credenciales. El Mayor Allen James, de Charleston, ha sido notificado de su elección y aceptación para el cargo, y el mismo recibirá sus credenciales. El Gobierno de los Estados Unidos confía en que cumplirá usted con sus

[2] Título de honor equivalente al Don en España (N. del T.).

[3] Es precisamente una particularidad que diferencia este título del de míster, la de ir pospuesto al nombre (V. del T.).

deberes honrada y conscientemente, y el Gobierno de los Estados Unidos pide a usted quiera desempeñar leal y fielmente su parte en la reconstrucción del Estado de Carolina del Sur.

(Fdo.) General E. R. S. Camby

U.S.M.O.F. S.M.D.

Nada más decía la carta, pero habían de transcurrir horas antes de que aquella gente pudiese discernir siquiera una fracción de su significado. En tal trance, y por encima de todo lo demás, la elección de Gideon tomaba aspectos grotescos, de caricatura de algo que sumía en el ridículo la flamante libertad de los negros. La ignorancia, ignorancia negra, negra como la lustrosa piel de los negros, como la misma noche, lo cubría todo. Era un trampantojo, igual a sus sueños de casi todas las noches; sueños en el curso de los cuales sentía Gideon la mordedura del látigo restallante en su lomo; sueños que lo llevaban a trabajar en los abrasados algodonales, y tan reales que, para ahuyentarlos, debía levantarse, irse hasta la puerta de la choza y contemplar con sus propios ojos que en los campos no había algodoneros. Pero esta vez, era la propia vigilia que parecía sueño; hubiera corrido a esconderse, lejos .. .

Entretanto, el Hermano Pedro y Hanibal Washington se devanaban los sesos descifrando la carta. El resto de la gente fue perdiendo interés; el sol acababa de lanzar sus últimos rayos de luz. Pasaron pues los tres a la cabaña de Gideon y, junto a la luz del fogón, siguieron escudriñando la misteriosa' hoja de papel. Hanibal Washington propuso:

-Podríamos llevar estos papeles al pueblo y dejar que el hombre yanqui nos diga qué significan .. .

Gideon estalló en un "¡No!" furibundo, que provocó miradas de sorpresa de los circunstantes. Ni Marcus ni Jeff habíanle visto antes tan alterado, y ambos permanecieron acurrucados en su rincón; pero para Jeff, aquello era signo de algo nuevo. Contemplaba en silencio a tres hombres, a quienes la comunidad respetaba, hombres fuertes en el temor de Dios, para quienes no tenían secretos los misterios de una buena cosecha, el carneo de una vaca o de un ternero o de un cerdo, y muy capaces de muchas otras cosas, pero que se sentían frustrados e impotentes ante un pedazo de papel. Encerraban una potencia aquellos papeles. Jeff pensaba con una imaginación vívida, y ahora veía en la palabra impresa todo el poder y finalidad que realmente tiene. Desde ese instante se propuso aprender a leer. ¡Ah no!, no dejaría de hacerlo, y también presintió que llegaría a ser superior a su padre.

También sintió por primera vez un cierto desprecio por Gideon, algo que le decía que, de haber estado él en lugar de su padre, no se habría dejado llevar por la ira y el sentimiento de frustración. Raquel comprendió todo eso; su sensibilidad estaba afinada con las emociones de estos hombres como arpa delicadamente acordada, y sentíase la más afectada de todos. La tarde anterior había dado una moneda de cobre a Mamá Christy, y la anciana habíale hecho, en cambio, un fetiche de la buena suerte, imagencita que ella había corrido a esconder en la cabaña. Pues si llegaba a enterarse de ello Gideon podría enfurecerse; él detestaba tales supersticiones y desafiaba estólidamente a la mala suerte cuantas veces se le presentaba la oportunidad. Además, el Hermano Pedro tenía esas cosas por anticristianas y paganas...

Tras largo deliberar, los tres hombres descifraron, más o menos, el contenido de la carta. Palabras tales como reconstrucción y conscientemente no traspusieron las vagas regiones de la imaginación, y la interpretación que dieron a otras fue francamente errónea, mas habían captado el sentido general. Gideon debía marchar a Charleston; eso les resultó claro. La vaga forma de Convención se proyectaba lejos en el tiempo por venir; podía llegar a ser algo permanente. Acaso no, pero Gideon había de ser su víctima propiciatoria; él ya no les pertenecía. En cuanto a los demás papeles y tarjetas que también contenía el sobre, los examinaron tan sólo superficialmente; se los llevaría consigo Gideon, y ya surgiría, con el tiempo, su significado.

Gideon preguntó por la fecha. Un viento frío se colaba por las rendijas de las paredes de la cabaña. ¿Sería ya el catorce de enero? Pero el Hermano Pedro se acordó del sello en el sobre:

-Aquí dice dos de enero.

-Lleva unos días llegar hasta Charleston -suspiró Hanibal Washington. En cierto modo, el negrito sentía envidia por Gideon.

-No puedo irme así -dijo Gideon, frunciendo la frente al examinar los harapos que le cubrían los muslos, la camisa azul de militar y las viejas botas del ejército.

-Nada apropiados -asintió el Hermano Pedro-. Tengo ahí mi levita negra. Está rasgada una manga... Raquel sabrá remendarla. Te irá un poco ajustada, pero podrás ponértela, Gideon.

-Ferdinand tiene un par de lindos pantalones.

-¿Y la chistera que Trooper ha estado guardando todo este tiempo en su choza? Es un lindo sombrero, un poco aplastado... pero te irá como guante al dedo.

-Gideon, querido, voy a lavarte la camisa y remendártela -díjole Raquel, no queriendo colaborar menos que el resto.

-Voy a darte el viejo reloj que me regaló un yanqui en el ejército. Gideon... -Era el objeto más preciado del pobre Hanibal. Gideon no podía ya reprimir su emoción al verse querido de tal modo-. Es tuyo, Gideon -insistió Hanibal Washington-. No tiene ruedas, no marca las horas, pero te dará tono.

-Te hace falta un pañuelo -dijo el Hermano Pedro-. No una sudadera de negro, no, sino un pañuelo de mano, para llevarlo doblado en el bolsillo del pecho... como lo llevan los blancos. Tengo en casa un pedazo de percal rojo y blanco que Raquel podrá cortar a la medida.

De este modo Gideon Jackson fue ultimando los preparativos para marcharse a la ciudad de Charleston. Dos días más tarde, en una luminosa madrugada, saliendo de la plantación de los Carwell, enfilaba por el camino polvoriento, con la chistera peligrosamente ladeada, y cantando con su fuerte voz de bajo la antigua melodía en tiempo de marcha de su regimiento:

No crecen las hierbas bajo mis plantas,
Camino de Libertad,
No crecen las hierbas bajo mis plantas,
Camino de Libertad,
Viejo John Brown, abuelo,
Ya vamos,
Ya vamos,
Por el camino de la Libertad.

Canción de desafío. Puede costarle a uno la vida el cantarla en una carretera de Carolina del Sur, pero así se siente Gideon en este momento. Más de cien millas lo separan de Charleston, cien millas de camino en lo descampado; pero él ha encallecido en el oficio. La suerte está echada, después de todo, y siéntese curiosamente feliz y ágil, al igual que un muchacho que se encamina a pescar en aguas prohibidas. A su hora, volverían a acosarlo las viejas dudas y ansiedades... ¿pero de que otro modo podría sentirse un viejo esclavo, sino presa de exaltado gozo ante la perspectiva de caminata tan larga?

Habíase discutido en la ranchería, antes que Gideon emprendiera la marcha, sobre si debía ir armado de fusil; no obstante los peligros, estuvo de acuerdo con el Hermano Pedro en que no hubiera parecido bien ir, nada menos que a una Convención, con el fusil al brazo.

-Vete con el corazón lleno de paz y amor... y también las manos -habíale dicho el Hermano Pedro.

Al fin y al cabo, llevaba en el bolsillo credenciales del Superior Gobierno de los Estados Unidos de América; ¿quién se atrevería a tocarle un cabello? Curiosas las cambiantes sensaciones de su corazón; exaltadas en la esperanza un momento, de terror y vagas aprensiones otro. Cubriendo alegremente las millas, llevando un envoltorio de pan de maíz y panceta bajo el brazo, tarareando su canción, acompañado por el viento frío que silbaba entre las lóbregas copas de los pinos que bordeaban el camino, hacía conjeturas sobre los resultados de la Convención. Rara sensación; cuanto más barajaba la idea en su mente, tanto más claro se le presentaba el concepto de un nuevo Estado, nacido de la Convención; era bastante para cohibir a un hombre la inmensidad de posibilidades y bastante también para aguijonearle el amor propio.

De pronto vio enfrente un claro en el pinar... una cabaña y un terreno cultivado de acaso diez acres de superficie. Era propiedad de Abner Lait. Al menos le llamaban, todavía, propiedad, aunque Abner Lait había sido arrendatario de los Carwell toda su vida, y así su padre. Lait era de cutis y cabellos rojizos, alto, huesudo, de hablar pausado, un hombre que contemplaba el mundo con suspicacia y cinismo. Los tiempos de privaciones y desgracias habíanle encallecido el corazón; antes de la guerra había apenas tenido con qué vivir de su parcela; pues en los años de abundante cosecha venían los Carwell y se lo llevaban todo, y en los de mala, le hundían más en un estado de deuda ya crónico. Al estallar la guerra, habíase enrolado en el regimiento de Dudley Carwell. Después de tres años y medio de lucha, cuatro heridas y más batallas de las que quería recordar, había ido a parar, hasta el fin de la guerra, en un campo de prisioneros. Durante su ausencia, la mujer y sus cuatro hijos no se habían muerto de hambre; ¿cómo?, ni lo sabían ellos ni la infeliz mujer quería recordarlo... De regreso, había levantado ya dos cosechas. Las cosas iban mal, pero no tanto como antes de la guerra. Por lo menos los Carwell se habían olvidado de esa parcela. Cultivaban maíz y con algunos cerdos y aves que criaban tenían para llenarse el estómago.

Abner Lait odiaba a los negros en la manera formal que le habían enseñado desde niño... ¡no podía ser de otro modo! Tenía inquina a los colonos negros con verdadera convicción. Entre él y Gideon corría una animosidad respetuosa. Al verle llegar por el camino que pasaba por su casa, Abner se paró junto al cerco de alambre tejido, apoyado en la pala de puntear.

-Buenos días, míster Lait.

-Dime, ¿qué canto apestoso es ése para boca de negro?

-Cuando mis pies andan por estos caminos de Dios siempre hay una canción en mis labios -fue la sonriente respuesta de Gideon-. Es la misma que cantábamos al marchar con los yanquis.

-¡Que Dios te dé los infiernos!-díjole con lentitud calculada Abner. No era mañana para darle campo a la ira. Entretanto, Peter y Jimmy, pelirrojos como el padre, habían ido acercándose tímidamente al alambrado-. Te encontrara a tiro cuando estabas con los malditos yanquis... te hubiera hecho más agujeros que los de ese levitón negro que llevas puesto. ¿Y se podría saber por qué te has emperifollado como un mono, Gideon?

-Voy a Charleston... a la Convención.

-¡Convención! ¡Maldito sea si esto no es el colmo!

-Me eligieron en la votación.

Abner dejó salir un silbido, mezcla de admiración y sorna. "¡Qué te parece, amigo, un negro a la Convención de Charleston!"

-¿Echaste la cuenta de que te van a linchar antes de que intentes abrir la boca, Gideon?

-También eso puede ser -asintió Gideon-. Pero aquí llevo papeles del Gobierno. ¿Usted fue a votar?

-Estuve, sí, pero no le dí el voto a ningún negro.

Continuaron en ese tono un rato más, y uno de los muchachos reunió suficiente coraje para acercarse al negro, quien cariñosamente le acarició la cabecita rubia. Cuando Gideon reanudó al fin la marcha, Abner Lait, siguiéndole con la mirada fija, murmuró:

-A Charleston. ¡Jesucristo!, ver a un negro pelárselas hasta Charleston para ocupar una banca en la Convención.

Gideon continuó su camino hasta que los rayos del sol caían a plomo sobre la tierra. Hizo alto al costado del camino, con unas zarzas secas hizo un poco de fuego, comió un buen trozo de pan de maíz con panceta y, finalmente, echóse para hacer una siestita de media hora. El calor, a esa hora, hacíase sentir con toda su intensidad. Al levantarse, los pájaros cantaban alegres en el ramaje, y el murmullo de un arroyo cercano le invitó a apagar su sed. No pedía más para sentirse en el colmo de la felicidad.

Al oscurecer, Gideon debió buscarse un lugar para pasar la noche. Llegada la necesidad, encendería un fuego en la espesura del bosque y se echaría a dormir sobre una muelle litera de ramas de coníferas; había pasado noches en lugares peores en su vida. Mas parecíale malgastar tristemente las primeras horas de la noche sin oír una voz humana ni la risa de algún niño; Gideon no era muy amante de la soledad. Estaba, por lo demás, cansadísimo tras una entera jornada de marcha... veinticinco, acaso treinta millas había cubierto ese día. Había atravesado un pueblo y lo había dejado millas tras sí. Luego había recorrido aquel tembladeral poblado de cipreses, cruzándolo por un sendero angostísimo. Ahora tendíansele delante las llanuras anegadizas de la costa. El vaho de rosa pálido del ocaso teñía suavemente el cielo, y el aire, al ir enfriándose, mordía las carnes.

No ha de extrañar, pues, que al ver una cabaña en medio de una huerta, una delgada columna de humo salir de una chimenea y tres negritos color chocolate jugando en la arena junto al umbral de la puerta, se sintiese reconfortado. Como iba cruzando el terreno desde la calle, el ocupante de la cabaña le fue al encuentro: un negro entre los sesenta y cinco y setenta años, pero fuerte y sano y con una cordial sonrisa en los labios.

-Que tenga usted muy buenas tardes-dijo el extraño.

-Lo mismo usted -exclamó Gideon ladeando la cabeza, y pensando cómo se parecen los chicos en todas partes... tímidos y curiosos, y movidos por un sentimiento de cariñosa cordialidad hacia todo extraño que golpea a las puertas de sus casas.

-¿Y qué puedo hacer por usted, mi amigo? -preguntó el anciano.

-Me llamo Gideon Jackson. Vengo por este camino desde lejos... de la plantación de los Carwell, ¿la ha oído nombrar?... y tengo que llegar a Charleston. Cuánto le agradecería, sabe, un rinconcito en aquella choza para pasar la noche. No se vaya a creer que soy un negro de la tuna... que va pidiendo y esas cosas... llevo de comer en este lío. Aquí en este bolsillo, llevo papeles del Gobierno. -El anciano negro escuchaba sin dejar de sonreír. Gideon no continuó... Tragó saliva cuando iba a hablar de la Convención de Charleston. Entonces habló el vicio:

-Ningún extraño se ha ido jamás de mi puerta sin que le ofreciera un lugarcito junto a mi fogón y un pedazo de pan. La tapera aquella es para los animales. No le podemos ofrecer un jergón pero una frazada para pasar la noche cerca del fuego, sí... si eso le agrada. Y a nadie pido credenciales. Me llamo James Allenby.

-Gracias por tanta bondad, míster Allenby -murmuró Gideon, a quien había infundido ánimo la sonrisa con que el viejo había acompañado sus palabras. Allenby condujo al huésped hasta el interior de la cabaña... viejo haz de leña que acaso perteneciera en otros tiempos a una finca libre, ya que tenía ventanas y persianas, característica ausente en las chozas de esclavos. Inclinada sobre el fuego, una muchacha revolvía algo en una olla; como los oyera entrar, se irguió, alta, de miembros bien torneados, morena, sorprendentemente bella, la cabeza bien separada del busto y firme, cual si hubiese llevado una ánfora encima. Los ojos eran grandes y brillosos. Gideon pudo notar estos detalles hasta en la semioscuridad; pero algo de extraño notó en ellos, que en ningún momento se posaron en él. Allenby la tomó de la mano y le dijo:

-Hija mía, tenemos un huésped esta noche. Se llama Gideon Jackson. Está de paso para Charleston, y le invité a pasar la noche en nuestra casa. Es un hombre bueno y bien criado, me parece.

Por lo que acababa de decir el anciano y el modo como la niña continuaba fijando la mirada en un punto detrás de él, Gideon tuvo la clave que había estado buscando. La

sensación de que estuviera ciega habíale aterrorizado desde la entrada a la cabaña, y había tratado de reponerse prestando atención a los chicos, que ahora se prendían a la falda de la pobre ciega, al olor apetecible que salía de la olla, y al interior escuálido, aunque aseado, de la cabaña.

¿Sería la hija del anciano? De todos modos, no podía ser la madre de los niños; era demasiado joven. No le pareció prudente averiguarlo. Dijo ella: "Bienvenido, señor", y en seguida volvióse junto al fuego. Gideon tomó asiento en una silla hecha de ramas de pino, y Allenby puso la mesa, con platos y cucharas de lata. Afuera espesábase la noche. Gideon no tardó en ganarse la simpatía de los chicos, y pronto tenía uno en los brazos, mientras los dos restantes le abrazaban las rodillas.

-Gustan oír cantar estos chicos -dijo el anciano.

Y Gideon echó a rodar la cantilena: "Hermano conejo, vive en el zarzal... el cielo por techo..."

Gideon acababa de contar su historia, la votación y su elección como delegado; habían pasado las horas, el fuego era un lecho de brasas. Ellen Jones, la muchacha, encaramándose por la escalera de peldaños, habíase subido al altillo, bajo el alero de la cabaña. Uno de los chicos compartía con ella el cuchitril, y los dos mayorcitos, Ham y Japet, dormían en un mismo jergón; todos estaban dormidos ya. El anciano y Gideon continuaban, empero, su conversación junto al fuego.

- ¿De modo que ahora está en camino para Charleston? -dijo el anciano Allenby-. Llega al fin la alborada, tras una noche tan larga. Cómo lo envidio, Gideon Jackson... que Dios me perdone, pero lo envidio. Está bien, sin embargo; la vida es de los jóvenes y fuertes y llenos de entusiasmo. Para hombres como usted...

-Para todos nosotros -agregó Gideon.

-¿Sí? Puede que sí. ¿Qué edad me da usted, Gideon?

-Sesenta y cinco, más o menos .. .

-Setenta y siete, Gideon. Peleé en la guerra del doce contra los ingleses. Ah, sí, entonces se nos permitía pelear... para la libertad de nuestro suelo. No, no siento amarguras. Por entonces se creía que la esclavitud moriría de muerte natural. Eso era antes de que el algodón pudiera convertirse en dinero contante y sonante. Entonces los esclavos constituían un pasivo para sus dueños, en la mayoría de los casos. En cuanto a mí, hasta me dieron educación... me hicieron tutor. Por aquellos tiempos no se habían percatado de que la instrucción es como una epidemia, de que tan pronto un hombre adquiera ciertos alcances, ya tratará de romper las cadenas, amén de que contagiará esta enfermedad de la libertad a sus vecinos.

-Me arde el corazón por un poco de instrucción -dijo Gideon.

-Instrucción y libertad... paciencia, Gideon. Vienen juntas. ¿Lo sabré yo? Cuando terminó aquella guerra con los ingleses, el amo llegó a enterarse de que yo les enseñaba a los otros esclavos a leer y escribir. Quiso saber cómo sabía tanto... y ya se las ingenió para que no hiciera más daño. ¡Me vendió a una colonia de aguas abajo! Pero dondequiera que yo fuese, Gideon, me perseguía la misma hambre por un poco de saber, leer un pasaje de la Biblia, deletrear unas palabras, escribir una carta para alguien, a un ser querido. Por eso me vendieron, muchas veces me azotaron, me amenazaron. ¿Podrá curarse, digo yo, un mal de ese modo? Yo he leído a Voltaire, a Paine, a Jefferson, sí, y a Shakespeare también. Usted nunca ha oído mentar esos grandes hombres, Gideon, ni su voz de oro; pero ya llegará la ocasión... ya verá. Entonces dirá si yo podía callar.

Gideon sacudió la cabeza, sin expresión en su rostro.

Tuve tres mujeres, Gideon, y las quise a las tres... y cada vez me arrancaron su cariño al venderme. Y tuve hijos de todas ellas; pero no sé dónde están, siquiera uno de ellos. Cuatro veces conseguí escaparme... y una vez tras otra me encontraron y volvieron a la colonia, y no le digo con cuántos azotes, pero me perdonaron la vida, porque mi cuerpo... vivo, tenía precio; un novillo vale después de muerto, pero nuestra carne iba a los cuervos, a menos que palpitara la vida en ella. No crea que hablo a menudo de estas cosas, Gideon; se lo digo

porque es de la mayor importancia que usted recuerde nuestro pasado, lo que ha sufrido nuestra raza. En usted, Gideon, hay bondad, y también fortaleza de ánimo y fuego... no se me escapa. Llegará a ser un gran caudillo de nuestro pueblo, pero valdrá menos que la nada si llegara a olvidar... Veo que ha estado conjeturando acerca de esta cieguita y de los tres chicos. Voy a decirle...

-No lo tendré a mal si usted prefiere callar estas cosas -dijo Gideon.

-Precisamente por eso lo relato, Gideon, porque quiero que lo sepa. Los tres son de la calle. Este pobre Sur nuestro está lleno de huerfanitos y chicos cuyos padres sabe Dios por dónde andan, ganado descarriado, abandonado cuando el aparato de la guerra destruyó el mercado. A mí me tenían de esclavo en Alabama cuando comenzó la guerra. Al romperse nuestras cadenas, emprendí el camino del Norte y el Este; no hacia la tierra de los yanquis, no; quiero demasiado a este Sur nuestro, sino que al extremo Sur no pude quererlo nunca. Fue demasiado duro conmigo. Pensé que habría alguien en la Carolina o en Virginia necesitado de un maestro. Y por el camino fui recogiendo a estos chicos. ¿Cómo fue? Sucedió, Gideon..., lo mismo le ocurriría a usted. Y así encontré a la cieguita, la pobre. Ellen tiene dieciséis años. Su padre era un negro libre de Atlanta, médico. Pero ésta es harina de otro costal... ha muerto... que Dios lo tenga en la gloria. Después de la partida de Sherman, ocurrieron cosas terribles. No quiero culpar a nadie. Algunos soldados rebeldes, hay hombres malos y buenos en todos los bandos, mataron al padre de la pobre muchacha, ante sus ojos, lo ensartaron con sus bayonetas y le sacaron los ojos. Verá, pues..., es que había ayudado a los yanquis. Le cuento todo esto, Gideon, no para sembrar la semilla del odio en su pecho, sino para que comprenda a los hombres. Hablo al hombre que está camino de Charleston para hacer una Constitución, un Estado nuevo, un mundo nuevo, una vida nueva...; es preciso que comprenda, entonces, cómo gente tan sencilla es capaz de cosas tan infernales...; la verdad es que en su entendimiento no cabía otra cosa. Después de muerto el padre, violaron a esta pobre criatura, que quedó ciega... Yo no sé de estas cosas; de si una sacudida tan horrorosa puede dejar ciego a uno, o si ella ya estaba enferma de los ojos. Pero cuando la encontré ya había perdido el uso de los sentidos, y hasta la noción de su persona y de su pasado; vivía en los bosques como un animal salvaje, y tan asustadiza era la pobre como uno de ellos. No sé por qué razón tuvo confianza en mí... por eso la tenemos aquí, en nuestra compañía.

El anciano negro hizo una pausa; Gideon tenía la mirada fija en las brasas, abriendo y cerrando los puños nerviosamente.

-Gideon -llamóle el anciano con voz suave.

-¿Señor?

-Gideon, desde el instante en que se puso usted aquellas credenciales del Gobierno en el bolsillo, cesó de nuevo de ser hombre libre para convertirse en sirviente. Un hombre, Gideon, podrá desahogar su ira, podrá sentir impulsos de matar y destruir... así como usted en este momento; pero un sirviente, nunca; deberá trabajar para su amo. El amo es nuestra gente, Gideon. Ahora escuche, que le diré lo demás.

-Le escucho.

-Yo encontré esta cabaña, sabe Dios quién es su dueño..., puede que haya muerto en la guerra. Miles de taperas se encuentran como ésta, abandonadas en nuestra tierra sureña. Hace dos años que vivo aquí. Recojo una pequeña cosecha... lo bastante para nosotros. Algunas gallinas y unos lechoncitos es todo nuestro ganado. Nadie nos ha molestado desde que paramos aquí. Ellen ha vuelto a sus sentidos, es casi normal ahora... pero ciega. No la paso mal, en verdad, con estas cuatro almas de Dios, a quienes trato de dar un poco de instrucción. Hago algunos trabajos en el pueblo; no soy del todo mal carpintero, zapatero, plomero, y con algunas cartas que escribo, me hago de algunas monedas para comprar ropa y libros para los chicos...

Allí se detuvo; y Gideon tardó unos largos instantes antes de decidirse a preguntar:

-¿Y cuando usted se muera?

-He pensado en eso -respondió Allenby-. Ahí están todos mis temores y ansiedades.

-¿O supóngase que llegue a enfermarse? ¿O que venga un día el sheriff y le mande salir de este sitio?

-También en eso he pensado, Gideon.

-Ahora, escúcheme a mí -dijo Gideon: en su voz había una nota de excitación-. Un hombre como usted, es hombre que sabe. Usted será muy viejo... setenta y siete, dice; ésa es mucha edad. Pero usted está curtido, y es fuerte como un roble. Puede que la muerte le venga a buscar mañana, porque cuando uno es viejo, no sabe lo que Dios tiene dispuesto... pero usted puede vivir diez, quince años todavía.

-¿A dónde piensa llegar, Gideon?

-Tengo pensado algo. Aquí me tiene a mí, un negro libre, pelándome los talones camino de Charleston, arrogante como un pavo real, porque soy delegado a la Convención. Pero no sé leer, ni escribir, estoy empapado en la ignorancia más negra. Aquí, en estas tierras del Sur, hay, a lo menos, cuatro millones de negros ávidos de un poco de instrucción. La libertad les ha hecho levantar la cabeza... una milla, como lo haría una canción dulce y bonita, ¿pero adónde puede llevar eso a un hombre cuando la ignorancia lo aplasta contra el suelo? Usted está enseñando a tres pequeños; eso es muy bueno. Pero allá en Carwell hay otros negros... que piensan lo mismo que usted, como todos los negros de estas tierras, no saben lo que es suyo, no saben lo que es de otros, ni nadie les dice de quién es la tierra que trabajan o la choza que los abriga. ¿Y cómo quiere que lo sepan si no hay nadie en toda la colonia que sepa leer y escribir como para enseñarles? -Gideon se detuvo, tragó saliva, y las palabras que luego pronunció fue marcándolas con el índice tendido-: Márchese para nuestros pagos... Llévese los chicos. Dígales que Gideon... que yo lo he mandado. Háblele al Hermano Pedro, que es el hombre que dice los sermones, y dígale que usted va para enseñarles, a instruirles. ¡Verá cómo van a quererlo!...

Allenby meneó la cabeza.

Así lo pensé una vez, Gideon. Pero soy viejo... le tengo miedo a la vida... Estoy contento aquí. Hay una Oficina de Liberados que se encarga de nuestros asuntos...

-Es cosa de esperar hasta el día del Juicio Final, si espera a la oficina ésa -dijo Gideon-.. ¿De qué tiene usted miedo? Tome ese camino, derecho... Pregunte a cualquiera por la colonia de los Carwell. ¡Es lo mejor!, ¡que cualquier mañana de éstas, al levantarse los pobres chicos, lo encuentren frío, sin nadie que lo ponga en la fosa, nadie que le afeite la barba, nadie que le envuelva con la mortaja o le haga un cajón de pino! ¿Quién va a hacerle todo eso, la pobre cieguita?

Pero el viejo, duro de convencer, seguía resistiendo, hasta que Gideon

fue demoliendo, uno tras otro, sus argumentos... Cuando ya no quedaban brasas en el fuego, el viejo dio, al fin, su asentimiento. Sentado con el busto encorvado, la cabeza proyectada hacia adelante, parecía estar hurgando en las tinieblas, en busca de alguna seguridad. Y exclamó:

-¿No le parece algo como cosa de sueños, algunas veces, Gideon, este asunto de la libertad?

-Nada de sueños -rebatió Gideon-, yo he marchado junto a los yanquis, y he trabajado con mis dos manos para conseguirla. Eso no son sueños.

Al día siguiente ocurrieron muchas cosas, que le hicieron pensar a Gideon, como le había ocurrido ya antes, que unas cuantas horas en el camino real valen por un mes en la bucólica paz de una finca en lo descampado. Ayudó a un muchacho a echar a andar a una mula, y luego anduvo unas dos millas arriba del carro. Conversó más de un cuarto de hora con una anciana que llevaba una canasta de huevos al mercado del pueblo, y, en tanto coincidían los caminos de ambos, cargó él con la canasta. Una mujer blanca le ofreció el almuerzo por haberle partido leña de quemar, y el marido al salir del galpón donde estaba ordeñando, dijo que nunca había visto a un negro que volase leña como éste. Buen almuerzo el que la mujer blanca preparó a Gideon, y él, pensando que la discreción no es cobardía, no abrió la boca

respecto de la Convención. En horas de la tarde pasó por una plantación; los negros trabajando en el campo a las órdenes de un capataz blanco, cavando una zanja de desagüe.

-¿Trabajan a salario? -preguntó Gideon a sus hermanos de raza. -Aquéllos le dejaron sin respuesta, en tanto el capataz gritó enfurecido:

-¡Vete al diablo, negro bastardo!

Al anochecer, el cielo fue cubriéndose con nubes de tormenta, y cuando ésta rompió en violento chaparrón, Gideon corrió a abrigarse en una parva de heno. Una vaca le había precedido, y Gideon arrimóse contra el costado tibio del animal. Cantó, entretanto, la cantilena:

Recoge los terneros, los terneros blancos, Recoge los terneros, ¡oh mami!

Pero el procedimiento dejó malparado al levitón. Gideon fue sacándose las pajas que se le habían pegado en su indumentaria, mas la chistera no tenía ya remedio. La copa se despegó del resto, dejando al pobre Gideon en el dilema de llevarlo así, sin copa, o tirarlo. No se le escapaba que una chistera que dejara la coronilla al aire era una redundancia, pero tampoco le parecía bien tirarla al costado del camino. Habiendo decidido guardarla, más tarde, al encontrarse con un hermano de raza, la trocó por un par de jugosas manzanas.

Aquella noche durmió a cielo abierto; las estrellas por dosel y una camada de ramas de pino entre su cuerpo y el suelo húmedo. No era muy cómodo el lecho, pero tenía el corazón muy arriba y la maravilla de su misión comenzaba a apoderarse de él.

Al día siguiente, Gideon atravesó las tierras bajas de la costa, y al cabo de la cuarta jornada de camino vio dibujarse en el horizonte los techos de las casas de Charleston.

CAPÍTULO IV
GIDEON JACKSON TRABAJA CON SUS DOS BRAZOS Y LA CABEZA

La sensación de pánico que se apoderó de Gideon Jackson al hacer su entrada en Charleston no era cosa que pudiera ahuyentarse con la simple autopersuasión. Era el terror del más oscuro y amenazante desconocido: el hombre blanco. Un recuerdo de la niñez acudió a la mente del negro, que le llevó a la tierra de la casona blanca:

-Eh, muchacho. -Era un eco de acaso treinta años atrás. Hombres y mujeres en la veranda, cómodamente sentados, ellos de botas y fina ropa de montar; ellas... las recordaba tan sólo como bellezas. Quienquiera que fuese la mujer, la de éste su recuerdo de hoy, tenía los zapatos sucios de barro. Era un hombre que le había gritado-: ¡Muchacho, ven aquí! -Temblando de miedo acababa de quitar el barro de los zapatos de la bella, y aquel hombre habíale arrojado una moneda de plata. Recordábase gateando en el barro para atraparla, encerrarla en el puño, y luego mirarlos a todos con ojos extrañados al sentirlos soltar la carcajada. El era un pobre animalito negro... ya entonces lo sabía. Sí, aún a la tierna edad de seis años, el terror le recorría las venas; ya se sentía solo, y sabía que la esperanza de llegar a considerarse un hombre como todos, le sería negada. El hombre blanco, en el futuro, se le aparecería como puerta cerrada, infranqueable, y aunque se había acercado mucho a esa puerta desde entonces, nunca le fue dado poder abrirla.

En este instante de su vida, tenía puesta la mano en ella. No como cuando hiciera su entrada en Charleston, marchando con tantos otros, fusil al hombro; estaba solo esta vez, aterrado.

Gideon atravesó la ciudad. No llevaba ni dinero ni viandas, y le faltaban ánimos para presentarse a los funcionarios de la Convención. Hambriento y cansado, dábase perfecta cuenta, además, del papel ridículo que hacía con su indumentaria raída. Ni siquiera el pañuelo a cuadros que le colgaba del bolsillo alto del levitón le entonaba un poco.

¿Por qué, se preguntaba, no se había quedado en su casa? ¿Por qué había permitido que el Hermano Pedro le hiciera caer con sus argumentos especiosos en esta trampa? Por descontado que no podía presentarse así a la Convención. ¿Qué hacer? ¿Volverse? ¿Y si allá en la colonia, quisiesen saber los detalles de la Convención... qué les diría? ¿Qué podría decirles, en cambio? ¿Mentirles? ¿A su gente, al Hermano Pedro, a Raquel? ¿Mirarle en los ojos a su hijo, a Jeff, quien le escrutaría fríamente y descubriría la verdad? ¿Y si el hecho de no atender la Convención fuese penado con severos castigos, cómo lo sabría él? ¡Desaparecer!... ¿Pero, qué clase de idea loca era ésa? ¿Dejar para siempre a Raquel, a los chicos, a su gente toda... lo mismo que antaño, cuando le vendían a uno corriente abajo del río? ¿Estaría perdiendo la cabeza?

Dejóse llevar por las piernas, donde ellas quisiesen. Había andado por las callejuelas fangosas, donde los negros vivían en chozas, construidas apresuradamente, entre unas casas imponentes, levantadas por los blancos, ahora abandonadas. Oyó una voz de mujer:

-¡Mira a ese negrazo! ¿Dónde va usted, hombre?

Ni él sabía adónde. Atravesó la ciudad vieja, poblada de casas blancas con sus pórticos griegos, sus palmeras, sus puertas y balcones de hierro forjado. Ni una mirada cordial, ni una palabra, siquiera fuese de escarnio; era una ciudad recogida en sí misma, soportando la terrible indignidad de una Convención formada por hombres como Gideon Jackson... y ese mismo Gideon sentíase cual muro vacilante de frustrados odios.

A cierta hora, acercándose la noche, Gideon levantó la mirada hacia un hermoso edificio, y allí, sobre el dintel del portón principal, pudo deletrear la palabra mágica: Convención, en grandes letras de molde... y trabajosamente hilvanó el resto del mensaje: ahí dentro habría de reunirse, pues, la Convención. Una docena de yanquis, mascando tabaco, el pecho apoyado lánguidamente en el caño del fusil, montaban guardia frente al edificio. Dispersos en el área circunvecina, pudo observar corros de negros y blancos, hablando y gesticulando y, de tanto en tanto, levantando la voz para pronunciar palabras intraducibles. Gideon no pudo menos de tomar nota, con una sensación de vergüenza, de la fina indumentaria que ostentaban algunos de los circundantes. Uno de ellos, en efecto, vestía pantalones color gris perla, saco a cuadros y una corbata gris realmente espléndida; otro calzaba botas negras y pantalones blancos, y otro, en fin, iba de vistosísimo traje a cuadros... Ropa toda que Gideon ni siquiera en sueños llevaría jamás; pero tampoco le alegraba ver cómo muchos no iban mejor trajeados que él, y que la traza de otros era peor aún que la suya propia... ropa basta del campo, sin corte definido, y sin corbata ni sombrero.

Prosiguió su peregrinaje, calle abajo por Meeting Street hasta el Arsenal, v de ahí a East Battery. Después de haber sufrido intensamente las consecuencias de la guerra, Charleston estaba en trance de convertirse de nuevo en puerto importante. El puerto daba albergue a muchos barcos, y en los diques paralelos a East Street corría una línea de mástiles que recordaba el borde desdentado de un peine viejo. Se acercaba la hora de la puesta del sol, y marchando Gideon a lo largo de

Battery, el agua echaba reflejos rojos y dorados; el viejo fuerte Sumter, entre la espesa vaharina del puerto, en una atmósfera de cuento de hadas, era un carapacho de color de rosa. A todo lo largo del camino costanero, las gaviotas picaban y planeaban sobre las aguas, y gritaban.

Pero todo eso sólo servía para ahondar su desesperación; acosado por el hambre y el frío, no tenía un cobre en los bolsillos, ni un lugar abrigado donde echarse a dormir. En East Bay Street descubrió un barracón atestado de altas pilas de fardos de algodón; tres de ellos formaban una "A" a modo de cueva, y ahí abajo se arrastró Gideon. Ni siquiera tuvo la fuerza de cantar o entonar alguna de sus melodías preferidas para levantar un poco sus ánimos. Allí

echado permaneció horas y horas, sintiéndose el más miserable de los hombres, antes de caer vencido por el sueño.

A la madrugada siguiente, Gideon se encontró con un grupo de estibadores negros. Iba dejando atrás el muelle, donde aquéllos estaban sentados a la espera de que atracara un barco que estaba siendo maniobrado, cuando les llamó la atención el levitón de nuestro héroe:

-¿Eh, diga usted, amigo, es hombre de oración usted?

-Ha de ser un diácono, así como lo ven.

-Eh, mírenle el levitón; se ha revolcado en un algodonal.

Los comentarios, resonantes, medio burlones, no hicieron ningún efecto en Gideon, quien, taciturno y desdichado, los miraba comer a dos carrillos un desayuno de pan de maíz, queso y cebollas; y tan evidente debía ser su estado de desesperación, que dejaron de mofarse. Uno le dijo:

-¿Quiere servirse un pedazo de pan, diácono?

Gideon meneó la cabeza, negándose.

-¿Trabaja?

Gideon repitió el mismo movimiento de la cabeza.

-El amo blanco da trabajo a quien quiera agachar el lomo por cincuenta céntimos al día.

Gideon asintió esta vez; en trances semejantes, si un hombre no se decide a trabajar, tendrá que pasar hambre. Le faltaría habilidad para muchas otras cosas, pero sus dos manazas y el torso de toro que tenía le permitían, si no otra cosa, por lo menos barajar un fardo de algodón.

En el trance en que se debatía, cincuenta céntimos al día no eran de despreciar. ¡A trabajar, pues!

Durante toda esa jornada pudo olvidar muchas cosas. Regueros de sudor le recorrían el rostro, los músculos se tensaban o anudaban o estiraban bajo el esfuerzo, hasta que algunos de los negros de la cuadrilla llegaron a exclamar con admiración:

-¡Es un negro toruno de aguas abajo! Acarreador de fardos de los algodonales.

Se había quitado el levitón, pero por nada del mundo se separaría de los papeles oficiales. Cuidó de que estuvieran seguros en un bolsillo del pantalón... y no es para describir la sensación de seguridad que le daba el sentirlos rozar, crujientes, contra el muslo.

Por el momento, el futuro no existía para Gideon, quien gozaba, en cambio, de un desahogo mental hondamente sentido. A mediodía le ofrecieron compartir el almuerzo, pero su quisquilloso sentido del amor propio hízole rechazarlo. La jornada concluida, sentíase agotado y hambriento como un lobo, pero contaba con cincuenta céntimos en el bolsillo. Con Joe y Harko, dos compañeros estibadores, fue a una casa de los alrededores de Cumberland Street, donde una negra sabía cocinar, todo en revoltijo sabrosísimo arroz, langostinos y chufas. Por diez céntimos, servía un plato colmado del mejunje, agregando dos bastones de pan de maíz. Gideon dejó el plato que lucía. Era cosa de no descuidar lo de poseer unos céntimos para comprarse un plato de comida y tener así el vientre lleno y el espíritu templado... Joe tenía una mujer, pecadora v de buena disposición; invitóle a Gideon, pero éste meneó la cabeza, devolviéndole de un sacudón a la realidad, recordando, además de Raquel, la conversación de antes de partir con el Hermano Pedro, a la vez que se preguntaba a sí mismo dónde le conduciría el camino que había emprendido.

Andando las horas, esa misma tarde, Gideon llegó a comprender la causa de sus temores, y la sencillez y naturalidad de dirigirse al despacho del mayor Allen James, para presentar sus credenciales. Mucho tiempo después, tratando de recordar, quiso descubrir los móviles de tan repentino cambio; de si había sido el hecho de haber comprado un diario por cinco céntimos y el orgullo con que lo llevaba apretado bajo el brazo; de si la casa donde había alquilado una cama esa noche, en la residencia de míster Jacob Carter; de si, en fin, había traído el cambio una de las tantas cosas que le habían acaecido esa tarde.

Jacob Carter era zapatero, negro libre antes y durante la guerra, laborioso y respetable, y que había estado ahorrando céntimo tras céntimo para comprar su manumisión. Poseía una

casita de cuatro habitaciones en la periferia de Charleston. Para la ocasión había puesto un cartel en la fachada con la leyenda: "Se da pensión a los Delegados de la Convención". El hombre que le vendió el diario informó a Gideon de ello y cómo encontrar la casita; diole el título de "señor", acaso porque le comprara el diario, pero de todos modos, el efecto en el espíritu de Gideon fue mágico.

Había anochecido cuando golpeó en la puerta de los Carter. En el haz de luz amarillenta que salía por la rendija de la puerta entreabierta, una mujer fijó en el huésped su mirada suspicaz.

-¿Que quiere usted?

-Por favor, señora -dijo Gideon-. Llamaba para saber si me alquila una cama para dormir esta noche... vi el cartel afuera. ¿No es aquí que viven los Carter?

-Así es. ¿Quién es usted?

En esto se asomó un hombre, quien abrió la puerta unos centímetros más, y miró a Gideon con menos desconfianza.

-Me llamo Gideon Jackson, señor. Soy delegado.

-¿Delegado?

-Sí, sí -Gideon tenía ya lo que hoy se diría el complejo del desaliño y la pobreza de su ropa-. Trapos viejos -murmuró-. No he tenido tiempo de comprarme un traje de ciudad. Vengo de la campaña.

Carter acogió la excusa con amplia sonrisa y le dijo:

-Pase usted.

Tal vez fue su encuentro con los Carter, el interior de cuya casa era el primero que veía, lo que disipó sus temores. Le condujeron a un cuarto de dimensiones reducidas, pero bien aseado, donde la cama tenía colchón de algodón, cosa nunca vista en su vida, y la lámpara era genuina de querosene. Por todo esto y dos comidas por día le cobraban dos dólares la semana. Cuando dijo que sus servicios en la Convención acaso no le rendirían los dos dólares netos, sonriéronse los Carter de tanta ingenuidad y le aseguraron que el Gobierno, de seguro, no pagaría menos de cinco dólares la semana, y no fuera extraño que diesen diez.

Los Carter, ya cincuentones, no tenían hijos; a través del terror de los años de guerra y los dos subsiguientes, bajo el reinado del despiadado código negro, habían luchado desesperadamente, en cierto modo con valentía, para sostener la pobre dignidad de su posición de negros libres y propietarios de la casita que habitaban. Sin embargo, en un ambiente donde otros negros libres abrigaban el mayor desdén por sus compañeros de raza, ignorantes y montunos, que venían a la ciudad como delegados a la Convención, los Carter, dentro del marco de su sencillez, daban a Gideon un trato igual al que hubieran dado a amigos de la familia.

Aquella noche, a la luz amarilla de la lámpara de su cuarto, Gideon inició una verdadera epopeya a través de las hojas del diario. Había visto ya antes hojas de información impresas, era verdad, pero era ésta la primera vez que se ponía seriamente a descifrar sus misterios. El cuerpo de la letra era chico, lo que dificultaba aún más su faena; obligándole a leer con mayor lentitud de lo que era costumbre en él; y seguir con el índice sílaba tras sílaba, hasta analizar cada palabra y comprenderla o tratar de adivinar su contenido. No atinaba a establecer un hilo conductor del pensamiento a través de la mayor parte de su lectura; demasiadas palabras cuyo sentido escapaba a su entendimiento; demasiados extensos espacios en blanco rompían la ilación... Con todo, fatigosamente, recorrió las líneas de un editorial acerca de la Convención; pieza de escarnio, donde se comparaba a los negros con los monos, asignándole a la próxima asamblea los motes de circo, jardín zoológico, congregación de simios. En otra página dejóse fascinar por el relato del naufragio de un barco, y, siempre en forma inconexa, en otra columna alcanzó a enterarse de desmanes y ultrajes que se inferían a los hombres de color en todos los estados de la Unión, sorprendiéndose a la vez de que él no hubiese oído nunca palabra de tales hechos.

Finalmente, vencidos sus ojos por el esfuerzo, se quitó la ropa y se metió en la muelle cama. Tenía resortes metálicos, y Gideon se hizo el gusto de probar su solidez meciéndose en sentido vertical; era como flotar en el aire. Quedóse dormido agradeciendo a Dios por su buena estrella y creándose un mundo donde él y Raquel dormían todas las noches en aquella cama.

Y al día siguiente, sin pensarlo demasiado tiempo ni demasiado hondo, ni dejarse dominar por los temores de ayer, Gideon se presentó al despacho del mayor James. La señora Carter había limpiado y zurcido los rasgones del levitón y lo había planchado. Jacob Carter le había cosido un parche en la bota del pie izquierdo, por donde el día antes asomaba el dedo gordo, y le había recubierto ambos calzados con una capa de betún negro. Poniendo en juego toda su discreción, el dueño de casa sugirióle que el pañuelo a cuadros quedaría mejor en un bolsillo del pantalón que colgando del de la levita, y, después de unos laboriosos minutos de persuasión, Gideon se avino a cambiarse la camisa, poniéndose una de las domingueras blancas del zapatero. Carter tenía dos camisas blancas, atesoradas a través de los años, y que sólo había llevado los domingos; pero tanto a él como a su esposa, les encantaba el huésped y, según suele suceder con gente de edad, habíanle cobrado un cariño de padres.

Le llevaron una jofaina con agua, y Carter, sentado en la única silla del cuarto, estuvo escuchando a Gideon, quien, para captarse aún más las simpatías del zapatero, relató episodios aislados de su vida. En reciprocidad, Carter habló de Charleston, de negros y blancos, de la extraña y ominosa tensión que pendía sobre la ciudad desde el anuncio de la Convención.

-Parece que hay dos delegados negros por cada uno blanco -dijo Carter-. Los blancos en su mayoría, son unos pillos. Unionistas, por cierto. Se están preparando una de fondo. Parece como si de un tiempo a esta parte no se hiciera otra cosa sino amontonar nubes de tormenta. ¿Ha visto cuántos soldados yanquis patrullan las calles?

-Los he visto.

-Lo que a mí, no los trago a esos yanquis, ni un poquito -añadió Carter.

-¿Por qué, pues?

-¿Quiere decirme usted, qué están haciendo por nuestros pagos? Yo les diría que se vayan de vuelta a sus tierras.

-No habría negros libres si no fuera por los yanquis -dijo Gideon, sin perder su aplomo-. No habría Convención, tampoco.

Carter no creyó prudente extremar el argumento. No se le escapaba a Gideon que Carter veía las cosas con cierta superficialidad, pero la generosidad del zapatero era total y desinteresada... Era hombre piadoso, y dos tercios de su conversación corriente giraban en torno a cosas de la Iglesia.

Gideon era presentable al salir de casa esa mañana: levitón negro, camisa blanca, un tanto tirante por lo angosta, pero eficaz a pesar de todo, y corbata negra. Cuando la gente lo miraba un poco, por su estatura, por sus anchas espaldas y lo netas y amplias de las formas, creía que le admiraban el conjunto de camisa blanca y corbata negra.

El mayor James era hombre atareadísimo. No ya porque la Convención Constituyente iba configurándose con perspectivas definidas y sin una organización firme, sino que Charleston iba dando más y más la idea de un barril de pólvora con la mecha encendida.

El mayor James tenía el oído afinado a los menores indicios y señales de disturbios; y con razón, pues en el curso de la larga y feroz guerra había visto media docena de ciudades del Sur ocupadas por tropas yanquis. Sabía muy bien que una ciudad es un organismo viviente, con un corazón, y un temperamento capaz de diferentes estados de ánimo, con momentos de mal humor y sombría tristeza, así como rachas de disposición alegre y jovial. Una ciudad podía ser peligrosa o no; dependía de su modo de reaccionar. Y al igual que un hombre con el carácter a flor de piel, ardoroso, alborotado, iracundo, una ciudad que fuese un hervidero de furias proclamadas a los cuatro vientos no hubiera tenido al mayor Allen James tan desconcertado como la quieta y ominosa Charleston de esos días. Había demasiadas

Librodot

persianas cerradas; demasiada gente representativa de la ciudad no salía a la calle hacía días... semanas. Y aun aquellos que se aventuraban a salir por asuntos de negocios o de otra índole, llevaban por la calle un paso apresurado, mirando derecho adelante y hablando apenas.

Todo lo cual distaba de ser señal promisoria a los ojos del mayor James. ¿Qué se estaría tramando detrás de esas persianas herméticamente cerradas? ¿Cuántas armas largas había, en total, en Charleston? ¿Cuántas pistolas con el gatillo levantado? Su superior, el coronel Fenton Grace, decía con ingenuidad de extranjero: "Dejemos que se levanten, que ya sabremos cómo pararlos... al menos, se sabrá dónde estamos...; de todos modos, usted piensa más de la cuenta". Respuesta militar, sin duda. No era de la misma opinión el mayor James, quien deseaba ver una Convención pacífica y una serena transición de lo militar a lo civil, y, si al caso venía, una promoción y seis meses de licencia para él. El mayor James no podía pasar el Sur; para él, era territorio enemigo. De la gente de allí, desconfiaba de blancos y negros por igual, y ni comprendía a los unos ni a los otros. No sentía ninguna simpatía por la causa de los negros, a quienes tenía por responsables de la guerra; ni pasaba a los blancos borbones, para quienes abrigaba un odio instintivo, propio de su educación burguesa de Ohio, y en cuanto a los sencillos, empobrecidos blancos del Sur... bueno, le habían matado a tantos compañeros de armas... Los maldecía por rebeldes.

Mas a medida que los convencionales iban bajando a la ciudad, llegaban a él y le presentaban sus credenciales, se desvanecían sus esperanzas de pleno éxito. ¡Qué chusma, Dios mío! ¡Qué calaña de impíos, ignorantes, sucios, vulgares! ¡Qué suerte de comparsa de idiotas y visionarios le habían impuesto al pobre Sur los radicales yanquis, los Summer y los Stevens y el resto! Trabajadores del campo que se habían recorrido

doscientas millas a pie, ignorantes hasta el punto de no saber que había ferrocarriles y de que los convencionales gozaban de pasaje libre; soldados negros dados de baja, que pretendían considerarse a la par suya por el solo hecho de haber llevado el uniforme azul de la Unión y un fusil; hombres que no sabían ni leer ni escribir; montañeses blancos, larguiruchos y esmirriados, que habían sostenido la causa de la Unión sólo por el odio que alimentaban contra los negreros; maestros de escuela negros, quienes, sabiendo tan sólo leer y hacer sumas, se tenían a sí mismos por sabios...; en verdad, había algo de extraño en el estado de excitación y furor reprimido reinantes en Charleston.

El mayor James comenzaba a ver que algo de justicia había, al fin y al cabo, en el punto sustentado por los rebeldes, acerca de que el negro era un salvaje con mentalidad infantil, verdad hecha más patente a sus ojos, cuando unos de éstos, cuerpo de toro, levitón negro, camisa blanca, tan ajustada que iba reventando en las costuras, y unos pantalones raídos y plagados de remiendos, se presentó en su despacho con las credenciales que lo habilitaban para representar el distrito de Carwell-Sinkerton. El tal negro se llamaba Gideon Jackson, y acababa de llegar a pie a Charleston. Sus conocimientos de la escritura no iban mucho más allá de su nombre y una que otra palabra más. ¿Sabía leer? Un poquito. ¡Dueño ufano de acaso cien palabras literarias! ¿Tenía conciencia de sus deberes de delegado? ¿Deberes? Bien, diciéndolo con otras palabras... ¿comprendía en su plenitud el significado de la Convención? ¿"Significado"? No... por cierto... ni siquiera sabía lo que la propia palabra significado quería decir. Tener que descender los peldaños de la civilización hasta expresarse en un lenguaje monosilábico... y que con tal elemento humano se pretendiera reconstruir un Estado, a iniciarse con la redacción de una nueva Constitución; ¡no podía ser... imposible! Desesperado, James encaró al coronel Grace para preguntarle:

-Señor coronel, ¿habremos de dar entrada a esa especie? -Si su elección es legal, sí.

-Trae los papeles. Están en orden... si se puede llamar legal a la elección misma.

El coronel Grace agregó con tono seco:

-No es de mi incumbencia poner en duda la legalidad de las elecciones. Sírvase no olvidar, mayor, que estos negros nos fueron leales en la hora de mayor peligro.

La verdad era que no corría mucha simpatía entre los dos militares; el coronel Grace servía en las armas con cariño y orgullo, pues procedía de una familia de abolicionistas.

-Quisiera advertirle, señor, que esta ciudad no tolerará que le dicte leyes una Convención de palurdos.

-Y yo le aseguro -rebatió el coronel Grace-que esta ciudad hará, quiéralo o no, lo que el Gobierno mande.

-Es gente que tiene orgullo.

-¡El tipo de orgullo que manda a la tumba a medio millón de hombres! -dijo el coronel, poniendo punto final al diálogo.

-Y tras esas palabras volvióse a su despacho el mayor James, quien refrendó sin más el derecho de Gideon para ocupar una banca en la Convención Constituyente por el Estado de Carolina del Sur.

Al salir Gideon de la "Administración Militar", lo enfrentó en la calle un hombre de color, de cutis tirando a moreno, bien trajeado, quien hizo su propia presentación diciendo llamarse Francis L. Cardozo. Le dijo:

-¿Usted es diputado a la Convención?

-Sí...

-¿Le molesta que lo acompañe un rato en su camino?

-No sé si me molesta o no... -dijole Gideon, un tanto turbado por la facilidad con que el elegante y cumplido extraño habíase insinuado para trabar relación con él. Se encaminaron calle abajo. Gideon miraba al otro de soslayo de tanto en tanto, hasta que, al cabo, Cardozo, con una suave inclinación de cabeza, le preguntó:

-¿Y cómo es su gracia señor?, si me permite la indiscreción. -Gideon Jackson -contestó a secas.

Cardozo le dijo entonces que también él formaría parte de la Convención, por el distrito de Charleston... y si el señor Jackson no tuviera a mal reunirse con algunos de los demás miembros de color..., podría acudir esa misma tarde a la casa de Cardozo, alrededor de las quince, para hablar de asuntos relacionados con la próxima asamblea.

-Creo que no iré -respondió Gideon.

-Bueno; no dudo que lo hará cuando se haya reunido la Convención. Pero lo nuestro es otra cosa... se trata de poner en claro ciertos puntos. Son todos buena gente, se lo aseguro, señor Jackson.

-Tal vez me decida por ir -dijo entonces Gideon.

-Venga, pues, sin más. Aquí tiene usted mi dirección. Escribió la dirección de su casa en una tarjeta, que alcanzó a Gideon. Luego se dieron un apretón de manos, y Gideon marchóse por su camino con el título tintineándole en los oídos: "señor Jackson"... Como un canto de gloria en la Iglesia eran las cosas que le estaban ocurriendo ese día; y pensar que unos minutos antes le había costado reunir coraje siquiera para presentar unos papeles. Al subsiguiente día había de inaugurarse la Convención. El ritmo atropellado del corazón era ya en él un factor constante. Gideon recorría calle tras calle a paso enérgico, diciéndose a sí mismo: "Hay en este mundo un brillo de luz de sol. Jesucristo se pasea por estos lugares hoy. Nací esclavo y fui esclavo hasta casi ayer. Mis pobres chicos... también nacieron esclavos. ¡Mira, ahora... mira lo que somos ahora!"

Un blanco, que marchaba en dirección contraria a Gideon, en una misma línea, se le fue acercando con la instintiva seguridad de que el negro se haría a un lado. Para Gideon, reconcentrado en sí mismo, el mundo exterior no existía. Se hubiera topado; pero el blanco, a ultimo momento, dio un paso a un costado y, al cruzarse, hizo jugar el bastón de paseo que llevaba, latigueándolo de modo de cruzarle el lomo a Gideon. Este, atraído repentinamente a la realidad por el bastonazo, se paró en seco, con los nervios tensos, avergonzado; el golpe se convirtió en reguero de fuego que le echaba en la sangre burbujas de rabia; rabia y vergüenza, y el felino instinto de saltar al cuello de aquel hombre blanco, pero el sentido de algo oculto lo contuvo, y le habló hasta que el hombre blanco, doblada la esquina, se hubo perdido de vista.

Gideon prosiguió su camino, pero su mundo retrocedió a un lugar donde todavía necesitaba de remiendos, mundo imperfecto aún. Y se preguntó a sí mismo: "¿Por qué había de hacérseme tal afrenta?"

En los bolsillos de Gideon quedaban aún veinticinco céntimos. El dinero tiene infinidad de aplicaciones; no es como el arroz o las papas, productos de la tierra capaces de someterse a cálculos rígidos: tanto comido hoy, tanto mañana, y tal día ya no habrá más. El dinero posee mucha flexibilidad... puede emplearlo uno para esto o aquello, o no usarlo para nada. El aire fresco, punzante, habíale despertado el apetito. Se detuvo en un puesto del mercado donde vendían humeante arroz con cebollas a cinco céntimos el plato. Luego compró otro diario. Fuese caminando hasta los muelles, y allí, sentado sobre un fardo de algodón, comenzó a leer. Con el escozor en el lomo casi olvidado, despertó de nuevo a las maravillas de la letra impresa, de un modo que diríamos erótico, sintiéndose tensar y hormiguear la piel a medida que iba leyendo.

"Los informes sobre Georgia prometen una mayor estabilidad...", esta palabra la subrayó Gideon mentalmente para no olvidarla, eso de "esta... lab... no, esta... bali..."; bueno, volvería sobre el asunto. Adelante; "en el futuro del algodón en el mercado de Nueva York". ¿Y qué era eso del "futuro del algodón?" ¿Qué clase de mercado sería el de Nueva York donde el algodón tenía futuros? Le ardían los ojos y se puso soñoliento; dormitando allí, en la tarde que prometía ser tibia y apacible, abría los ojos de tanto en tanto para recorrer alguna línea del diario. La mirada se le anudaba en palabras encontradas al acaso: "Negros salvajes del Congo..." Los estibadores vociferaban y cantaban al hombrear sus pesadas cargas. El Congo, ¿pertenecía a las Carolinas, o quedaría en Georgia? Salvajes, la palabra le era familiar; pone al negro a la altura del feroz indio piel roja. Allá en la bahía, un barco con todas las velas al viento maniobraba, y las gaviotas lo perseguían. Gideon miró el sol, y calculó que serían las tres de la tarde.

Llegó a la casa de Cardozo con el diario minuciosamente doblado bajo el brazo. Se inclinó con apostura al ser presentado a míster Nash, míster Wright y míster Delany, todos negros de mediana edad, de Charleston, quienes fruncieron la frente a la vista de la indumentaria de Gideon, y al oír la manera resbaladiza y confusa de su hablar, propia de los esclavos de tierras adentro. Gideon quedó anonadado; se encontraba entre hombres educados, bien vestidos, de traje negro. Gideon comenzó a comprender que en ciertos círculos se prefería el traje negro a los colores brillantes y llamativos, llevados por algunos de los delegados. Míster Nash dijo:

-¿He de suponer, míster Jackson, que ha de traer usted instrucciones de su electorado?

-Nosotros reconocemos la necesidad de un programa bien estructurado -añadió el señor Delany.

-Yo no sé... -atinó a murmurar Gideon.

En Cardozo encontró una mejor comprensión.

-Esto es hablar con sinceridad, señor Jackson -dijo sonriente Cardozo-. Al convertirse en legislador, el hombre se mete la mitad del cerebro en el bolsillo del pantalón y trata de expresarse con la otra mitad, que nunca había empleado ni creía siquiera poseer.

Gideon asintió con la cabeza, haciéndose la firme determinación de escuchar y no abrir la boca: El señor Wright se expresó en tono de total desazón respecto del futuro. Dijo, dirigiéndose a Cardozo:

-Lo malo del caso es, Francis, que vistas las cosas con sentido realista, hay unos treinta delegados que no saben leer ni escribir.

Gideon sentíase seguro con el* diario doblado bajo el brazo. ¿Qué pensarían respecto de él, y por qué le habían invitado a concurrir allí?

-Tanto mejor -expresó Cardozo, acompañando la afirmación con un movimiento de cabeza.

-¡Pero ponga un poco de sentido en lo que dice, por favor!

-Yo me inclino a pensar como Francis -dijo Nash-. Los hombres muy leídos no han hecho milagros en este mundo, que digamos.

Eso, si me permite, es sofisma. Estamos frente al problema de hombres del campo que vienen a colaborar en la estructuración de una nueva Constitución. Sin mencionar el encono que ello va incubando en el ánimo de los blancos, a nosotros nos concierne seriamente la cuestión de los trabajadores del campo mismo. ¿Qué crees que irán a hacer?

-Se los podrá manejar.

-¿Usted se dejaría manejar, señor Jackson? -preguntó Cardozo con un tono zumbón en la voz.

-¿Señor? -Gideon tenía la sensación de que estaba siendo blanco de algo singular; el estupor iba trocándose en cólera.

-Pero no lo tome a mal, señor Jackson -díjole Cardozo-. Usted ha sido esclavo...

-Sí, lo he sido.

-¿Hombre del campo?

-Eso es.

-¿Cómo ve usted este asunto de la Constitución? Hablo con absoluta seriedad, ahora. ¿Qué es lo que usted va a querer meter en una Constitución, para la cual le han pedido su concurso?

Gideon los miró a todos: al fornido Nash, al delgado y casi melindroso Cardozo, a Wright, de formas sin angulosidades y maneras suaves, como sirviente bien nutrido. Y examinó la salita donde estaban reunidos, más elegante de lo que jamás hubiera podido creer: sillones tapizados, una ardilla embalsamada, hasta una alfombra en el piso y tres pinturas al pastel en las paredes. ¿Cómo ha podido llegar a tanto un hombre de la raza negra? ¿El, Gideon, qué relación tenía con todo ello? ¿Y los otros delegados que habían atravesado el Estado a pie, calzando las informes botas propias de los algodonales?

-No se sienta ofendido, señor Jackson -insistió Cardozo.

-No, no soy orgulloso -dijo Gideon, meneando la cabeza-. Veo que esperan una respuesta de mí. Hablan del hombre que no sabe leer ni escribir, del pobre negro recién salido de los campos de algodón... Ese soy yo. ¿Lo que yo quiero de la Constitución? No es, estoy casi seguro, lo que ustedes piensan sacar de ella... Quiero instrucción para todos, blancos y negros. Quiero una libertad que sea tan segura como poste de madera dura. Que ningún hombre me dé un empellón en la calle porque no le cedo el paso. Quiero un pedazo de tierra, donde puedan comer uno y los suyos. Eso es lo que quiero.

Nadie osaba romper el silencio, y Gideon sentíase como aturdido, retador y arrogante sin razón; había dicho, tantas cosas, pero sin ilación entre sí. Un momento después, los demás se despidieron, pero cuando Gideon se levantó de su sillón para marcharse, Cardozo le tiró de la manga del levitón y le pidió por favor que se quedase. Y una vez solos, díjole a Gideon:

-No va a despreciar una taza de té, ¿verdad? Mientras tanto, hablaremos. ¿No ha sido un acierto esto de traerlo a usted aquí, verdad?

-Está bien -dijo Gideon, con voluntad de marcharse, pero no tan seguro acerca de la fórmula a emplear en la despedida. En eso entró en la salita la esposa de Cardozo; una bonita señora de color. Gideon parecía un gigante a su lado.

-¿Son todos así, grandes como usted, en las tierras altas? -preguntó ella, y Gideon, desconfiado y quisquilloso, le contestó:

-No soy de los montes, señora, sino de las tierras del medio.

-¿No quiere, pues, quedarse con nosotros? -le insinuó Cardozo-. Tenemos muchas cosas sobre qué hablar los dos, señor Jackson.

Gideon asintió.

-Entonces, escuche usted -dijo Cardozo-. Aquí se ha encontrado usted con algunos de los nuestros, negros libres y tal vez no hemos mantenido contacto con nuestros hermanos de sangre tanto como debiéramos. ¡Tan sólo unos pocos libres sobre cuatro millones de esclavos! Pero nos enseñaron a abrir un libro y hemos aprendido algo; ¡créame usted, en cierto modo

éramos más esclavos que ustedes! Ahora se presenta una situación tan extraña, tan inabarcable en sus posibles consecuencias, que al mundo le será difícil darse cuenta cabal de ella. El gobierno de la Unión, respaldado por la máquina militar montada durante la guerra, le dice al pueblo del Sur, a blancos y a negros, que estructure una nueva vida social. Desde el principio. Nueva Constitución, nuevas leyes, una sociedad renovada. Los amos blancos se rebelan contra este programa, pero ellos son los vencidos esta vez. Sin embargo, se mantienen alejados de las urnas, y como resultado, aquí, en este Estado, los negros hasta ayer esclavos, eligen sus propios hombres y los envían a la Convención. ¿Sabe usted, Gideon, que nosotros, los negros, somos mayoría, que de ciento veinticuatro delegados en total, setenta y seis son negros? ¿Que pasan de cincuenta los que entre éstos son ex esclavos? Estamos en el año mil ochocientos sesenta y ocho; ¿desde cuándo nos hemos librado de las cadenas? El pueblo de Israel vagó en el desierto durante cuarenta años .. .

Después de un instante de reflexión, Gideon murmuró:

-Yo no cito las Escrituras cuando tengo miedo. Soy un hombre que vivo en el temor de Dios, pero cuando el terror era más fuerte en mi ánimo, tomé el fusil y luché por la libertad.

-¿Y qué harán esos braceros en el Parlamento?

-¿Que qué harán? No son negros del todo salvajes, como dicen los diarios. Tienen mujer e hijos y amor en los corazones. Saben lo que es bueno para mí, mi mujer, mis hijos, y lo votarán. Tienen hambre de instrucción, y van a votar por eso. Como conocen lo que es esclavitud, votarán por la libertad. No se las echarán de impertinentes; llévenlos de la mano y, por Dios, verán cómo vienen. Pero no vayan a darles más azotes en el lomo. Ahora saben lo que es sentirse hombres libres.

-Eso me infunde valor, Gideon -dijo Cardozo, pensativo.

-Me dio a mí valor para venir a esta Convención.

-Así lo creo. Dígame algo de usted mismo, Gideon.

El relato fue saliendo moroso y a saltos; caía la noche cuando iba llegando al final. Cuando, al fin, hubo concluido, sentía una sensación de vaciedad y agotamiento. Pero antes de que se marchase, Cardozo le dio dos libros, sobre primeros elementos de ortografía el uno, y sobre usos del idioma el otro. Eran los primeros verdaderos libros que caían en sus manos, y Gideon no se cansaba de acariciarlos suavemente con sus manazas, como si estuviesen hechos de cáscaras de huevo. Arrancando un nombre de la memoria, exclamó:

-¿Y tiene el libro de Shakespeare?

Por un breve instante, Cardozo titubeó; luego con toda seriedad, fuese hasta su biblioteca, sacó un Otelo y se lo entregó.

-Gracias -dijo Gideon.

Y Cardozo hizo una inclinación con la cabeza. Después de que Gideon se hubo marchado, dijo Cardozo a su esposa:

-Si me hubiese echado a reír... ¡Dios me libre...! estuve por hacerlo. ¡Qué animales somos!

Gideon quiso saber de Carter algo de la vida de Cardozo. En cierto modo, un modo puramente social, que Gideon no alcanzaba a comprender aún, a Carter le asombró el hecho de que Gideon hubiese entrado en la casa de Cardozo.

-Tiene sangre judía -díjole Carter-. Por ello lleva ese nombre. Es un negro orgulloso.

Gideon, que nunca había visto un judío antes, dijo:

-Parece un negro como nosotros.

-Pero vanidoso -concluyó Carter.

Carter permitió que Gideon usara la lámpara, y al finalizar el mes, para cuyo entonces los delegados recibirían algunos viáticos, le pagaría el querosene consumido. Gideon se quedaba hasta altas horas de la noche con el manual de ortografía, copiando las palabras en los espacios en blanco del diario, pronunciando los vocablos en voz alta y tratando de oírse y corregir su propia pronunciación. Su murmullo desarticulado hizo que Carter fuese a escuchar a la puerta.

-¿Se siente mal? -preguntó Carter.

-Aprendiendo -respondió Gideon, como disculpándose.

El manual de ortografía y pronunciación era un libro maravilloso, pero fallaba en cuanto a definiciones... y el pobre Gideon se preguntaba si existiría un libro que enseñase tales cosas. Pasó al libro que trataba del buen empleo del lenguaje; un párrafo que le llamó la atención decía:

"Las contracciones en general han de mirarse como recurso nada recomendable, y algunas hay que califican a quienes las emplean como personas de poca cultura..." Y seguía una lista de tales contracciones, que Gideon trató de fijar en la memoria para rehuirlas en su conversación.

Pero cuanto más leía sobre el buen uso del lenguaje, tanto más terrible y pavoroso se le hacía el problema de la instrucción. Abrió el Otelo, impulsado por un último rayo de esperanza, que se desvaneció al leer dos versos de Yago... Y terminó quedándose dormido, con la cabeza dolorida, y presa su alma de una desesperación que nunca había experimentado en su vida.

Cardozo veló esa noche hasta hora más avanzada que Gideon. Como una brecha abierta de súbito en su vida, brecha en la historia de la especie humana, en el torrente lento y penoso del progreso del hombre, era el hueco dejado por los tres libros retirados de la biblioteca. ¿Cómo se había encontrado con Gideon Jackson? ¿Quién era ese hombrazo de color, de movimiento y hablar lentos, salido de los bosques de Carolina, de la esclavitud, de las tinieblas lóbregas de la esclavitud? ¿Y por qué hacíale sentir a Cardozo tan pequeño? ¿Cuál es el cartabón con que se ha de medir a un hombre? El, Cardozo, había nacido libre; privaba en su memoria la educación recibida en la Universidad de Glasgow... y de garden-partys en las afueras de Londres. Volvíale a la mente aquella mayúscula congregación en que dirigiera la palabra a tres mil ingleses, al cabo de lo cual se le habían tributado aplausos y felicitaciones. Había cruzado los mares y sido huésped en las casas de los grandes .. .

Había sido ministro en New Haven, y los abolicionistas habían tenido reuniones secretas en su casa, al fraguar sus complots. Corría en sus venas sangre negra y blanca, negra e india, judía y gentil, todas echadas en un mismo crisol. Aun los blancos de Charleston le respetaban. El, Cardozo, estaba más cerca de un Pringle que de Gideon Jackson, su hermano de color.

Y, sin embargo, veía que la salvación habría de venir de Gideon Jackson, si había de haber un salvador; el iletrado negrazo tenía la mirada puesta en una luz nueva, luz poco clara para los Cardozo. Cardozo, impedido de dormir, porque sus temores se multiplicaban y sus ambiciones eran desesperadas, envidiaba a un esclavo recién liberado.

En el sucederse de las cosas, que llegan inexorablemente por mucho que se las quiera retardar, la Convención se inauguró al fin, y Gideon Jackson figuraba entre los delegados. Treinta y seis años de vida..., rapaz chillón que había matado a su madre al nacer, ganado de rebaño desde el día que diera el primer paso, objeto robado, fustigado y vendido... tomaba ahora asiento entre los hombres que iban a hacer un mundo. Sereno. Calmo. Impasible. El tiempo parecía haber detenido su marcha. Gideon, con las manos entrelazadas sobre las rodillas, éstas firmemente apretadas entre sí, se escuchaba cada latido del corazón, osando apenas tomar aliento; no le era fácil ahuyentar su sensación de angustia al ver cómo estaban atestadas las galerías. Eran hileras de sillas en las gradas, banco tras banco llenos de rostros blancos y de color, de hombres en indumentaria campera y ciudadana, colores vistosos o pardos, hombres en estiradas levitas negras junto a otros en viejas casacas militares, viejos y jóvenes, nacidos esclavos o libres, pillastres y políticos profesionales, unionistas de las montañas, altos y rubios, de rostros tostados; y hombres que habían marchado con los rebeldes, sentándose ahora rodilla contra rodilla con aquellos que habían luchado por los yanquis; no, no le era fácil respirar libremente.

Y como si aquello no fuese bastante, la gente de Charleston habíase dignado, al fin, a salir de sus casas para agolparse en el recinto y ver actuar al circo, ver a los "cinocéfalos negros". La prensa había enviado en conspicua representación no sólo a reporteros, sino

editorialistas agresivos de Georgia, Luisiana y Alabama, y de otros Estados del Sur, todos preparados para cubrir de ignominia, una vez por todas, tamaña locura. Reporteros de Nueva York, mundanos, tratando de extraer de tanto caos sólo aquellas pinceladas de color local que los lectores de la gran ciudad apreciarían en todo su valor. No faltaban periodistas de Boston, ni viejos editorialistas de la abolicionista Nueva Inglaterra, ni por cierto, representantes de la prensa de Washington, con los oídos afinados para captar cuanto pudiese provocar el comentario apasionado de la capital. Añádase al cuadro la presencia de soldados yanquis rodeando el recinto, y se tendrá exacta idea de aquello.

Mas pese a las aprensiones, las previsiones pesimistas y a la extraordinaria excitación, el primer día de sesiones transcurrió calmo y ordenado. Al pasarse lista a los presentes, Gideon permaneció clavado en su asiento, como petrificado, hasta oír su nombre; pero una vez que hubo proferido la palabra "¡Presente!" y el presidente hubo llamado al siguiente en la lista, le pareció la cosa más natural del mundo que su voz hubiese sido oída por la asamblea en pleno.

Pasada la lista, el señor Orr, ex gobernador de Carolina del Sur, se puso en pie para dirigir la palabra a los convencionales. Estaba allí especialmente invitado, y el suyo no dejaba de ser un gesto magnánimo y demostrativo de que era su intención trabajar con el pueblo. Se hizo en el recinto un silencio profundo, y Gideon echóse todo lo adelante que pudo, dispuesto a no perder palabra. Sintió placer y halago al comienzo; Orr hablaba de la impostergable necesidad de educar a los antiguos esclavos. Pero en seguida, en términos que no dejaban lugar a dudas, declaró que los negros ni representaban la inteligencia del Estado, ni su riqueza, ni siquiera el potencial humano. Era absurdo que hablaran, como lo hacían, de sufragio universal.

Por cierto que mucho de lo dicho escapaba a la comprensión de Gideon. Enfurecíase consigo mismo al advertir cómo ideas veladas, apenas sugeridas, no se le revelasen en toda su malignidad, y de que el significado de una palabra cada tres o cuatro estuviera fuera de su pobre alcance. Este Orr, ¿se estaba riendo de ellos?, ¿los desdeñaba?, ¿los atacaba?

Los aplausos fueron escasos al concluir Orr su alocución. Pero el orden no se alteró. Se convino luego el orden del día para la segunda sesión, después de lo cual la Convención pasó a cuarto intermedio hasta la mañana siguiente.

En la calle, Gideon se detuvo junto a un grupo de delegados que hablaban en voz alta. Eran gentes de campo, labriegos robustos, y hombres que estuvieron años tras el arado. Uno de ellos, sesentón, negro como azabache, de rostro oval y ojos avispados decía:

-Educación, eso es lo que hace falta aquí...¿quién la tiene en este Estado? Distritos enteros sin escuelas. Al amo, al pudiente, ¿qué le importan esas cosas? El se paga un maestro en su casa... envía sus hijos a Europa. Pero eso no es lo que Orr llama inteligencia; eso es instrucción. ¿Cuánto hace que estamos en esto?... dos años de libertad, uno apenas de Convención. Yo pregunto, ¿por qué ese hombre nos quiere tirar abajo?

Un hombre blanco, alto, de facciones toscas, con el lento hablar del montañés, tras abrirse camino a codazos entre el compacto círculo, dijo:

-Por muchas razones, amigo.

-¿Cómo? ¿Por qué?

-¡Qué tío es usted! ¿Por qué ustedes, negros, no abren los ojos? Este asunto de la igualdad va a terminar en la nada, si ustedes no ponen los hombros para sostenerla. Sin duda que los echarán abajo en las peroratas que les vayan endilgando; también a mí me echarán abajo. Usted es negro, yo soy escoria de la raza blanca. La escoria blanca me eligió a mí, y los negros a usted, y a lo mejor algunos de los míos le dieron el voto a usted y otros de los suyos a mí. Los negros no me son simpáticos, que diga, pero a mí me gusta esa manera de pensar que hace que dos más dos sean cuatro. Eso me hace pensar también en lo que podríamos lograr si andamos juntos y con mucho tiento; pero no espere que dejen de considerarnos animales.

-¿Y qué es lo que va a hacer usted, hombre blanco? -preguntó alguien del grupo.

-No perder la cabeza. Salir de esta convención con muchas escuelas y el derecho al voto. Ya sé lo que van a decir nuestros enemigos. -¿Y usted va a dejar que se lo digan?

-Eso es. Pero tampoco me las guardaré cuando llegue mi turno.

-¿Y qué va a hacer con la tierra? ¿De qué sirven las escuelas y el voto si no les dan tierra para levantar una cosecha decente?

-Tierra... -repitió el blanco, como mascando la palabra-. Hermano, pídeles tierra, y te llevarás lo que se dice palos. De esta asamblea no van a salir tierras; y si las queremos, tendremos que trabajar y comprarlas con el sudor de nuestras frentes.

-¿No las hemos trabajado, acaso, cien años? ¿No hemos sembrado y levantado cosechas todo ese tiempo? Y luego se les ocurre llevar el país al desastre... ¿Quién posee mejores derechos a la tierra?

-No es cuestión de derecho, paisano, es cuestión de propiedad. Yo no apunto a las estrellas. Me conformo con la falda de la colina de enfrente...

La discusión siguió acalorada y subiendo de tono. Y cuando, al fin, Gideon vio que el blanco se separaba del grupo, fuese caminando a su lado, y tirándole ligeramente de la manga, le dijo:

-¿Míster?

El blanco se detuvo, miró a Gideon con sus fríos ojos azules e hizo como si quisiese seguir adelante. Gideon sintió la lucha que se desarrollaba dentro del otro, sureño, nacido y criado en el Sur, odiando el sistema esclavista que lo tenía en la posición de escoria desheredada de la raza blanca, pero odiando también a los negros, a causa del engranaje económico que lo tenía condenado a vivir en el mismo estado social de éstos, con tan sólo el color blanco de la piel por divisa de una migaja de respeto.

-Si me permite, señor, me gustaría conversar con usted -díjole Gideon-. Me llamo Gideon Jackson.

-Yo, Anderson Clay -contestó el blanco con una desganada inclinación de cabeza, en tanto reemprendía la marcha, con Gideon al flanco.

-No pretendo... -dijo Gideon-, no crea que quiero compararme... pero le he oído hablar de eso de las tierras. Me tiene preocupado que mis hermanos de color no hayan de tener tierras. ¿Usted cree que nos dejarán así, sin nada?

-Maldita la esperanza que yo tengo.

-¿Y cómo va a vivir uno?

-Negro, eso es asunto suyo.

Caminando al lado de su involuntario interlocutor, en silencio, dijo Gideon:

-Puede que volvamos a tener la oportunidad de hablar sobre esto...

-Puede ser…

-Me siento orgulloso de haberlo conocido dijo Gideon, poniendo punto final al estirado diálogo.

Al escribir a su esposa, unos días más tarde, hilvanando la primera carta que creara en su vida, y sintiendo en la sangre el milagro de cada palabra que lograba dibujar, decía Gideon:

"Querida esposa Raquel:

"Pienso en ti siempre. Tu imagen está delante de mí siempre. Pienso que eres hermosa. Como cuando yo estaba con los yanquis en la guerra, siento la tristeza de estar lejos de ti. Estoy aprendiendo a leer los libros, y soy delegado de la Convención para hacer buenas leyes. Mi paga es mucha, tres dólares todos los días, y ahorro más de la mitad. Antes de dormirme, a la noche, yo te veo a ti y a los chicos, y ruego a Dios que sea bueno con ustedes. Te escribo bien porque tengo el libro y aprendo. En la Convención hablé una vez sobre la paga, pero tenía miedo. Eso se llama debate. Te pido que seas buena con James Allenby si va con ustedes; que Dios te bendiga; te escribiré pronto".

Esta carta logró escribirla Gideon después de quemarse las pestañas, noche tras noche, copiando cuidadosamente cada palabra de un cuaderno que había adquirido. Dábale esa faena una cálida sensación de cercanía con Raquel y con la gente que había dejado en la plantación. ¿Cuáles serían sus sentimientos hacia él cuando se enterasen de que ya había tomado parte en un debate en la sala de sesiones de la Convención? No se trataba de un asunto muy importante, verdad, ni él había tenido la intención de hablar, pero de todos modos -no recordaba cómo-habíase encontrado en pie, hablando. Era la sesión donde se trataba la fijación de la dieta para los delegados.

Abriendo la discusión, un cierto míster Langly había dicho que doce dólares por día había de considerarse una cantidad adecuada. "¡Sin duda, los delegados a esta Convención lo merecen!" Los reporteros presentes tomaron apresuradas notas. Wright, negro, hizo uso de la palabra a continuación, y dijo que diez dólares podían ser suficientes. "Satisface tal suma la dignidad indispensable a un legislador". Estalló una gritería en las galerías, y el presidente hubo de golpear repetidas veces en su pupitre, pidiendo silencio. Parquer, blanco, pidió elevar la paga a once dólares, suma fantástica a los ojos del noventa por ciento de los convencionales, hombres casi todos que se ganaban el sustento con el sudor de su frente, ex esclavos algunos, arrendatarios otros, y que desde años atrás no veían el cuño de una moneda de plata. Tres delegados de la escoria blanca del sur ("Scalawags") uniéronse a dos blancos norteños, tipos éstos de mercachifles ("carpetbaggers"), y tenidos por lo tanto en poca estima, para secundar a míster Leslie, delegado de color, cuando éste tomó la palabra y comenzó a hablar a gritos:

-Estoy dispuesto a conformarme con tres dólares por día por mis servicios. Quiero que quede esto registrado en el diario de sesiones, como negro que soy. No creo que mis servicios valgan más que eso. Y yo les pregunto, señores delegados, si les hubiera tocado a ustedes pagar de sus propios bolsillos, a un cuerpo similar, ¿cuánto hubieran estado dispuestos a pagar? Acaso no más de un dólar con cincuenta céntimos. ¿Qué significa este regateo... ocho, nueve, diez dólares al día? ¡Estaría por llamarlo fraude!

A un tal Melrose se le pudo oír, entre esporádicos aplausos:

-...¡el maldito insulto de sugerir una dieta de dólar y medio a los miembros de la Convención!

En ese momento pidió la palabra Gideon. Le fue concedida, y, olvidándose de sí mismo en tal increíble puja, comenzó a hablar llenando el recinto con su voz de bajo profundo:

-Oigo gritar diez dólares, once dólares al día. Leo en los diarios que nos llaman ladrones... eso me pone furioso, me da rabia. No somos ladrones, no, pero ¿qué es esto? .. .

Aquí tuvo conciencia de repente, de la enormidad de su acto, sintióse abrasar el cuerpo, a la vez que un sudor helado le envolvía, y las palabras que pronunció en seguida fueron vacilantes:

-Vine a Charleston... hace pocos años con el ejército yanqui... ¿qué paga me daban entonces?... veinte céntimos al día, a lo mejor, pero luchaba por la libertad. Yo fui esclavo... nunca me pagaron, nunca. Vine a Charleston antes de la Convención... tenía que comer, tuve que trabajar. ¿Qué hago? Me voy a los muelles a hombrear fardos... por cincuenta céntimos al día, ¡y conforme! ¿Cómo puedo valer diez dólares ahora? -El terror inicial iba cediendo a cierto relativo aplomo. Ya más sereno, exclamó-: Puede que sea como dice el otro, dignidad. Bueno, de todos modos, tres dólares son bastantes para la dignidad. Ya pone distancia entre un delegado y un estibador, aunque yo no le veo tanta diferencia... ¡Pero nunca diez dólares al día!

Así habló Gideon en la asamblea, y su moción fue aprobada.

CAPITULO V
GIDEON JACKSON ES HUESPED DE HONOR

EN UNA IMPORTANTE REUNIÓN

A medida que pasaban los días de sesión, contándose primero por semanas y luego por meses, Gideon perdió aquella sensación de temor y extrañeza que le había acosado en la sesión de apertura. Al igual que en otros episodios de su vida, lo que habíale parecido antinatural tornóse natural, lo extraño fue haciéndose rutina. El cambio cualitativo que experimentaba su persona no era del todo consciente. En cada aspecto de su autoexamen encontrábase otro hombre, distinto del que fuera hasta hacía poco tiempo. El solo repetir una cosa tornábale ducho en la ejecución. El Hermano Pedro habíale advertido que escuchase a los hombres cuando hablaban, puesto que la manera de hablar, era una de las varas con que se mide a los hombres... y durante treinta y cincuenta y noventa días no dejó su banca en el recinto de sesiones, y escuchó atento. También habló de tarde en tarde, y ya no le parecía extraño que cada vez que volvía a tomar la palabra la sala escuchara con un poco más de atención.

Las primeras simientes comenzaron a dar frutos. Los tres libros aumentaron, en el cuarto de Carter, a una docena, y luego, más tarde, a dos docenas. Noche tras noche, después de la cena, encerrábase en su cuarto y abría algún libro sobre la mesita, a la luz de la lámpara de querosene. Raras veces se acostaba antes de haber estudiado tres horas o cinco, o toda la noche... como le ocurrió cuando se dispuso a leer La cabaña del tío Tom. Era la primera novela que caía en sus manos, y cuando uno de los delegados de la Convención, un hombre de color, de nombre De Large, se la ofreció, Gideon estuvo a punto de rechazársela, pretextando no tener tiempo que perder en historias.

-Este -díjole De Large-es uno de los instrumentos que han hecho posible que usted tenga hoy un asiento en la Convención.

-¿Un libro?

-Cuando el anciano Abe Lincoln conoció a la señora Stowe, la autora del libro, preguntóle: "¿Es ésta la damita que ha sumido a una gran nación en la guerra?"

Sonriente, Gideon rebatió:

-No dudo que unos dos o tres factores más contribuyeron a que hubiera guerra.

-Pero llévese el libro de todos modos y léalo.

Gideon se llevó la novela, pero transcurrieron semanas antes de que se dispusiese a leerla, y cuando lo hizo, un mundo nuevo se abrió ante sus ojos, hasta que los Carter debieron rogarle dedicara más horas al sueño, si no quería que su salud se resintiera. Copió partes del libro, claros miradores hacia asuntos que le habían tenido intrigado toda su vida, y que ahora resplandecían sin sombras, como el pasaje siguiente:

"Ahora bien, un aristócrata, sabe usted, en cualquier parte del mundo, no tiene sentimientos humanitarios, salvo para una determinada clase y dentro de una rígida línea divisoria. Línea que corre por una senda en Inglaterra, por otra en Birmania, y en América, naturalmente, por otra; y el aristócrata nunca pone sus sentimientos más allá de la zona que se ha trazado para sí. Lo que habría de considerar penurias y desgracias e injusticia en su propia clase, sería frío hecho corriente en la otra. La línea divisoria que respetaba mi padre era la del color de la piel. Entre sus iguales, no he visto hombre más justo y generoso; mas veía en el negro, a través de todos los posibles matices del color, un eslabón interminable entre el hombre y la bestia, y fincaba todas sus ideas de justicia y generosidad en tal hipótesis..."

Y este párrafo:

"Alfredo, el déspota más obtuso que jamás haya visto la luz del día, no admite esta clase de defensa; no, él se empaca, altivo y jactancioso, en ese terreno, tan respetado de antiguo, en el derecho del más fuerte; y afirma, muy cuerdamente, creo yo, 'que el colono norteamericano está obrando -salvando las formas-del mismo modo que la aristocracia y el capitalismo inglés respecto de las clases menesterosas'. Eso equivale, según yo lo veo, a explotarlos en carne y hueso, alma y espíritu, para sus usos y conveniencias. Alfredo los defiende a ambos, y se me

ocurre que, al menos, es consecuente consigo mismo. No puede haber una civilización altamente desarrollada sin la esclavitud de las masas, sea ésta real o nominal. Debe haber, afirma, una clase inferior, dedicada al trabajo material y confinada a vegetar a la manera de las bestias; y la alta adquiere así, por virtud de tal medio, comodidades y riqueza que le permiten extender el campo de la inteligencia y el progreso, y erigirse en rectora de la clase baja. Así razona él, porque, según he dicho, ha nacido aristócrata; yo, que he nacido demócrata, no creo en ello".

Gideon copió y estudió estos conceptos, y así pudo decirle a De Large al volver a encontrarlo:

-He leído el libro.

-¿Y qué ha aprendido?

-Siempre aprendo algo -dijo Gideon, sonriendo-. Y, dígame, ¿ha sido impreso también en Inglaterra?

-Sí, y traducido al alemán, al ruso, al húngaro, al francés, al español y a una docena de lenguas más. En Europa, los trabajadores le llaman su Biblia.

-¿Un libro de un esclavo de color?

-De esclavos, Gideon.

Concluida la lectura, por primera vez en su vida sintió Gideon que le ardían los ojos. Había perdido peso, parecía más delgado y sentíase cansado, con una sensación de abatimiento aun mayor que al cabo de manejar el arado durante días enteros, o marchar treinta millas de un tirón con un fusil al hombro. Hasta entonces habíale parecido que habría tiempo de sobra para todo, que los días transcurrirían al ritmo del cotidiano nacimiento y puesta del sol, al compás lento, bucólico, de los algodonales, junto a las cosas que habían existido siempre: los pinares, los cenagales lóbregos, la melodía lenta y quejumbrosa de los cantos de trabajo de los esclavos; mas aquí surgía ante él un mundo de continuo fluir y refluir que no entendía de esperas: cada día, cada hora, contaba. Un diccionario que había comprado jactábase de contener la definición de cincuenta mil vocablos, y eran éstas las herramientas con que él trabajaba ahora. Adquirir conocimientos era faena sin término, y no le dejaba un momento la desesperante sospecha de que, con todo, no hacía sino arañar la superficie. Toda una semana dedicada a aprender las sencillas operaciones de suma, resta y multiplicación; toda una entera noche en vela sobre una cuartilla en la que había consignado el discurso que habría de pronunciar al siguiente día acerca del problema de la educación. ¡Lo presumido del acto; la petulancia de Gideon Jackson poniéndose de pie en el recinto público y declarar!:

"He oído estos últimos días a mis colegas delegados discutir acerca de la educación obligatoria, obligatoria como la ley. He oído a señores decir que está fuera de toda razón, o de lo correcto, confiar en una educación obligatoria. Yo no estoy de acuerdo, señores. Mucha gente iría desnuda por la calle si no hubiera una ley que los obligara a cubrir sus cuerpos. Deben cubrir su desnudez con prendas de vestir, porque la ley lo manda, y pronto se acostumbran a ello. Yo pienso que dentro de un plazo de cinco o diez años, la gente se acostumbrará al hecho de que debe ir a la escuela, que lo quiera o no. ¿Por qué el esclavo de otros tiempos era vendido por su dueño tan pronto se enteraba éste de que sabía leer y escribir? Yo les digo que eso sucedía porque sólo la gente ignorante puede ser esclava. La Democracia y la Igualdad no son comprendidas por los hombres y las mujeres sin idea de lo que significan tales cosas. Nadie podrá ser libre sin antes aprender lo que es la libertad".

Una noche entera escribiendo esas pocas líneas; y luego una sensación de insuficiencia, porque las frases eran inconexas, por el contexto todo que no lograba expresar lo que él hubiera querido decir. Cardozo vino a buscarle, Quería saber:

-¿Dónde ha andado escondido usted, Gideon?

-¿Escondido?

-Quiero decir que desaparece usted después de cada sesión. -Es que estudio.

-¿Todas las noches?

-Todas las noches.

-¿Ni un poco de descanso, ni distracción? -dijo Cardozo reflexivo-.

No trata usted a ninguna persona, ¿verdad? No crea que así irá muy lejos, piénselo bien.

-No falto a las sesiones.

-Sí... pero usted necesita conocer a la gente blanca, saber lo que piensa, lo que dice, lo que hace. Tendremos que trabajar más y más en colaboración con los blancos, Gideon.

-Creo que así ha de ser -asintió Gideon.

-¿Quiere acompañarnos a almorzar mañana?

-¿Almorzar? -Gideon vacilaba, pero Cardozo insistió.

-Decídase, venga, se lo ruego.

-Está bien.

-Pero no era sobre eso que yo quería hablarle. Me llamó mucho la atención cuanto usted dijo acerca de la instrucción obligatoria, y me temo que, si fracasamos aquí, fracasaremos en el intento de formar la Constitución. El proyecto va a ser pasado a comisión la semana entrante. ¿Quiere formar parte usted de la comisión de estudio?

Gideon miró con fijeza a Cardozo, pero al no ver traza de ironía en los ojos de su interlocutor, aceptó la propuesta.

-Me alegro mucho -concluyó Cardozo.

Días antes de este episodio, Gideon había resuelto que era hora de tener un nuevo traje. Pese a tantos remiendos de la señora Carter, seguían los pantalones un acelerado proceso de deterioro, amenazando un fin próximo. Raro era el día en que a la levita, demasiado ajustada desde la primera puesta, no se le abriera alguna costura. Jacob Carter habíale hecho un robusto par de zapatos por dos dólares, pero el traje estaba en las últimas. La señora Carter no se cansaba de repetirle que era una vergüenza que todo un delegado se presentara en el recinto de la Convención con aquella traza.

-La ropa de vestir -le contestaba Gideon-me cuesta dinero, y yo quiero darle a mi dinero mejor destino.

-La vestimenta va con el hombre que lleva dentro -rebatióle una vez la señora Carter. Así, pues, Gideon "mordió el bocado" y esta vez se encaminó hacia el ropavejero Tío Baddy, cuyo cuchitril de negocio quedaba detrás de "Residencial Henry", en la Avenida Rutledge. La mansión de los Henry era una de esas casonas coloniales que se estilaban entonces en Georgia, y el Tío Baddy había sido esclavo de los Henry durante la guerra... y desde sabe Dios cuántos años antes. El ropavejero tenía setenta y cinco, acaso ochenta años de edad; los Henry le habían visto sentado ante la mesa de su choza, las piernas cruzadas, cosiendo sin reposo trajes de baile, brocados, trajes para caballero de delicado casimir marrón, gris, negro. Cuando llegó el día de la emancipación; él se quedó, sencillamente, en el mismo sitio; los Henry le dejaron en posesión de la choza, en retribución del trabajo de aguja que aún hacía para ellos, y estos últimos tiempos los pasaba cortando y cosiendo para el público.

Carter le envió a Gideon. El anciano miró a su hermano de color de arriba a abajo, parpadeó un par de veces y le dijo:

-Usted es más grande que una catedral, créame. ¿Dónde encontraré tanta tela para vestir tamaño negro?

-No habrá de ser mucho traje -dijo Gideon-. Con tal que pueda llevarlo.

- ¿Qué quiere decirme con eso de mucho traje? He vestido a los Henry estos cuarenta, cincuenta años. No vendrá a decirme ahora cómo debe hacerse un traje.

Gideon se disculpó. Dos semanas más tarde, podía lucir, al precio de diez dólares, un hermoso traje de casimir negro hecho a medida. Y ésta fue la carta que escribió a Raquel participándole la buena nueva:

"Querida esposa Raquel:

"He tenido que comprarme un traje, pues el que llevaba se iba en jirones. Me cuesta diez dólares, casi todo por la tela, y es tanto dinero que sé que es una vergüenza, pero aquí en Charleston, todo cuesta muy caro. Me alegra saber que las cosas marchan bien y que míster James Allenby está aprendiendo a los chicos y todos son felices. Me dolió mucho oír en la

.carta de míster Allenby de la muerte de cuatro de nuestros hermanos de color en Sinkerton, a manos de forajidos que nos odian y usan del terror, pero tales maldades desaparecerán cuando se redacte la Constitución y tengamos un Gobierno Civil que haga de nuestra hermosa Carolina una tierra de paz. Yo me relaciono con buena gente, y creo que todo terminará bien, pero hay que tener paciencia. Un beso a los chicos por mí, que Dios te bendiga a ti y a ellos".

Incluyó un billete de un dólar en la carta; lo hacía todos los días, y todos los días encontraba algo para decirle a Raquel. Y Gideon estrenó su traje negro para el almuerzo en casa de Cardozo.

El almuerzo en la residencia de Cardozo, entonces, en 1868, había de marcar una pausa en la historia, aun cuando todo el episodio de la Convención era un a modo de pausa, de interregno, de pozo, en el torrente en marcha de América, cavado por las bayonetas de la Unión. Charleston, la ciudad hermosa, la de cuentos de hadas, repujada en un bastidor de palmas, corona y gloria del Sur, yacía agotada. La guerra había destripado, por así decirlo, a la urbe. De las blancas casonas georgianas apenas algunas habíanse salvado de su parte de ruina y muerte económica. Las grandes fortunas creadoras de racimos de casas blancas y maravillosas, inigualadas en toda América, eran sostenidas por los anchos hombros del esclavo negro. No sólo el trabajo, fuente de toda riqueza, se .hallaba vinculado al esclavo, sino que los esclavos mismos habían constituido un capital, el capital más cuantioso poseído por todo el Sur: maquinaria y equipo en cierto modo primitivos, objetos negociables, semovientes de sólida roca donde estribaba toda la economía sureña. Luego, en el curso de una guerra ruinosa, guerra que había echado abajo el sistema monetario de la comarca, bloqueado sus puertos, el de Charleston entre ellos, y sembrado los campos de ejércitos en marcha y contramarcha a lo largo de cuatro años, los esclavos habían recuperado su libertad; liberados por virtud de un edicto firmado por un grande hombre -ya cansado, es cierto-en la Casa Blanca, y bajo la presión del poderío y los cañones .del Ejército Unionista.

En la inmediata posguerra, el Sur yacía insensible y enfermo. Doscientos mil esclavos de color habían blandido las armas, vistiendo los uniformes del Norte y luchando con bravura la última titánica epopeya de su libertad. Disueltos los ejércitos del Sur, los cabecillas sureños, observando azorados el proceso, habíanse convertido en meros espectadores del cataclismo: una casa de azúcar que completada su saturación, se derrumba de pronto. Y los reyes de las plantaciones, los hombres entre las bambalinas, aquellos que habían preparado la conflagración y habían hundido los brazos en sangre hasta los codos para que sus poderosos imperios de algodón, arroz, azúcar y tabaco durasen, vieron cómo, al declararse la emancipación de los esclavos, sucedía lo imposible, y los millones y millones de dólares, en un tiempo de su propiedad, eran arrebatados de sus arcas y se esfumaban de la noche a la mañana.

Acaso nunca antes en la historia de la humanidad se viera una clase entera, clase dirigente de una nación, tan sorpresiva y rápidamente privada de sus propiedades. La primera reacción de los terratenientes fue el silencio, silencio enfermizo y azorado, durante el cual contemplaron las devastaciones de la catástrofe. No tenían cómo rebelarse, carecían de los medios para llevar a cabo cualquier intento; no tenían cómo reconstruir su mundo, puesto que nunca habían siquiera vislumbrado un futuro sin esclavos. Algunos de ellos habían empeñado la riqueza que representaban sus esclavos como garantía de grandes empréstitos, y cuando desaparecieron tales garantías, esfumáronse, con ellas, sus imperios. Las grandes plantaciones yacían estériles y solitarias. O cultivadas en forma primitiva por los negros que seguían allí por carecer de otro sitio adonde dirigirse; otras fincas eran sacadas a remate, vendidas a cuenta de deudas e impuestos. Con los campos sin labrar, el cultivo del algodón mermaba y, en muchas zonas, desaparecía del todo.

Pasada la primera impresión paralizadora, los plantadores sacudieron el estupor que los electrizara. Esta farsa de la emancipación, se dijeron, no llegará al epílogo; los esclavos habrán de ser esclavos; un negro es un negro; "si ha habido un principio, nosotros nos

encargaremos de que haya un fin a nuestro modo". Lo que pasaba en Washington era una cosa, las necesidades prácticas del Sur eran otra. Con apresuramiento poco menos que histérico, se dieron a fraguar una serie de leyes que llamaron "Códigos Negros". Leyes que devolvían al negro a la posición legal de preguerra; no hubo dificultades al principio. Mandaba en la Casa Blanca un presidente que, haciéndoles el juego, sancionaba generosamente el terror que estaban restableciendo. Y, entre sonrisas, se decían: "Tennessee Johnson nos es útil", con lo cual, despreciando al hombre, lo empicaban para sus fines. Una vez más, los latifundistas entreveían un porvenir -el mismo que nunca habían dejado de codiciar-apoyados en los hombros de cuatro millones de esclavos.

Mas derrumbóse de súbito su castillo de naipes. Un Congreso severo, airado, revolucionario, que había combatido en una de las hasta entonces más terribles guerras de la historia, decidió que la sangre derramada no habría de serlo en vano. En su enojo, por poco no enjuicia al mismo presidente de la Nación; envió tropas al Sur y ahogó la incipiente ola de terror. Declaróse fuera de la ley a todos los Estados rebeldes, estableciéronse distritos militares y se llamó a la población a elegir delegados a las Convenciones, las que habrían de crear nuevas Constituciones provinciales y ordenar una nueva democracia en el Sur, donde el hombre de color y el blanco habrían de trabajar hombro con hombro en la construcción de la grandeza de la patria.

En Carolina del Sur, la población de color excedía en número a la blanca. Bajo el efecto de este segundo aturdidor golpe, quedábales a los señores de la tierra un solo camino, un solo recurso: exteriorizar su desdén, permaneciendo alejados de las urnas. Que voten los negros iletrados y la escoria blanca, y el resultado será la destrucción de este increíble y monstruoso plan del Congreso. El resultado, tal como ellos lo habían querido, dio a los negros una mayoría abrumadora de convencionales. No obstante, el plan fracasó pues la Convención de blancos y negros, lenta y penosamente, iba comenzando a obrar cual cuerpo legislativo firme y sensato. Una verdadera Constitución iba surgiendo.

Y en Charleston, en tanto sucedía todo aquello, los aristócratas blancos cerraron las puertas de sus casas, echaron trancas a las persianas, y abrieron un compás de espera. Las bayonetas yanquis, patrullando las calles, les habría de tornar inútil todo avieso intento. No había a la sazón ni futuro ni pasado. En el hondo y extraño pozo cavado con furor catastrófico en el torrente de la historia, algo iba sedimentándose. En la base de tales sedimentos se dio la comida en la casa de Francis Cardozo; Gideon Jackson vistió para la ocasión su nuevo traje negro.

Y los plantadores aguardaban:

El aspecto curioso de esta cena fue la manera de cómo llevó a la otra, al cuasi banquete donde Gideon sería huésped de honor. Pues uno de los convidados de la comida en casa de Cardozo, aquella noche, era Stephan Holms, delegado a la Convención y antiguo esclavista. Para el ingenuo, Holms era un "Scalawag", término éste con que se designaba al blanco que colaboraba con los blancos liberados y con los yanquis; la verdad es que no pertenecía a tal estirpe. Los "Scalawags" eran blancos menesterosos en su mayor parte; Holms, en cambio, había sido hombre adinerado y seguía siéndolo. Circunstancia sospechosa: había desafiado la consigna de que los plantadores debían asumir un papel de meros espectadores, y no ser partes en esta revolución absurda; había resultado electo por los votos de sus propios antiguos esclavos; en la asamblea, no pasaba de simple figura decorativa. Observaba y escuchaba; nunca pedía la palabra. Mostrábase cortés para con blancos y negros por igual, y esta actitud enigmática quería aclarar Cardozo.

A flor de piel, no parecía que Holms encubriera secretos. Era el último vástago varón de una buena familia de Carolina del Sur; la guerra se le había llevado a un hermano y a un hijo. Con el grado de mayor, él había servido a las órdenes de los generales Jackson y Lee, sin ganar ni distinción ni fama. Era hecho sabido de que había desaprobado la guerra, que consideraba la propia Secesión sumamente estúpida, y condenada al fracaso desde el comienzo. En otros tiempos había sido suya una plantación en la cuenca del río Congaree, no

lejos de la ciudad de Columbia. A la sazón, vivía con la madre en su casa de Charleston, y se daba por descontado que había perdido sus tierras del Congaree, a causa de deudas o impuestos impagos; de todos modos, no se oía hablar de ella.

Era un hombre que se imponía, aunque en un modo un tanto recatado; molestias de carácter gástrico le habían apergaminado la piel, dando a su cutis un matiz pajizo; era de rostro alargado y de poblada cabellera; su estatura excedía de la común. Era medido en los ademanes, consciente como era de ser un caballero, y hablaba en forma reposada. Buscando trabar relación con Cardozo, había hablado con él varias veces. En el transcurso de distintas conversaciones se refirieron a los problemas de la educación y de las tierras; no había, pues, de rechazar la invitación que Cardozo le hiciera para esa comida.

Invitación y pronta aceptación fueron lo que hizo pensar a Cardozo. Cuando se daba el caso de hombres blancos, sentándose a la misma mesa con hombres negros, la sociedad se hacía cruces y se estremecía, y fue precisamente eso lo que sintió Cardozo al presentar a Gideon Jackson, ex esclavo, a Stephan Holms, ex explotador de esclavos. Y Holms dijo:

-Me honra conocerle, míster Jackson -así, sencilla y cordialmente, mirando a Gideon inquisitivamente.

Gideon era en verdad, tema de análisis; bien trajeado, pecho y espaldas acentuados por la americana negra, que enmarcaba una camisa blanca y una corbata de moño. El cabello, lanudo, se lo había hecho cortar a ras; afeitado, con sus carnes y músculos envolviendo un armazón de proporciones poco comunes, aunque más delgado que de costumbre... Holms pensó que un hombre así, en los buenos tiempos, habría dado origen a un casi tumulto en la feria, y hecho subir las pujas en loca espiral, entre los gritos estentóreos del rematador... "Amigos, los de ustedes que saben de razas, aquí tienen un pura sangre, tal como nunca habían visto en su vida..."

-Es para mí un placer conocerle -dijo Gideon, a su vez.

El doctor Randolph, pequeñín, de hablar atropellado, moreno, también delgado, fue el cuarto en llegar. Estaba más nervioso que Gideon, y más aún que Cardozo, ante la presencia de Holms; tartamudeaba al hablar. La señora Cardozo era la única de su sexo a la mesa, y se esforzaba en la tarea distribuyendo gracia y buen humor. Gideon se preguntaba, azorado: "¿Qué es el hombre? ¿Por qué y cómo?" Era la primera vez en su vida que estrechaba la mano de un hombre de la clase de Holms, la primera vez que le hablaba, de hombre a hombre, y la primera también que se sentaba a una misma mesa. Por suerte que no sucedía lo mismo con Cardozo, pero, ¿y Randolph? Este parecía amilanado. Detuviéronse los ojos de Gideon en el trinchante, que quedaba detrás de la dueña de casa, en unas perdices rellenas debajo de una campana de cristal. Las paredes estaban revestidas de papel pintado, y en lugares convenientes colgaban estampas y cuadros. Se veía que Cardozo sabía de mundo; no obstante, no podía menos de notar cuán cauto

se mostraba en su esgrima verbal con Holms. Así, por ejemplo, cuando dijo:

-La educación, señor, según puede apreciar, es una necesidad.

-¿Una necesidad? -Holms manteníase en una posición enteramente neutral, no comprometiendo jamás una opinión, y su parapetarse en tal defensa era engañosa pero eficaz.

-Sencillamente, por la afirmación de un hecho evidente. Cuatro millones de esclavos analfabetos se pueden tolerar. Pero cuatro millones de negros analfabetos, libres, es una enormidad inadmisible.

-Modo singular de encarar la cuestión -admitió Holms-. ¿Qué piensa usted sobre todo esto, míster Jackson?

-Yo creo que la educación es como un fusil -dijo Gideon.

-¿Como un fusil?...

Cardozo frunció el entrecejo, mientras Randolph jugaba nerviosamente con el tenedor.

-Continúe, continúe -dijo Holms, con la sonrisa en los labios.

Librodot

Había algo en la sonrisa de Holms que Gideon trató de interpretar, y casi halló un equilibrio de cambios cualitativos, parte en él mismo y parte en Holms; en fin, un juego de fuerzas. En forma ruda, dejó trunco

el proceso por el que intentaba comprender a Stephan Holms; no lo comprendería a Holms, nunca.

-Como un fusil continuó Gideon-Acaso mejor. Tome un hombre que posea un fusil... ¿tratará usted de esclavizarlo?... Tendrá, primero que sacarle el fusil. Tendrá que correr un riesgo... puede que él lo mate a usted... puede que no. Pero primero tendrá que quitarle el fusil. ¿Por qué?

-¿No es obvio eso?

-No es obvio -dijo Gideon, ponderando las palabras. Buscaba en su mente, con desesperación, las palabras que necesitaba, luchaba por ordenar sus pensamientos, en tanto las manos atenaceaban como garfios la mesa. Un hombre sin arma puede ser esclavo o no; eso depende de muchas cosas. Un hombre con un fusil en la mano, no es esclavo, y ello a causa de una sola cosa: el fusil. Antes de reducírselo a la situación de otros hombres, tendrá que quitársele el fusil. Ahora, en cuanto a la educación: no le va a peder quitar usted a un hombre lo que ha aprendido,

y yo creo que un hombre que ha aprendido de verdad, no puede ser esclavizado. De un lado, es lo mismo que el fusil; por otro lado, es mejor que el fusil.

- Yo no pondría las cosas exactamente de ese modo -dijo Cardozo, sonriente.

- Es claro que usted no lo haría -repuso Holms, con evidente espontaneidad-. Sin embargo, el análisis de míster Jackson es sobremanera interesante, desde que mira el problema de la educación con el contraste de dos términos: libertad versus esclavitud. Creo que la explicación es clara. Usted era esclavo, ¿verdad, míster Jackson?

-Lo era.

-Pero la esclavitud ha sido abolida.

Gideon admitió el hecho con una lenta inclinación de la cabeza.

-¿Pero cree usted que habrá de volver? -preguntó Holms, en modo cortés.

-Podría volver -dijo Gideon, encontrándose su mirada en ese instante con la de la señora de Cardozo, en cuyos ojos vio dibujado el terror, terror de bestia acorralada...

La cena terminó temprano, pero tuvo una derivación. Una semana después, al salir de la sala de la Convención, Holms se encontró con Gideon y le dijo:

- Tengo algunos huéspedes en mi casa, míster Jackson. ¿Gustaría venir?

Gideon titubeaba, pero Holms agregó, suavizando el tono:

-Quiero sinceramente que venga -le aseguró-. Después de todo, si hemos de trabajar juntos .. .

Gideon aceptó la invitación.

La Convención hacía progresos. Superada la confusión del período inicial, poco a poco fueron apareciendo, medida tras medida, cosas intrascendentes al principio, de envergadura después. Las disposiciones de menor cuantía hicieron posibles los entendimientos mutuos dentro del cuerpo. Declaróse ilegal el duelo. Fue abolida, mediante el voto de una amplia mayoría, la prisión por deudas. La misma ingenuidad de los más de los delegados situaba en un ángulo de enfoque fresco y singular a la legislación; no había tras ellos ninguna aterradora mole de leyes, hábitos, costumbres y desengaños; lo insoluble se tornaba obvio, y muchas veces era lo obvio que se presentaba sin solución. Así, cuando estos legisladores novatos encararon la relación de mujer a hombre dentro del conglomerado social, derribaron barreras seculares. Un delegado blanco venido de los cenagales de la costa, declaró:

- A lo largo de cuatro años luché contra los yanquis, y durante todo ese tiempo mi esposa llevó adelante la casa. Alimentó a los chicos, los vistió, labró la tierra, sembró y recogió sus frutos. Todo sola. Ahora os pregunto, señores ¿pensáis, acaso, concederme a mí el derecho al voto y negárselo a mi esposa?

Gideon usó de la palabra a continuación, y dijo:

-Tomé esposa en estado de esclavitud. Nos casamos en secreto, porque el amo no quería saber de matrimonio entre nosotros, esclavos. Éramos iguales a bestias a sus ojos. Lo éramos por el trabajo que hacíamos; lo éramos cuando estábamos a punto de caer sin fuerzas en los algodonales. Por cierto que nuestros sufrimientos eran igualmente atroces. Luego digo: mi esposa ha de ser mi igual a los ojos de esta Convención.

Llegaron tan cerca de la realización del ideal del sufragio universal como nadie hasta entonces, y tan sólo la conciencia de lo radical de la medida les hizo abstenerse de sancionarla; el miedo de abusar de los poderes que les tenía acordado el Congreso de la lejana Washington. Con todo, de sus debates surgió la primera ley del divorcio en la historia de Carolina del Sur, ley limpia y sana, que hizo que la prensa sureña pusiera el grito en el cielo, diciendo que los salvajes negros entregaban el país a la infamia y la degradación. De aquellas declaraciones nació aquella ley que hizo que la propiedad de la cónyuge no podía enajenarse para pagar las deudas del esposo. Otro paso radical para Carolina del Sur. En el mismo orden de las deliberaciones se entabló un debate que llevó a Gideon a leer tantas veces la Constitución de los Estados Unidos, que casi llegó a saberla de memoria. Peleó, junto con otros, por la absoluta igualdad de negros y blancos en las urnas, medida encaminada a hacer ilegal toda discriminación. Y la asamblea sancionó el proyecto.

Se acercaba el mes de marzo; la primavera enviaba sus primeros heraldos. El cielo de Charleston ofrecía un turquesa más intenso que el de otros rincones de la tierra. Las gaviotas, lanzadas en vuelo, estremecían con sus chillidos las aguas de la bahía, y la lluvia, que a veces caía sutil como la niebla, dejaba el cielo aún más terso. Un delegado propuso que ese año fuese llamado "Año de Gloria", pero la moción fue rechazada entre carcajadas. Sin embargo, sabían los hombres que era un año distinto de todos los demás, y tanto que un periodista del New York Herald escribió: "Aquí, en Charleston, se está legislando para llevar a cabo el promisorio y más increíble experimento de toda la historia de la humanidad".

Charles Cavour, un anciano delegado de color, fue atacado y apaleado por tres ex soldados, pero el hecho no llegó a provocar el esperado estallido en Charleston. Las palmeras echaban en tanto nuevos retoños, y Gideon, gozando de las finas brisas mañaneras, se detenía en el camino de Battery a observar cómo los barcos cruzaban la bahía con sus velas desplegadas. Leía esos días un libro, Hojas de Hierba, donde leyó estas líneas:

"¡Tierra!, pareces estar buscando algo por mis manos. Dime, vieja cabezuda, ¿qué quieres?"

"¿Qué quieres?" era el eco que resonaba desde todas direcciones en la cabeza de Gideon; es que él quería el mundo entero, y lo tenía allí, a su alcance. Aun los estibadores, cantando en sus faenas, sabían que ése era un año de aleluyas. Gideon ya no estaba solo en su estudio; ocho delegados habían formado una peña, y la tertulia se reunía dos veces por semana en casa de Cardozo, para estudiar la historia política y económica de los Estados Unidos. Dos de ellos eran blancos. Y un día, al salir Gideon del recinto de la asamblea...

-¡Eh, Jackson, espere un momento!

Era Anderson Clay.

Gideon se detuvo para luego echar a andar juntos. Clay era de estatura aún mayor que la de Jackson, y su cabello lacio y despeinado relucía como bronce al sol.

-Lo que estoy llegando 4 pensar estos días -dijo Clay-es que usted trabajaría con nosotros, no contra nosotros.

-¿Cómo es eso?

-He aprendido más sentándome entre los negros, estas últimas semanas, que en toda mi vida. Al comienzo creí que más me conviniera volverme a casa, vivir en tierras de negros y, a lo mejor, reventar de risa viendo hacer cosas de negros.

-No debiera tener usted tales prejuicios -dijo Gideon.

-Bueno. Estoy empezando a creer que quizás un blanco y un negro puedan vivir cerca y en armonía... no sé. ¿Quiere que conversemos un poco sobre el asunto?

-Me gustaría mucho.

El primer trecho lo hicieron en silencio, sintiéndose incapaz, tanto uno como otro, de derribar muralla tan alta y tan antigua como la racial que los separaba. Recorrieron calles estrechas de Charleston, entre los muros encalados, barrera entre el mundo de las casas y el de los ranchos, hasta desembocar en el área soleada de las afueras. Clay rompió el silencio:

-¿Qué piensan hacer ustedes cuando llegue el momento de cimentar este nuevo mundo? ¿Piensan hacer de ello una obra de arte, o un montón de escombros? No olvide que a mí no me van los que creen en la destrucción de lo existente .. .

Gideon dormía poco por esos días; el trabajo en la comisión de educación habíale permitido acercarse a Cardozo, sin resentirse del hecho de que el perspicaz y culto negro lo utilizaba como caja de resonancia para gritar sus propias opiniones. Cardozo era un producto de la instrucción; el otro, en cambio, en el acto de degustarla, hallábase en estado de embriaguez. Unieron sus fuerzas para la consecución de un fin común, que en cierto modo había de formar la base de toda la nueva Constitución estatal: la instrucción universal obligatoria. Contaron con el apoyo de muchos; en cuanto a la oposición, supieron trocar sus argumentos derrotistas en ventajas para la causa:

-¡Fórmula de acomodo...conciliar intereses y opiniones! No pueden obligar a instruirse a toda una población de analfabetos.

-¿Por qué? -preguntó Gideon.

-Es que no van a querer instruirse.

-Pues entonces haremos una ley.

-¿Dónde irán a encontrar gente para trabajar los campos si crean un pueblo de abogados?

-No todos quieren ser abogados. Ni en Nueva Inglaterra, donde el índice de analfabetos es bajísimo. Un hombre instruido sabrá trabajar la tierra mejor que un ignorante.

-Los blancos no querrán ir a las mismas escuelas que los de color

-Pues haremos aulas separadas para quienes prefieran estar solos. Pero todo niño, blanco o negro, ha de ir a la escuela.

-Eso es locura. Nunca ha habido ley parecida en la historia de este país.

-Pues empezaremos nosotros. Alguna vez había de ser.

-¿Y los negros de Carolina habrán de hacer lo que no han logrado los más avisados hasta hoy?

-Nadie puede negar el derecho de probar.

Al cabo, el Comité sometió el proyecto a la consideración de la Asamblea, y durante días arreció acalorada y tumultuosamente el debate en torno a sus cláusulas. Pudo entonces notar Gideon cómo sus partidarios hallaban defensores donde menos lo esperaban: de los delegados blancos del Sur, de la escoria blanca, objeto de los más ensañados vituperios de la prensa, aún mayores que los endilgados a los propios negros; de los pobres "Scalawags", flacos, esmirriados, de hablar cansado, de cabello pajizo, que habían sido llevados a la Asamblea por los desheredados pobladores de los terrenos anegadizos de la costa y de los solitarios pinares. Anderson Clay, que se incorporó de un salto en su banca y gritó a voz en cuello: "¡Maldita sea, sí! Si no hay más remedio que tener escuelas donde vayan juntos blancos y negros, pues, ¡ni un momento más! ¡Que vengan las escuelas! ¡Si yo puedo sentarme aquí, en esta casa, entre negros, pues no veo por qué mis hijos no habrán de poderlo en el aula!".

Y Clair Boone, de los cenagales de Pee Dee: "Luché en la guerra. Tres años de guerra antes de aprender lo suficiente para leer un diario o un libro. Dos de mis hermanos caídos, ¿para qué? ¡Haber hecho una guerra despiadada para mantener unos malditos negreros en el poder! ¡Es que nosotros no sabíamos, por Dios, ni teníamos cómo! ¡Demos instrucción a la gente... démosle instrucción, y al diablo con las consecuencias! El pueblo nos envía aquí, como emisarios de sus voluntades, y nos estamos comiendo las uñas pensando en las consecuencias de cada palabra que sale de nuestros labios".

Gideon habló muy poco: "Ningún hombre tiene asegurada la libertad -dijo-Conozco muy poco de historia; lo poco que sé me dice que la vida es una lucha por la libertad, lucha sin cuartel. Hay una sola, grande arma para obtener y mantener la libertad: la instrucción. Y yo grito: ¡armémonos!"

Resumiendo, al día siguiente, Cardozo dijo: "Alguien arguyó ayer, y con mucho énfasis, que debemos hacer cuanto esté a nuestro alcance para incorporar a esta Constitución todas las medidas que tiendan a acercar a los dos bandos opuestos. Nadie podría disputarme el primer lugar en este loable intento; pero habremos de ser sumamente cautos en las concesiones que hagamos encaminadas a lograr tal conciliación. En primer lugar, hay un elemento que nos seguirá adverso, sea cual fuere nuestro esfuerzo. No es que se opongan a la Constitución en sí, sino a que nosotros ocupemos un lugar en la Convención. Y es de arraigo tan hondo tal objeción, que cualquier intento nuestro por estructurar una Constitución que las satisfaga, está condenado al fracaso. Luego, están aquellos que nos piden labremos una Constitución que sea del gusto de nuestros enemigos, prometiéndonos que, de hacerlo, los tendremos de nuestra parte. Y hay también una tercera especie, que pone en duda, honestamente se entiende, nuestra capacidad para cimentar las bases de un Estado. A todos los respeto, y creo que si podemos ser justos con todos, echando las bases de nuestra Carta Fundamental sobre los cimientos del gobierno republicano y los principios liberales, quedarán conjugados nuestros ideales con los de ellos.

"Antes de proceder a discutir la cuestión, quiero despojarla de todo el falso ropaje de imaginarias consecuencias que alguno de mis honorables colegas ha creído, ilógicamente, habría de resultar de la sanción de este artículo de nuestra Carta con la inclusión del término "obligatoria". Dicen que será obligatoria la concurrencia a clases de blancos y negros en una misma escuela. Nada de ello aparece en el artículo. Dice tan sólo que los niños deberán recibir instrucción; pero deja a los padres escoger la mejor forma de hacerlo. Deja a sus padres decidir si sus hijos habrán de ir a una escuela privada o pública. Podrá haber escuelas para niños blancos separadas de las de niños de color. Sólo se estatuye que si cualquier niño de color quisiese concurrir a una escuela para blancos podrá gozar del privilegio de hacerlo. No dudo que en las más de las localidades la población de color preferirá escuelas aparte, sobre todo hasta tanto se desvanezcan los prejuicios que hoy pesan sobre su raza".

Mirando en torno suyo, notó Gideon filas de rostros atentos, dentro de un marco blanco y negro, rostros que no se veían juntos en una asamblea legislativa desde antiguo, cuando campesinos y artesanos se reunieran para votar una revolución; cabezas que, inconscientemente, se inclinaban aprobando las palabras de Cardozo. Corazón y fuerza y fraternidad; Gideon estaba a punto de reclinar la cabeza sobre los brazos y llorar. Pensaba que el negro era igual a un niño, sin patria ni solar que pudiese considerar suyo propio; pero le estaban labrando una patria, ahora.

La plataforma del presidente del cuerpo estaba envuelta en rojo, blanco y azul; detrás flameaban dos grandes pabellones de la Unión. Gideon tenía fija la mirada en ellos cuando oyó a Randolph que en su voz errátil decía:

"Nosotros, pueblo de Carolina del Sur, reunidos en Asamblea, recomendamos que la Oficina de Refugiados, Liberados y de Tierras Abandonadas, continúe en sus funciones hasta tanto se restablezca la autoridad civil; que en esa ocasión se funde una Oficina de Instrucción Pública, a fin de que se establezca un eficiente sistema escolar..."

Cerca de Gideon, un anciano convencional de color, lloraba en silencio, moviendo la cabeza al ritmo de una lenta cadencia, en tanto los aplausos llenaban la casa, los periodistas se abalanzaban hacia las puertas de salida para transmitir sus despachos como éste, por ejemplo, que apareció en el Observer del día siguiente:

EL INCREÍBLE TRASPIÉ DE NEGROS IRRESPONSABLES

Ayer, echando por la borda todo resto de decencia, el circo que se llama a sí mismo Convención, propuso una moción que, de ser aprobada, habrá de llevar a la completa ruina y bancarrota a nuestro Estado. Los niños blancos y negros de todas las clases habrán de juntarse como rebaños en las mismas escuelas. La doncellez sureña será ultrajada antes de llegar a la edad de trece años, y los ciudadanos honestos habrán de sufrir el hambre y la ruina económica para sostener una estructura escolar nacida de la corrupción .. .

Y llovían los vituperios, como corolario a cada día de sesión. Entretanto, la Constitución iba perfilando su estructura, en líneas cada vez más sencillas y racionales: se reformaba el sistema judicial; los jueces iban a ser elegidos en vez de nombrados de oficio, abolida toda discriminación de raza y color; la libertad de palabra recibía sustento y sanción legal y se elevaba al Gobierno una expresión de deseos tendiente a obtener la expropiación y subdivisión del latifundio. Esto último no dejaba de ser fantástico: que el Gobierno Federal se prestara a destruir el sistema de las plantaciones, superaba las expectaciones más optimistas; sin embargo tuvo sanción, aunque por vía de principio...

Parecía haber transcurrido siglos desde que Gideon llegara a casa de los Carter. Sentado a la mesa de los dos ancianos, pintándoles el futuro con vivos colores, llegó a adquirir tanta importancia a sus ojos, que se jactaban de tener a Gideon Jackson, el convencional, por huésped.

-Al almuerzo de mañana vendrá un negro -anunció Stephan Holms a su madre.

Y como ella creyera que el hijo se refería a un doméstico, contestó:

-Naturalmente, hijo.

-Creo que no me has comprendido, mamá. Sentado a la mesa, junto a nosotros, como huésped mío.

-Preferiría que no, hijo. Te sales con cada cosa .. .

-Lo digo en serio, madre. Entiéndeme bien, invité a un negro para mañana, como invitado de honor estaría por decir.

La señora, sentándose en una silla, miró fijamente a su hijo; él, enfrente, mirando a través del vano de la ventana, por encima de la cabeza de ella, estudiaba el vago contorno del fuerte Sumter. Mirándole así, diose cuenta de que la determinación del hijo era firme; podía discutir, por fórmula, pero al cabo se saldría él con la suya. En la fuerza de voluntad de su hijo no había brechas; era una fortaleza inexpugnable aun para ella. Fortaleza intelectual, en cierto grado aterradora. Que la gente se expresase respecto de su hijo de una manera u otra, aprobándole o desaprobándole, ella no dejaba de salirle al paso con estas o parecidas palabras: "Es que usted no lo comprende. Stephan hace las cosas..."

Marta Holms iba acercándose a los sesenta años. Cansada, aceptaba cual hecho irremediable el que parte del mundo habíase sumergido en la gran ola roja de la guerra, y se aferraba a los últimos restos; Stephan no se avenía, en cambio, a lo de que todo estuviera perdido, ni se conformaba con las migajas. Cuando le dijo a su madre: "Querida, presento mi candidatura a esta Convención, porque la única forma de luchar contra este monstruoso engendro es conocerlo por dentro, y la única manera de conocerlo es llegar a formar parte de él", la anciana trató de comprenderlo, pero en vano, ni comprendía cuando le oyó decir:

- Madre, es necesario que venga un negro a mi mesa. Te ruego comprender que si te digo que es necesario, lo es.

-¿Pero, por qué? ¿Qué razones puedes darme para ello?

-Varias y muy atendibles, madre. Quisiera explicarte...

-Stephan, yo no puedo.

-Tú puedes, madre, y lo harás.

-Stephan, si decididamente has de convertirte en payaso tú mismo, en "Scalawag" y bufón, ¿no podrías respetar al menos mis sentimientos?

-Querida -repuso Holms-, nadie hay en el mundo cuyos sentimientos yo respete más.

-¿Y qué dirá la gente?

Librodot

-Nada, no dirán nada. El coronel Fenton vendrá con su señora, y vendrán Santel, Robert y Jane Dupré, Carwell y el general Ganfret y señora.

-¿Y ellos saben que habrá un negro a la mesa?

-Sí que lo saben.

-¿Y quién es esta persona, si puedo saberlo, Stephan?

-Un ex esclavo de Carwell, Gideon Jackson...

Por momentos, una muralla se interponía entre Gideon y la sociedad que le abría sus puertas, la muralla que formaban su infancia, su juventud, su adultez, y los mil recuerdos de cuando esa sociedad criaba a los negros como ganado. Hubiera desistido de ir si Cardozo no le hubiese persuadido:

-Vaya usted, Gideon. Es importante que no falte. Holms le ha invitado por alguno de estos tres motivos: primero, porque quizá quiera desear trabajar con nosotros y comprendernos, lo cual dudo mucho. Es hombre muy astuto y veterano esclavista. Segundo, para hacer humor a costillas de usted, lo cual también me resisto a creer. No veo cómo habría de prestarse a que hagan chacota de usted, ni pienso que Holms se rebajaría a tal puerilidad. El tercer motivo, y el único al que yo daría algún crédito, es que, Holms quisiera descubrirlo, llegar a lo que él sospecha que se mueve a sus espaldas. De ser éste el último motivo, nada tiene usted que ocultar.

Gideon nada tenía, en efecto, que disfrazar, excepto sus temores, espectros antiguos, crónicos, que se debatían en su interior, causándole una sensación de náusea. Un hombre puede decirse a sí mismo esto y aquello, que la libertad ha alzado pendón, que blancos y negros trabajan juntos para crear un mundo nuevo, que se han quebrado las antiguas cadenas, que de la esclavitud no resta sino una amarga memoria... todo eso puede decirse un hombre a sí mismo, y, sin embargo, hay temores y remembranzas marcados a fuego en el alma, y azotes, huidas, antiguas canciones, desprecios, odios...

Caminaba desganado a lo largo de Battery. Cuando, al cabo, frente al altivo palacio blanco que daba sobre la Bahía, hizo sonar la campanilla junto a la puerta, le dio escalofríos el agudo tintineo. Un anciano lacayo negro fue á abrirle. Tras observarlo breve rato, a pesar de que debía de estar sobre aviso de su llegada, le permitió franquear el umbral. Recorrió el sendero hasta la veranda y subió la escalinata, sosteniéndose apenas sobre un par de piernas que se le aflojaban. Al cabo, por una puerta que le abrió el lacayo, pasó al interior de la mansión.

Era la primera vez que Gideon entraba en una casa así, llena de luz y vida, hostil y engalanada más allá de toda posibilidad de descripción. De muchacho, en la residencia de los Carwell, había pasado por el ala del edificio donde estaba la cocina, pero nunca vio las habitaciones interiores. Más tarde, ya hombre, había recorrido todo el edificio, pero sus estancias estaban vacías, sin vida. Aquí, en cambio, aleteaba un alma. Los candelabros derramaban raudales de luz que lo deslumbraban. Las molduras que adornaban las paredes del amplio hall eran de un blanco níveo; el moblaje se redondeaba en las graciosas curvas de una generación anterior. La escalera iba alejándose en espiral hacia alturas inciertas; la sala, enfrente, abría la boca en un bostezo satánico. Atormentaba a Gideon una desesperante sensación de desfallecimiento, de la que no logró rescatarle la cálida y cordial bienvenida de Holms.

Gideon movió la cabeza al oír el resonante "Mucho me honra darle la bienvenida en mi casa, Jackson", no pudo mover los labios. Holms lo precedió hasta el salón inundado de luz, y Gideon tuvo la impresión de ver gente esculpida en el hielo, a pesar de la confortable tibieza del ambiente. Las mujeres de lujosos vestidos de fiesta y los hombres de frac; cascadas de luz de la araña inmensa; rico moblaje de caoba que, en el contraste, hacía aparecer lastimosamente pobre el de Cardozo; vajilla de plata y fina cristalería. Holms fue presentando el negro a sus demás invitados, pero nadie se levantó de su asiento ni intentó ofrecerle la mano, y cuando se enfrentó con Dudley Carwell, su amo de otrora, éste no pestañeó siquiera para no darle el placer de verse reconocido..., lo cual era atendible, considerando que Gideon

no había sido sino un pobre labrador. Reanudaron la interrumpida conversación después de la presentación, dejando al recién llegado al cuidado de Holms, quien, sonriendo con sutil ironía, le dijo:

-Perdónelos, Jackson. A veces la llamada cortesía de nuestra clase no está a la altura de las circunstancias. ¿Qué se sirve?

Los sirvientes de color pasaban por el salón como sombras; en realidad, todo estaba borroso para Gideon; al ambiente era de pesadilla, sin que su memoria llegara a registrar en imágenes claras y coherentes lo que acontecía. Movió la cabeza.

-Nada.

-¿Cómo, nada?

-Nada.

Se tenía rígido como monolito, con la sangre arremetiéndole a borbotones contra la piel, y ésta convertida en campo de punzantes espinas. Sentía como manoseo las miradas de los sirvientes que le observaban de soslayo. Bestia acorralada, esclavo fugitivo caído de nuevo en las garras del negrero, atado a un palo y azotado, allí sin piedad; sentíase todo eso a la vez, y, lo que era mucho más amargo y terrible: tenía miedo.

Había observado antes cómo se comporta la gente a la mesa; su gente, en el establecimiento rural, comía de una manera; los Carter lo hacían de otra, los Cardozo, en fin, de una tercera; pero nadie se parecía a los de esta mesa, en torno a la cual le tocaba sentarse; en ningún otro sitio había visto despliegue de vajilla y platería tan grande y confusa. Le costaba tomar el tenedor o la cuchara del modo que lo hacían sus comensales; se reconocía torpe, dejaba caer las cosas, tenía que esperar y observar cómo lo hacían los otros... ¡y ellos lo observaban todo! ¿Por qué demonios se había dejado atrapar así? Treinta veces, treinta veces había sido un tonto; los pensamientos le serpenteaban como ardillas en una jaula; ¿qué perseguía Holms? ¿Qué significaba todo? ¿Por qué? '¿Qué ganaba Holms con tanta crueldad?

Pronto advirtió que se dirigían a él, y, de un modo extraño, él respondía. Holms estimulaba la conversación; es que encauzaba el duelo hacia cierto terreno... terreno que Gideon no alcanzaba a divisar todavía... Ya iba despejándosele la cabeza; estaba irritado, colérico, viendo a esta clase de gente por primera vez a los treinta y seis años, escuchándolos también por primera vez. Sus palabras no diferían de las que él mismo profería. Escuchaba con atención firme, pero no oía nada sutil, nada superior; en un solo instante debió echar tras sí todo un siglo, y regresar a través de un torbellino de reajustes que le dejaron girando sobre sí como un trompo. Anderson Clay, el pobre diablo blanco, era capaz de pensar con más frialdad y llegar mejor al fondo de una cosa que cualquiera de ellos; creían estar hostigándolo, azuzándolo, pero su voz profunda les respondía morosa; no les haría el juego, habría de conservar su sangre fría. Holms podía ser su igual, pero los otros no, de ningún modo. Holms sonrió suavemente a estas palabras del coronel Fenton:

-Imagino, Jackson, que ha de encontrar divertido eso de hacer leyes. ¿Algo así como una distracción del trabajo ordinario?

-Rinde más que recoger algodón -contestó Gideon-. Nos pagan tres dólares diarios.

-Más de lo que puede ganar cualquier hombre honesto en estos tiempos.

-¿Cómo hará para gastar tanto dinero un negro? -dijo, extrañada, Jane Dupré.

Era una mujer rubia y grácil, y todas las veces que ella hablaba, el marido fruncía el entrecejo.

-Podría gastarlo en vestirse y comer -dijo Gideon-. Aunque, le diré, prefiere empinar el codo.

Daba la impresión de hablar con naturalidad, tanto que tampoco sus comensales acertaban a ver claro en la farsa. Tal como andaban las cosas, se veían en situación más embarazosa que el propio Gideon; no se les escapaba que Holms se regodeaba con los aciertos del negro. Más tarde, la Dupré dijo haber estado a punto de vomitar en la mesa, al ver al negro manejando el tenedor a modo de pala.

-¿Estaré equivocado, Jackson -preguntóle el general Ganfret-en suponer que la educación debería ser requisito previo a la capacitación legislativa? ¿No se encuentra usted molesto en la Convención?

-Lo encuentro muy difícil -aceptó Gideon.

-Y tanto más, considerando que usted pertenecía al peonaje del establecimiento rural de los Carwell hasta hace pocos años.

-Lo fui, es cierto.

Santel, un hombre cincuentón, dueño de la plantación más extensa de Carolina, de rostro alargado, ojillos duros y menudos, dijo que Gideon se había elevado en la escala social. Gideon dijo que sí, así le parecía, pero que el mundo cambia...

-Para peor -agregó alguien.

-Eso -dijo Gideon con un movimiento de cabeza-depende de la manera como se miran las cosas.

-¿Usted lee? -observó una de las mujeres.

-Aprendí algo: serví a la patria.

-¿Cuándo estuvo usted bajo banderas? -preguntó el general.

-Estaba con las tropas yanquis que entraron en Charleston... ¿recuerda a las brigadas de color?

Una mecha acababa de encenderse en la sala, que llevaba derecho a un tonel de pólvora. Holms ahogó una risotada, pero el general y los más de los otros se quedaron helados. Gideon volvió a verlos como muñecos de hielo, y una vieja tonada pasó vibrando por su mente, "cero es nada, tres es un número, todo para el amo blanco, nada para el negro". Aquello no podía seguir; algo iba a estallar de un momento a otro. La anciana señora Holms se excusó de levantarse de la mesa. Dejó tras sí el sonido convulso del llanto; Holms, que la había seguido, retornó al comedor diciendo:

- Les ruego disimulen. Mamá no se siente muy bien.

El general batióse en resentido silencio; Fenton, queriendo entonar el ambiente y levantar los ánimos, le dijo a Gideon:

- Usted lleva un bonito nombre sureño, Jackson. Pero tengo entendido que los negros toman el apellido de sus amos.

-Algunos, sí -repuso Gideon-. Yo anduve sin apellido hasta que me hicieron sargento en el ejército. El capitán yanqui me dijo: "Usted debiera tener un nombre, Gideon, un apellido. ¿Quién es su amo?" -Aquí se detuvo; con una inclinación de la cabeza indicó a Carwell, sospechando apenas de que, de estar ausentes las mujeres, lo hubieran linchado ahí mismo-. Y yo le dije -continuó Gideon-, nunca querré llevar el nombre de quien me ha tenido de esclavo. ¿Qué le parece Jackson?..."

Gideon no alcanzó a concluir el relato. Carwell se levantó y gritó: -¡Salga de aquí, negro estúpido!

Camino de regreso a su casa, sentía Gideon una extraña alegría ¡Cuántos misterios develados! ¡Cuántos temores infundados! ¡Todo el mundo era parte de la inmensidad de lo desconocido hasta que uno podía explorarlo! La bahía, oscura y plateada, tan espectral en ese instante, seria mañana un plácido espejo de agua iluminado por los rayos de un sol radiante. Las cadenas que habían tenido sujetos a sus hermanos de raza no serían cosas vueltas a forjar jamás. No quedaba lugar bajo el sol para tales cosas. La opresión de los muchos por los menos, el tumor más negro y duro jamás engendrado en la mente de los hombres, podía pincharse cual vejiga llena de agua. Gideon canturreaba suave: "Gritaba Israel en tierra de Egipto -deja salir a mi pueblo -oprimido, que no puede más -deja salir a mi pueblo".

En la casa de Holms, los hombres estaban solos, con sus cigarros. El general dijo:

-Esto, Holms, no merece perdón.

-No creo.

-Había dicho usted que tenía sus razones -interrumpió Santel, con voz áspera y fría-. Y dijo que sobraban motivos por los cuales nosotros debíamos sentarnos a su mesa en compañía

de un negro. Siempre ha tenido usted sus razones para todo... y nosotros le hemos hecho el gusto. Estuvo usted impenetrable, misterioso, cuando quiso ir a la Convención, teniendo nosotros que despachar buenas tundas a unos cuantos asnos de negros para lograrle una banca, y también entonces dijo que tenía sus razones para hacerlo. Yo, por mi parte, estoy hasta la coronilla de sus malditas buenas razones.

-Las razones -repuso Holms sin alterarse-están en alza. No había tantas esta noche, que digamos, y, si me lo permiten, aquel negro se burló de todos ustedes.

-Creo que por hoy ha dicho bastante, Stephan -interpuso el general.

-No crea usted -se apresuró a agregar el coronel Fenton-. Piense usted lo que quiera de Stephan, esta vez la razón está de su parte. El negro se mofó de nosotros esta noche. No me negarán eso, señores.

-Yo espero una explicación de Stephan, o .. .

-Por el amor de Dios, Dupré -interrumpió Holms-, ¡no querrá retarme a duelo! Ya sería pasar a mayores. ¿Qué somos, al fin, criaturas? ¿Tontos de capirote? Yo los invité aquí esta noche porque los consideraba a ustedes personas de carácter, de una manera u otra. Permítanme callar algunas de las ilusiones que me había hecho .. .

-¡Holms!

-Bueno. ¡Déjenme hablar un poco a mí! He organizado un circo aquí, esta noche; de acuerdo. Traje ese negro y los coloqué, a él y a ustedes, en una situación absurda. Concedido. Me figuraba lo que habría de suceder; pero no sospechaba siquiera que se desmoralizarían de tal manera por la presencia de un solo negro. Analicemos la situación un poco... Yo les pedí, como favor hacia mí, favor que es de importancia extrema tanto pata ustedes como para todos nosotros, dedicar una velada social a un hombre de color de la Convención Constituyente. Quise darle el carácter de velada social, porque únicamente así, pensaba, lograría mi propósito. ¿El propósito?, no se los adelanté, porque a esa altura de los acontecimientos no existía aún. ¿Me explico? Tengan entonces un minuto más de paciencia y escúchenme. ¿Cuál es la actitud de ustedes, la actitud de toda nuestra clase social? Puestos frente a la orden del gobierno federal de poner manos a la reconstrucción, la han desacatado. No supieron ocultar su descontento y su enojo... Sí, en todo el Sur, los hombres de nuestra clase rehusaron empadronarse, votar, salir en campaña. Calificaron de salvajes a negros y blancos por igual, y gritaron que toda la armazón se vendría abajo de la noche a la mañana. ¿En verdad se lo creyeron? ¿Es que tienen, después de luchar en esta maldita y sangrienta guerra, un concepto tan infantil del poder? ¿Han estado observando el progreso de esta Convención? ¿Siguiéndola de cerca y no leyendo las gacetillas de nuestros estúpidos diarios partidistas?

-¿No basta ya...? -interrumpió Dupré, y el coronel Fenton le cortó con un salvaje:

-¡Calle, Dupré! Continúe, Stephan.

Dupré, mascando palabras incomprensibles, paseaba la mirada de rostro en rostro. Holms mordió la punta de su nuevo cigarro, el que encendió en la llama de una vela, se sirvió un sorbo de Brandy y prosiguió:

-¿Cuál es nuestra situación a esta altura, señores? ¿Recuerdan nuestro mundo, en el que nos podíamos mover libremente? De esto hace tan sólo ocho años. No hace mucho, ¿verdad? Yo tenía entonces veintiséis años; voy por los treinta y cuatro ahora. Soy joven todavía... lo bastante para que le siga teniendo apega la buena vida, señores, y así ha de ser con ustedes. Recuerdo nuestro mundo de entonces... ¿dónde hemos caído hoy? Algo nos es común a todos los que aquí estamos esta noche; somos todos dueños de plantaciones; somos la base, la roca, sobre la cual se sostiene nuestro Sur. Aun otra cosa nos es común: estamos frente al mismo destino, a la ruina, ruina completa, inequívoca. Yo he perdido un establecimiento rural que había pertenecido a mi familia durante ciento treinta años. Dupré ha perdido el suyo, y lo mismo Carwell. Deudas, impuestos, la guerra, la emancipación. Los otros se aferran a lo poco que resta. Desde que marchamos a hacer esta guerra insensata, yo predije el resultado, y los muy tontos me tacharon de desleal, derrotista. ¡Desleal! ¿Hemos de engañarnos a nosotros mismos? ¿Es que podría serle desleal a quien me ha hecho lo que soy, y a mi sangre? Y ahora

les digo con toda seriedad, señores, es menester comprender bien la situación en que estamos sumidos. Es la única manera de lograr nuestra salvación.

El general, sin quitar de la boca el humeante cigarro, dijo:

- Stephan, ¿no nos irá a proponer que vayamos a formar parte de este circo de monos?

-¿Cómo? Después de haber tratado de comprarlos, de lisonjearlos, amenazarlos... sólo recuerdan una cosa, de que hemos sido sus amos -agregó Santel.

-En suma, ¿por qué trajo el negro aquí esta noche? -preguntó Fenton.

-Ese, señores es el nudo de la cuestión. Protesto por la fraseología del general... por lo de circo de cinocéfalos. Al hablar de ese modo, señores, nos hacemos daño a nosotros mismos. La Convención de marras no es un circo de monos, sino una congregación de hombres decididos e inteligentes, quienes, en su mayor parte, son honestos, según sus propias luces.

-Usted está diciendo tonterías -objetó el general.

-¿Le parece? ¿Ha asistido usted a alguna sesión?

-He leído los diarios.

-Y los diarios mienten. Créame; yo he asistido a casi todas las sesiones... y los diarios, le repito, ¡mienten! Yo les traje a ese negro por una única razón; dos o tres años atrás, ese negro era completamente analfabeto. Unos años aún más atrás, era un esclavo de Carwell. ¿Lo han oído esta noche? ¿Era tan orangután como ustedes quieren hacerme creer? ¿Que potencial latente hay en esta gente de color que hemos estando comprando y vendiendo estos doscientos años? No lo sabemos, caballeros, y tampoco nos atrevemos a calcularlo. Estos hombres, como Gideon Jackson, por ejemplo, ¿renunciarán sin lucha a lo que han conseguido? Y ya no están solos; van aprendiendo a trabajar con la escoria blanca que nosotros menospreciáramos hasta el día que nos fue necesaria como carne de cañón. Y estos mismos blancos, que hicieron la guerra para nosotros, comienzan a pensar con sus propios cerebros. Señores, cuando ustedes entregaron la Convención a estos negros y a estos parias blancos, cometieron el segundo gran desacierto de esta gran jugada; el primero, ya saben, fue la misma guerra. Dijeron que la Convención se desmoronaría como castillo de naipes, y vemos que no es así; en poco más de noventa días de sesiones, ha estructurado una Constitución. Dijeron que la nación entera se levantaría indignada y aplastaría al monstruo; pero la nación no ha levantado un dedo. En cambio, los periodistas yanquis están divulgando la verdad acerca de esta Constitución a los cuatro puntos cardinales del país. Cuando dimos comienzo a nuestro estúpido reinado del terror después de la guerra, con nuestros fantásticos Códigos Negros, nos creímos tan guapos y capaces de poder arrebatar la victoria a una nación que acababa de derrotarnos en los campos de batalla; nos servimos de aquel babieca de Johnson, esperando que el pueblo le seguiría, y en cambio, el Congreso lo ha aniquilado. Ahora, los negros están captándose las simpatías que nosotros hemos sacrificado, y también eso, señores, es nuestra culpa.

-Usted tiene una opinión muy pobre de nosotros -dijo Dupré. -Francamente, es así. En cierto modo, tengo en mejor concepto al negro que traje esta noche.

-Yo, no... Ya ve usted.

-¡Por el amor de Dios, Dupré! cortó Fenton-. Y usted -dirigiéndose a Holms-, ¿qué se ha propuesto, Stephan? Déjese de sermonear. Hemos tenido al negrote entre nosotros, y usted ha demostrado lo que había resuelto demostrar. ¿Qué es lo que busca ahora?

-Muy bien -reanudó Holms-. Lo han visto... v deberán hacerse a la idea de aceptarlo por lo que es: tipo representativo del potencial de cuatro millones de la gente en nuestro Sur.

-¡Entendido! ¡Continúe!

-Démosle una ojeada a esta Constitución... y a lo que se propone. Primero, instrucción pública; manda que sea universal y obligatoria en todo el Estado. Lo cual significa que los negros y la chusma blanca nos enfrentarán en un mismo pie... .

-¡Con eso no dejarán, sin embargo, de ser negros y chusma blanca!

-¡Santo Dios! ¿Será posible que no he de hacerle ver a usted la realidad? Una generación de tal educación, y no quedará de nosotros sino un vago recuerdo, téngalo por seguro. A otro punto: la Convención ha presentado y sancionado una moción pidiendo la partición de los

latifundios, el parcelamiento de las grandes colonias rurales en pequeñas granjas. Relacione esto con la instrucción universal, y tendrá el toque de agonía de las plantaciones. La Convención ha sancionado la igualdad de raza y color en todo el territorio; señores... asimilen bien eso. Nos asegura la Convención que negros y blancos se sentarán lado a lado en los jurados y que habrá jueces de color; grábense ese detalle bien en las mentes, amigos. La Convención garante la emisión libre del voto... y con eso se nos esfuma cualquier sueño de renovado poderío que hubiéramos podido abrigar todavía. Y por último, señores, la Convención, en sus leyes, sus edictos y sus ponencias, ha apelado a negros y a blancos por igual; blancos y negros en un mismo pie de igualdad. El pobre blanco tendrá, en adelante, su suerte ligada al del afroamericano. ¿No basta con esto todavía para suscitar mayor indignación?

-No podrán llevarlo a cabo, Holms -dijo el general, interrumpiendo un momento de silencio-. Tendrá que desmoronarse. Las finanzas del Estado no darán para tanto. En las elecciones...

-Las elecciones... los llevarán al gobierno, así como los han llevado a la Convención.

-¿Y cuál es nuestra verdadera posición, Stephan? -preguntó Carwell. -Ninguna en especial.

-¿Por qué no les jugamos con sus mismas cartas?

-¿Ofreciendo a los votantes, qué? ¿Jornales diarios de veinte céntimos? ¿El regreso a la esclavitud? ¿Nada de pequeñas granjas? ¿Ignorancia?

-Hay maneras de...

-Sí, pero no por ese camino. Hemos sido poderosos; hemos perdido nuestras armas; nos proponemos recuperarlas: eso es todo, ni más ni menos. Ha visto a ese negro aquí, esta noche. ¿Cree usted que se le podrá hacer ver gato por liebre, que se le podrá halagar y engañar tan fácilmente?

-No -dijo Fenton-. Pero, se le podría colgar.

-Hemos recurrido al terror y hemos fracasado, Stephan -observó el general-; usted mismo hizo hincapié en la verdad de ese punto.

-Sí, hemos fracasado porque era, un terror estúpido, y porque el terror, con sólo el terror por único fin, está condenado a la derrota. Azuzamos a multitudes de exaltados contra las bayonetas yanquis; nos dejamos llevar de la política de ultrajar a jovencitas inermes, e incitar a ex soldados al apaleo, el linchaje y el robo. Todo sin un plan preconcebido en nuestras mentes, sin un objetivo y, peor que todo, sin organización.

Fenton encendió otro cigarro. Una de las mujeres abrió en ese instante la puerta de la sala y preguntó:

-¿Es que se van a quedar aquí toda la noche?

Un sirviente de color entró con una botella de whisky, quien, al salir, llevó la orden de Holms de que nadie debía interrumpirlos ya. La ceniza en el cigarro de Stephan iba alargándose; con un golpecito del dedo la esparció sobre el mantel. Luego la hizo volar de un soplo.

-Una organización -dijo-, un plan y un fin.

-Usted ha pensado en el Klan, Stephan -sugirió Fenton.

-En efecto; en eso he estado pensando. Su historia, en los dos años, poco más o menos, de existencia, no ha sido ni brillante ni consecuente, pero contiene, al menos, un principio de organización. Y, más bien que fraccionar nuestras fuerzas y oponerlas a las del Klan, sería más inteligente atraernos sus elementos y trabajar con ellos. Si hemos de decidirnos por tal alternativa, será mejor no demorar un momento más, va que esos elementos de que habla podrían perder eficacia.

-Están adiestrados y conducidos por militares -observó el general.

- Ese es buen dato . .. y nos será de ayuda. Dupré forma ya parte del Klan; su colaboración nos será valiosa. Este asunto de camisones blancos y cruces flamígeras son

Librodot

tonterías, pero tiene su utilidad. El tipo escurridizo, el tímido, el miedoso, bravuconea ocultándose el rostro.

-No me gusta esa clase de apreciaciones.

- ¿Ah, no, Dupré? ¿Es que usted piensa envolverse la cabeza con una servilleta y correr a campo traviesa en la oscuridad de la noche? No... ésta es el arma, entendámonos bien. Y necesitaremos hombres, por millares, para hacerla funcionar y tornarla eficaz. ¿De dónde vendrán los hombres? Algunos, no muchos, serán veteranos de la guerra; dígase lo que se quiera de "nuestras tropas, no les faltó valor, ni honor, el tipo de honor de que estamos hablando. Por cierto que no les agradará mucho los camisones, el terror, los ahorcamientos, el asesinato a mansalva.

-No me gusta nada tu modo de ver estas cosas, Stephan -interrumpió el general.

-¿Cómo, de qué otro modo quiere que me exprese? Aquí no es cuestión de andar ocultándonos recíprocamente la verdad. Pero hombres no habrán de faltar, esa misma laya que empleábamos de capataces, esos señores que compraban y vendían esclavos y los hacían, individuos de avería, sucios y armados de una lonja de cuero, gente con una sola prenda que los distingue: la piel blanca. Pues, señores, tocaremos toda una sinfonía con ese parche hecho de piel blanca, será nuestra divisa de honor. Revalorizaremos esa piel blanca. Rastrearemos las cloacas y los cenagales en busca de candidatos, les daremos su cuero blanco, y en pago, señores nos devolverán lo que hemos perdido en esta guerra insensata.

-¿Pero, de qué manera, Stephan? -quiso saber Fenton-. Cuando lo intentamos antes...

- Esta vez tenemos la ventaja de la experiencia, lo que nos faltaba antes. Empezaremos despacio... organización al principio y nada más que organización. Nos introduciremos en el Klan, lo subvencionaremos. Mientras estén aquí las tropas de ocupación, no haremos nada... esto es, nada que pudiera dar lugar a medidas coercitivas. Unas pocas acciones, un negro puesto en vereda, un buen susto a algún raptador, un linchamiento que otro; estas cosas sucederán, naturalmente; y cuando sucedan, al Klan le vendrá mejor estigmatizarlas. A modo de propaganda, podría llamarse a los del Klan románticas figuras encapirotadas, corriendo al claro de luna, pero sólo a modo de propaganda. La palabra de orden es, esperar, organizar, no hacer nada prematuramente. Con el mismo fin a la vista, aquellos de nosotros que puedan, deberán meterse en la madeja política, no en la oposición, no, sino como hombres que quieran trabajar con los "reconstruccionistas". Eso es lo que yo propongo: espero que otros hagan causa conmigo. Daremos un solo paso a la vez, y esperaremos antes de dar el siguiente.

-¿Y cuánto tendremos que esperar? -preguntó el general.

-No sé... por cierto que no menos de dos, tres años, posiblemente cinco. Pero esperaremos hasta que el éxito no ofrezca ya dudas, hasta que el Sur, reconstruido, gravite por su importancia en la política nacional, hasta que haya salido de nuestro Estado el último soldado yanqui. Y en tanto aguardamos, no nos mantendremos ociosos. Sufriremos, no entre arrebatos de histeria, sino paciente y varonilmente... y de modo que el Norte pueda medir el alcance de nuestros sufrimientos. No echaremos a gritar estúpidamente, sino más bien declararemos con dignidad que se nos ha hecho objeto de una gran injusticia, y basta con que lo repitamos hasta que se nos crea. Nos granjearemos simpatizantes y adeptos en el Norte, donde hay miles que siempre nos han envidiado, envidiando aquellas mismas cosas contra las que fueron a pelear, nuestro sistema de plantaciones, nuestros esclavos, nuestra pompa, nuestra manera de vivir... envidia que no bastará para eclipsar sus escrúpulos morales, endebles y falsos. Sí, se le tuvo conmiseración al negro, al esclavo, al siervo; ¿pero qué será de esa conmiseración cuando nosotros mostremos a la faz del mundo que es él el opresor, que los salvajes negros están arrasando con todo cuanto es digno, humano, bueno, decente, en los hombres de bien, en las damas?

-Que es lo que realmente están haciendo -dijo el general en tono bajo.

-Muy bien, pues. A ganar adeptos. A hacerle el amor al capital del Norte. El centro manufacturero mundial está desplazándose de Inglaterra al Norte de los Estados Unidos; pedirán más algodón a gritos; les daremos en dosis, no lo suficiente. Pero les iremos ganando

la voluntad, los invitaremos a establecer sus fábricas en el Sur, y haremos que compartan el interés por nuestro futuro. Un interés que gravitará con todo el peso una vez que olviden esos señores la locura que los empujó a la guerra, una vez que comiencen a ver claro en la injusticia de tal guerra, y que éramos nosotros, en realidad, los amantes de la libertad, y tan amantes, que luchamos para romper las cadenas que amenazaban nuestra libertad americana.

-Como que lo hicimos -confirmó el general.

-Y luego, cuando llegue el momento, dentro de dos o de cinco años, golpearemos... con fuerza y terror; ya que sólo con la fuerza y el terror se podrá cortar este nudo. Pero para entonces habremos llegado al cabo de nuestra campaña preparatoria; el Norte no se enterará de nada, v lo poco que alcanzará a oír, se resistirá a creerlo. El Klan será un ejército para entonces, y será el Klan que destrozará este engendro nacido al abrigo de una locura, y lo destrozará de modo que no habrá de resurgir jamás. Señores, será llegado entonces el momento en que el negro retornará a ser esclavo, como siempre lo ha sido, ya que así lo quiere el destino. Se defenderá, ¿qué duda cabe?, y peleará, pero no organizado como para hacer frente al terror y la fuerza, tal como lo estaremos nosotros. Algunos blancos pelearán a su lado; mas la mayoría, ténganlo ustedes por seguro, no; el miedo y la divisa blanca de su piel se encargarán de impedírselo. Y, señores, cuando sea llegado ese instante, ¡nosotros triunfaremos!

Al hablar, Stephan Holms mostraba fiereza y pasión, una fortaleza movida por un dinamismo que hasta impresionaba al general, el menos sensible, acaso, entre todos los presentes. Mas al terminar eso a modo de arenga, se apagó la llama; el apasionamiento se resolvió en la pálida y compuesta figura elaborada por la civilización. Holms encendió otro cigarro, y una vez que los demás hubieron hablado hasta la saciedad de su plan, en pro y en contra, sugirió:

-¿Nos reuniremos ahora con las damas?

CAPITULO VI
GIDEON JACKSON VUELVE ENTRE LOS SUYOS

Había concluido la trascendental tarea; la Constitución estaba labrada, y las nuevas leyes del Estado, que implicaban una definición de lo que la libertad, la vida y la búsqueda de felicidad significaban para el pueblo de los Estados Unidos de América acababan de ser sancionadas. Era la primavera de 1868, un esplendoroso y brillante nuevo año, una nueva era, según dijera el pastor al dirigirse a la asamblea:

"Dios, Señor nuestro, lleno de misericordia y comprensión, te rogamos que bendigas nuestra labor. Los errores que habremos cometido no han sido intencionales, sino porque somos criaturas mortales, sujetas a los males, los pecados y las faltas comunes a todos tus hijos..."

Luego la Convención, a una, se puso de pie y entonó con voces plenas y altivas, "¡Patria mía, dulce tierra de libertad, a ti este canto!"

-¿Qué planes tiene usted para el futuro? -preguntó Cardozo a Gideon.

-Volver a mi casa.

-Hace tiempo que falta, ¿verdad?

-Demasiado tiempo -repuso Gideon, sonriendo-. Cosa rara lo que nos ocurre a nosotros, los negros, Francis; tenemos la nostalgia metida en el corazón. Allá por los malos tiempos viejos, cuando vendían a un negro y se lo llevaban lejos, río abajo, era peor que quitarle la vida. Siento como si fuera hambre de volver.

-¿Y luego, qué hará usted?

-He estado pensándolo mucho -respondió Gideon con aire preocupado-. Mi gente sabe lo que es un terreno, sabe cómo arrancarle una cosecha de algodón, un poco de maíz, pero quédese ahí. Ahora viven en la antigua plantación de los Carwell. Eso no durará siempre. He estado en el Registro de Tierras para saber la historia de esos terrenos; Carwell los perdió por deudas, y sus deudores, luego, por no poder pagar los impuestos. Un día de éstos caerán bajo el martillo del rematador, ¿y dónde irán entonces a parar mis pobres 'gentes?

- Allí donde va toda la gente de color, sin tierras, sin horizontes, condenados a morirse de hambre. Es un problema, Gideon, el mayor que estamos llamados a resolver.

-Quizá pueda hacer yo algo al respecto, no mucho, indicándoles cómo adquirir un pedazo de tierra. No estoy muy seguro de ello, le diré; puede que tenga éxito, como puede que fracase... De todos modos, iré a probar.

-Con lo cual saldrán del paso algunos, Gideon, pero el problema fundamental queda en pie.

-Vaya si lo sé.

-Gideon, ¿ha pensado usted alguna vez en dedicarse a la política?

-No comprendo.

Cardozo, con una sonrisa indefinida en los labios, recordóle a Gideon la circunstancia en que se conocieran tiempo atrás.

-Ya entonces eché de ver que habría de depositar mi confianza en gente como usted.

-¿Por qué, como yo?

-Porque todo este Estado, en realidad todo el Sur, salvo una pequeña minoría poco numerosa que nos enfrente, tiene un solo camino... ¡tendrá que labrarse su propio futuro! Así lo ha entendido usted; lo mismo que cientos de otros. Nosotros dos no nos entendemos; nos separa un océano en muchas cosas; usted es hombre violento, no obstante su natural amabilidad. Yo pienso de la misma manera, pero hay en usted mucho de lo que a mí me hace falta: fortaleza moral, valentía. ¿Qué uso hará usted de esas fuerzas?

-Si es que las tengo -dijo sonriendo Gideon-, quizás están aquí, como dice usted, quizá no; en realidad, no estoy muy seguro de ello. Será cosa de pensarlo bien. Necesito aprender, instruirme; soy persona ignorante, Francis. De haber sabido hace tres meses cuán grande era mi ignorancia, ya entonces habría renunciado a todo esto.

-Gideon, piénselo un poco antes de retornar a la plantación. Dentro de unos pocos días se reunirán los delegados del partido republicano por este Estado. Yo figuro entre ellos. No olvide ese detalle, Gideon; el partido de Abraham Lincoln va a presentarse en las próximas elecciones; y se las llevará; podemos darlo por descontado, lo hemos visto en el vuelco a nuestro favor en las elecciones de convencionales. Esto de ahora es cosa de más alcance; se trata de la legislatura estatal, toda una estructura gubernamental: diputados, senadores, y a rehacerlo todo de pies a cabeza. Usted ha tomado parte en esta tarea, Gideon, desde el comienzo; y una parte, no importa cuán pequeña, de nuestra flamante Constitución, es obra suya. Pues bien, se nos ofrece la oportunidad de continuar la obra, de preparar las leyes...

-No comprendo bien -dijo Gideon lentamente.

-Es preciso que alguno de nosotros ocupe una banca en el Senado del Estado, y presentar para ello la candidatura...

Gideon hizo con la cabeza un movimiento de incredulidad. -¿Por qué no?

-Porque el resultado defraudaría -repuso Gideon.

-¿Es que tiene usted miedo?

-Ya se me ha olvidado el miedo -dijo, sonriente, Gideon-. Pero no puede ser... bien conozco mis alcances. A lo mejor dentro de uno... o cinco años, pero ahora, no. No estoy preparado, Francis.

-Está usted, Gideon, mucho mejor preparado que muchos de los que estarán en la bancada.

-Acaso sea cierto -dijo Gideon, incrédulo.

-Prométame, empero, que lo pensará bien.

-No. Me vuelvo entre los míos.

-¿Y si yo le dijera que comete usted un error, Gideon?

-Tengo que hacer lo que creo mejor.

-De nada sirve tratar de persuadirlo a usted, ¿verdad?

-De nada, me temo.

-Lo siento mucho -dijo Cardozo, con tono sincero.

Se dieron un apretón de manos, y luego profirió Cardozo estas palabras:

-El conocerlo a usted, Gideon, ha sido una gran ventura para mí.

-¿Por qué?

-¡Ojalá pueda yo volver entre los míos algún día!

Cuando hubo llegado el momento de la partida, la señora Carter lloró con lágrimas sinceras, sin intentos de ocultar la emoción que la embargaba; más, abrazó al corpulento negro y le dio un fuerte beso en los labios. "Y si algún día vuelve usted a Charleston, Gideon, ¿vendrá a estar con nosotros?" Lo colmaron de atenciones en esos últimos momentos; le prepararon una caja con alimentos para el viaje; y también le obsequiaron un par de zapatos negros para Raquel. Gideon quiso pagarlos. "Ah, no, éste es un regalito, Gideon, hijo". Otro presente lo constituía un ejemplar de la Biblia. "Para reconfortar el espíritu -díjole Carter-, usted es un buen muchacho, Gideon, pero tenga siempre la cara vuelta hacia Dios". Gideon presentía cuán desolados se sentirían los dos ancianos luego que él los abandonara. Le prepararon una comilona de despedida, con pollo saltado en aceite, langostinos fritos, torta de harina de maíz, legumbres frescas, y los vecinos fueron cayendo a la casucha hasta que no había lugar donde moverse. Gideon resistíase a creer que fuese tan querido; todos querían estrecharle la mano, y hubo más lágrimas que en un velatorio; para Gideon, en cierto modo, la Convención y la Constitución existían por sí solas, no con relación a la gente, el llorar v reír, y el amor propio .. .

Pasó una hora conversando con Anderson Clay, quien le dijo:

-Gideon, yo mal me parezco a esos que están locos de alegría y le cantan el aleluya a los tiempos que corren. Estamos en los comienzos; suponiendo que esto sé viniese abajo, habremos de comenzarlo todo de nuevo. Siempre quedarán algunos de nosotros en la brecha, a lo largo de ella; nunca dejaremos de tendernos la mano.

-Siempre nos ayudaremos -asintió Gideon, estrechando la huesuda mano del gigantesco pelirrojo.

Mas los acontecimientos se sucedían ahora fuera del alcance de Gideon. El se alejaba, pero el pequeño mundo en cuyo centro había vivido los últimos cuatro meses movíase en un torbellino de cambios y ansiedades. No obstante el ansia de volver a ver a los suyos, embargábale una sensación de soledad mientras ordenaba sus libros -que ya formaban una bonita pila-y llenaba con sus ropas una valija hecha de lona. Había reservado pasaje para viajar por ferrocarril: ah, no reharía el trayecto a pie esta vez. En cierto modo, sentía envidia por aquel negro que, algunos meses atrás, había cubierto a largos trancos las cien millas desde el interior de la comarca hasta la ciudad de Charleston.

¿Nada había cambiado en la plantación de Carwell? El anciano hombre de color que en un destartalado sulky lo llevara las últimas veinte millas no ha oído aún palabras de la Convención, ni de los sacudimientos sociales habidos en Charleston, ni de ninguno de los grandes sucesos de los cuales formara parte Gideon.

-¿Convención?... no me habían avisado nada.

Y a medida que el anciano va contándole las nuevas del vecindario, nota Gideon que son las mismas de siempre, nacimientos, muertes, rachas de quietud bucólica y violentas erupciones de barbarie, cual ocultos pequeños volcanes.

-El muchacho de la señora Bully, que se había ido al pueblo, sin otra intención que dar una vuelta por ahí, lo agarran cinco blancos, lo apalean al pobre y luego lo cuelgan de un álamo.

-¿Y por qué, qué había hecho el muchacho?

-¿Lo que había hecho él? Nada, pues, que yo sepa; iba deambulando por las calles del pueblo, como lo haría cualquier muchacho.

El viejo refiérele luego a Gideon cómo el ferrocarril va progresando a través de los inmensos senagales de las tierras bajas, y cómo el proyecto en ejecución es construir un alto terraplén, encima del cual habrán de tenderse los rieles.

-Están tomando gente. A dólar por día.

-¿A dólar por día a los hombres de color? -insistió Gideon.

-Sí, un dólar. Son yanquis los que están construyendo el camino de hierro.

Gideon pregunta luego acerca de las últimas novedades, en la plantación Carwell.

-¿Qué rumores corren?

-¿Y qué espera usted que suceda, joven? -responde el viejo, como queriendo enterarse de las preocupaciones mayores del hombre que regresa-. ¿De dónde le viene tanta impaciencia? Espere un rato más y verá. No ha llegado ningún rey, se lo aseguro yo. Las vacas, pariendo terneritos, y las viejas negras echando panza... ¿qué otra cosa podía esperarse?

En verdad no esperaba mucho más Gideon. Luego fue enterándose de cómo había estado el tiempo los últimos meses, semana por semana. Ya estaba allí la primavera, sin embargo: todo sonreía ahora, y los sembrados abrían sus tiernas hojas a las caricias del tibio sol. Los cuervos, graznando como siempre, herían él aire, y allá abajo, un hombre, fusil al brazo, cazando, en tanto el perro que lo acompañaba abríase camino a través del prado crecido.

Y al fin, a la caída del sol, cuando las sombras se tendían en el suelo, largas y cansadas, llegó Gideon a la vista de Carwell, mostrándosele primero la casona solemne y solitaria al tope de su alto pedestal, iluminada por los últimos rayos de sol, blanquecina la sombra a levante y rosa y oro a poniente. La mula caminaba cansina, a pasos cortos.

-Es que el tirón ha sido largo -dijo el anciano en tono casi de queja; la vuelta tendremos que hacerla por la noche.

Al igual que otras veces, fueron los chicos los primeros en correr a su encuentro, gritando con todas sus voces; salían de todos los rincones, como bandada de perdices espantadas. Estaba Marcus entre ellos; Gideon no recordaba haberlo dejado tan crecido. Jeff, más hombrecito y serio, venía detrás, a paso lento, con porte y compostura. Y, al fin, pudo Gideon abrazar a su Raquel. Ella sentía rubor al hacerlo delante de los chicos, y con los ojos húmedos de emocionada alegría.

Raquel sentía en su plenitud el gozo de tenerlo de nuevo en sus brazos; también para ella el tiempo habíase convertido en cosa flexible, elástica, que se puede estirar y alargar, o recogerse en torno a sí mismo, formando un nudo tirante y compacto. Estos últimos meses habíanle parecido una eternidad; y Raquel había presentido, en su modo de intuir, de mujer ignorante y afectuosa, que no sería el mismo Gideon el que volvería al hogar.

Sus temores no alcanzaban a tomar formas definidas; eran cambiantes como las sombras en movimiento de ese atardecer. La sustancia que dibujaba sus contornos era lo desconocido, que comenzaba en las cumbres de las sierras que demarcaban su horizonte y se extendían hasta encerrar todo su mundo. Y su mundo, principio y fin de todo, era para ella, Carwell, ya que la pobre no había conocido otras tierras fuera de ese rincón. Su difunta madre, cuando fue traída de Virginia y vendida al mejor postor en la feria de Charleston, llevaba en brazos una niña de pecho, lo que hizo que su precio aumentara en cuarenta y dos dólares. Aquella niña era Raquel; cuyos recuerdos comenzaban en la plantación de Carwell, sin mezcla alguna de otros sitios. La misma guerra, cuya marea había invadido todo el Sur, no había impreso un sello profundo en el paraje. Un día, un muchachón, de cara rosada, ojos azules y patillas de color castaño dorado, cubierto de sucio uniforme azul y montando un rocín negro, pasó al frente de una cansada columna de soldados, de uniformes también azules y también sucios, a través de los potreros de Carwell. Eran los primeros yanquis, y el joven que marchaba al frente, le gritó a la mujer:

-Di, muchacha, ¿cuándo has visto al último rebelde pasar por aquí?

Ella comprendía a duras penas el hablar gangoso y espasmódico de los de Nueva Inglaterra; Marcus se había corrido, entretanto, a ocultársele entre las faldas, y en ese instante le asaltó el terrible pensamiento de que aquellos hombres podían llevársele al muchacho para venderlo en los mercados del río abajo. Huyó despavorida, y cuando mucho más tarde regresó al sitio, los yanquis se habían marchado. Con el andar de los meses, otras tropas yanquis pasaron por el lugar, y también tropas rebeldes, pero la marejada más violenta orilló primero un costado de Carwell, y luego el otro. En el fragor de uno de estos oleajes humanos habían desaparecido Gideon, Hanibal Washington y otros, para enrolarse en las filas yanquis, con el ánimo de luchar por su libertad. Para Raquel, se los había engullido la garganta abismal del inmenso, misterioso y bostezante mundo exterior, y ella, dejada con dos chicos de tierna edad, debía hacerse ánimo y alimentar de algún modo la fe en su retorno. Mas Gideon era grande e infalible, como la salida y la puesta de sol. Si las demás mujeres lloraban, Raquel hacía una cuestión de amor propio el mantener los ojos secos, y se decía: "Gideon me ha dicho que volverá". Ello alimentaba la llama de su fe, aunque no bastaba para aquietar sus temores. Perdido Gideon, todo el mundo cesaría de ser para ella. Las demás mujeres no se le parecían. El pecar, la infidelidad conyugal, por ejemplo: algunas, llegarían acaso a dar su cuerpo de modo pecaminoso; comprendiendo tal circunstancia, y aun el deseo y la soledad que contribuían a ello, Raquel llegó a figurarse algunas veces la situación en que llegara a ser infiel a su Gideon, pero el solo vago contorno de una tal posibilidad hacíala sonreír; pues ella era Gideon, y Gideon era ella. Hasta la forma de unirse en matrimonio, escurriéndose en la noche hasta la choza del Hermano Pedro para formalizar en secreto el santo sacramento, había sido distinta; en tanto la mayor parte de las mujeres de la colonia se entregaban sin más al compañero, sabiendo que, para ellas, el casarse podía ser asunto de un día, un mes o un año, no ya la unión indisoluble ante el Señor, sino una felicidad pasajera, a la espera de ser vendidas, intercambiadas, violadas. No obstante tal amenaza, ella y Gideon habíanse jurado fidelidad de por vida.

Era dichosa de un modo que podía expresarse así, "como Raquel". Si cantaba festiva una alondra, lo hacía como Raquel. Ella conocía a su hombre; el Señor sonreía cuando le entregara a Gideon. Cuando él se fue, sintióse triste y apenada, pero también esto formaba parte del hecho de tenerlo para sí. Su modo de ver las cosas difería, empero, del de su esposo; de niña, había aceptado, junto con otras de su sexo y edad, que el viento lo producían las ramas de los árboles al agitarse; y cuando Gideon le hizo notar que no era así, sino del modo inverso, ella lo aceptó sólo porque era Gideon quien lo afirmaba. Su esposo debía saber los porqués siempre; nada había de existir para él sin una razón. Mas en su corazón de mujer, el tibio fluir y refluir de la sangre bastábale para intuir las cosas. Los fuertes y arraigados sentimientos instintivos que moraban en su ser sabían de las cosas, y a veces asombraba la exactitud con que acertaba. No era preciso que le dijeran cómo era Charleston, la Convención, o el amanecer del nuevo orden de cosas para darse cuenta de que no volvería a ser jamás el mismo hombre el que retornaría a su lado. Las primeras cartas que le escribiera el esposo le llegaron de Charleston.

Al comienzo, debieron leérselas el Hermano Pedro, o James Allenby. La vergüenza y el pudor de ver a otros entrando en la intimidad de sus comunicaciones le hizo aprender a leer, pasándose horas por las noches con otros hombres y otras mujeres, apretujados todos en la pequeña cabaña donde Allenby enseñaba los mismos rudimentos del lenguaje que durante el día enseñaba a los niños. Pero a ella le costaba mucho aprender; la cabeza le giraba sobre las letras y la martirizaba el dolor. Gideon se le alejaba más y más cada vez...

Por fin, había vuelto; de nuevo la estrechaba cariñoso contra su pecho, haciéndole comprender esta vez, mejor que nunca en el pasado, el significado de la frase: "La libertad es dura de conquistar".

El día siguiente al regreso de Gideon era domingo, y el Hermano Pedro reunió a los fieles en el amplio patio, al tibio rayo de sol. La gente entonaba, con sus poderosas gargantas "Llévame de la mano, oh Señor". El Hermano Pedro abrió la Biblia y leyó del libro de Isaías:

"He aquí el Señor, que vendrá con mano poderosa, y su brazo gobernará por El: he aquí, la recompensa está en El, y su obra delante de Sí. Apacentará su grey, cual pastor; El recogerá sus corderos en sus brazos y los llevará en el pecho, y guiará dulcemente a los más tiernos". "Amén", e inclináronse las cabezas de los fieles en sereno asentimiento. Los niños, en tanto, se movían sobre sus pies inquietos, se tiraban unos a otros de los cabellos o les daban patadas a los perros que se escurrían entre los congregados. Gideon: habíase sentado al lado de Raquel y de Jeff, Marcus y Jenny, pero Raquel que no lo dejaría sentarse entre las hierbas y estropearse el fino traje de Charleston, había extendido debajo un lienzo de tela... ¡estaban todos tan orgullosos de la elegancia de su Gideon!

Los ojos de Jeff se mueven sin cesar hacia donde Ellen Jones, la cieguita, está sentada junto a Allenby; y Gideon, al que no se le escapan intenciones, frunce el ceño. Cuando la pequeña de María Jefferson comienza a llorar, él se le acerca para decirle al oído:

-Chito, chito, ahora... Aleluya -y la gente cabecea como hamacándose hacia adelante y atrás.

El Hermano Pedro comienza a hablar:

-No diré el sermón de costumbre hoy, porque nuestro querido hermano Gideon está de nuevo aquí entre nosotros. ¡Que el Señor sea alabado! Dios misericordioso nos ha creído merecedores a la libertad, ha oído nuestras plegarias; en su infinita bondad, nos ha premiado con esta bendición de tierra, rica en leche y miel, mientras otros hermanos nuestros de color no tienen para comer, ni un lugar donde apoyar la cabeza para dormir. El buen Señor ha dispuesto darnos elecciones, y lo ha acompañado a nuestro hermano Gideon allá lejos, en Charleston. ¿Cómo ha sucedido todo ello? El hermano Gideon ocupó su banca en la Convención con los grandes y los poderosos, y nuestro Dios lo ha exaltado, así como lo hiciera con el joven rey David. ¡Que el Señor sea alabado!

"Amén", responde la gente en coro.

-El hermano Gideon está hoy de nuevo entre nosotros. El les hablará, en lugar de mi sermón de los domingos. El nos va a decir cómo fue que pasó todo aquello. Levántese, hermano Gideon. Lléguese junto a mí, que toda la congregación pueda verlo.

Y fue así como Gideon habló a su gente. Con toda la sencillez que supo hacerlo, les dijo cuanto había sucedido, cómo había andado a pie hasta Charleston, de sus temores, de sus faenas de estibador en el puerto de la gran ciudad, de cómo había encontrado la buena familia de los Carter, y cómo, al cabo, habíase sentado en su banca en la Convención. Por primera vez logró hacer comprender a sus atentos oyentes lo que en realidad significaba el hecho de votar, lo que había detrás de toda la política de reconstrucción, tal como el Congreso la había sancionado, y cómo progresaría el proceso de reconstrucción, ahora que la nueva Constitución del Estado había sido creada. Una tras otra, bosquejó Gideon las disposiciones de la Constitución, explicándolas, pero haciendo notar en más de un pasaje el gran abismo que separa una medida escrita de una Constitución y su aplicación práctica. Estipulaba la Constitución que la instrucción sería general y obligatoria en el Estado de Carolina del Sur, pero nada decía del dinero que había menester para llevar a cabo tal medida, ni de la falta de maestros capacitados, ni de edificios donde hacer funcionar las aulas... Aguardando ese momento, dijo, había que aprender a leer y escribir de cualquier manera que fuera posible. Destacó que una medida que echa por tierra con toda discriminación racial no destruye los prejuicios; esto llevaría años y años.

-¿Y cuál es nuestra situación, la de todos los que me rodean hoy aquí? -continuó diciendo Gideon-. ¿Qué debemos esperar del porvenir? Bien, he ido metiendo las narices en muchos papeles y he podido sacar en limpio alguna cosa. Dudley Carwell perdió estas tierras a manos de otro hombre, quien a su vez debió cederlas por no poder pagar los impuestos. Quiere decir que, tarde o temprano, irán a pública subasta, y el martillo caerá a favor de quien ofrezca más por ellas. El día que esto suceda, nos echarán de aquí, a menos que nos hayamos preparado de antemano para evitarlo. No sé lo que nos convendrá mejor hacer; he pensado mucho en estos últimos días... pero nada nos saldrá al encuentro, a menos que tengamos

dinero. ¿De dónde sacaremos tanto? No se me ha ocurrido todavía. Pero no debemos perder la esperanza. Han muerto los tiempos del vivir en la desesperación cotidiana; nos alumbra un amanecer nuevo y lleno de promesas.

No se sentía aquí la misma prisa, el mismo correr veloz del tiempo que le acosaba a Gideon en Charleston. Nacía el sol y se ponía tras describir la inmensa parábola diaria; Gideon, puestas a un lado sus ropas finas, había vuelto a endosar los raídos pantalones de algodón y la camisa deshilachada. Una marrana enferma, a punto de parir, teníale en duermevela noche tras noche en el pajar. Los contrastes de los primeros días íbanse suavizando poco a poco; las chozas de esclavos, tan horribles de ver a su retorno, fueron tomando el aspecto prístino, familiar y lugareño.

Por las noches leía a la luz del candil, por lo general, en voz alta.

Marcus, Jeff y Raquel le acompañaban escuchándole. A veces venían a hacerles compañía Allenby, quien se traía a Ellen Jones, otras el Hermano Pedro, y más raramente algunos de los demás. Les leía desde Whitman a Emerson. Y las retintineantes últimas palabras de John Brown, los poemas de John Greenleaf Whittier. Las poesías hacían presa en la imaginación de aquella gente, a lo cual contribuía mucho la manera con que 'Gideon daba tono a sus lecturas; se movían todos al ritmo de la composición bien recitada o se acompañaban con acallado palmear de manos. Jeff solía observar fijamente al lector, y éste pensaba que iba llegando el momento de hablarle al muchacho y descubrir qué moraba detrás de aquellos ojos de azabache y aquel impenetrable rostro abetunado. Marcus no tomaba en ese entonces la vida a las tremendas, y causábale asombro a Allenby la facilidad con que asimilaba lo que oía. Todo esto significaba para Gideon una pausa, un interregno, en el que se sentía turbado por creciente impaciencia. Por otra parte, el Hermano Pedro acababa de decirle:

-¿Recuerda, Gideon, cuando le dije que se llenaría usted y ello sería como sacar agua clara y fresca del pozo?

-Vaya si lo recuerdo -respondió Gideon con un movimiento de cabeza.

-Ha ido usted a Charleston, donde el Señor lo ha exaltado... y ha vuelto ahora sin sentir el antiguo vínculo con su gente.

-No, eso no es cierto.

-Si usted le da la espalda al Señor, también El le volverá la suya -y el Hermano Pedro agregó, entre pensativo y apenado-: Sin embargo, es lo que ha hecho usted, Gideon.

-No, no, lejos de eso. He mirado de frente las cosas, Hermano Pedro, de la única manera que se debe hacerlo, y como yo creí debía hacerlo. He visto a hombres sepultados en la servidumbre, y no fue el Señor sino los hombres quienes rompieron las cadenas. He visto a hombres, malos o indiferentes, tomar un fusil para la buena causa, porque los hombres buenos tienen su propio modo de hacer las cosas, pero de la sangre y los padecimientos ha nacido algo nuevo.

-¿Y la salvación del alma, Gideon?

-Pongamos que yo vea el camino de la salvación por otro rumbo; en la verdad de las cosas concretas, en escuelas, buenas leyes y casas decentes, en lugar de verla en las chozas donde vivimos hacinados ahora...

Y Raquel, en el reposo de la noche, solía susurrarle al oído, en medio de la pesadilla de su desesperación:

-¡Gideon!

-¿Qué te sucede?

-Dime que me quieres, Gideon.

-¿Qué otra cosa podría querer en el mundo?

-¿Pero qué te ocurre, hablas distinto, haces distinto... Gideon? El cambio que has sufrido, entonces, ¿qué será de ti y de mí? ¡Dios mío!

-Nada, querida, nada.

-Pronto te irás, te irás, Gideon...

-No.

-La lengua dice una cosa, y el corazón te dice otra.

-No y no -le aseguraba Gideon.

Y Cap Holstein acababa de traerle una carta de Cardozo, que decía: "¿Ha pensado bien en el asunto, Gideon? Usted no podrá permanecer vegetando allí en tanto el mundo se alborota cada día más".

Una tarde de ésas, estaban sentados alrededor del troje de maíz, despatarrados como en los buenos días de antaño, Gideon, el Hermano Pedro, Hanibal Washington, Allenby, Andrew y Ferdinand, estos dos últimos con sus flamantes apellidos, "Lincoln" todos masticando tallitos frescos de hierba y los pies jugando con el polvo de la tierra .. .

-Parece que tendremos lluvia.

-Es posible que sí; algún chaparrón.

-No le haría mal un poco de lluvia a tanta mugre amontonada.

-La tormenta se viene desde poniente.

-Parece recia.

-Estaría más contento si hubiera sembrado algunas fanegas de algodón -dijo Gideon.

-Más feliz me haría no volver a ver un capullo de algodón en mi perra vida.

-Triste cosecha, hermano.

-Es la cosecha de esta tierra -dijo Gideon-. Es dinero contante, y nosotros precisamos dinero.

-Usted no se cansa de repetir esto -observó Allenby.

-Sí, aquí no hay nada nuestro. Ni la tierra, ni las chozas que nos dan abrigo. Nada. Hasta ahora, todo era confusión, nadie se preocupaba de poner los papeles en claro, a nadie se le ocurría preguntar: ¿qué hacen allí esos negros? Pasada la primera elección, tendremos una administración civil, y ya no habrá un acre de tierra sin registrar. Todo tendrá dueño.

-¿Quién querrá echarnos de nuestras tierras, Gideon?

-Quienquiera que las compre.

-Los blancos no podrán trabajar la tierra solos. Necesitarán de nosotros, de los negros.

-Sí, necesitarán del negro del modo que lo hacían antes de la guerra, explotándolo. Sembrándolo todo con algodón y dejar al negro pedirles por limosna le dejen trabajar un rinconcito para quitar el hambre a sus niños. Como bien lo ha dicho el Hermano Pedro, ésta es ahora una tierra de leche y miel. Pero, ¿por qué eso? Porque nosotros la hemos puesto a producir alimentos, y entonces podemos vivir sin dinero en efectivo. Tan sólo en un candil para leer, en un libro de texto para los chicos, se nos va algún céntimo.

-Gideon, ¿no cree usted que el Gobierno comprará las tierras para que nosotros las trabajemos? -preguntó Hanibal Washington.

-Podría suceder tal cosa: supóngase, por un instante, que así fuera. Los miles de hombres que administran el Gobierno no tienen prisa en hacer las cosas. Podrá llevarles un año, dos años, o acaso no lo hagan nunca. También podría decirnos el Gobierno: "Allá en Georgia hay un pedazo de tierra para usted, váyanse a trabajarlo". Usted no aceptará. Eso no nos sirve. Aquí hemos vivido tantos años; esto es nuestro hogar. Tenemos que hacer que llegue a ser nuestra propiedad.

-¿Y de qué manera?

-Comprándola -dijo Gideon-. Trabajemos donde nos paguen por nuestros servicios, y tendremos para comprarla.

-Pero se trata de una suma grande, Gideon -dijo Allenby.

-Sin duda que lo es, pero por algo hay que comenzar. Los Bancos prestan dinero... hasta prestan a los negros si ven algo sólido, si ven nuestras buenas intenciones y, sobre todo, unos cuantos cientos de dólares contantes y sonantes. La Compañía constructora de ferrocarril está terraplenando una faja a través de los cenagales para tender los rieles; necesita trabajadores a dólar por día, negros y blancos. ¿Qué les parecería si fuésemos a ofrecer allí nuestros brazos, y trabajásemos unos ocho o diez semanas en el ferrocarril?

-¿Y los cultivos?

-Volveremos a su debido tiempo para levantar la cosecha. -Siguió a esto un largo silencio, que, al cabo, rompió el Hermano Pedro.

-Es triste cosa separar a los hombres de sus mujeres.

Pero Hanibal Washington rebatió:

-Tiene razón Gideon.

-Nos reuniremos todos para discutir el asunto -dijo, al fin, Gideon.

Pero para las mujeres resultó muy triste. Lavando la ropa en el arroyo, todas observaban a Raquel, quien fregaba y batía las prendas en silencio. Los cambios traían preocupaciones y penas, y de ahí en adelante estos cambios se sucederían inexorablemente. Aunque había que aceptarlos como cosas de la recién ganada libertad, no por ello alborotaban menos a aquellos corazones hechos a la quietud de la colonia. Cuánto mejor fuera ser como los niños, pataleando desnudos en el remanso, gritando y riendo, sin sentir ningún pudor mas ellas habían dejado de ser niñas. Los cenagales estaban infestados de mosquitos, portadores de la fiebre, y los hombres enfermarían, morirían consumidos por el mal. Raquel sigue golpeando y estrujando sus ropas en silencio; cuando ve caer a Jenny, grita: "Jenny, Jenny, ven acá", y vuelve a su mutismo, en tanto las demás mujeres la miran con ojos extraños .. .

-¿Se llevará a Jeff con usted? -preguntábale Allenby a Gideon.

-Sí. Es tan fuerte como un hombre adulto.

-Yo no haría eso, Gideon.

-¿Por qué?

Estaban conversando en el rincón del pajar que Allenby había transformado en escuela. Hacía de pupitre un viejo cajón dado vuelta; el ambiente estaba iluminado por amplias fajas de luz que se infiltraban desde el desván. Veíanse allí una pila de papel barato, unos palillos de carbón bien afilados, y lo invadía todo una atmósfera sugerente de gente menuda que Gideon no atinaba a definir, aleteos de voluntad de aprender y nostalgia aun en la ausencia de los niños. Gideon había presenciado la lección una sola vez y podido apreciar la increíble paciencia del anciano.

-Son como las bestezuelas -había dicho entonces-. Por cierto, ¿qué esperaba, usted, pues? Pero aprenden.

La aplicación, la voluntad de aprender se leía en los tiernos rostros azabachados, y Allenby era un buen maestro, y paciente.

-¿Por qué? -preguntó Gideon, recordando que no se había decidido aún a hablarle a Jeff, acerca de su futuro.

-No es fácil de definir. Acaso porque el muchachón es como el fuego. ¿Tiene idea usted de lo que él piensa llegar a ser en la vida, Gideon? Turbado, el padre no supo qué contestar.

-Ya sabe leer y escribir. Es como una esponja, se empapa de las cosas... y quiere empaparse de todo lo que le rodea... y tan aprisa que me da miedo. Ya sabe él lo que va a ser. Gideon; quiere llegar a médico.

-¿Cómo lo sabe usted?

-De su propia boca.

-Nunca me lo había dicho a mí.

-¿Se lo ha preguntado, acaso?

Gideon meneó la cabeza, y Allenby continuó:

-¿Se ha examinado usted mismo alguna vez y se ha hecho preguntas, Gideon? ¿Recuerda a aquel hombre que una mañana tomó el camino de Charleston? No hace mucho tiempo de aquello, pero usted ya no es el mismo hombre. ¿Se ha preguntado alguna vez qué es lo que está ocurriendo en usted, qué nos está sucediendo a todos nosotros en este mundo en el que nos agitamos? Cuando luchaba usted en el seno de la Convención preparando los planes para estos cambios, ¿se le ocurrió alguna vez que las mudanzas habían de ser como dolores de parto para todos nosotros?

-¿Y qué haremos de Jeff, entonces? -dijo Gideon, retomando el hilo perdido.

-¿Qué hacer de Jeff? Pues, es su hijo. Lléveselo a los cenagales y se ganará su dólar diario; yo no diré que eso está mal. Pero hay que hallarle un comienzo al muchacho; aquí no hay escuelas todavía. Las hay en el Norte, en Massachusetts, por ejemplo; allí le tomarían a un muchacho de color, lo educarían, lo prepararían para la carrera...

-No sé cómo hacer eso -interrumpió Gideon, intrigado.

-Usted tiene amigos en Charleston. Ese tal Cardozo quizá podría informarle.

-¿Y dejarlo ir así, solo? -concluyó Gideon.

Jeff llevaba a Ellen hasta los pinares y le hablaba de variedad de cosas, pequeñas y grandes que los rodean. "Allí, una ranita de zarzal salta delante de sus pies..." Y le hablaba de la puesta del sol, "asomándose como rosa abierta entre los claros de los árboles". El viento podía apreciarlo la cieguita de por sí. "Como caricia de una persona", decíale ella. En los comienzos, el terror la tenía envuelta en impenetrable capa, y fue obra de milagro, intuyendo el modo de hacerlo, que Jeff pudo ganar la confianza de la jovenzuela. Ella vivía en un abismo profundo y oscuro, donde ni el color ni la luz existían. Jeff jamás daba un paso, ni hablaba palabra, que pudiese asustar a esta cieguita que, para él, era la más bella criatura que jamás hubiese existido. Llevándola de paseo por los prados, la dejaba palpar los pétalos de las flores, las hierbas, y una vez le exprimió una jugosa frambuesa en la palma de la mano. Allenby habitaba una cabaña que la gente había levantado para él y la niña. El anciano no veía con malos ojos que Jeff viniera a leerle a la muchacha, mientras ella atendía los quehaceres de la casa. De boca del anciano Tío Sexton, que había muerto hacía un año, Jeff sabía de cuentos del llano, de pájaros y serpientes que se hablaban entre sí y vivían sus vidas de maravillas. Raquel, sabiéndolo enamorado de la muchacha, comprendía las ternuras que él le prodigaba... ¡tan igual era a su padre!, y le daba de coscorrones a Marcus cuando se mofaba del hermano mayor. No obstante, sentía tristeza y una gran preocupación: la chica era ciega, necesitaba de cuidados; una ciega era una carga para cualquier hombre, no importa la generosidad y el espíritu de sacrificio con que se quisiese encarar el asunto. Y Jeff pronto llegaría a la edad en que Gideon se había casado con ella. Un hombre necesita mujer, y la mujer de un hombre, pero de igual a igual, como las dos mitades de una balanza gravitando juntas en una sola dirección.

-Todo saldrá bien, Raquel -habíale dicho Allenby.

En el medio del pina media milla más allá de donde terminaban los sembrados por el confín sur de la colonia, hallábase un claro de poco más o menos media hectárea, donde los árboles habían sido talados y el pasto recibía sin trabas los cálidos rayos del sol. Ahí se reunían los lagartos, mirándose los unos a los otros, encaramados en cepas y raigones, y pacíficos reptiles, recogidos en perezosas espirales, gozando todos de las caricias del sol. Jeff conducía hasta allí a Ellen. En un sitio donde la arena estaba limpia y ardiente se sentaban ambos con los hombros apoyados en un viejo tronco caído, deliciosamente solos. Pasaban allí largas horas, y Jeff construía un mundo de palabras para la no vidente, sin olvidar la nube que atravesaba el horizonte, ni el vuelo de un grajo, y, a poco, sus propios sueños se grababan en la mente de la niña en primorosas estampas.

Poco a poco, delicadamente, sintió ella que iba cambiando; parte lo debía al estar en compañía de gente amable, sinceramente efusiva, al alternar de voces el entero día, a la risa espontánea de los niños y al llamarse de todo el mundo a grito pelado; pero buena parte del milagro lo constituía Jef, quien le dijera un día: "Te quiero con dulzura. Ellen". Otra vez, al tomarla en sus brazos, ella le dijo: "No me hagas daño, te ruego, Jeff". Y el muchacho comenzó a darse idea de lo que significaba la vida para la pobrecita, y a conjeturar acerca de su pasado. Esto último le preocupaba especialmente. Necesitaba saberlo todo, y no tenía a quién preguntar... en tanto los demás muchachos de su edad se escondían entre las matas, a lo largo del arroyo, para ver bañarse a las niñas, o las perseguían para, al cabo, echarlas sobre el césped.

-¿Qué piensas llegar a ser? -preguntóle ella un día.

-Sea lo que sea, siento que seguiré mi vocación.

-¿Pero de qué se trata?

-Lo que fue tu padre -contestó al fin él. Era el primero que se decidía a hablarle a la niña acerca del padre.

-¿Médico?

-Eso mismo, Ellen.

En su mente imaginativa había cuadros que acudían vez tras vez; el médico del lugar era un profano, siempre borracho de whisky y la barba amarillenta de rapé; una vez, cuando una de las mujeres del poblado iba muriéndose sin remedio en su lecho, 'había oído a la gente hablar en términos violentos y despectivos acerca de los médicos. Había pensado confiarle sus proyectos a su padre, quien podría guiarlo, pero no se atrevía a tocar tales temas con él. Tanto respetaba y adoraba a su progenitor. Había, pues, recurrido a Allenby:

-Un médico... ¿qué es un médico?

-Un hombre que sana a los enfermos.

-¿Está usted seguro que es sólo eso? Había una pobre anciana a la vera del bosque, a unas millas de allí, que practicaba una suerte de brujería y hacía y vendía talismanes .,.. ¿una cosa así? -preguntó.

-No, de ninguna manera; el médico lo hace con ciencia, con el conocimiento de lo que causa las enfermedades de los hombres.

-¿Y cuál es la causa de las enfermedades de los hombres?

De este modo habíase iniciado la conversación, y un día, caminando a la tupida sombra del pinar, díjole el muchacho a Ellen:

-Me van a mandar a la ciudad.

-¿A la ciudad, adónde?

-Al Norte, creo. A estudiar para doctor en medicina.

-No quería creerlo. Preguntóle dolorida, quién estaría a su lado después de su partida, y él tuvo la visión triste de cómo las tinieblas volverían a cerrarse en torno de la joven. Parecía como si tal pensamiento no le hubiera pasado por la mente hasta ese instante.

-Te quiero -dijo él-a ti, a nadie más que a ti.

-Pero piensas irte.

-Sí, pienso irme -respondió él, ruborizándose avergonzado-. Pero algún día volveré, te aseguro que he de volver, te lo juro, Ellen.

Gideon no le hizo el anuncio a Raquel hasta recibir la respuesta de Cardozo. Este decía que sí, que el asunto del muchacho podía arreglarse, para lo cual Jeff debía bajar a Charleston. El tomaría luego a su cargo escribirle a Douglass y a otros amigos suyos del Norte. Con unos veinticinco dólares podría tirar un tiempo. Cardozo haría arreglos para que el muchacho viajase por mar hasta Boston.

-¿A qué distancia de aquí está Boston?

-Mil millas, creo -contestó Gideon-. ¿Pero comprendes bien lo que esto significa, Raquel, que un hijo nuestro, un chico nacido en la esclavitud, vaya a Boston a estudiar para médico?

Raquel hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

-¿No piensas que también yo lo querría a mi lado? -preguntó Gideon a su esposa.

Raquel repitió el gesto anterior. Gideon la estrechó en sus brazos, diciéndole:

-Mira, querida, vas a' sentirte orgullosa de ese chico, justamente orgullosa, cuando lo veas volver, con paso de gigante, con andar de triunfador.

-Me lo figuro -respondió ella.

El capataz yanqui, alto, barbudo, calzando altas botas de montar en ropa caqui salpicada de barro y la tez amarillenta, delatora de un reciente ataque de malaria, le dijo a Gideon:

-¿Viene con esos hombres?

-Eso es.

-¿Cuántos trae?

-Veintidós.

Librodot

-Las condiciones son: pala, hacha y pico; a dólar por día, los siete días de la semana... de sol a sol. Los martes es día de pago.

-Está bien -respondió Gideon, reforzando su asentimiento con un ligero movimiento de cabeza.

Luego agregó el capataz, indicándole la choza que hacía de oficina del pagador.

-Hágalos firmar, o poner la cruz, allá dentro.

Gideon, Trooper y Ferdinand Lincoln fueron a engrosar la cuadrilla de hachadores. Eran troncos de quince o veinte centímetros, de segundo corte, que para talarlos había que estar el día entero con el barro hasta la rodilla, con el hacha de doble filo, en un rítmico ir y venir, abriendo y ahondando rosadas gargantas en el leño. Para la mayor parte de los hombres era éste el primer trabajo libre que realizaban. Cuando la Compañía de ferrocarriles había abierto oficinas de reclutamiento de mano de obra en las poblaciones vecinas, los comerciantes lugareños sacudían la cabeza incrédulos, diciendo: "Pérdida de tiempo. El negro no trabaja sin el látigo, y un patrón al lado". Era un escándalo, a su manera de ver, pagar a los negros un dólar por día de trabajo; era echarlos a perder... "¿Habráse visto disparate semejante?" Los yanquis encargados de emplear a la peonada, y los propios ingenieros, se encogían de hombros, y continuaban tomando gente. "De todos modos -decían con pérfida satisfacción los derrotistas lugareños-, nunca podrán echar ese terraplén a través de los bajos, y hacerles el gusto a esos malditos yanquis". Pero, aunque asombroso, así como iban las cosas, el terraplén avanzaba. Cuando el entrelazado de troncos y ramas se hundía y perdía de vista en el fango, los ingenieros ordenaban rellenar la poza con pedregullo. Cuando llegaron las lluvias y convirtieron los terrenos en un mar de fango y brea, los hombres, hundidos hasta la cintura, plantaban troncos y más troncos, tanteando el terreno, hasta encontrarle buen asidero. Cuando los mosquitos arreciaban en enjambres y la malaria despachaba a los hombres, tiritando bajo algún acceso de fiebre, al hospital, volvían a aparecer los carteles, anunciando el promisorio "Hay vacantes". De los primeros entusiasmos con que el vecindario habíase dejado llevar ante la nueva del próximo paso del ferrocarril por la comarca, no quedaban ni rastros; y para los antiguos propietarios de las plantaciones, para sus capataces y negreros, había algo de ominoso, foráneo e inevitablemente fatal en esta Compañía, formada y financiada en Nueva Inglaterra, que llevaba adelante esa vía férrea de la misma inexorable manera con que Sherman se abriera paso hasta el mar.

Mas para los hombres de color, el acontecimiento presentaba otro cariz. Recién acababan de amanecer en la mente de Gideon los primeros rayos de luz acerca de la relación existente entre el trabajo y la suma de la vida y de la civilización humanas. Como esclavos, él y su gente habían trabajado, año tras año, sin poseer nunca nada, sin que les quedara jamás un dólar para sí, al modo que trabaja la mula o el buey. Hoy, el ferrocarril anunciaba que estaba dispuesto a comprar un producto: trabajo; y Gideon y su gente habían acudido con su mercancía, vendiendo trabajo manual por un dólar diario. De resultas de su labor había de surgir una concepción y verse realizado un sueño: un terraplén, relucientes rieles de acero, un tren estridente horadando la llanura solitaria en la noche. Saldrían de allí hombres libres con algún dinero en sus bolsas, que, a su vez, les serviría para comprar objetos de uso. Sus fuerzas aplicadas y el sudor con que habían bañado el terreno quedarían concretados simbólicamente en las obras de arte que tras sí dejaban.

Ignoraba Gideon si la arteria de hierro hubiera podido ser igualmente construida con mano de obra esclava: mas estaba segurísimo de que jamás los hombres sujetos a cadenas habían trabajado tanto, ni aun bajo el restallar del látigo asesino. Su cuadrilla estaba encargada del trabajo de abatir y entramar los troncos que habían de formar el lecho del terraplén. Dos hombres, uno a cada lado del árbol, hachada abajo, con ocho golpes talaban los troncos menos añosos. Luego venía el ruido estridente de la caída, el chapoteo del agua cenagosa desplazada, el limpiar el tronco a hachazo por rama, y finalmente, el alzarlo, entre ocho membrudos hombres, y dispararlo sobre la rastra que las sufridas mulas habrían de llevar hasta el pie de la obra. Los hombres, trabajando desnudos hasta la cintura, ofrecían sus

torsos negros al brillo del sol, y sus músculos se agitaban a manera de diminutas olas. Los primeros días cantaban las antiguas cantilenas del esclavo negro, pero aquello resultaba poco adecuado; el movimiento rítmico sabía a lento, el paso había cambiado y el lamento no condecía con la nueva situación. Así, pues, despuntaron las nuevas canciones, sin palabras al principio, pero como de algún modo había que acompañarse, las primeras letras iban unidas con el más sencillo hilván del pensamiento... "El viejo tronco rechaza el filo del hacha, el viejo tronco rechaza...", y música y palabras acabaron por soldarse entre sí.

Gideon había perdido el aspecto bravío que le fuera tan propio. Por la noche, todo su cuerpo era como llaga dolorosa, ni tenía deseo alguno, ni el pensamiento le divagaba, salvo en lo de echarse cuanto antes en el duro camastro del barracón. Dormir y trabajar y comer, eran toda su vida; y comenzó a preguntarse: "¿Qué lugar ocupan el saber, el ocio, los libros, y cosas por el estilo en una vida como ésta?" El paso de la esclavitud a la libertad abarcaba toda una era de la civilización, ¿pero se detendrían allí los hombres?

Las comidas eran guisado tres veces al día, compuesto de carne, papas v arroz. No estaba del todo mal, salvo la falta absoluta de variedad. A la hora de comer, los trabajadores formaban largas filas, con sus platos de lata en la mano tendida, y el potaje les era echado en cucharonadas. Por lo demás, eran ésos los únicos descansos en las catorce horas de labor diaria. Dormían en largos barracones de tablas, armados a la ligera, o bajo remendadas carpas militares. Kelly, el capataz de la cuadrilla número cuatro habíale dicho al ingeniero en jefe Rhead: "Déme usted diez cuadrillas como ésta, y le hago un ferrocarril hasta el infierno". Y Rhead, que había servido con el cuerpo de ingenieros durante la guerra, habíale contestado: "No bravuconee, amigo, espere y verá que esto no tendrá qué envidiarle al infierno". Y llegó, en una de sus periódicas visitas, el azote de la malaria, haciendo que las palabras de Rhead sonaran a vaticinio maldito: los cenagales tornáronse en horno pestífero; día y noche, enjambres de mosquitos llenaban el espacio con su zumbido diabólico y picaban e infestaban sin piedad aquellos torsos desnudos. George Rider, uno de los hombres de Gideon, fue también atacado por la fiebre, y a los cuatro días pasaba al otro mundo. Hanibal Washington y el Hermano Pedro regresaron a la plantación llevando el cadáver, a fin de que las mujeres pudieran sacar resignación llorando al finado y asistiendo al entierro. No importaba cómo, pero el precio había que pagarlo. Gideon pasó a la cuadrilla balastadora, y luego a escuadrar troncos de nogal americano para hacer durmientes. Una noche le despertó el estridente silbido de la locomotora, que arrastraba el tren de la construcción. Con el andar de los días, el agua fue bajando de nivel, el cieno, secándose fue abriéndose en anchas grietas. El calor se hizo más intenso; pero, a pesar de todo ello, habían mejorado las condiciones de trabajo. Un delantal de ripio y pedregullo fue recubriendo el lecho ya formado de troncos y ramas, relucientes rieles de acero formaron la vía provisoria para abrir camino al tren de la construcción. La cabeza de Gideon se convertía en un torbellino de hipótesis extrañas todas las veces que trataba de poner orden en aquel aparente caos. Hanibal Washington le había preguntado una vez:

-¿Gideon, trabajarán tan fuerte las gentes del Norte?

-Algunos, quizá.

-¿Sin descanso, sin distracción, sin tiempo para ir con una mujer?

- Acaso...

-¿Y te parece bien esto, Gideon?

-No lo sé todavía... quizá lo sepa pronto.

El hecho se produjo durante esta ausencia de los hombres. Trooper tenía una hija de nombre Jessie, de catorce años. Fue la víctima. La chica relató lo sucedido con palabras y ademanes incoherentes, cómo se había internado sola en el viejo camino del tabaco, deambulando de cuerpo y mente, cuando se encontró con dos hombres blancos que iban en un carro tirado por una mula. La habían llamado, gritándole: "Ea, diga... venga aquí". Ella se había escapado corriendo a campo traviesa, pero la habían perseguido hasta que la pobre había caído al enzarzarse en una mata, y ellos la habían sacado de ahí y violado. Habían

estado hablando entre sí los dos hombres; querían matarla, pero, al fin, la habían dejado ir, y la infeliz había corrido a casa desnuda y casi loca de terror.

Cuando Trooper se enteró de ello, estuvo a punto de enloquecer él mismo; en su reacción furibunda, hablaba de matar. Decía que como que existía el infierno, mataría a un blanco por aquello. Gideon y el Hermano Pedro trataban de hacerle razonar y persuadirle a desistir:

-Lo que va a hacer es que lo cuelguen a usted; seguro como que está el Cielo.

-¡Entonces me colgarán!

-¿Qué beneficio le reportará eso?

-Me hará bien.

-Y Gideon le había dicho, al fin, con frío enojo:

-Está hablando usted como un tonto... usted no hará eso. Hemos estado trabajando siete semanas en aquel infierno de pantano, ¿para qué? Hágase esa pregunta a sí mismo, Trooper. Uno de los nuestros se murió de malaria, y sus compañeros lo trajeron a la colonia para enterrarlo. Ni un minuto de descanso tuvimos allá, ni vimos la cara de una mujer, ¿para qué todo, quiere decírmelo?

-¿Para qué? -repitió Trooper desarmado.

-Para una vida nueva, maldita cabeza la suya, ¿comprende ahora?

-Ya se ve que a usted se le han subido los humos, Gideon. Habla fuerte y sabe hacerlo. Ha estado en Charleston, todopoderoso. Se ha sentado entre negros elegantes y gente blanca.

-¡Maldito sea! He estado en Charleston porque me obligaron a ir... fui con miedo, pequeñito, porque había mucho que temer allá... y lo hay todavía, ¿comprende? -luego le pasó el brazo en torno al torso y le dijo-: Escuche, Trooper. Lo que ha sucedido es triste v horrible. Una inocente con herida tan profunda en su pobre vida. Pero la herida curará, Trooper; las heridas cierran. Ya se olvidará de ello la chica. Miremos un poco las demás cosas que nos rodean; usted tiene mujer y otros chicos. Hemos regresado de aquellos pantanos con mil dólares, cosa que nunca había ocurrido antes en la historia de un negro. Suma bastante para hartarse de borracheras, ir con mujeres; cuántas cosas pecaminosas podríamos comprar con tanto dinero: vestidos de brin, golosinas y Dios sabe cuántas cosas lindas, Trooper. Eso es tentación, lo sé, pero yo he hablado a los nuestros y me contestan: "Bueno, Gideon, guarda el dinero, compra estas tierras". ¿Y por qué han dicho tales cosas estas pobres piltrafas de negros salidos ayer de la esclavitud? ¿Para qué tanta esperanza? ¿Por qué tanta fe en el porvenir?

Trooper meneó la cabeza, completamente vencido.

-Deje que le diga yo el motivo. El futuro va tomando forma, despacio, como el mañana, cuando después de que el sol se ha hundido en el horizonte un hombre tarda en conciliar el sueño. Entonces se dice a sí mismo; el mañana no llegará nunca, no veremos otra alborada, la noche será eterna; así va dando vueltas y alargando el tiempo en tanto vela. Bien, la noche toca a su fin; la nueva aurora nos va a saludar muy pronto, de seguro, Trooper. Todas las cosas viejas, las tristes y malas, irán desapareciendo poco a poco; podrán linchar a algún negro, podrán estropear todavía a alguna pobre chica, pero todo lo irá borrando el tiempo.

Leyendo la carta, Gideon describíale a Raquel la escuela donde Jeff estudiaba. Le parecía asombroso que la escritura de letras redondas, prolijamente dibujadas, fuese la sola proyección que le llegaba de su hijo; trataba, pues, de echar un puente más concreto que lo uniera a su hijo, y aún más para Raquel y Jenny y Marcus. Cuando Jenny y Marcus quisieron saber con exactitud dónde se hallaba Massachusetts, Gideon sólo atinó a contestarles que estaba muy lejos, muy lejos. Era un lugar donde habitaban los yanquis.

-Sí, yanquis, creo -y agregó-: Aquí nos va a decir de la ciudad misma. Escuchen: "Worcester es bonita y con mucha gente; a un lugar así grande le llaman ciudad. Al principio da miedo, pero pronto se acostumbra uno a vivir en una ciudad".

-¿Es como Charleston? -preguntó Marcus, aunque su noción de cómo podría ser Charleston era de lo más vaga.

-Sí igual que Charleston... ha de ser -contestó Gideon con tono inseguro en la voz, y continuó su lectura-: "hay aquí catorce estudiantes de la Academia Libre Presbiteriana, todos

ellos muchachos de color, igual que yo, solamente que son huérfanos que no tienen madre ni padre, no como yo. El reverendo Charles Smith y el reverendo Suthvick, que es unitario y no presbiteriano, nos enseña a leer, escribir, sumar, latín, historia y geografía..."

-¿Qué es unitario?

Gideon no lo sabía; pero pudo decirles lo que era geografía, y que el latín es un idioma que se hablaba hace cientos de años por los habitantes de otro país.

-¿Lo hablan todavía ahora?

Gideon no estaba seguro de ello, ni si las autoridades de la escuela pensaban mandarlo a Jeff a estudiar a aquel país. Y siguió leyendo:

-"Aprendemos y dormimos en un cuarto detrás de la casa rectoral, que le llaman el anexo. El comité de damas nos prepara las comidas, y ellas son las que nos dan la ropa que llevamos. Son ropas limpias y buenas que han sido llevadas sólo poco tiempo. Nosotros hacemos trabajos manuales en pago de todo eso. Cortamos el césped, limpiamos las ventanas y barremos y mantenemos limpia la iglesia; también nos dan diez céntimos a la semana para los gastos. Ellen, dígale a ella que la echo mucho de menos también..."

Raquel se enjugó las lágrimas, pero Marcus y Jenny vivían ya en el Norte con Jeff, columbrando los temas encantadores que la lectura les sugería.

-Ven ustedes -decía Gideon-lo bien que esto le viene a Jeff.

Gideon vivía en los sueños de su hijo. A través de las cartas, intimó más con Jeff. En una de ellas le decía: "Lee los libros que escribe Charles Dickens. Te dirán mucho de sentimientos fraternales y de buenos y malos hombres".

Antes de iniciar las negociaciones para la adquisición del solar, Gideon fue a hacerle una visita a Abner Lait. Una mañana, al cabo del camino que conducía a la finca de Abner, se acodó sobre la traviesa de la puerta cancel y aguardó a que el blanco lo notara. La señora de Lait se asomó a la puerta, echó una mirada a Gideon y volvióse adentro. Jimmy, uno de los hijos, corrióse hasta Gideon para decirle que Abner estaba en el chiquero, dando de comer a los cerdos.

-¿Cómo se llama usted, negro? -preguntó el niño.

-Gideon Jackson.

-Yo lo conozco a usted.

-Así es -asintió Gideon-. ¿Te acuerdas de cuando vine la primera vez, en el otoño pasado?

-Ah, sí.

-¿Qué edad tienes, chico?

-Diez este verano.

¿Vas a la escuela?

-No, y tampoco quiero ir -dijo el muchacho, mostrando los dientes en una risita de conejo, y sacudiendo la cabeza con violencia. Entretanto, acababa de llegar Abner.

-Buenos días.

-Buenos días, míster Abner. Tiene usted un tremendo campo de maíz, por lo que veo. También tiene unas hectáreas de algodón. Esta cosecha le va a dar dinero contante, y mucho este año.

-Si puedo recogerlo.

-¿Y por qué no, míster Abner?

-Su optimismo es muy generoso -dijo Abner-. Si quiere venir a darme una mano...

-No le diré que no.

Abner se ajustó los pantalones medio caídos, escupió y se restregó las manos en los fondillos.

-Me han dicho que ha estado trabajando en la construcción del camino de hierro, Gideon-. Entretanto, Peter, otro de los vástagos del colono blanco, ha acudido a satisfacer su curiosidad de pequeñuelo, y una niñita de seis años de edad se balancea prendida del cinto de su padre, mirándolo al negro desde el centro de un círculo de cabello rojizo.

-Le han dicho bien.

-Eso es venirse un poco abajo para un negro arrogante que ha ocupado una banca en la Convención.

-Puede que sí y puede que no; depende de cómo se mire la cosa -rebatió Gideon, sonriente.

-Parecería que los negros quisieran gobernar este Estado. -No diría tanto, mister Abner.

-¿Por qué no tanto?

-¿Me permite pasar, míster Abner? Tengo mucha sed y desearía tomar un vaso de agua fresca -interrumpió Gideon.

-Yo voy a buscarla -exclamó Peter, quien en seguida echó a correr hacia el pozo.

-Pase adentro -dijo Abner, quien le precedió en dirección a la sombra de un coposo árbol. Abner se echó sobre la hierba fresca, sentándose a la oriental. Gideon lo imitó. Pronto volvió Peter trayendo un vaso de lata lleno de agua, que Gideon bebió agradecido.

Mientras tomaba, se decía: "Tiene un lindo pozo. Se mantiene fresco. Los árboles le dan buena sombra. No hay nada mejor que el agua fresca, cuando es buena". La esposa de Abner salió hasta la galería de la casa, miró al grupo un instante y volvió a retirarse al interior.

-Las buenas rachas no vienen tan a menudo como para desperdiciarlas -dijo Gideon.

-No comprendo bien lo que quiere decirme.

-Tengo la seguridad de que hay por delante una época mejor que la anterior a la guerra -explicó Gideon, pausadamente-. Estaría por decir que tendrá que trabajar duro la gente de las grandes plantaciones, pero que al pequeño colono se le presentarán buenas oportunidades. Algo que nunca se le ofreció antes.

-Ah, ah.

-Con eso y todo -continuó Gideon, arrancando el cañón de una hierba seca y comenzando a masticarlo-, una cosa son buenos tiempos y otra muy distinta "paraíso de tontos". -Abner no se dio por aludido; echó una mirada al sol, como para calcular el tiempo que el negro le hacía perder. Su perro de caza, que se había acercado al grupo, olfateó las ropas de Gideon y se le echó al lado. Los chicos fueron alejándose.

La señora volvió a asomarse. Esta vez para llamar a Peter para algún recado.

-Miremos las cosas como se debe -dijo Gideon-. Lo pasado es pasado, pero no hay persona en estas tierras a quien la guerra no haya hecho mucho daño. Las mujeres han trabajado y sufrido esperando; usted y yo, hemos vuelto a nuestros hogares, hemos tenido que arremangarnos y tratar de sacar algo de tantos sufrimientos. Un poco de semilla, un par de animales... Sembrar algunas arrobas, plantar algunas hortalizas... Claro que lo que ha hecho usted, por ser solo, arando todo ese campo de maíz y algodón, ha de haberse roto el lomo con tanto trabajo, me figuro. Bueno, ahora tiene su cosecha, una cosecha de que, como digo, por ser trabajo de un hombre solo, debe sentirse orgulloso. Pero, ¿quién es el propietario de esta tierra que usted labra míster Abner?

-¿El propietario? -Abner quedóse mirándolo fijo a Gideon-. Maldito si sé yo eso, y maldito lo que me importa. Era de Dudley Carwell, en un tiempo; parece que se la sacó Ferguson White. Ahora me acaban dé decir que White se fue a Texas.

-Lo sabe, entonces. En efecto, todo esto ha pasado al Estado, por impuestos impagos... hasta la última arroba de las tierras de los Carwell.

-Bueno; que se la lleven, pues. Yo no tengo para impuestos.

-Ahí está el asunto, amigo -rebatió Gideon, sin perder la calma-. Los terrenos de Carwell van a ir a pública subasta, en la ciudad de Columbia, durante el mes de octubre. Eso me lo ha dicho en confianza el comisionado federal. Parece que va a ser fraccionada en lotes de quinientas hectáreas, no en parcelas menudas. Cuando suceda esto, ¿dónde iremos a parar nosotros, míster Abner... dónde irá usted a parar?

-Aquí, donde estoy ahora -respondió Abner, estólido-. No habrá maldito yanqui que me mande salir de aquí, ni maldito nuevo propietario negro que se atreva a hacerlo, tampoco. He

luchado en esta guerra desde el primer día... ¿y qué diablos he sacado de todo ello? No, señor. ¡Aquí me quedo yo en mi burro, y no hay quien me saque!

-Perdóneme, míster Abner. Piense bien lo que está diciendo. Nadie le va a decir a usted "salga de aquí", claro que no; su manera de pensar es simpática, pero poco práctica. Cuando vea el sheriff a la puerta, ¿qué hará usted? ¿Ponerse contra la ley? ¿Va a llevarle la contra al dueño de una plantación al que le respaldan el orden público y la ley? ¿Cómo podrá usted hacer eso?

-No necesito que un negro venga a decirme cómo he de hacerlo.

-No entremos en ese terreno, pero aguarde un minuto, míster Abner. Lo que usted puede pensar de los negros es cosa suya. No entra en el argumento. Ahora déjeme que le diga esto: sienta usted como sienta, el negro no es enemigo suyo.

Abner dijo entonces fríamente:

-Puedes irte ahora mismo al infierno, y salírteme de adelante.

-Claro que puedo -contestó Gideon, apretando los labios-. Me iré, por cierto. La colonia de Carwell va a caer bajo el martillo del rematador, y usted llegará a odiar al mundo entero; pero... ¿de ahí? Voy a decirle algo más, míster Abner, que lo quiera oír o no. Yo y mi gente nos fuimos a los cenagales a trabajar, con el fin de obtener el dinero que necesitábamos para comprar el solar. Un hombre sin tierra en estos parajes del Sur no lo pasa mejor que un esclavo, y no hace mucha diferencia, míster Abner, que el esclavo sea negro o blanco. Disponemos de cosa de mil dólares, y si tenemos la buena suerte de conseguir que algún Banco nos haga un adelanto con garantía de hipoteca, allá nos iremos a pujar por algunos lotes. Grata satisfacción ha de ser verse en la sala del subastador pujando por el pedazo de tierra que ha de ser suyo.

Abner Lait, balanceándose lentamente en su postura de sentado tema la mirada fija en el suelo, donde con los dedos trazaba curiosas figuras. Pasaron los minutos sin que el hombre blanco profiriera palabra. Tan sólo se observaba las manazas angulares, el vello rojizo que parecía salírsele de la piel, cual trozos de alambre enrollado, la cicatriz en la muñeca que le dejara una bayoneta yanqui. Escrutándolo, quería Gideon penetrar algo en la lucha que el blanco tenía consigo mismo, con una vida entera llena de contradicciones desgarrantes: ¿a quién odiaba?, ¿qué había combatido?, ¿para qué? No sigue siendo el mismo un hombre después de años de matanzas, marchas forzadas y luchar para que no lo maten. Puede volver, no hay duda, a caminar detrás del arado, a dar de comer a los cerdos, pero nunca volverá a ser el mismo de antes.

-Es que yo no tengo dinero -dijo Abner al cabo, rendido, la voz ya sin filo-. Cuatro dólares con cincuenta céntimos es todo lo que hay en mi casa, Gideon. Nada más.

-El dinero no lo necesita -apresuróse a decir Gideon-. Lo que necesitamos son colonos, familias. Con la suma de que disponemos hay bastante para hacer que esto empiece a andar, y si ello no basta, no habrá manera de hacerlo andar nunca. En esta plantación, que un día fue de los Carwell, viven veintisiete familias de color v siete de blancos... todas asentadas en los antiguos campos, y todas tendrán que hacer sus maletas muy pronto o resignarse a la pobre condición de arrendatarios cuando todo esté vendido. Vamos a suponer que a cada familia le podamos asignar veinte, veinticinco hectáreas, según las circunstancias. Con ello irá un monte para la leña, un campito para pastoreo, un buen pedazo de terreno sembradío. Tres lotes, cada uno de quinientas hectáreas, nos vendrían al pelo, y cada familia tendrá su parcela .. .

-¿Por qué he de entrar yo en el asunto? -preguntó Abner-. ¿Qué he hecho yo por ustedes? Ni me he pasado nunca a los negros, ni soy de esos blancos renegados para que venga usted aquí a regalarme cosas..

-Vaya si sé todo eso .. .

-¿Y cómo se explica, entonces?

-Bueno -dijo Gideon-. Miremos el asunto de esta manera: en este Sur nuestro viven cuatro millones de negros y ocho millones de blancos. Aquí, en Carolina del Sur, en cambio, el negro les lleva a ustedes una ligera ventaja en número. Las cosas no van a volver a lo de

antes; la guerra ha matado la manera vieja de hacer las cosas. De la Convención y de las elecciones va a surgir una nueva vida para esta comarca. ¿Cómo será, pues, míster Abner, esta nueva vida? Por cuanto se ve hasta ahora, no se presenta muy bien; las mismas chozas en ruinas donde la gente vivía antes de la guerra, la misma mala disposición de ánimos de los unos con los otros, los mismos odios, la misma ignorancia. ¿Dónde está el nuevo orden prometido? Pues no puede producirse de por sí; nada se engendra solo. Las cosas se hacen si el hombre lo quiere. Se construyó aquel terraplén ferroviario a través de las tierras bajas porque fueron allá hombres y trabajaron... no se hizo con charla, no. Bueno, lo mismo ocurre aquí... Esta es buena tierra, tierra de pan llevar, que se cubrirá de leche y miel, si usted la trabaja como es debido. Aquí no hace frío como donde están los yanquis, ni se lo llevan a uno las enfermedades como en las tierras de la cuenca del río. Y desde luego, hay buena gente también, tanto blancos como negros...

-Hasta que llegaron los malditos yanquis a arruinarlo todo -dijo Abner.

-¿Cree usted que sí? La guerra es triste, triste y ruinosa. Usted tomó el fusil... yo también lo tomé, y en cierto modo peleamos el uno contra el otro. ¿Para qué? No me negará usted que los yanquis liberaron a los negros y dejaron en la ruina cerca de la mitad de sus explotadores... los dueños de plantaciones. ¿Y cuántas plantaciones habrá? Eche tan sólo una mirada alrededor... Donde quiera que mire verá el mismo latifundio de los Carwell. En cuanto a mí, hoy soy un hombre libre, en vez del esclavo que era antes; usted está igual, si no mejor, porque nunca había pensado en ser el dueño de la tierra que trabaja. Cada vara de buena tierra pertenecía a una u otra plantación... a algún pobre blanco podían dejarle, a lo sumo, un solar anegadizo o un pinar donde sembrar una arroba. Los yanquis nos han dejado la tierra, y quién podrá negarme que también un poquito más de esperanza que antes.

Abner quebraba la costra blanda del suelo con los dedos. -Continúe -díjole al negro.

-Bien. ¿Cómo será el futuro sino lo que nosotros querramos que sea? Y no saldrá de aquí nada bueno a menos que lo hagamos igual tanto para los unos como para los otros... quiero decir, para blancos y negros. Nunca se apagarán los odios si no nos preparamos para compartir el futuro sin privilegios. Seremos más fuertes en estos trámites de la compra si usted se une a nosotros, si se vienen Max Bromly, los hermanos Carson... y si también lo tenemos a Fred McHugh.

-No querrán saber nada de este asunto.

-¿Quién le asegura a usted que no está en un error, señor Abner? El mundo ha cambiado mucho. Ahora tenemos una escuelita en nuestro pago... Algún día, el Gobierno se decidirá a construir una verdadera para todos los vecinos. Nada se opone a que los chicos de usted vayan a la escuela junto a los míos, excepto que unos son blancos y otros, negros.

Abner meneó la cabeza.

-Vale la pena pensarlo bien, señor Abner. Cuesta un poco decidirse... En esto de la tierra, no veo motivo para que desperdicie usted la oportunidad.

-No necesito de la caridad de ningún negro -dijo Abner, con la misma tozudez con que había seguido la argumentación de Gideon.

-No es ninguna caridad... si usted viene a fortalecer mi posición. Si yo me voy al banquero con la noticia de que los blancos están de mi parte, tendré más fuerza en mi gestión.

-Puede ser... -y en seguida añadió Abner-: ¿Cómo sabe usted que le venderán la tierra?

-He hablado con el apoderado yanqui. Dice que será una subasta formal. Irá al que más ofrezca.

-¿Y suponiendo que usted estuviera mintiendo?

-Supóngalo, si quiere -dijo Gideon, y en seguida, al encontrarse la mirada de ambos, Abner sonrió.

-¿Quién irá a efectuar la compra?

-Mi gente quiere que sea yo el que vaya... No hay nada decidido todavía. Es asunto que podríamos discutir.

-Por mi parte, preferiría que fuera usted.

Librodot

-¿Entonces, se une a nosotros?

-Sí, voy con ustedes.

-Es para mí un gran placer... y un gran honor, míster Abner -dijo Gideon-el estrecharle la mano sobre este asunto.

Abner Lait acababa de estrechar la mano de un negro por primera vez en su vida.

Después de dos horas de persuasiva dialéctica, Gideon pudo atraer a su causa también a los hermanos Carson, quienes hasta diéronle sesenta y cinco dólares para engrosar el fondo. Max Bromly meneó la cabeza desdeñoso ante todos los argumentos de Gideon; no quería tener trato alguno con negros... y el pobre Gideon no logró arrancarlo de esa posición. Fred McHugh fue más dócil, y aceptó el ofrecimiento, como así su cuñado Jake Sutter. Luego hubo de llevarle tres buenas jornadas para convencer a los suyos. "¿Para qué hemos de querer con nosotros a los blancos?", preguntaban. El dinero era casi todo de los negros. ¿Acaso no había muerto uno de los suyos en los cenagales?

Gideon les repitió hasta el cansancio los motivos que para tal actitud tenía. Cuando se hubo granjeado la mitad de adeptos, el resto no tardó en unírsele. Sentíase héroe, vibrante en el gozo del triunfo por primera vez durante muchos meses.

En esos días, el abrazo con Raquel tenía el calor de los viejos, lejanos tiempos...

Y luego, cuatro días después de su visita a Abner, una mañana apareció el rubio con sus dos hijos, uno de cada mano.

-Hemos discutido el asunto, y Elena cree que los muchachos deberían aprender a leer...

Los chicos se debatían, gritaban v pataleaban. Abner les dio un coscorrón a cada uno y les dijo que o se quedaban quietos, o ya sabrían quien era su padre. Debió gastarse buena dosis de amor propio para presentarse de ese modo entre los negros, y Gideon, reconociendo lo violento que le resultaba aquello, trató generosamente de allanarle el camino todo lo posible.

-Gracias, míster Abner. Por algo hemos de comenzar.

Abner hizo un gesto afirmativo con la cabeza, estuvo un corto rato por ahí sin decir palabra, y al fin, dando media vuelta, se marchó.

CAPITULO VII
GIDEON JACKSON EMPRENDE UN LARGO VIAJE Y CONCIERTA UN BUEN NEGOCIO

Carl Robbins, vicepresidente del First National Bank of Columbia, movió la cabeza y dijo que no; no estaba interesado... ¿Indeciso? No, completamente indiferente, y añadió una leve sonrisa, como subrayando la opinión que el asunto le merecía. Era maciza la cabeza calva de Carl Robbins, sólo orlada de una corona de cabello rubio y, a manera de soporte craneano, se erguía debajo de la nuca una montaña de carne. Díjole plácidamente a Gideon:

-Comprenda usted Jackson; las cosas no pueden hacerse con tanta facilidad. Si así fuera, sería el caos. Se me presenta con mil dólares en efectivo, me dice que trae la representación de una mezcla de negros y peones blancos, todos usurpadores de los solares de Carwell... y me sugiere le extienda una orden de pago sobre este Banco para comprar en la subasta. ¡Suena a totalmente fantástico!

-No exactamente una orden de pago -arguyó Gideon-. La misma suma que usted me adelanta tendrá garantía hipotecaria...

-Vamos, vamos, Jackson -interrumpió Robbins-. Sea razonable. Vivimos épocas malas; es menester pensarlo dos veces antes de prestar sobre hipoteca, y no hablemos de hipotecas

sobre terrenos que no existen. ¿Qué clase de garantía pueden ofrecer unos cuantos negros sin donde caerse muertos?

-Perdone, señor Robbins -dijo Gideon-, pero no es tan desesperada nuestra situación, como usted cree. Hemos vivido en el solar, en este solar, toda nuestra vida, y la mayoría de nosotros lo estamos cultivando... Últimamente, hemos levantado tres cosechas allí. Si quisiera tomarse la molestia de venir a visitar la plantación de Carwell, no hablaría así señor Robbins.

-No estoy acostumbrado a tener negros por preceptores -dijo abrupto, Robbins.

-Míster Robbins, no he querido decir eso. Estoy obrando de buena fe, honestamente... créame, señor. Nuestra única esperanza es llegar a poseer unas hectáreas de tierra.

-Yo no lo veo así, de ningún modo -repuso el señor Robbins, impaciente, mirando a su reloj y haciéndole una señal al portero, que aguardaba a pocos pasos, fuera del tabique divisorio-. Si usted merece fe y muestra buenos deseos de trabajar, quienquiera que compre las tierras lo retendrá en ella para cultivarla. Además, no estoy de acuerdo con que los negros sean propietarios de tierras; se echan a perder. Lamento, Jackson, pero estoy muy ocupado... -y en ese instante, el portero, que se había acercado ya, tomó a Gideon del brazo y lo acompañó afuera.

-Todo saldrá bien, Gideon, hazme caso -decíale Raquel, y Gideon la atendía con sólo parte de su mente, ya que pensaba cuántos otros de la plantación eran de la misma opinión, en el hoy, y no proyectados en el mañana... ¡Es que la médula de la esclavitud no es cosa de que se libre uno de la noche a la mañana... como de las cadenas! El había vuelto vencido y humillado, y para Raquel era motivo de alegría el sólo verlo de nuevo junto a sí. Había comenzado a rebatirle, casi airado: "Es posible que no comprendas...", pero había cedido cuando Raquel le interrumpiera con, "Todo saldrá bien..., ya te harás a la idea, Gideon querido".

Luego comenzó a sonreír, mirándola, deteniéndose en la redondez de sus formas, en todo lo de mujer que en ella notaba: las mejillas llenas, la nariz respingada, el cutis alabastrino, apenas para reflejar la luz de la llama, el timbre de voz al formular la pregunta...

-¿Qué es lo que te hace reír de mi persona, Gideon?

-No me río, querida -y echó a pensar acerca de cuán extraños son los vínculos humanos y las razones de las cosas, de cómo se complican de modo increíble los sencillos principios de la vida... y del hecho evidente de esa mujer allí, su propia esposa, a quien amaba tan tierna v totalmente en ese instante... La verdad de ese ser en su vinculación con un pobre negro arrancado de la costa africana tantos años antes... la verdad del vínculo de ella con Jeff, con él mismo, y el todo formando el torrente continuo y vibrante de la especie, siempre inquieta en sus anhelos de progreso y elevación.

-¿En qué estás pensando ahora, Gideon? -preguntó ella. Jenny saltaba en tanto en el regazo del padre. Marcus permanecía frente al fogón. Raquel, dirigiéndose a su hijita, le dijo': -Es hora de que te vayas a acostar, Jenny.

-¿Qué quieres que te cuente hoy, pichoncito? -preguntó Gideon a su hijita.

-Cuéntame el Hermano Zorro.

-¿El Hermano Zorro, el Viejo Hermano Zorro?... si te lo he contado va otra vez.

Pero Jenny quería saber más.

-¿Cómo es, entonces, que nunca se encontró con la Hermana Tortuga?

-¿Quién te dijo que no? Escucha: "El Hermano Zorro, que era muy ladino, el más ladino de todos los habitantes de los pinares, no le tenía ningún respeto a la Hermana Tortuga. No podía ser de otra manera, pues la Hermana Tortuga tenía un carapacho tan grueso que nadie la creía despierta..."

Raquel tenía la mirada atenta sobre Gideon, escuchando a medias el cuento... Marcus atendía, distraído; las fábulas son siempre por el estilo, no piden mucha atención, pero valen por las cualidades específicas ya consagradas que contienen. Golpearon en ese instante en la puerta de la cabaña. Fue a abrir Raquel, para dar paso a Allenby. El anciano se sentó sin decir palabra, hasta que Gideon hubo terminado el relato, el cual, prestándose a los cortes, concluyó

exactamente al momento en que Jenny cayó dormida. La niña manteníase aún abrazada al cuello del padre cuando éste la colocaba dulcemente en el jergón. Marcus comenzaba a cabecear en su sitio de junto al fuego, con su traza de cachorro bravío y bien alimentado. Allenby tomó la palabra al cabo... después de comentar el estado del tiempo y de lo buena moza que se mantenía Raquel:

-Lo pasado en Columbia había de esperárselo, Gideon.

-Así habrá que suponerlo.

-¿Ha pensado lo que se habrá de hacer ahora?

-Ir a Charleston, me figuro.

-No le pondrán mejor cara.

-También están Boston, Nueva York, Filadelfia -dijo entonces Gideon. "Más allá de Dios sabe dónde", dijo para sí Raquel.

-¿Usted se ha propuesto conseguir estas tierras, verdad, Gideon?

-No me convenceré de lo contrario sin antes probar.

-Yo creo que lo conseguirá -dijo el anciano-. Cómo son las cosas... después de que pasara usted aquella noche por mi cabaña, tuve la plena seguridad de que llegaría al cabo del camino. ¿Quién podrá detenerlo a usted, Gideon? ¡Nadie! Sólo que no debe hacer las cosas por hacerlas; el poder, de nada vale por sí. No pierda contacto consigo mismo, con el hogar...

-¿Qué consejo es ése?, ¡por favor!

-Soy hombre de mucha edad -dijo Allenby, encogiéndose de hombros, sonriente-, y acaso hable demasiado. Si se va usted al Norte y alterna con los yanquis, recuerde esto: No están todos cortados a la misma medida. Algunos odian al negro más que cualquier sureño, y para esa gente nosotros somos extranjeros, criaturas extrañas de cutis moreno. Siquiera, para los sureños, que nos odian, no seremos extraños, sino partes componentes de la comarca, como los pinares, el algodón y el tabaco. Por otro lado, encontrará a yanquis, muy pocos por desgracia, que han logrado alcanzar una altura en la vida, que yo llamaría pasmosa; ésos se le sentarán al lado a la mesa y le darán la mano... ya no le harán caso al color de la piel. Tenga confianza en estos últimos, Gideon; acéptelos por lo que son. Han luchado durante dos generaciones para hacernos libres, porque creían en la fraternidad de los hombres; no dé crédito a las mentiras que echan a rodar por ahí los mal intencionados. No lleve su altanería al punto de no aceptar lo que le ofrezcan, Gideon -continuó el anciano, apoyándole una mano en la rodilla-. Si no hubiera nadie que tendiera la mano y nadie que diera, seríamos poco menos que salvajes. Se va usted para fines más importantes, pero si le cayeran a mano algunos libros, un poco de papel, algunas pizarras, tiza... necesitamos tanto todo eso, Gideon.

-No me olvidaré -aseguró Gideon.

Entretanto, no se interrumpía el progreso del negro en cuanto a instrucción. Encontró en Columbia un ejemplar de Comentarios sobre las leyes de Inglaterra, de Blackstone, el que adquirió en sesenta céntimos, tan manoseado y viejo estaba el pobre libro. Anderson Clay le envió una edición de Los Derechos del Hombre, de Paine, libro que no obstante la vaguedad de su lenguaje, su estar fuera de tono con los conocimientos y la experiencia de Gideon, convirtióse para él en objeto de maravilla, en inagotable manantial de deliciosas sorpresas. Allenby, quien tenía algunos poemas de Edgar Poe, se los dio a Gideon, pero éste no pudo ir muy lejos en su lectura. "No hay ningún ser viviente en estos poemas", decía. Se sentía más feliz con Emerson, y Allenby le dijo un día: "Si pudiera encontrarse con él, en alguno de sus viajes, Gideon..."

Era el comienzo del otoño cuando Gideon estuvo de regreso en Charleston, entre los Carter, quienes le ofrecieron cálida y alegre bienvenida. Luego fue a visitar a Francis Cardozo, quien al darle la mano, sonriendo un tanto burlonamente, le dijo:

-¿De manera que otra vez aquí, eh?

-Otra vez aquí.

-¿Más viejo y más zorro?

-Un poco de ambas cosas -asintió Gideon.

Librodot

En la salita de los Cardozo no se sentía todavía cómodo. Duro en el sillón, con las manos entre las rodillas, sorbía de tanto en tanto el vino que le habían servido y comía algún bizcocho. El aposento le resultaba más pequeño de como lo recordaba, y el propio Cardozo parecíale más diminuto. Gideon hablaba pausada y cautelosamente, y Cardozo no lo interrumpió hasta llegar el relato al incidente con el banquero de Columbia.

-¿Le sorprende eso, Gideon?

-No, de ningún modo; casi diría que me lo esperaba.

-Y con toda probabilidad -continuó Cardozo, reflexivo-, lo mismo ocurría aquí. ¿Sabe usted, Gideon? Conforme a su propia manera de pensar, no fue Robbins injusto del todo. ¿Qué puede ofrecerle usted... ustedes? Unos cuantos dólares en efectivo, su propia palabra, el supuesto apoyo de unas cuantas familias de negros . : . y de blancos medio muertos de hambre, con encima un futuro muy vago, si no decididamente quimérico.

-Todos los futuros son quiméricos -dijo Gideon.

-Unos más, otros menos... le concedo. Pero no alcanza usted a ver, Gideon, que este problema de la tierra es general a todo el Sur, que es el problema por antonomasia, el único difícil que nos tocará intentar resolver. ¿Cómo habrá de abordarse? Ha hecho un año justo en marzo último que Thaddeus Stevens presentó al Congreso su proyecto de ley de la "Parcelación de los Latifundios". ¿En qué consiste? Pues en tomar posesión de las grandes plantaciones de los ciudadanos rebeldes, subdividirlas, dándole a cada ex esclavo cuarenta acres, y encima cincuenta dólares para levantar una choza. Un momento, quiero leerle textualmente lo que el mismo Stevens dijo al respecto. -Cardozo se corrió hasta su escritorio, barajó algunos papeles y volvió hasta junto a Gideon para leerle lo siguiente:

"El plan que presento, traerá, sin duda, una reorganización radical en las instituciones, los hábitos y las costumbres de los sureños. Está destinado a revolucionar sus principios y sus propios sentimientos. Acaso llegue a aterrorizar a los pusilánimes y a sacudir a los flojos de nervios. Pero así sucede siempre con las grandes medidas progresistas, tanto en el orden político como en el moral. Los Estados del Sur, antes que gobiernos del pueblo para el pueblo, han sido formas más o menos extremas de despotismo. Es imposible pretender que exista en la práctica una igualdad de derechos cuando unos pocos miles de ciudadanos monopolizan las tierras. ¿Cómo podrán subsistir las instituciones republicanas, escuelas libres, iglesias libres, libre derecho de asociación, en una comunidad formada solamente por nababs y siervos, de propietarios de latifundios de veinte mil acres de extensión, con palacios principescos, y ocupantes precarios de inmundas cabañas?"

Cardozo, dirigiéndose hacia Gideon, abriendo ambas manos exclamó:

-Así es, en efecto. Stevens da en el clavo. Nosotros, con toda nuestra Convención, y toda nuestra Constitución, hemos creado una verdadera paradoja, pues a menos que haya una base libre para realizar estos hermosos postulados, ¿de qué habrán de servir? Y la base no es otra sino la creación de agricultores, libres y dueños de sus tierras, y no siervos y peones desheredados.

-¿Y qué propone hacer usted? -preguntó Gideon-. Yo, por lo menos, tengo un plan para unos pocos de estos hombres, un plan al que podría dársele aplicación práctica.

-Y mi plan aspira a comprender a veinte millones de tales ciudadanos -dijo sonriente, Cardozo-. La muerte de Stevens, ocurrida el mes pasado, nos ha privado de un gran luchador y de un gran amigo... Pero señaló el camino a seguir: explíquese él alcance honesto de todo ello al pueblo, promúlguese el voto universal, provéase instrucción gratuita a grandes y chicos, désele al pueblo representantes probos y honestos, y lúchese, legalmente, tanto en los recintos de la legislatura de este Estado, como en el Congreso de la Nación, para la creación de una ley que sancione la subdivisión universal del latifundio.

-Mientras tanto, la gente sufre -observó Gideon.

-Así es; mientras tanto, ellos sufren. Pero aliviaremos sus sufrimientos en todo cuanto podamos. Aunque, mirando el asunto en su aspecto panorámico, veo que nuestra obra no llega a mucho.

-Con eso y todo -rebatió Gideon-, insistiré en comprar tierras, nuestras tierras. Si no me facilitan el dinero aquí, me iré a Boston, a Nueva York...

Cardozo, apoyado en el respaldo de la silla, quedóse unos instantes observando fijamente al negro. Luego que se hubo sentado, díjole:

-Vamos a hacer un trato, Gideon. Conozco a Isaac Went, un banquero de Boston, viejo abolicionista, y uno de aquellos que no guardan cada dólar que les cae entre las manos. Voy a darle una carta de recomendación, la que creo llevará algún peso. También le daré a usted una carta para Frederick Douglass, quien, fallando los demás, tal vez podría ayudarle. A cambio de ello, amigo Gideon, deseo su formal promesa de que presentará su candidatura en las próximas elecciones por el Estado de Carolina del Sur.

-¿Podríamos dejar la decisión para mañana?

-Está bien. Mañana lo esperamos a cenar.

Al día siguiente, Gideon fue a ver a dos banqueros de Charleston; uno de ellos era el coronel Fenton, el mismo de la comida en casa de Stephan Holms. Al regresar a casa de Cardozo después de la entrevista, Gideon se esperaba esta pregunta:

-¿Cómo le fue?

-Tal cual usted lo esperaba -respondió el negro, con mal dibujada sonrisa.

-Conserva usted, al menos, la reputación del negro en cuanto a su humor. Contento en la mala y en la buena.

-Es lo que trato de hacer -dijo ya con cierta acritud Gideon-. De ningún modo me siento abatido.

-¿Y de aquello de la candidatura?

-Si alguien me quiere -asintió Gideon-, me presentaré. Intentaré olvidar lo que era yo el año pasado... o cinco años atrás -y añadió en seguida-: Considerando cuanto he leído de derecho y legislación, no creo habré de hacer peor papel que en mis comienzos.

-Su propósito me da un alegrón.

-A mí no; ya ve usted. Todavía hablo como un negro de los pantanos. Si pudiera, me agradaría salir para el Norte cuanto antes... ¿mañana? -No veo por qué no podría ser mañana.

El tren, horadando la oscuridad de la noche, llevaba a Gideon Jackson hacia el Norte, a Washington, D. C. y entraba, al sentir del alma virgen del negro, en un mundo nuevo. No podría hallarse definición más exacta. Todo lo que había sucedido en los treinta y siete años de su vida, borrascas y estallidos, no había trascendido los escasos límites de su universo, esa comarca del Sur de los Estados Unidos, que lo había cobijado, al venir a este mundo, que lo había criado, sustentado, azotado; sin embargo, era su terruño, imposible de dividir en bueno y malo. Lo conocía y se sabía todas sus características físicas y el influjo que ellas ejercen en la vida: la erosión del suelo por las aguas; las tinieblas de la ignorancia, los campos yermos y las vidas no menos yermas, las grandes casonas feudales que proyectaban su sombra sobre las cuadrillas formadas por la gleba blanca y la negrería esclava. Aun sabedor de todo esto, había encontrado en sus ámbitos un calor de terruño y una cordialidad hogareña dondequiera que fuese. En este nuevo mundo en el que penetraba, todo le parecía dislocado. Washington, la ciudad de los gigantescos palacios blancos, a la vez que de calles fatigosas, no había de parecerse a nada que hubiese pasado por su experiencia. Viajaba en un vagón de ferrocarril, entre gente blanca, gente que leía cómodamente el diario o conversaba sin hacer caso a que junto a ella viajaba un negro .. .

-¿Grant?, ése es un general, no un estadista.

-¿Qué hay de malo, señor, en que un general sea presidente?

-De malo nada. Es que a mí no me gusta.

-¿No? ¿No será que más le agradaría otro período de Johnson?

-No venga usted a ponerme las palabras en la boca, señor; yo sé pensar con mi propia cabeza.

-No mucho, a lo que parece...

-Trigo... El trigo a sesenta y dos...

-¿Es ése su Herald, señor?... ¿Me permite leerlo?... Gracias.

Gideon se echó a dormir al arrullo de tan variadas voces. Lo despertó más tarde un guarda, enfocándole su maloliente lámpara de querosene. El asiento, aunque afelpado, era duro e incómodo; el tren se detenía a cada pocas millas, con bruscas sacudidas, que se traducían en tirones no menos bruscos al arrancar. La gente se le sentaba al lado... un blanco, una señorita blanca; luego, en una estación cualquiera del trayecto, se levantaban para descender. Y al día siguiente cruzó el tren los llanos de Jersey, pasó por la ciudad de Newark, fea con sus casas como sembradas al voleo; y, finalmente, desembocó el tren en Jersey City, con Nueva York, a la otra orilla del río. A bordo del "ferryboat" apoyado en la borda, observaba Gideon el espectáculo: embarcaciones surcando el agua como palos secos flotando en un estanque, vapores echando un grasoso humo negro en la superficie líquida, como si dibujaran trazos con carbón en brilloso papel satinado, embarcaciones de toda clase en marcha, remolcadores arrastrando de mal grado sus cargas, largos rosarios de chatas y barcazas, y a lo largo de la margen, masas de casas... Arrancad un racimo de ellas y tendréis a Charleston, otro, y será Columbia; no era ya reina de ciudades, sino madre, matriz incansable. Era como Whitman había querido definirlo: el alimento v sustancia de millares incontables.

Con la mirada fija, pensaba Gideon en los porfiados, prosaicos ejércitos yanquis que habían llevado sus efectivos a lo ancho y a lo largo del inmenso Sur, desmembrados y dispersos cien veces, y cien veces volviendo a cerrar sus filas, aprendiendo el arte de la guerra a fuerza de torpes errores y regueros de sangre vertidos, a veces tontamente, a la vera del camino, para sacudir al cabo todo el sistema social sureño al ritmo de su libertador grito de batalla. Eran ellos, los hombrecillos pálidos que abarrotaban el "ferry", la muchedumbre hormigueante de las calles, aprisa todos y todos ocupados en sus asuntos; agitación, confusión, bulla, estrépito, mercaderías dispuestas en altas estibas en los muelles, calles sucias, ristras de carritos empujados por hombres, y puestos de venta bordeando en largas hileras las calzadas, carrozas, carros, carretas y birloches pujando por abrirse paso en las calles, manto de humo flotante sobre los edificios de ladrillos rojos, cháchara de mil lenguas... eran cien pueblos diferentes que se daban cita en esos parajes, donde el negro pasaba inadvertido. Debía esperar la combinación ferroviaria dos horas y media; fuese, pues, camino desde el río hasta el barrio financiero de la ciudad; atravesó, en el trayecto, una barriada de casas habitación levantada a la ligera. De calor sofocante era el día, al par que el anterior había sido anormalmente fresco: era incongruente el tiempo, tanto como la ciudad, metrópoli en virtual estado de ebullición, presumida, mugrienta, pobre, pero con todo, llena de confianza en su futura grandeza y en su destino de maravilla del mundo. Llovía y, a rachas, salía el sol; las calles pavimentadas convertíanse en charcos de agua y las que no, en torrentes de ciénaga. Rapaces de cutis trigueño echaban a flotar pedazos de madera en zanjas convertidas en rápidos canales; otros pregonaban sus diarios a voz en cuello. Gideon quería comprender todo aquello; era la misma ciudad donde una turba enloquecida masacrara en otros tiempos a cien pobres negros. Y era la misma donde trabajadores del músculo por miles, habían abandonado sus instrumentos de trabajo por el fusil y donado sus ahorros para la compra de uniformes y municiones... sin noción siquiera del arte de la guerra, ni de muertes y matanzas, y habían marchado cientos de millas al Sur para liberar a esclavos de color. Era la ciudad de cuyas entrañas habían salido, durante la guerra civil, regimiento tras regimiento, año tras año... y, no obstante, se habían dado allí los peores motines de reclutas y también los más sangrientos movimientos antibélicos de que tuviera recuerdo el país. Gideon continuaba observando, dando alas a su imaginación, y creyó ver demasiado .. .

Boston ya era más asequible, más cerca de lo que él estaba habituado a considerar como ciudad. El callejón donde vivía Isaac Went podía tomarse por cierta calle de Charleston; ni siquiera faltaban los árboles que flanqueaban la calzada. Las casas, viejas, tampoco eran agresivas; debajo de las capas de pintura blanca advertíase la madera carcomida y resquebrajada. Respondiendo a sus indecisos golpes con el picaporte, acudió una doméstica, de delantal almidonado, quien con deferente cortesía le preguntó a quién deseaba ver.

-Al señor Isaac Went, si fuese posible.

-¿Quiere tener la amabilidad de pasar, señor? -dijo ella, muchacha de ojos azules, cabello castaño y agradable tono de voz.

Sombrero en mano, entró Gideon a la casa. La puerta daba acceso a un vestíbulo, donde dos espejos en marco de caoba, colgados en paredes fronteras, cuatro coquetas sillas, también de caoba, y dos mesitas, con incrustaciones chinescas v barnizadas a laca constituían el primoroso moblaje. A través de puertas de nogal, que la fámula fue abriendo sucesivamente delante del negro, llegóse a la coqueta escalera que dividía en dos la sala del comedor. Los aposentos eran amplios, aunque de techo bajo, en contraste con los altos cielos rasos de las casas sureñas. Aquí se ostentaba, según supo apreciar Gideon, tanta riqueza como en la residencia de Stephan Holms. Con todo, había una diferencia tajante; un abismo separaba aquello de esto: aquí lo aguardaban a su llegada, a pesar de no haber sido anunciado. Le dijo la muchacha:

-Quisiera usted tomar asiento, señor. Voy a avisar al señor Went que está usted aquí... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

-Gideon Jackson.

-¿Nada más que... Gideon Jackson?

-Traigo una carta del señor Francis Cardozo.

-¡Ah, ah! -dijo la muchacha-. Tome asiento.

La cortesía que se le dispensaba era un tanto árida, tomándosele al visitante como cosa corriente. Ningún esfuerzo hizo ella para hacerle sentir totalmente cómodo, y, sin embargo, el huésped sintióse menos turbado esta vez que nunca antes en casa de blancos. En la mirada que echó en torno, notó dos grandes e invitadoras sillas de brazos junto a la estufa; las descartó. Dio un paso en dirección de un sofá arrimado a la pared opuesta; se detuvo y sentóse, al fin, en una silla Chippendale de amplio asiento, pero hubo de levantarse en seguida, al oír ruidos de pasos. Iban siendo las cinco de la tarde, y se le ocurrió pensar si no había cometido una indiscreción al presentarse a esa hora. Se mantuvo torpemente erguido al entrar en el cuarto el dueño de casa.

Isaac Went era hombre de escasa estatura; su cráneo lustroso apenas si llegaba a la altura de la corbata de moño que lucía el negro. El rostro se le caracterizaba por un par de bigotitos rubios, la boca pequeña y la pera en punta. Ese día llevaba puestos chaqueta smoking y pantalón negro, pantuflas de seda, cuello blanco duro y corbata negra. Avanzó hacia Gideon a pasos nerviosos, como de ave zancuda, y le tendió la mano, diciéndole:

-¿Cómo era su nombre? ¿Jackson? ¿Gideon Jackson? La muchacha me dice que trae usted una carta de alguien cuyo nombre no me supo decir. Ya es mucho para la chica que recuerde dónde tiene puesta la cabeza...

-La carta, señor, es de Francis Cardozo -dijo Gideon.

-¿Cardozo? ¿Usted viene del Sur?

-De Carolina del Sur -aclaró Gideon.

-¡Ah! ¿Cómo está Cardozo? Ya me lo figuro atareadísimo con su política. Veamos la carta...

Gideon entregó el sobre, que el anciano Went abrió y cuyo contenido leyó ávidamente. Levantando al cabo la mirada del papel, dijo:

-Cardozo le tiene a usted en mucha estima. ¿Por qué no toma usted asiento? ¿Quiere tomar alguna cosa? -y a la vez que le señalaba una de las sillas de brazos, iba por una garrafa y dos vasos-. Esto es vino de Jerez -dijo Went-. ¿Le gusta el Jerez?

Gideon asintió con levé movimiento de cabeza.

-¡Sí o no! -dijo Went, encogiéndose de hombros-. A muchos negros no se les da un comino en esto del licor, ¿sabe usted? Es que nunca han tenido buen paladar. El asunto se reduce a eso: paladar. Antes yo tomaba whisky; ahora tengo chifladura con el Jerez. No crea que no echo de menos el whisky; no es que no ande bien de salud... ¿Fuma un cigarro?

Gideon movió la cabeza.

-Está bien. ¿Le molesta entonces que yo fume? ¡No!... ni me importaría si le molestara. En vida de mi esposa me guardaba estas malditas cosas para después de las comidas. -Sacó un largo cigarro, lo encendió, se arrellanó en la silla de brazos y comenzó a echar bocanadas de humo contra la mesilla de la estufa-. Aquí dice... -señalando la carta-que usted ocupó una banca en la Convención. Va, pues, a contarme cómo fue aquello. Por los diarios no me fue posible atar cabos. Primero, dígame de este proyecto suyo de adquirir tierras... no, deje eso para la cena. Quiero que Emery lo escuche también. Estará con nosotros. Cuénteme, pues, ahora, sus aventuras en la Convención.

Gideon dio principio al relato. Frente al hombrecillo, se hallaba en terreno llano, de igual a igual. Went escupía como cualquier carrero, objetaba, disentía, se acaloraba y le gritaba al negro, pero siempre como de hombre a hombre. Gideon no era ya el negro; por primera vez en su vida olvidó completamente el tinte de su tez; y también por vez primera hablaba con un hombre que por virtud de un largo y ponderado proceso psicológico, período de adaptación que debía de haber comenzado en su primera infancia, habíase acondicionado a una verdadera democracia racial, en términos limpios y sencillos. Para Went, Gideon era un hombre; no habría podido razonar de otro modo, que lo quisiese o no, así como el común de los norteamericanos no hubiera podido razonar y hablar el latín. Cuando, enfurecido, le gritó acerca de la cuestión de los latifundios, debatida en el seno de la Convención:

-¡Ahí estuvo hecho usted un zopenco, Jackson, usted y todos sus colegas! Stevens entonces no había muerto aún ¿lo consultaron? ¿Se les ocurrió pedir apoyo a Washington? ¡No, por supuesto, así solos, creyeron poder remontar el curso de la civilización! ¡Ilusos! ¡Ese es Cardozo, y así son todos vuestros imbéciles intelectualizados! ¡Bien; malograron una oportunidad histórica! Hubieran podido destruir el sistema de las plantaciones, sin más... ¡no lo supieron hacer!

Enronquecía gritándole a Gideon las cosas que creía debía decirle, pero lo hacía de igual a igual, ni al negro ni al blanco, nada de reglas de cortesía en el trato, nada de barreras raciales. Más tarde permitióle a Gideon observar el fondo humano de su manera de ser, al decirle:

-Desciendo de familia de abolicionistas, señor Jackson. No pretendo representar el mejor espécimen de mi linaje. La verdad, lo pasé muy cómodo por aquí cuando los míos luchaban y morían por la causa en los campos de batalla del Sur. Pero algo aporté también yo; mi dinero no fue malgastado. Ha de saber usted que el viejo Osawatomie Brown estuvo sentado en esa misma silla que ocupa usted ahora, pidiéndome dólares, fusiles, pólvora, hombres... sí, señor, para llevarlo todo a las comarcas del Sur, donde había de barrer con la esclavitud en embates de ira divina. Y yo no le escatimé ni dinero ni fusiles. ¿Parece cosa de mil años atrás, verdad, cuando la gente hablaba sin ton ni son de extirpar aquel cáncer social? Luego vinieron los cuatro años de sangría agotadora. Ahí mismo se sentaba el viejo Brown, con su perilla, sus ojillos llameantes... ¿quiere oír sus propias palabras? Las recuerdo... "Dios nuestro Señor no nos ha abandonado, míster Went -decía-, pero nosotros, míster Went, nosotros, miserables, criaturas detestables, insignificantes, pusilánimes, cobardes, hemos desertado del Señor de la Eucaristía, Dios de nuestros padres, que guió a los hijos de Israel fuera de las tierras de Egipto". Son palabras suyas, casi textuales, Jackson. El estaba sentado allí, Emerson aquí donde estoy yo; yo, recuerdo, estaba de pie. Waldo y yo nos mirábamos mientras el viejo hablaba. Usted comprende, Jackson; aquel John Brown era un gran hombre, grande e incomprendido. El viejo sabía infundir en la gente el poder de la fe. No soy creyente, y me enorgullezco de mi ateísmo, aún más que Doc Emery del suyo propio; pero aquí, en este mismo cuarto, aquellos días, escuchándolo al viejo Osawatomie, me iluminaba la llama de la fe. Dios estaba a mi derecha, el viejo, el grande y terrible, que llegó a estas playas con los Peregrinos. ¿Le he ofendido a usted, señor Jackson? No sé si es usted creyente. Tantos negros lo son .. .

-No, no -contestó en voz baja Gideon.

Continuaron charlando largo rato. Luego, Went sugirió que antes de la cena fueran a descansar un poco.

-Es hábito adquirido, Jackson; es que voy para viejo. Usted, usted es joven todavía; con todo, quizá no le venga mal una siestita.

Gideon hízole notar al señor Went que no tenía dónde alojarse, v pidió si podía indicarle un hotel para gente de color.

-Faltaba más. Usted se quedará con nosotros -dijo Went. Y a los débiles pretextos de Gideon, agregó-: Si el propio Douglas para aquí cuando baja a Boston, no ha de saberle mal a usted.

En seguida apareció la mucama, quien acompañó a Gideon al piso alto.

-El efecto -decía Gideon-de los dos años que siguieron a la guerra fue el de despertarnos. Pues los odiosos códigos negros nacieron de la intención de devolvernos sin piedad a la esclavitud. Verá usted: los plantadores abrigaban el convencimiento de poder hacer a un lado la victoria unionista... y casi estuvieron en lo cierto. Pero aquello no se repetirá. Nos apresuramos a concertar una alianza sana y honesta con los blancos de la gleba; unidos ahora, todos hemos abierto los ojos. Con el poder en nuestras manos como lo está hoy, pensamos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para no dejárnoslo arrebatar bajo ninguna circunstancia.

Tres hombres se sentaron a la mesa del señor Went esa noche. El propio banquero, el doctor Norman Emery, quien se había creado una aureola alrededor de su nombre, y de la propia ciudad de Boston, con sus trabajos fundamentales en el terreno de la cirugía abdominal, y Gideon. Emery era alto, enjuto, de ojos negros, usaba perilla y las gafas eran con armadura a la japonesa, atada con una cinta negra. Daba la impresión de hombre falaz, cazurro y apático. Por lazos de sangre y matrimonio, estaba emparentado con los Lowell, los Emerson y los Dodge. Su mente era, en cambio, muy penetrante, incisiva, y gastaba un humor como filo de navaja que empleaba para zaherir sin piedad a Went. Según pudo advertirlo Gideon desde el comienzo, había mucho fondo de humanidad en este hombre, aunque lo ocultaba bajo una doble capa de circunspección v vigilancia. Entre él y Went, ambos viudos, existía un lazo cordial, aunque se enfrentaran a menudo. Como a quemarropa le disparó a Gideon esta pregunta:

-¿Pero valiéndose de qué medios, señor Jackson, creen ustedes poder mantenerse en el poder?

-De tres modos -contestó Gideon-. Primero, por las urnas. Ahí le llevamos la ventaja a los plantadores... veinte votos contra uno que se traerán ellos. Segundo, le daremos instrucción y educación al pueblo. Sólo necesitamos diez años para esto. Al cabo de diez años, tendremos toda una generación de jóvenes iniciados en las primeras letras y con una pasable educación cívica... Y será ésta nuestra arma más poderosa, doctor Emery. Nos lo enseñaron nuestros amos muchos años atrás, cuando consideraban un crimen el que un esclavo diera instrucción a sus hijos, aun el aprender solo. El tercer camino es la tierra, según ya he dicho tantas veces, y acabo de repetírselo a usted. Somos gente del agro, gente de las plantaciones; nos faltan las fábricas que ustedes tienen aquí v la gente debe por fuerza vivir del suelo; no le faltará pan al hombre que sepa manejar el arado. Una vez que tengamos nuestras tierras parceladas, haremos surgir allá abajo una nación de agricultores libres, como los que tienen ustedes aquí... entonces nos pondremos de pie y hablaremos fuerte y seguros. Si aquellas tierras llegan algún día a ser nuestras, no habrá quien nos las quite, jamás.

-Magnífico -dijo Went-. Concedida su utópica concepción de un nuevo Sur, concedidos sus hermosos sueños de escuelas, etcétera. ¿Toma un trago de brandy, Emery?

-Ya le tengo dicho que eso le estropea el corazón... Estoy cansado de repetírselo.

-¡Bah! Es tan poco lo que me queda de este corazón. Bien, atendidos todos sus alegatos, querido Jackson, no dejan de culminaren una proyección legalista del futuro. Los negocios, en cambio, son los negocios. Si me viene usted pidiendo una limosna, acaso le ayudaría.

Librodot

También podría darse lo contrario... dependería de muchas cosas. Compréndame bien: no soy de corazón blando, ni un sentimentalista.

-Creo ver que él ya se da cuenta de la situación, Isaac -dijo Emery.

-Pero usted se trae un provecto fantástico. Su gente ha logrado reunir unos dólares, y con ese poco pretende usted emprender una aventura en el negocio de tierras que daría vértigos al más bizarro; una empresa, si así pudiera llamarse, que exigiría, cuando menos, quince dólares por cada uno disponible para la inversión. ¿Y de qué seguridades gozaría mi dinero, aparte de un puñado de antiguos esclavos, unos pobres blancos desheredados, que llevaron hasta ayer el uniforme del ejército secesionista, y algunas buenas intenciones? Usted me invita a invertir dinero en un factor de cantidad y cualidad desconocidas, ¿no es así, Jackson? Quisiera dejarle a usted juzgar el asunto... -Went encendió un cigarro; Emery, sonriente apenas, se repantigó en su asiento, sin dejar de observar al negro. La desesperación formaba en el pecho de Gideon un peso que parecía inflamarse y tornarse, por momentos, insoportable; había venido de tan lejos; había gastado ya parte del dinero. Un dólar es un valor, algo por el cual a veces se destroza uno el corazón. ¿No había hombres que morían por un dólar? Un pasaje por ferrocarril habíale costado tantos dólares. ¿Qué extensión de camino había recorrido ya .. . v cuánto podría andar todavía? ¿Tendría razón Cardozo, absolutamente? ¿Era verdad, pues, que todo progreso nace de las entrañas del sufrimiento sin término... y que es el pobre, y sólo el pobre, quien ha de llevar su carga por los siglos de los siglos?

-Supongamos que no sea sensato -dijo Gideon-. Sé muy poco, creo que nada, de negocios. Pero nadie tiene nada que enseñarme sobre asuntos de algodón y arroz. Me he pasado la vida viendo crecer el algodonero, viendo reventar sus capullos, observar al negro en los campos, recoger las cápsulas abiertas. Muéstrenme ustedes una semilla de algodón y les diré si es cosecha de tierras altas o bajas. Esos conocimientos los poseo yo, y les ruego me crean. Y también sé algo más; aquí, ustedes los yanquis, hacen telas de algodón; por toda esta Nueva Inglaterra de ustedes se están construyendo nuevas fábricas textiles. ¿Cómo van a hilar el algodón que necesitan si del Sur no continúan recibiendo la materia prima? ¿Esperan el regreso de los plantadores? Pues eso les llevará tiempo; tendrán que aplastarnos a nosotros antes de que vuelvan a cosechar algodón a la antigua. ¿Y qué precios tendrán que pagar cuando sean unos pocos plantadores quienes dirijan los precios? Si aún quieren saber qué garantías pensamos poner a su disposición, aquí están: ésta es una tierra hambrienta de algodón, el mundo entero lo necesita. Ya van cuatro años de cosechas pobres. El vendedor domina el mercado hoy día. Denle tierras a mi gente; permítanle dar el ejemplo: hagan que las Carolinas vean que todo esto que pido se puede hacer, a la manera que lo hizo posible el negro con los arrozales en las islas de la costa antes de que el Gobierno le diera la espalda y le arrebatara las tierras, las mismas que ellos arrancaron a los rebeldes que querían destruir la Unión. Si lo hacen ustedes, si demuestran no tener miedo, entonces tampoco los otros lo tendrán. Dennos por cinco años la posesión de nuestros campos y nos quebraremos el lomo sembrando y cosechando algodón. Les reembolsaremos hasta el último céntimo de sus inversiones, y con buenos intereses. ¿Han visto ustedes alguna vez cómo trabajan los negros? Hubieran andado ustedes por las comarcas del Sur en los tiempos de la esclavitud y habrían visto cómo se movían al restallar el látigo en sus torsos. Bien, recuerden esto: un negro libre trabajando su propio solar puede dar el doble. Eso me consta. Créame, señor Went, no vengo en busca de dádivas. Y no es que sea yo orgulloso. El viejo que allá en la colonia enseña a los chicos a leer y escribir me dijo: "Gideon, no te muestres demasiado altivo. Los chicos necesitan libros, papel, y si quisieran darnos, toma". Pero esto es diferente; esto va no es caridad. Comprometo en ello mi palabra de honor.

Gideon había concluido su alegato; jamás, en ocasión anterior alguna, había puesto tanto calor en sus argumentos, ni hablado tan largamente delante de hombres blancos; turbado e incómodo ya, se sentó y no se atrevió a apartar la mirada del mantel de la mesa. El doctor Emery se observaba las uñas. El largo silencio era medido por los puntos acompasados del viejo reloj de pared. Al cabo, Went sacudió la ceniza del cigarro y dijo:

-¿Qué extensión tiene esa finca de los Carwell, Jackson? -Unas diez mil hectáreas y quizá más.

Emery dejó escapar un silbido. Isaac Went, moviendo levemente la cabeza, dijo:

-Usted no lo sabe aún, y si lo sabía., lo ha olvidado: ¡esta guerra, esta maldición de Dios, es asunto que nadie quiere recordar ya!

-En la madre patria –observó Emery-sería eso un ducado y no de los más chicos.

-¿La calidad del terreno?

-La mitad, por lo menos, es arable -respondió Gideon-. El resto es monte, pinares, campos para pastoreo y algún terreno anegadizo.

-Hay también una casa, ¿verdad?

-La solariega de la plantación. Los Carwell vivían allí por temporadas; la mayor parte del tiempo lo pasaban en Charleston.

-¿Cree usted que alguien podría comprar la casa como para restituirla a su antigua función?

-Demasiado grande -observó Gideon moviendo la cabeza-. Los pocos colonos que han conservado sus tierras, tienen apenas lo bastante para seguir adelante. No creo que ahora haya mucho dinero en circulación en las Carolinas.

-¿Conoce usted la valuación del solar entero? Quiero decir, la tierra y las casas juntas.

-El agente federal lo valuó antes de la guerra, excluyendo los esclavos, en cuatrocientos cincuenta mil dólares. En la subasta, calculan sacar cinco dólares el acre. Van a subdividirla en campos de veintidós mil acres, y, claro, algunas irán a más y otras a menos.

-¿Decía que son unas treinta las familias? Mil quinientas hectáreas es va una buena parcela. He conocido a colonos de Massachusetts arreglándose muy bien con solares de entre diez y quince hectáreas, y les rendían hasta para poner algún dólar en el Banco. Y no era el mejor terreno del mundo, que digamos.

-Así es, señor -confirmó Gideon-. El suelo allá es bueno. Pero en cada parcela tan sólo la mitad será de pan llevar. Se irán limpiando los campos, pero es trabajo que llevará tiempo. Por otra parte, los cultivos en aquellos parajes difieren de los que practican ustedes aquí. La granja es una variante que nosotros no tenemos en el Sur; aparte del maíz y las legumbres necesarios al sustento de la familia y de un par de cerdos, todo lo dedicamos a .levantar una cosecha comerciable. Y plantar algodón no rinde, a menos que sea en una extensión de ocho a diez hectáreas.

-¿Y cómo lo comercializaría usted?

-Compraríamos una desmotadora, una embaladora... varias de ellas. El ferrocarril está tendiendo las vías, y no habrá que acarrear el producto más de diez millas.

-¿Tienen mulas?

-Algunas. Podríamos comprar más.

-¿Qué piensa usted de todo esto, doctor? -dijo Went, dirigiéndose a su amigo.

-Le he visto a usted perder dinero en empresas peores.

-¿Quiere entrar en el negocio con el tercio?

-No soy banquero -repuso Emery, sonriente.

-Pero tiene más dinero que yo... y no podrá llevárselo consigo cuando se retire...

-Pero me hago el gusto de tenerlo ahora.

-Con seriedad; ¿entra usted con un tercio, bajo mi garantía?

-¿Saliendo usted de garante, para qué quiere mi tercio?

-Preciso que me acompañen -aclaró Went con aire de resignación-.

Es ésta la empresa más dislocada en que jamás pensé meterme.

-No olvide que tampoco usted podrá llevarse su dinero al otro mundo.

-No hablemos más. Mire, Jackson, usted me cuesta exactamente el triple del viejo Osawatomie... y ni siquiera sé todavía si vale la mitad de lo que valía él. De cualquier modo, le daré una libranza por quince mil dólares. No, no me dé las gracias. Cuénteme algo de su vida, tanto para variar, ahora que ha conseguido lo que buscaba.

Went representaba algo más que un solo hombre. Después de que Emery se hubo retirado, se entretuvo hasta las primeras horas de la madrugada hablando con Gideon, fumando sus largos cigarros negros y bebiendo más brandy de lo que su amigo el médico le hubiese permitido. Arrebujado en su robe de chambre, decíale el hombrecito a Gideon:

-Tengo ya sesenta y siete años, hijo, y soy solo en el mundo. Por eso miro hacia lo pasado. a veces. Cuando contaba sus años, Gideon, estaban aún en vida los últimos soldados de la revolución; éramos unas generaciones vigorosas aquí en Nueva Inglaterra por aquel entonces. Piense usted un poco en esto: llegamos a estas playas amparados por la palabra y la ley de Dios, un bastón por todo apoyo y labios que no conocían la risa; a estas inhospitalarias y rocosas tierras fuimos arrancándoles el pan de cada día. E hicimos grandes cosas. En nuestras salas de reuniones, la democracia cobraba vida y aliento. Sus viejos profetas resucitaron y nos llevaron de la mano, y en los días de la revolución nuestros campesinos y pescadores lucharon alentados por un Dios anhelante y justo, cuyo rostro podíase ver asomando por sobre sus hombros. Todo eso yace olvidado ahora, ¿no es verdad, acaso? Yo moriré pronto; Emery también; Waldo está ya muy viejo; Thoreau se ha vuelto misántropo; Whittier está oculto Dios sabe dónde; Longfellow se pasa el tiempo escribiendo sandeces... ¿dónde están nuestras glorias pasadas? Este hombre de Brooklyn, Whitman, ruge como un salvaje, aunque sabe bien lo que dice; también hay otros... entretanto nosotros empezamos a "mirarnos el ombligo". Nos queda apenas un poco de chispa, Gideon; razón tenía el valiente de Stevens cuando salió de Nueva Inglaterra para ir a establecerse en Pensilvania. No olvide, empero, que mientras estuvimos en la lucha hicimos grandes cosas. Nuestro canto de batalla era: "Mis ojos han visto (a gloria de la llegada del Señor". Bueno, subamos, ya es hora de ir a descansar.

Gideon fue subiendo las escaleras detrás del banquero, quien debía detenerse en cada rellano para tomar aliento. Pasaron a un cuarto de muchacho, donde el negro notó que nadie entraba allí desde hacía tiempo. Había pilas de libros, cuadernos de notas, una colección de minerales sólidos, dos lechuzas embalsamadas, el dibujo al lápiz de una muchacha, un par de raquetas de lacrosse, zapatos indios de mocasín, un modelo de goleta cuyo tallado señalaba mano de artista. Went dijo:

-Murió en Wilderness, el segundo día de la batalla. Más tarde pude hablar con su capitán, quien me relató las circunstancias de su muerte. El muchacho tenía tres heridas, dos en un brazo, otra en la cabeza, y con todo, no quiso abandonar el campo de batalla. Gideon, no menos de quinientas veces, sentado delante de la estufa, abajo, en la sala, he intentado comprender, de proyectarme hasta el muchacho, penetrarme en él v saber por qué debía permanecer en el campo de batalla, acribillado como estaba, desangrándose, muriéndose en pie. Gideon, usted es hombre joven, pero dentro de usted arde una llama extraña. Usted llegará a dirigir a su gente; ¡Gideon, comprendámonos, no se aparte de nosotros... ocurra lo que ocurra!

-Contra viento v marea -asintió Gideon.

-Bien, pues. Voy a hacer que embalen estos libros; todo lo que contiene este cuarto será embalado, para despachar por ferrocarril. Sus juguetes y sus libros de niño están en el altillo; también se los puede llevar .. .

-No me siento con derecho a tomar nada... -comenzó a decir Gideon.

-Tonterías. Hace un año que no entro aquí. Tengo mi parte del muchacho en las entrañas... estas cosas ya no puedo verlas a mi alrededor. Usted podrá darles algún uso, y así es como debe ser. Si me meto en un negocio por quince mil dólares, no me echaré atrás por veinte pizarras y una caja de tiza. Tan sólo quiero saber dónde debo enviarlas; el resto, déjelo por mi cuenta.

Gideon quiso expresar palabras de agradecimiento, pero no le fue fácil. Luego, antes de quedarse dormido en la amplia cama de dosel, con la luna proyectándole en la cabeza la sombra del alero del techo, a través del vano de la ventana, fue repasando, asombrado, las

muchas cosas que se habían sucedido en las últimas horas, las muchas caras que pueden poner los hombres, no obstante el color de su tez, y los infinitos rumbos que cada cual puede tomar. El canto de aleluya no se elevaba esta vez como boato de erupción; le llegaba sosegado y plácido. En el análisis lógico y científico, todas las cuestiones le daban su respuesta, excepto una: ¿cómo explicar que al menos unos pocos hombres encontraban su única dicha y razón de ser un sueño de fraternidad universal?

Al día siguiente, antes de salir para Worcester, donde habría de encontrarse con Jeff, Gideon fue a visitar al doctor Emery en su consultorio. Ya no se vio frente al caballero cortés y afable, sino al hombre de ciencia en guardapolvo blanco, secundado por dos jóvenes médicos atendiendo enfermos en una sala y un corredor atestado. Este aspecto de la ciudad de Boston le recordó a Nueva York, con sus casuchas en ruinas, las calles sucias, la miseria, los pobres, irlandeses, polacos, italianos. El dispensario del doctor Emery funcionaba en una casona antigua, refaccionada, pintada recientemente de color crema por dentro y por fuera. Gideon tomó asiento en el gabinete del doctor y se dispuso a observar. Había allí un muchacho con el pecho hundido y huesos deformes...

-¿Ve usted esto, Jackson? -El niño, desnudo, de unos ocho años, estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Le sacudían el cuerpo tiritones de frío-. No sabemos aún qué clase de enfermedad es ésta; me traen docenas de casos todas las semanas... de entre la clase pobre. La he bautizado con un nombre harto gráfico: "Maleficio Paupertatis". -Luego, palpando el cuerpo del muchacho, exclamó-: Está bien, hijo, puedes vestirte. Ya ve, Jackson, los males de la sociedad se presentan bajo rostros cambiantes. Los nuestros han peleado y muerto para liberar a la gente del Sur, en tanto en nuestros sumideros humanos se gestaban estos ejemplares. No es nada bonito, ¿verdad?, el que nosotros, presumiendo de civilizados, no logremos proveer asistencia médica ni medicamentos gratuitos; no, ni siquiera se nos permite dedicar lo necesario a un poco de investigación destinada a penetrar más hondo esta magia negra que damos el nombre de medicina. Aquí, en esta tierra tan pletórica de riquezas, la gente se enferma y muere de hambre y de falta de aire puro y sol. La caridad, que es lo que dispenso en este sitio, Jackson, es una excrescencia social nauseabunda, y hay veces en que doy la razón a los ilustres vecinos míos de esta Boston, por no soltar un céntimo para sustentar mi obra. -Luego, el doctor Emery quiso informarse acerca de Jeff-: ¿Está seguro de que quiere ser médico?

-¿Qué seguridad podría tener un muchacho de dieciséis años? -repuso Gideon-. Puedo decirle que es un mocito despierto, y no crea que lo digo porque es mi hijo .. .

-Bien. Ante todo, hay que meterle en la cabeza que una formación completa le será imposible en nuestro país. Nuestras escuelas de medicina no admiten que un hombre de color pueda enfermar ni curar enfermos. Con el tiempo, cuando usted haya creado su propia Utopía en Carolina, acaso logre dar buena cuenta de este prejuicio. Pero esto es hablar en tiempo futuro. Entretanto, si el muchacho logra aprobar los exámenes de ingreso, podría ser admitido en la Universidad de Edimburgo, en Escocia.

-¿Escocia? -repitió Gideon, moviendo la cabeza titubeante-. Eso está muy lejos, verdad?

-Sí, hay mucho camino desde aquí. Pero, por suerte, en los países del viejo continente no están hechos a la idea de que un hombre de tez negra sea un ser subhumano.

-No sé qué decir -dijo Gideon-. Jeff es todavía muy joven, y dejarlo ir solo, tan lejos, a lo mejor por un año .. .

-Diga tres años, a lo menos -interrumpió Emery, al par que observaba con curiosidad científica la expresión de dolor en el rostro del negro.

Gideon, vacilante en la búsqueda de un camino de salida, dijo: -No es que yo no comprenda lo que es bueno para el muchacho, pero Raquel, su madre...

-Entonces le sugeriría -añadió Emery, encogiéndose de hombros-que abandone la esperanza de tener un hijo médico.

-Es él quien quiere serlo.

Librodot

-Le va a costar algún dinero.

-Cuando regrese al Sur -dijo Gideon-pienso presentar mi candidatura para diputado -titubeó unos instantes en la pausa, para añadir en seguida-: Durante el tiempo que sesionó la Convención, me pagaban tres dólares por día. Con la mitad me arreglaba; el resto, un dólar y cincuenta céntimos, lo ahorraba... ¿tendría bastante con eso para él?

-Sí, bastante... -respondió el profesional con voz queda, en tanto giraba sobre los talones y se dirigía hacia la ventana. Estuvo unos instantes mirando la calle, y al volver a enfrentar al negro, le preguntó-: Dígame, Jackson, ¿dónde tiene a ese muchacho ahora?

-En la escuela presbiteriana, en Worcester.

-Conozco el lugar... aprenderá a leer y escribir allí, nada más. ¿Cuánto tiempo lleva allí?

-Cuatro meses.

-Dejémosle tranquilo hasta los seis meses. ¿Decía que tiene dieciséis años? Pues dentro de dos meses lo traeremos aquí y yo mismo le enseñaré, en un año, más de lo que podrían diez en la escuela. Por cierto que tendrá que ganarse la pensión; me hace falta un muchacho para el aseo del consultorio, lavar el laboratorio, mantener limpio el instrumental y las cubetas. Yo no soy de esos simplones abolicionistas a la manera de Went. Si el muchacho tiene cabeza y demuestra voluntad para el trabajo y el estudio, le enseñaré lo suficiente para que apruebe el examen de ingreso en Edimburgo. Si falla...

Sentado en el estudio del reverendo Charles Smith, en Worcester, Gideon iba repitiendo las palabras del doctor Emery. Smith, hombre tímido, de trato apacible, vacilante en la expresión de su pensamiento, dijo que sí, Jeff era un buen muchacho, muy bueno, en efecto, aplicadísimo, y no causaba allí ninguna molestia; pero que Gideon debía comprender que la educación es un proceso lento, tedioso... Tan sólo unos meses atrás el muchacho ni sabía deletrear. Era cierto que mostraba un raro talento imitativo, asimilaba con rapidez y facilidad, pero la medicina era una profesión exigente y sólo se llegaba a dominarla tras alcanzar una erudición de alto rango. ¿No pondría el doctor Emery un poco de presunción al decir que en dos años haría al muchacho para Edimburgo? Gideon no supo qué contestar. ¿Y era preciso detenerse en la conclusión de que la única manera de servir al prójimo era la medicina? ¿No había pensado en el púlpito? Se notaba una inclinación espiritual en el muchacho que podría tomarse como señal promisoria en tal sentido...

-No vaya a interpretar todo esto como signo de ingratitud hacia cuanto usted ha hecho por él -dijo Gideon. ¿Debería decirle a Smith qué significaría para él, para Raquel, no verlo a Jeff durante cinco años? ¿Sería capaz de comprender un blanco cuán cerca del corazón tienen los negros a sus hijos?-Pero yo deseo que el muchacho sea lo que quiera ser.

-Naturalmente, siempre que él lo sepa.

-Le hablaré yo mismo -dijo Gideon.

Jeff era más alto de como lo recordaba el padre, y siempre parecido a él. En este reencuentro, después de un período de extrañamiento, podían reconocerse mejor el uno en el otro. Gideon no halló las trabas de otrora al intentar hablar a su hijo; nunca habíase hablado con tanto desembarazo. Esa tarde pasearon juntos. Jeff, que conocía ya a mucha gente del pueblo, presentaba a su padre con orgullo. "Este es mi padre". Gideon habíase acostumbrado a las cambiantes del mundo que lo rodeaba; sin asombrarse de ello, tomaba nota de las mudanzas operadas en su hijo.

Saliendo a las afueras del pueblo, se internaron en la campiña. Los arces ofrecían a la vista su color encarnado; los campos se tapizaban de variados colores en bien trazados diseños, y la tierra toda se ofrendaba al espíritu vieja y pensativa, con la rojez de sus pajares y graneros, el enjalbegado de las casas coloniales, los verdes campos de pastoreo.

-¿Te gusta esto? -preguntó el padre.

A Jeff le gustaba el lugar. No sólo porque la gente era buena para con él; el apego era de arraigo más profundo. No todos los vecinos eran santos; algunos hasta le llamaban negro mugriento... pues abundaban aquellos que odiaban a los de su raza. Pero, con todo, sentía a su alrededor una atmósfera diferente a la del nativo Sur.

Gideon hizo un gesto de asentimiento, que acompañó con la cabeza. Quería comprender, aunque para él hubiera significado el exilio tener que pasar los días allí.

-Estudio mucho -dijo Jeff.

-Eso es bueno -y luego de andar unos pasos, preguntó a su hijo-: ¿Has pensado bien a fondo qué quieres hacer... después? -No he cambiado de idea, padre. Quiero ser médico.

Habían llegado a la cresta de una loma; el sol iba ocultándose en el horizonte. Un campesino, a codazos, iba arreando unas vacas afuera del campo donde pacían, seguido de su perro, que ladraba excitado.

-Será mejor que tomemos el camino de regreso al pueblo -dijo Gideon.

Caminaban sin prisa, y Jeff trataba de traducir las cosas en palabras. Gideon permanecía silencioso.

-Somos gente nueva, padre. ¿Comprendes lo que quiero decir? -Gideon hizo un gesto de asentimiento con la cabeza-. Quiero decir que el muchacho blanco hace lo que se le da la gana o lo que está en el programa; él no tiene obligaciones predeterminadas para con sus semejantes .. .

Una vez más Gideon hizo comprender a su hijo que seguía el hilo de su pensamiento.

-A veces me pongo a pensar -continuó Jeff-: ¿cómo he venido aquí? Marcus, Carry y los demás... ellos no vienen. En cierto modo, he tenido suerte. Así que me debo convencer de que este privilegio mío es algo que debo retribuir con algún servicio y volver un día entre los nuestros y decir: "Miren, traigo todo esto para ustedes. ¿Los hombres se enferman? Pues yo trataré de aliviar su dolor y devolverles la salud, si Dios me lo permite".

-El reverendo Smith te quisiera ver pastor de su iglesia -dijo Gideon-. También ése sería un servicio.

-Puede ser -convino Jeff-. Pero el Hermano Pedro es un buen pastor. Sus sermones llegan al alma; al menos, así lo creo yo. Ya ve, padre, cómo no se necesita tener ciencia para ser buen pastor. El reverendo Smith es un hombre excelente, pero eso no me satisface; no llena mis aspiraciones.

Gideon le refirió entonces acerca del encuentro con Emery, del dispensario gratuito, de su ofrecimiento, y de cómo un hombre de color podría llegar a médico en la Universidad de Edimburgo. Jeff escuchaba, los nervios tensos, el espíritu anhelante. Gideon le mostró las dos caras de la medalla. Emery podía cambiar de idea. Dos años podrían resultar cortos para su preparación, o el médico cansarse del compromiso contraído.

Dos años me bastan -dijo Jeff-. Juro que no necesitaré más que eso; haré todo lo que me ordene... me mataré de trabajo... cualquier cosa. Voy a barrer v limpiar y fregar aquella casa hasta que brille como el oro al rayo del sol. ¡Se lo aseguro, se lo juro, padre! Esas cosas no significan trabajo para mí. Todos me dicen que soy el muchacho más forzudo del pueblo. Estaba el carrito del viejo míster Jarvis caído en la zanja... pues yo lo levante en vilo, sin ayuda de nadie. Créanle... Ese doctor blanco no me acobardará con sus faenas; trabajaré de sol a sol para él; que me deje estar a su lado y aprenderé; verá cómo aprenderé .. .

Siguieron andando; ya, Gideon iba pensando acerca de la mejor forma de anunciar el hecho a su Raquel. Un impulso irrefrenable quería llevarlo a pasar el brazo por la cintura de Jeff y estrecharlo contra sí, trasfundiéndole todo el calor paterno, pero no debía. Sentía un orgullo inmenso, inexplicable. Sentía... ¡ah!, si tan sólo hubiese podido sentarse al lado de Jeff, hablarle sin ambages de todas las cosas de que había que hablar, decirle a su hijo todo cuanto quisiese. Jeff dijo de pronto:

-Usted me dejará seguir, ¿verdad? Se lo pido por favor.

-Sí. De mi parte, cuenta conmigo, hijo.

Anochecía. Apretaron el paso para no llegar tarde a la rectoría. Jeff no ocultaba el alborozo que lo turbaba. Mostrábase exuberante, traduciendo su estado de ánimo en largos pasos que hacían difícil al progenitor seguirle el tren.

Antes de su partida, Gideon dijo a su hijo:

-Jeff, muchacho, tú y yo, los dos acabamos de salir de los días sin luz ni esperanza, y recordamos, tenemos una idea de que la distancia es cosa triste y solitaria, tan sólo calculamos cuánto puede andar un hombre en un día. Pero no es así, Jeff; unos días y puedes trasladarte hasta Carolina. Si quieres que yo venga a verte... acá vendré yo; si quieres volverte a casa, no tengas miedo... escríbeme y te mandaré el dinero para el pasaje.

Luego le entregó a Jeff los pocos presentes que le había traído. Se dieron un apretón de manos, y entonces Gideon besó a su hijo... la primera vez durante años.

Cuando Gideon llegó de regreso a la colonia de Carwell, convertido en un hombre que ha hecho grandes cosas, lo imposible en cierto modo, se enteró de lo ocurrido. Se lo estaban diciendo todos, hasta en los saludos de bienvenida. Al levantar en brazos a Jenny llevó la mirada hacia donde debían estar los graneros y pajares, notando, recién entonces, que sólo quedaban unos palos chamuscados, y entre las cabañas, nada quedaba, sino dos chimeneas en pie. Grandes y chicos lo acogieron sin una sonrisa, los rostros silenciosos y turbados. Raquel se le echó en los brazos.

-¿Dónde está Marcus? -exclamó él, la voz en grito.

Pero Marcus, sano y salvo, ya estaba abriéndose paso entre los circunstantes.

-¿Qué ha pasado, pues? -preguntó-. ¿Cuándo ha sucedido esto? ¿Como? -Habíale penetrado en la sangre la extraña, diríase mística, sensación de la muerte, y miraba ansioso en torno, intentando descubrir la ausencia de alguna cara conocida. Mario v Jefferson llevaban un brazo en cabestrillo. Ada, la mujer de Hanibal Washington, alzaba a un hijito nacido durante la ausencia de Gideon. Vida y muerte se mostraban juntas... -Y bien, ¿qué ha sucedido?

Lucy, la esposa de Andrew Sherman, se echó entonces a llorar, en tanto que el esposo trataba de calmarla, diciéndole:

- No llores, Lucy, Dios se lo ha... -y Gideon tuvo en seguida la certidumbre de que Jackey, el hijo de nueve años del que ella se sentía tan orgullosa, por ser su tez casi trigueña, por la suavidad de sus facciones, producto de las dos "mejores familias de Carolina del Sur", ya no existía. Miró al Hermano Pedro, quien observó con resignada serenidad:

-El Señor da, el Señor quita.

- ¿Cómo fue todo? -insistió Gideon.

El Hermano Pedro comenzó a contarle; a veces, los circunstantes aportaban algún detalle accesorio. Uno había visto una parte de la escena; otros otra. Había sucedido cuatro días después de su partida... algo de lo cual ya habían oído hablar, pero que jamás se había visto antes en los alrededores de Carwell. Ese día, sería alrededor de las nueve de la noche, volvían de las vísperas que el Hermano Pedro había oficiado en el espacioso pajar. Flotaba en el ambiente una sensación de escalofrío. Esa tarde había leído el Salmo 100... No lo olvidaría nunca: "Haced llegar hasta el Señor un clamor gozoso, todos los pueblos. Servid al Señor con alegría." A la salida del ofició no se habían dirigido en seguida a sus chozas; permanecieron reunidos en corrillos, como suelen hacer los fieles a la salida de la iglesia. Fue entonces que vieron, en la loma, al fondo de la pradera que da al oeste, una gigantesca cruz en llamas, algo que se cubría de fuego en un instante. La mujer que vio primero el espectáculo había atraído la atención de los demás con un salvaje alarido.

Otras le habían seguido con parecidos gritos, y muchos chicos, aterrorizados, se sintieron mal. Sí, Gideon no dejaba de comprenderlo todo; después de las horas de blanda serenidad del crepúsculo, sobre el mismo marco del horizonte, el repentino fulgor llameante de la cruz en llamas. Sin embargo, los hombres habían logrado calmar a mujeres y niños, después de la desesperación de los primeros instantes. Dijo el Hermano Pedro, con la autoridad que le daba el ministerio, que el signo de la cruz, que se presentase en sangre o en fuego, no podía traer daño a ningún cristiano. Muchos sacaron aliento de la palabra serena del pastor, en tanto otros, que habían oído de cierta cosa llamada Ku Klux Klan, apretaron, incrédulos, los labios, guardando para sí la terrible verdad. Se mantuvieron reunidos hasta que se hubo consumido la

Librodot

cruz; luego fuéronse cada cual a su rancho, no sin sentir muchos de ellos escalofríos en la sangre.

-Entonces -interpuso Hanibal Washington, dirigiéndose a Gideon-, yo me dije que eso no podía quedar así. Las cruces no se queman en el aire sin alguien que les prende fuego, no señor. Lo llamo a Trooper y le digo: "Aquí hay algo extraño... tú y yo vamos hasta la loma a ver de dónde viene aquello".

Llevando sus fusiles, él y Trooper, tras dar un rodeo por el prado, habían subido por la ladera opuesta de la loma. Nadie había allí ya, pero, según lo esperaban, habían encontrado, chamuscados, dos troncos de pino atados en cruz. Llenaba el aire un fuerte olor a querosene, y desparramados por el suelo circundante, encontraron manojos de heno. No les había sido difícil conjeturar lo ocurrido. Alguien había preparado la cruz, la había recubierto luego con manojos de pasto seco y empapado finalmente de líquido inflamable. Ni más ni menos que el recurso terrorífico, infantil e imbécil, de que tanto habían oído hablar, que los dejó turbados e intrigados más que cualquier amenaza real.

De regreso al rancherío, los hombres estaban aguardándolos. Washington les hizo el relato de cuanto habían visto. Allenby observó entonces que allí, en Carwell, no habían probado aún lo que podía hacer el malevaje del Sur. Estaban comentando el hecho cuando llegaron Abner Lait y dos de los hermanos Carson, Frank y Leslie, armados todos, gritando en la oscuridad al acercarse: "Allá vamos nosotros, allá vamos". Habían visto la cruz desde sus casas, y acudían a enterarse de las novedades.

-Esperemos que no sea nada -había dicho Hanibal Washington.

-O quizás ese Klan... También podría ser algún gracioso de los alrededores.

-No creo que ningún vecino, por chiflado que sea, haría nada de eso -había dicho Abner Lait. Después se había hablado acerca de las medidas a tomar, por si acaso. Prácticamente, no había nada que hacer... Mirándolo a Gideon, quería descubrir si él habría sido de la misma opinión, de haber estado presente entonces. ¿Qué hubiera podido hacerse ante la forma que tomaba el peligro en ciernes? Alguien había sugerido dejar una guardia durante la noche, y otros, con muy buen sentido cívico, habían observado que nada debían temer ciudadanos respetuosos de las leyes en un país civilizado. No se pasarían las noches montando guardia...

-¿No lo ve usted así, Gideon? -se interrumpió el Hermano Pedro, con tono un tanto incierto.

-Hicieron lo que debía hacerse... ¿Y qué sucedió después?

-Pues que todos nos fuimos a acostar, más tarde que de costumbre, por cierto, pero, al fin, todos nos quedamos dormidos. Aquello debió haber ocurrido bien pasada la medianoche.

Todos coincidían ahora en afirmar que habían sido despertados por el estrépito de caballos lanzados al galope. Algunas mujeres, al salir de sus pesadillas, habían dado gritos de terror; los más de los hombres, anonadados por el terror, no se habían movido de sus jergones, Hanibal Washington, Andrew Sherman, Ferdinand Lincoln y Trooper habíanse acostado con sus fusiles al lado de la cama, y cuando oyeron ruido de cascos habíanse precipitado afuera, armados. También el Hermano Pedro, Allenby y alrededor de una docena más habían salido de sus chozas, pero sin armas. Lo que cada uno de ellos había visto era una misma sucesión de escenas diabólicas... hombres a caballo, envueltos en capas blancas, doce en total, armados, aunque al comienzo no lo parecieran. La mitad blandían hachones encendidos, y antes de que los hombres salieran de sus chozas, ya estaba en llamas el viejo henil, convertido el pasto seco allí almacenado en sibilantes lenguas de fuego. Vacas y mulas hacían sentir una mezcla de mugidos y relinchos escalofriantes. Trooper reconocía haber abierto él el fuego. Al oír los relinchos salvajes de las mulas, había disparado contra uno de los encapuchados, sin pensar siquiera en las consecuencias, pero estaba seguro, y así los demás, de no haber alcanzado a nadie; había apretado el gatillo en un paroxismo de indignación. Casi al instante, acaso por efecto del disparo de Trooper, los encapuchados habían hecho pegar media vuelta a sus caballos, habían lanzado sus teas contra las chozas y disparado una ráfaga de balas al alejarse.

Librodot

- Ya ve usted, Gideon -interrumpió Allenby a esta altura del relato-, la laya de esos cobardes. Un solo tiro bastó para que huyeran. Con todas sus mantas blancas, su villana incursión nocturna, la quemazón de cruces, huyeron al momento que nos sabían armados. Se desperdigaron como liebres, y no fue sino más tarde que encontramos al pobrecito Jackey Sherman, tendido, en la oscuridad, con una bala en la frente. Una bala perdida, de las que dispararon al alejarse... Nosotros afanados en apagar los incendios, salvar los animales: él no habrá atinado a decir ¡ay!, ni habrá podido... ¡pobre chico!

Lucy Sherman comenzó a sollozar de nuevo. El Hermano Pedro relató los últimos detalles del malón. El hallazgo del chico muerto les había quitado ánimos para seguir combatiendo la conflagración; habían salvado los animales, pero los pajares y dos de las cabañas habían quedado reducidos a cenizas. Puestos alerta por el resplandor de las llamas, no habían tardado en acudir Abner Lait, Fred McHugh con su hijo, Jake Sutter y los hermanos Carson. Hanibal Washington refería ahora a Gideon que Lait, al ver al muchacho muerto, había proferido blasfemias y juramentos de un calibre desconocido entre ellos.

-Ya ve, Gideon -dijo luego, a manera de explicación-, esto nos saca de dudas, de la desconfianza que les teníamos a estos blancos, ¡que Dios nos perdone!... Hubiéramos dicho que eran ellos. Y luego se unen a nosotros y nos traen la seguridad de que no son. Claro que nadie nos devolverá al muchacho...

-¿Y qué medidas han tomado? -preguntó Gideon con una voz tan despojada de emoción y tan amarga, que parecía venir de otro hombre.

-¿Qué podíamos hacer? -repuso Allenby-. Al día siguiente, fue Abner Lait en su mula al pueblo. Luego supimos que fue a ver al sheriff y le pidió lo que correspondía... y el sheriff le echó una risotada en la cara. ¿Usted conoce a un tal Jason Hugar, que en otros tiempos era tratante de esclavos?

-Sí, lo conozco.

-Bueno; Abner ovó decir que era él el cabecilla local del Klan. Abner lo acusó del crimen, v dicen que le espetaron a Abner que era un sucio amante de negras. Hubo pelea v, según dice, Abner casi lo manda a Jason al otro mundo. Entre tanto se había reunido el populacho, y Abner sacó la pistola y dijo: "Bueno, ¿donde esta el guapo que quiera pelear?"

Charlie Kent, que había estado con Abner en la guerra, estaba al lado suyo v le cubrió la retirada. Entonces Abner subió a su mula y pudo volver a casa. Al día siguiente, Hanibal ató la mula al carrito y los dos fuimos a Columbia, a hablar con el mayor Shelton.

-¿Y qué les dijo el mayor Shelton?

-Dijo que se tomarían medidas. Eso no pasa de ser una frase hecha... "se tomarán medidas".

En Columbia, el mayor Shelton repitió idénticas palabras a Gideon:

- Puede tener la seguridad de que se tomarán las medidas que el caso requiere.

Shelton era un hombre alto, de ojillos fríos; sus ademanes eran secos, rígidos. Egresado sólo nueve años antes de West Point, era lo bastante joven para mostrarse resentido del destino que lo mantenía clavado en el Sur, a cientos de millas de cualquier centro importante, y con una jerarquía policial que le allegaba rencores de la gente a quien quería y simpatías y cariño de aquellos a quienes desdeñaba.

-¿Y cuáles serían tales medidas del caso? -preguntó Gideon.

-Medidas de carácter militar, que yo no estoy dispuesto a discutir con usted, ni tengo por qué. Su denuncia queda registrada; se procederá según corresponda.

-Y, entre tanto, el muchacho que ha muerto, bien muerto está.

-No; bien muerto está, no -repuso Shelton, impaciente-. No me obligue a decir lo que no quiero, señor Jackson. Según las referencias que yo tengo del asunto, fue puramente accidental la muerte del muchacho. No obstante, estamos haciendo todo lo posible para detener a los culpables.

-¡Accidental! -exclamó Gideon-. Accidental el que aquellos bandidos embozados quemaran la cruz, irrumpieran en nuestro caserío, prendieran fuego a los heniles, los que,

entre paréntesis, no son de nuestra propiedad, mayor Shelton, sino del Gobierno de los Estados Unidos. ¿.Qué clase de accidente es ése?

-Lo lamento...

-Y mucho que habría de lamentarlo... ¿Ha investigado usted la organización del Klan por los alrededores? ¿Ha interrogado a hombres de la calaña de Jason Hugar? ¿Ha hecho usted algo de eso, señor?

-No le permito que me levante la voz, Jackson. ¿No pretenderá que me eche a correr de aquí para allá cada vez que un negro pisa el umbral de mi despacho implorando protección?

Gideon, con aplomo, y sin que sus facciones denunciaran su verdadero estado de ánimo, repuso:

-Escuche, señor. Yo no pierdo el control de mis nervios. No suelo hacerlo. Ni vengo a llorar por lo que no me corresponde. Estoy hablando de nuestros derechos de ciudadanos. El Congreso de este país proveyó una protección militar para esta comarca hasta el restablecimiento del imperio de las leves. O usted se dispone a darnos tal protección, o nosotros mismos habremos de proveérnosla. También yo he luchado en la guerra; fui sargento mayor en el 54° batallón de color de Massachusetts... No, no estuvimos cavando zanjas todos esos años, éramos negros libertos o esclavos rebeldes de este Estado de Carolina; tomamos parte en nueve batallas, y ocho de cada diez de nuestro regimiento quedaron en el campo. ¿Recuerda usted cómo atacamos el fuerte Wagner, dejando en los bastiones cuatrocientos muertos de nuestro regimiento, entre ellos el coronel Shaw, a quien los rebeldes descuartizaron y tiraron a la fosa común de los negros, porque él, caballero de raza blanca, y un santo caballero era, en verdad, conducía un regimiento de color? Y recordará nuestro canto de guerra... Si peleó usted en Carolina debió oír a las tropas entonar Las puertas del cielo se abrieron para el coronel Shaw. No me gusta hablar ya de esas cosas; pertenecen al pasado, y un mal pasado. Pero le quiero advertir que si usted no nos da garantías, nos arreglaremos a nuestro modo.

-Reprimiré cualquier disturbio, sean blancos o negros quienes lo originen.

-Y nosotros nos protegeremos solos -repuso Gideon.

De regreso a Carwell, reunió Gideon a todos los hombres de su partido, negros y blancos, y les dijo:

-Ustedes saben ya a estas horas el resultado de mi viaje al Norte. Isaac Went, un banquero de Boston, me ha entregado una libranza por quince mil dólares. Compraremos este solar... y también lo mantendremos. Este azote de Dios que golpea a nuestro Estado será nuestro peor enemigo; me refiero al Ku Klux Klan. Propongo que permanezcamos firmes en la defensa de nuestros derechos, que organicemos nuestra propia milicia, que los cuerpos se ejerciten y maniobren cada semana, hasta que desaparezca completamente la necesidad para ello.

Hubo prolongadas discusiones acerca del proyecto. Frank Carson dijo con toda llaneza que no le gustaba la idea de que un negro le impartiera instrucción militar. El, que había peleado a las órdenes de Stuart, y se sentía molesto, además, en cuanto a la idea en sí. Gideon propuso a Fred McHugh, quien había servido con el grado de oficial durante la guerra, para que oficiara de instructor. Puesto el asunto a votación, resultó electo McHugh. Este, a su vez, eligió a Hanibal Washington y a Abner Lait para secundarle. Allenby hizo hincapié en la ilegalidad de la organización, pero Gideon refutó el escrúpulo, diciendo que estaban ejerciendo sus derechos constitucionales al llevar armas; que lo habían ejercido todos ellos desde la guerra, y que su instrucción militar sería tan sólo para advertir a embozados noctámbulos que no se prestarían a hacerles el juego.

Hasta cierto punto, tenía razón Gideon, pues en los alrededores de Carwell no volvieron a verse los encapuchados del Klan durante mucho tiempo.

Ellen iones, la muchacha ciega no tardó en preguntar por Jeff y Gideon le contó cómo sería admitido en la clínica del doctor Emery, de la oportunidad que tendría de ir a completar

Librodot

sus estudios en Edimburgo, al otro extremo del mundo, allá en los confines del no más... Gideon acabó por comprender que la niña amaba a Jeff, ¿pero por qué tardaba tanto en darse cuenta de ciertas cosas?... Díjole Ellen:

-¿Quizá cinco años? -acentuando las palabras de un modo que sugería el fin de todo.

-Quizás -asintió Gideon, y luego intentó consolarla pintándole el tiempo y la distancia del modo menos desgarrante, pero sin dejar de pensar para sus adentros por qué Jeff había hecho abrigar esperanzas a la muchacha. Pensaba tan a menudo en Jeff, ahora, sobre todo cuando veía a los muchachos de la misma edad de su hijo arrastrarle el ala a las chicas, cuando veía a Marcus brincando como gamo joven...

Ellen solía ir a sentarse junto a Raquel. Tenía ésta tantas cosas sobre qué conversar: madre abnegada, habíase abstenido de hablar mucho de su hijo con Gideon. Este había tornado estéril toda discusión al decir:

-Será para su propio bien; eso no podemos dudarlo.

Luego, Raquel no había tenido más remedio que aceptar la situación. A veces, Gideon volvía a encontrarse consigo mismo; era justamente entonces que adquiría conciencia de la distancia que día a día iba separándole más de su esposa. Era obra del curso de los acontecimientos, y él trataba de rescatarse mostrándose más solícito, más cariñoso y prodigándole mil atenciones. Ella solía comentar en estas rachas de recobrada felicidad:

-Gideon, Gideon, no te preocupes demasiado por mí.

-Te quiero mucho, Raquel querida.

Pero hasta en el decirlo era diferente, ahora; el cambio habíase operado en el habla, en el porte, en el modo de pensar, en las acciones. Cuando notaba que algunas de las demás mujeres hablaban de él, no dejaba de salir en defensa de su marido, ensalzándolo de mil maneras. No reparaba en decirles que no había nadie en el mundo igual a él, acicateándolas así en sus celos, su admiración o su envidia; pero no lograba convencerse a sí misma. Solía despertar por las noches y permanecer, durante horas, tensa, conteniendo la respiración, al lado de su Gideon. Una vez, intuyendo en el sueño que ella estaba en pie, él le preguntó:

-¿Qué te sucede, querida?

-Nada.

-¿Por qué no te acuestas y duermes?

Permaneció Raquel unos instantes más silenciosa, y luego dijo: -Jeff se ha ido. Dios mío, yo quiero otro hijo.

-Tenemos dos lindos muchachos, y una chica que es una flor -repuso Gideon.

-Yo quiero un chico. Me siento vacía dentro.

-Será como Dios lo mande -dijo en un susurro Gideon-. El chico vendrá si El lo quiere... eso no lo remediamos nosotros.

-Tú no crees ya en Dios -dijo Raquel.

-Querida, querida"...

-Dios da hijos a los que se quieren.

-Yo te quiero, amor mío, créeme, te quiero con toda el alma.

-Y Jeff se ha ido... Jeff ya no está aquí...

Quedó resuelto que Abner Lait, Gideon y Allenby asistirían a la subasta para comprar el terreno. Todos delegaron poder en Gideon para la operación, y Daniel Greene, un abogado yanqui que acababa de abrir un bufete en la ciudad de Columbia, le consiguió un plano de Carwell. Los días que les quedaban anteriores al remate los pasaron estudiando el plano y dividiendo y subdividiendo el campo en lotes. Ni siquiera tenían idea aún de cómo los agrimensores del Gobierno Central parcelarían los terrenos en fincas de 500 hectáreas, pero esperaban prever todas las eventualidades. Una semana entera él, Abner y Frank Carson la pasaron recorriendo a lo largo y a lo ancho las 10.000 hectáreas de terreno que constituían el latifundio de Carwell. Se enteraron que comprendía sitios cuya existencia ni siquiera habían sospechado. Frank Carson hizo notar que un sitio donde el arroyo formaba una cascada de dos metros, se prestaba para instalar, sin mayores gastos, una rueda hidráulica y podrían así moler

Librodot

el maíz necesario a la comunidad. Hallaron un monte de sicomoros, de troncos altos y copas espesas, que haría marco ideal a las futuras viviendas. Cuando Abner Lait, señalando un campo bajo de unas 300 hectáreas de superficie, dijo que más conviniera mantenerse alejados de allí, Gideon aconsejó se examinaran más a fondo las posibilidades de aquel terreno. Descubrieron entonces que los arbustos que lo cubrían eran retoños de fácil talado; que el suelo lo constituía un humus negro, asombrosamente fértil; que podían recoger allí dos cosechas de arroz al año.

-Nadie va a morirse de hambre aquí, con un arrozal como éste -dijo Gideon, demostrando más entusiasmo que nunca.

En una orgía de sueños, Gideon señaló cómo terraplenando una faja a través del terreno cenagoso, los llevaría a cuatro millas solamente del ferrocarril. Frank Carson, estrujando un puñado de humus entre los dedos, hizo una mueca de satisfacción y exclamó:

-Me van a levantar un rancho allá en la loma, entre los sicomoros. Sembraré arroz y levantaré buenas cosechas, que convertiré en seguida en dinero contante y sonante, en vez del maldito algodón. ¡Maldito! No sé de un hombre que haya labrado su bienestar con el algodón.

-Yo, en cambio, plantaré algodón -dijo Gideon-. El país va teniendo cada año más hambre de esa fibra. Me quedaré y aguardaré el momento que abran las cápsulas, para darme el gusto de decir que son mías.

En tanto Abner, que había permanecido escuchando el diálogo, observó:

-Nunca he visto terrenos bajos sin malaria...

Continuaron andando; atravesaron extensos pinares. Salieron casi en la cresta de una loma con las tierras llanas a sus pies, como océano sin límite. Frank Carson, observando un tanto asombrado la inmensidad de aquellos campos, dijo para sí:

"He andado por estos parajes antes, pero nunca he visto tanta tierra como hoy. La estoy viendo a la manera que debió de hacerlo mi abuelo, emergiendo del monte a esta altura, sin prisa ni preocupaciones, el fusil colgando de un hombro y la caza del otro".

De este modo, en los pocos días que les quedaban, recorrieron los inmensos campos. Se estaba en la estación en que se levantaban las cosechas; no había sido mal año el de 1868. Los trojes iban llenándose uno tras otro de doradas panojas; un cobertizo levantado a la ligera iba recibiendo los forrajes y servía de abrigo a los animales. El mercado recibía generoso el algodón que los de raza blanca iban ofreciendo... y una noche los habitantes de la zona pudieron oír el silbido estridente del primer tren rápido de carga.

El día veintidós de octubre, Gideon, Abner Lait y James Allenby, ya en la ciudad de Columbia, después de dejar sus carritos en un corral, se dirigieron hacia el sitio donde tendría lugar la subasta, sumándose a la aglomeración que allí aguardaba. Daniel Greene, a quien había apalabrado para que los guiara en el acto del remate, hizo una señal a Gideon en momentos en que éste se afanaba por abrirse paso entre el gentío; llevaba el yanqui un traje a cuadros, sombrero aludo de paja, y un grueso cigarro se erguía como plantado en un ángulo de su boca:

-Escuche, Jackson, observe... -sus bolsillos estaban llenos de planos v títulos.

Había llegado gente, interesados y curiosos, de los cuatro puntos cardinales del Estado. Las lluvias recientes tenían las calles de Columbia llenas aun de barro, y a lo largo de todas ellas había alineadas interminables filas de carros, carrozas v caballos ensillados. La tarima del subastador estaba montada en la propia escalinata del Capitolio... gigantesca montaña pétrea a medio terminar, aún plantado en lo alto de una cuesta y dominando la capiña muchas millas a la redonda. En cartelones improvisados había mapas de las propiedades embargadas por impuestos impagos, y los parcelamientos estaban marcados con lápices de colores vivos. Formaba círculo una apiñada concurrencia, de lo más heterogénea: caballeros de Charleston, labradores negros, especuladores yanquis, agricultores de las tierras altas, dueños de plantaciones de hasta Nueva Orleáns y Texas; había representantes de Morgan y

Librodot

representantes de la Iglesia Unitaria, como así de dos compañías de tierras inglesas. Iban a subastarse cincuenta mil hectáreas de terreno.

Gideon, la camisa remangada, encontró, al mirar hacia atrás, los ojos medio sonrientes de Stephan Holms. Descuidado, dueño del ambiente, llanamente cortés. Holms estuvo sumamente simpático, cuando Gideon le presentó sucesivamente a Abner Lait y a James Allenby.

-¿Viene a comprar, Gideon? -preguntóle Holms.

-Pues, sí.

-Estamos, entonces, cumpliendo misión parecida. Yo vengo en representación de Dudley Carwell, el coronel Fenton y, en cierto modo, de mí mismo.

-¿Usted está interesado en el solar de Carwell? -preguntó Gideon, mostrándose todo lo despreocupado que pudo.

-Posiblemente..., o en cualquier otro campo tan bueno como ése.

Dudley no quiere la casa, siempre le ha resultado un "elefante blanco"... He oído que estaban negociando un préstamo en Charleston.

-Lo he conseguido en Boston -repuso Gideon.

-¿Ah, sí? Bueno; supongo que no pujaremos el uno contra el otro... ya hay bastantes extraños aquí para eso. ¿No ha sido su gente, Gideon, que no hace mucho ha tenido cierto contratiempo con...?

-Con el Klan -repuso Gideon.

-¡Maldita escoria blanca, ruines! -dijo Holms-. No sabe cuánto me alegro de habernos encontrado, Gideon... y a usted, señor, y a usted -dirigiéndose a los otros dos.

Luego que Holms se hubo apartado un tanto, Lait preguntó al negro:

-Conozco esa calaña, Gideon. ¿Era oficial en la guerra? -Creo que sí.

-Caballero cumplido. ¿Cuántos negros tendría en los días de la esclavitud? Se me da que no vacilaría en hundirle un puñal en la espalda a la propia madre.

El remate comenzó poco más tarde, y desde ese momento, para Gideon y sus dos amigos, como así para la mayoría de los concurrentes, todo fue confusión desesperante; dos martilleros, alternándose, a voz en cuello: "Manzana cuatro, Chipden, veintidós norte y sur, dos dólares, base del Gobierno ochocientos... dos dólares... dos dólares... dos dólares, se va... tres, tres dólares... tres dólares diez... allá dan quince centavos... quince... quince..." Greene, jadeante, el cigarro hecho un gancho y apagado, se dirigió a Gideon y le dijo:

-¡Observe este plano! Acabo de conseguirlo. Es el parcelamiento de la sección... veintitrés manzanas, poco menos de mil acres cada una. La casa va aparte, con doscientos acres... La base es un dólar el acre.

Gideon, Lait y Allenby se salieron de entre el gentío para observar el plano.

-Elijan tres -dijo Greene-, y luego, alternativamente, las siguientes hasta la última.

-No comprendo bien.

-Bueno, primero los terrenos mejores. A ésos los llamamos "A" -marcaron entonces las tres secciones que más apetecían-. Ahora, señalen de aquí en adelante... caso que nos fallen aquéllos.

Gideon y Abner, midiendo con la prisa del momento las ventajas y desventajas de cada parcela, numeraron las veinte manzanas restantes.

-¿Hasta cinco dólares?

-Como máximo, cinco dólares -asintió Gideon-. Pero trate de sacarlas por menos, si es posible.

-¡Al mejor precio! -concluyó Greene, abriéndose paso de nuevo entre la aglomeración. La voz de los martilleros oíase desde lejos ronca y sorda, provocando estallidos esporádicos de pujas entre el vasto grupo circundante. Los compradores forcejeaban por aproximarse a la tarima. La subasta había comenzado a las nueve de la mañana; al mediodía continuaba con todo entusiasmo, pero las tierras de Carwell no salían aun a remate. Luego, a las dos de la tarde, se sacó la primera sección. Gideon vió a Greene junto a la tarima voceando sus ofertas,

pero todo resultaba muy confuso para que el negro siguiese los detalles. A las cinco, vendidos ya todos los lotes, el abogado Greene, rendido de cansancio, pero con una sonrisa de triunfo en los labios, abrióse paso hasta donde estaban nuestros hombres y exclamó:

-¡Los tengo!

-¿Cuáles?

-Dos de los primeros -el abogado tendió el ya muy apeñuscado plano en el suelo, se puso de rodillas sobre él, y Gideon, Abner y Allenby se inclinaron sobre el mismo en círculo-. ¿Ven estos dos?... Cuatro dólares... ni un céntimo más.

Lait se echó a lanzar exclamaciones de alborozo, a brincar y darse palmadas en los muslos.

-¡Por todos los diablos, Gideon! ¡Mire ahí!... ¡Es la loma de los sicomoros!... Ahí tenemos los llanos aquéllos, gordos como culo de muchacha.

Gideon se hincó, a su vez, de rodillas sobre el piso.

-¿Dónde está el tercero?

-Cuente cuatro, alternados... curioso, ¿verdad? Ahí subió hasta cinco dólares. ¿Por cierto que ustedes conocen estos parajes?

-¡Oh, sí, los conocemos! -dijo Abner-. ¡Muy bien... es un lindo pedazo de tierra... muy bien!

Siete mil trescientos por los dos primeros lotes... eso es una bicoca, Gideon, una verdadera bicoca... eso es regalar tierra. Cuatro mil setecientos cincuenta dólares el tercero... Pues tienen allí tierra para hartarse. Cerca de mil quinientas hectáreas.

Volvieron a sus casas cual héroes triunfantes. El viejo James Allenby llevaba las riendas de la yunta de mulas, en tanto Gideon y Abner entonaban canciones de borrachos: "Crecen las lilas verdes... húmedas de rocío... me siento solo, querida... y pienso siempre en tí". Abner había gastado dos dólares en un jarro de aguardiente, y junto con Gideon, lo tenía escurrido en el largo trayecto desde Columbia. Gideon no era bebedor; si en alguna ocasión como ésta empinaba el codo, aún lo hacía con mesura. Tres cuartos del contenido del cántaro habían pasado por la garganta de Abner, y el resto por la de Gideon, pero el estado de euforia era igual en ambos. Gideon, por toda exclamación de regreso, le gritó a su gente: "¡Somos el mañana, somos, seguros... seguros!" Allenby refirió todo lo ocurrido. Raquel, riéndose de su marido, lo ayudó a acostarse... El la atraía a sí en el lecho, en tanto la pobre forcejeaba por zafarse, diciéndole: "¡Gideon, ten un poco de vergüenza... vamos!" Pero era como en otros tiempos... Gideon seguía riendo y cantando en su voz de bajo profundo, hasta que, por fin, cayó dormido.

Al día siguiente, el Hermano Pedro llamó a congregación extraordinaria. Le dijo a Gideon:

-¡Olvida al Dios Todopoderoso, hermano, no seas humilde, sino hosco y altivo, entonces ten por seguro que el Señor habrá de olvidarte! -Luego, suavizando un poco la voz-: Gideon, usted va a señalar el camino a nuestra gente; tiene, pues, una dispensación divina, y eso usted no ha de ignorarlo. Pero conózcalo con humildad, Gideon. Cuando dispensa el bien hágalo en razón de que nuestros hermanos han puesto su fe en usted. Desde hace mucho tiempo, yo mismo he puesto gran fe en usted. No me defraude, Gideon. Usted es hombre que sabe... va subiendo alto en la escala del éxito. Mire hacia la base, pero no pierda de vista el suelo...

-Lo lamento -dijo Gideon-. Créame, Hermano Pedro, lo lamento mucho.

-No lo dudo... usted lo siente... tiene un gran corazón. Pero escúcheme, Gideon; busque dentro de sí y encuentre a Dios. Encuéntrelo y deposite en El toda su fe.

-Su camino es el suyo -dijo Gideon sin aspereza en el tono de la voz-. El mío, es el mío, Hermano Pedro, no hay hombre en el mundo a quien reverencie más que a usted, créame.

-Ojalá no me equivoque al creerle, Gideon -concluyó el Hermano Pedro, suavemente.

Dirigiéndose a la congregación, dijo:

-Voy a leer el libro de los Números' "Llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, y por cierto que rebosaba de leche y miel; y éste es el fruto de ella." -Luego dijo el sermón de ese

día, lenta y pausadamente-. En el sitio de los sin tierra, ellos tenían tierra. La suya era una misericordia, v también un signo, pues dondequiera que un hombre de color comprara un pedazo de terreno, mil miradas caerían al punto sobre él. Empleadla en buena ley -dijo al terminar el Hermano Pedro.

Después del oficio, comenzó la división de la tierra. No había tiempo que perder si habían de mudarse de allí, llevarse los enseres y levantar alguna construcción que les proporcionase abrigo en el invierno. Gideon había imaginado que la tarea de la partición sería difícil, pero no tanto como al fin estaba resultando; discutían todos, protestando, comparando cada metro de tierra con la de los demás; celosos, se dirigían palabras hirientes, los blancos formando bando aparte contra los negros, los negros instintivamente, juntándose hombro con hombro contra los blancos, hasta que Gideon rugió:

-¡Basta... malditos sean todos, por tontos! Hemos llegado hasta aquí, y otro poco y se degüellan los unos a los otros. Vamos a elegir a un hombre, votadlo, y que él marque el lote que nos tocará a cada uno de nosotros. Ahora, pues, ¿a quién quieren elegir?

Propusieron a Gideon, pero él se excusó. Se indicó a Allenby y al Hermano Pedro; en la votación salió el Hermano Pedro, con tres votos de ventaja. Trooper preguntó a éste: -¿Quién elegirá su lote?

-Me quedaré con el que sobre... no haré cuestión.

Al oír esto, se miraron los unos a los otros, avergonzados. El reparto fue mejor después de esta escena.

Por como andaban las cosas, era natural que debiera llegar de nuevo el tiempo de las elecciones y que nuestros hombres pensaran en los miles de detalles que habían traído un cambio en sus vidas. Un año atrás habían ido a las urnas con el fusil al hombro... Era otra la situación ahora. La tierra había mudado de dueños; la gente ya no era la misma; el futuro les había dado alcance; sin sospecharlo, formaban parte de él .. . Juntos, los hombres de color y los blancos, fueron a la ciudad el primer martes de noviembre. Sentíase ya en el aire el corte filoso del invierno que se aproximaba. Las hojas muertas rodaban por el camino gris. Los negros iban a votar a los candidatos republicanos, como un solo hombre, pero Abner Lait dijo que, visto y considerado el pro y contra de todas las cosas había decidido votar a los demócratas... Lo había hecho su padre, su abuelo antes de él y... no quería romper la tradición, que le venía de familia. No obstante, todos formaron una comitiva en el trayecto hasta las urnas.

SEGUNDA PARTE
LA LUCHA

CAPITULO VIII
GIDEON JACKSON VA A VISITAR A UN HOMBRE TERMINADO

Gideon miró su reloj de bolsillo. Faltaban veinte minutos para las tres... Estaba esperando desde las dos. Había confiado en poder realizar esta entrevista y estar en la estación a la llegada del tren de las 5,16 para encontrarse con Jeff, quien llegaría de Nueva York. En suma, faltaba buen rato aún, y acaso le fuera posible estar a tiempo de todos modos. En

realidad, poco tenía que decir en la audiencia que aguardaba, ni confiaba gran cosa en la eficacia de ese poco.

Afuera, haciendo honor al mes de febrero, nevaba. Nieve de Washing-ton, de grandes copos acuosos que se pegan y recogen en sí en las ventanas, para al instante disolverse en glóbulos fríos que se escurren culebreando por los vidrios. Gideon se repantigó en el sillón de cuero, y dejó caer los brazos sobre las rodillas. Sentía en ese instante una gran necesidad de dormir, de un reparador sueño de muchas horas, como no había conocido en los últimos meses...; dormir tan sólo, aliviado de toda preocupación, y poder despertar al cabo, libre y lleno de renovado entusiasmo. ¿Pero, puede un hombre sentir entusiasmo a los cuarenta v cinco años?

Gideon movió la cabeza, su pensamiento estaba con Jeff; era preferible pensar en el muchacho que en otras cosas; al menos, él era algo real. Jeff bajaría ágil del tren e iríale al encuentro a largos trancos. ¿O lo haría él mismo? ¿Si se quedase allí, vacilante, mirándole a su padre, y no hubiera entre ellos el encuentro efusivo que se imaginaba? Pero no habría de ser así. Siete años no son muchos en la vida de un hombre, pero siete años en Edimburgo, durante los cuales un asustadizo mozo de color se convierte en doctor en medicina... ¡siete años de ésos, merecen la pena de ser tomados en cuenta!

Gideon, recordando el día en que el doctor Emery le planteara el caso del porvenir del muchacho, sonrió entre satisfecho y orgulloso. ¿Cuál sería la verdadera intención del doctor Emery? Algo acerca del dinero... ¿costarían mucho los estudios? Hacía tanto tiempo de ello... ¿ocho años? ¿Nueve? Debiera haberlo conocido mejor a aquel doctor Emery, y al bueno de Went; era tarde ya... Ambos habían muerto... Recordó el cuadro de sí mismo en el dispensario, conversando con el doctor Emery, observando al niño sacudido por el calofrío, v fue desovillando hecho tras hecho, hasta que las imágenes que observaba a través del calidoscopio de su memoria borráronse de repente al dar las tres el viejo reloj de pared... uno, dos, tres. Había estado soñando... El secretario, parado delante de él, le dijo:

-Puede pasar al despacho del Presidente, señor Jackson.

Gideon se levantó del sillón de cuero, parpadeó un par de veces y se encaminó, siguiendo al secretario, al despacho del presidente de los Estados Unidos. Grant estaba sentado detrás de su escritorio; encorva-do, cansado, rojos los ojos, en fin, un hombre derrotado y desorientado que ve delante de sí largos años vacíos, sin vida ni esperanza ni placer. Saludó al visitante con un ligero movimiento de cabeza y dijo:

-Tome asiento, Gideon -luego, dirigiéndose al secretario-: No quiero que me interrumpan.

- Si el senador Gordon...

-¡Dígale que se vaya al diablo! No quiero verle, ¿comprende? ¡Y que no me interrumpan!

El secretario cerró la puerta tras de sí, y el Presidente se apresuró a preguntar a Gideon:

- ¿Fuma un cigarro? No... olvidaba que usted no fuma. No le molesta que yo lo haga, ¿verdad?

Mordió, pues, la punta de un cigarro, encendió un fósforo v aspiró hondo y largo. Gideon lo observaba, pero el Presidente esquivaba el encuentro. La edad había golpeado de repente y sin piedad a Ulises Simpson Grant; tenía los ojos hundidos y la barba nevada. El propio rito de fumar lo ejecutaba en movimientos cortos, espasmódicos, nerviosos. Las palabras que le dirigía a Gideon parecían ladrillos:

- Sé lo que usted viene a decirme.

-Entonces, más valiera no hacerle perder tiempo con mi presencia aquí -repuso Gideon, dando a su voz un tono respetuoso.

-¿Por qué? -Grant le miró con asombro, frente a lo inesperado de la observación, v Gideon sintió toda la lástima que merecía este hombre comprendido por tan pocos de sus conciudadanos, querido aun por menor número, instrumento de la ambición de tantos, odiado, despreciado, hombre a quien el destino y las circunstancias habían elevado a una posición que

Librodot

aunque encumbrada, era sin lauros-. ¿A qué ha venido usted? -le preguntó Grant, sin fuerza en sus palabras.

-Porque usted es todavía presidente de estos Estados Unidos -repuso Gideon, mesuradamente-. Porque siento que usted es mi amigo, y yo lo soy de usted.

-¿De manera que aún tengo amigos?

-¿Y por qué no? -agregó Gideon-; al fin y al cabo, es ésta su patria v usted la quiere como pocos. La quiere de un modo que yo comprendo perfectamente bien, de un modo muy por encima de los traidores, falsos y mezquinos que han hecho cuanto han podido por arruinarla. ¿Recuerda usted la novela de Everett Hale, El hombre sin Patria? ¿Recuerda cómo Philip Nolan llega a querer y amar a su patria?

Grant sonrió, aun sin iluminar el semblante.

-¿Es que piensa darme un sermón, Gideon?

-No deseo hablar con usted acerca de esta tierra. Quiero hablarle tan sólo porque será ésta la última oportunidad que se me presenta de conversar con un presidente de los Estados Unidos. Hacía dos semanas que aguardaba audiencia...

-Estaba atareadísimo, Gideon.

-¡Ah! Usted atareado, señor Presidente. Eso es todo, atareado. Que Dios nos ampare... disponemos de tantas frases hechas, atareado, ocupado, mil cosas que hacer... ¿Por qué no estarán nuestros enemigos así ocupados? ¿Por qué, me digo?...

-Ya he oído esas cosas antes -interrumpió Grant.

-Y, como es natural, no quiere volver a oírlas. Parecería que fuese hora de retirarme va... Bien, acaso pueda decirlo de otra manera. Dejando a un lado cuanto han dicho los diarios y lo que dirá la historia acerca de los ocho años de su presidencia...¿cuál es la verdad?

-Dígalo, Gideon... he sido instrumento de... -gruñó Grant.

-No quisiera llegar a tanto, Dios mío; señor Presidente ésta es... bueno, es nuestra patria; empleamos una frase de escolar, va que no vendría mejor otra en este momento. Es nuestra patria. Hemos luchado por ella. Vivimos por ella, por los hombres que murieron en Gettysburg. Nuestra existencia está ligada a ella, y a la de todos nosotros... Somos una y la misma cosa, con una sola alma. ¿Qué es una nación? -Gideon titubeó un instante antes de proseguir. Luego-: ¿Qué son los Estados Unidos de América?... ¿Son un sueño, un ideal, un pedazo de papel al que llaman Constitución, una coalición? ¿Empresarios? ¿Estafadores? ¿Ladrones? ¿Es Morgan o Jay Gould o el senador Gordon? ¿O es el hombre que mira a la Casa Blanca desde la calle? -a esta altura Gideon hablaba atropellado-. ¿Es, acaso, la Iglesia Episcopal o la Congregacional? ¿Es una oración o el capricho de un chiflado o cincuenta millones de ciudadanos? ¿Es el Congreso, acaso? ¡Estos años pasados en el Congreso me habían hecho creer que lo era, observando a grandes y pequeños, a idiotas como Peterson y a héroes como Summer! ¿O somos usted v yo, algo encerrado en nosotros, inseparable de nosotros?... ¡Porqué lo que nosotros somos es América, y lo que tenemos, cuanto hemos hecho, cuanto hemos soñado...!

El cigarro de Grant se había apagado, formando entre sus dedos regordetes el foco de su mirada. Lenta y automáticamente movió la cabeza.

-Estoy acabado, Gideon.

-Usted es todavía Presidente de todos los norteamericanos -Por unos pocos días más....

-¡Lo suficiente para ponerlos en vereda!

-Pero no sabré hacerlo, Gideon. Estoy cansado. Agotado. Quiero volverme a mi hogar y descansar. He tenido que atravesar un pantano. Quiero volverme a mi casa y olvidar.

-No podrá olvidar -dijo Gideon.

-Quizá. No soy Salomón; no soy el Dios de la justicia. No he pedido la presidencia. He ganado batallas porque no me asustaba pagar su precio. ¿Es que esto me convertía en un presidente? ¿Me capacitaba para intervenir en el sucio y condenado juego de los políticos?

-Aún hay batallas por pelear -dijo Gideon.

-¿Cuando usted no sabe quién está de su lado en la lucha... ni quiénes son sus enemigos?

-Y el día en que Hayes se siente en ese mismo sillón, con la sangre hasta la rodilla, ¿quedará usted en paz con su conciencia?

-¡Que os lleve a todos el diablo! Déme las pruebas... Tráigame usted los hechos, Gideon. Hayes es republicano, tanto como yo y usted.

Ha sido electo Presidente legítimamente. Estoy harto de los pregoneros de calamidades... ¡La vida seguirá su marcha y este país también!

-Muy bien -dijo Gideon, levantándose de su asiento.

-¿Se va usted?

-Sí.

-¿Qué había venido a decirme?

-¿Por qué molestarle con ello? No tiene importancia.

-¡Maldito sea todo... tendrá que decírmelo! -rugió Grant-. ¡Hable de una vez!

-¿Es que usted tiene interés en oírlo?

-Acabe con ese papel de prima donna, y hable.

-Muy bien -comenzó Gideon, acompañándose con un movimiento de la cabeza-. Ha habido un contubernio.

-¿Me trae las pruebas?

-Tengo las pruebas -repuso Gideon, sereno-. ¿Tendrá usted la paciencia de escucharme algunos minutos?

-Le he estado escuchando desde su llegada -Grant encendió el cigarro. Gideon volvió a sentarse. El reloj, sobre el escritorio del Presidente, marcaba las cuatro menos cuarto.

-Haré primero un poco de historia -comenzó Gideon.

Afuera continuaba nevando intensamente, copos gordos, perezosos, que se derretían al dar contra el vidrio de la ventana. Oscurecía en el despacho presidencial. La única lámpara sobre el escritorio formaba un círculo de luz amarilla, y a medida que aumentaba la oscuridad, tornábase el rostro del presidente Grant más cansado, más borroso. El humo del cigarro flotaba hacia la luz, formando una espiral enroscada en torno al tubo de la lámpara.

-¿Recuerda usted la Convención del Sur? -preguntó Gideon-. Eso fue hace nueve años.

-Recuerdo.

-En cierto modo, marcó el comienzo de la reconstrucción. Dos años más tarde, resulté electo por un período en el Senado de este Estado, v hace cinco años que ocupo una banca en el Congreso Nacional. A la luz de estos antecedentes personales, creo poder hablar con cierto conocimiento de causa acerca de los sucesos de nuestro país en los últimos tiempos. La palabra reconstrucción, que se ha dado a usar para todo lo ocurrido en el Sur desde el año mil ochocientos sesenta v ocho, es muy cómoda. Carece de significado. Esencialmente, no era el nuestro un problema de reconstrucción, ni aun de readmisión de los Estados rebeldes en la Unión de Estados americanos. Todo esto lo he dicho también en la Cámara; lo he dicho y repetido muchas veces en estos últimos cinco años. Al recordarlo ahora, lo hago para la historia... pues supongo que durante muchos años por venir no volverá otro diputado de color a entrar en el despacho del presidente de los Estados Unidos...

Grant sacudió la ceniza de la punta del cigarro; la penumbra habíale envuelto el rostro.

-¿Qué es esa reconstrucción? ¿Qué ha sido? ¿Qué significado se le ha dado? ¿Por qué ha sido malograda? Le pregunto esto porque es usted el único hombre de los Estados Unidos que podrá devolverla a la vida... y al hacerlo salvará al país de muchos sufrimientos v calamidades futuras.

-Continúe, Gideon -dijo Grant.

-La reconstrucción debía ser el comienzo de la nueva v la muerte de la vieja era. El sistema esclavista de las plantaciones de algodón, resabio feudalista, aborrecible a la idiosincrasia del país, que sólo pocos años antes iniciara un movimiento destinado a conquistar todos los Estados, debió ser destruido porque de otro modo, todo el sistema

democrático habría perecido con él. Lo aniquilamos, y fue en el curso de tal aniquilación que mi pueblo obtuvo su libertad. ¿Desea usted que continúe?

-Sí, continúe -dijo Grant.

-Muy bien. Sobre las ruinas de aquella terrible guerra se comenzó la reconstrucción... que en su esencia, para la democracia, había de ser una puesta a prueba de la posibilidad de que los negros libera-dos, v los blancos liberados, va que el pobre blanco era, antes de la guerra, tan esclavo como el negro, pudieran vivir y trabajar y construir en un mismo medio social. Fue una prueba de fuego, y diré que el resultado demostró la efectividad de la democracia del Sur, cierto que con sus fallas, sus errores, sus jactanciosas extravagancias, sus balandrones v sus estériles teorizantes; con todo, ¡dio buenos resultados! Por vez primera en la historia de esta nación, negros y blancos construye-ron, juntos, una democracia en los Estados del Sur. Tiene las pruebas en las escuelas, las granjas, los tribunales de justicia; una generación de jóvenes entusiastas y sin analfabetos entre ellos. Pero no fue realizado con facilidad v nunca se ha llevado a cabo en forma completa...; los antiguos colonos organizaron su propio ejército de descamisados blancos con miles v miles de adeptos. Y no han cedido aún en su innoble empeño. Usted mismo señor Presidente, ha dicho que, si el orden es mantenido en el Sur, se debe a la presencia de tropas federales. Ahora le haré esta solemne advertencia: el día que asuma el poder Rutherford B. Hayes, serán retirados aquéllos efectivos militares... v entonces, el Klan dará el golpe. De un modo u otro, caerán sobre nosotros en todos los rincones del Sur, que cubrirán con una ola de terror tal como no conoció nunca nuestra tierra. Habrá asesinatos v destrucción e incendiarismo y pillaje, hasta que todo vestigio de la obra realizada por nuestra democracia quede destruido. Retrocederemos cien años, v muchas generaciones futuras habrán de sufrir v morir bajo un yugo inicuo...

La voz fatigada de Grant, como traída de la distancia, le interrumpió al negro con estas palabras:

-Aun cuando yo admitiera cuanto usted dice, Gideon, que no lo admito, ¿cuál sería la alternativa? ¿Mantener guarniciones permanentes en el Sur?

.No para siempre, no. Pero durante diez años más... para darle a la nueva generación la oportunidad de llegar a la adultez, a luchar juntos. Entonces, ninguna potencia de la tierra podrá quitarnos lo que hemos edificado.

-No le acepto, eso, Gideon, ni le admito sus acusaciones contra Hayes... ni su noción fantasmagórica del poder del Klan. Estamos en el año mil ochocientos setenta y siete.

-Usted me pidió las pruebas -prosiguió Gideon-. Yo las tengo -sacó algunos papeles del bolsillo, los abrió sobre la mesa del Presidente, bajo la luz de la lámpara-. Aquí están las estadísticas de la elección última. Tilden ha obtenido cuatro millones trescientos mil votos y Hayes cuatro millones treinta y seis mil. Esta es la primera mentira; puedo afirmar que han sido destruidos, anulados, adulterados, medio millón de sufragios republicanos. No, no puedo probárselo... le ciare pruebas de otros hechos más tarde. En realidad, el detalle no cuenta; ambos, Tilden y Hayes son unos corrompidos, muestras sombrías del sumidero en que ha caído nuestra presidencia. Están cortados por la misma tijera.

-Hasta ahora -rebatió Grant-, está formulando acusaciones sin fundamento. No estoy dispuesto a seguir escuchándole si no cambia de tono, Gideon.

-Usted prometió escucharme. En seguida le hablaré de las pruebas; deje primero que puntualice los hechos. En el mismo Congreso, donde se teme a la democracia y al pueblo más que a cosa ninguna sobre la tierra, se me permite la exposición de hechos cuando me levanto a hablar. No voy a demorar mucho más. Por otra parte, mi hijo, a quien no veo desde hace varios años, llega con el tren de las cinco y dieciséis de Nueva York; puede tener la certeza, señor presidente, que me habré ido para entonces.

El despacho, fuera del círculo de luz amarillenta, estaba ya completamente a oscuras.- Prosiga -dijo Grant.

-Veamos ahora la elección presidencial: ciento ochenta y cuatro, para Tilden, el demócrata y para Hayes, el republicano, ciento sesenta y seis votos limpios de tacha. Un voto

más, y Tilden sería Presidente; pero Hayes reclamó los votos por Carolina del Sur, Luisiana y Florida... suficientes para totalizar los ciento ochenta y cinco que le darían la presidencia. Y Hayes estaba en lo cierto... Estos votos le pertenecían, como le he dicho ya, producto de elecciones espurias. ¿Pues, cuál hubiera sido la situación? La cámara joven democrática, el Senado republicano, una habría apoyado a Tilden, la otra a Hayes con el país entero al borde de una segunda guerra civil, ante la amenaza de una marcha, del Sur sobre Washington. ¿Señor Presidente, creería usted esto? Sabía usted que no existía diferencia entre estos dos hombres sin moral cívica.

-¡Qué el diablo se lo lleve, Gideon, ya he oído bastante!

-Vamos a las pruebas, señor Presidente. Veo que los dos hemos terminado. Como decía usted hace un momento, le quedan tan sólo unos pocos días de presidencia, y a mí, por mi parte, no me quedan muchos, tampoco.

-Termine -gruñó Grant.

-Sí; evidentemente, el electorado demócrata del Sur sabía que los dos candidatos eran de la misma laya. Lo hicieron a Tilden a un lado; daría demasiados dolores de cabeza; se habían lanzado ya una vez a la guerra civil y, fracasada ésta, no estaban dispuestos a arriesgarse en otra. Resolviéronse por el contubernio con Hayes. Pusiéronle en la balanza a Carolina del Sur, Florida, Luisiana y... para no quedarse cortos, también Oregón. Como recompensa, él les daría algo de poca monta y escasas consecuencias: el "control" de Carolina del Sur v Luisiana, y el retiro de las tropas de la Unión de todo el Sur. ¡Detalle tan baladí no debía ser obstáculo entre un hombre y la presidencia de la Nación, entre el partido republicano, el de Lincoln, y la suprema magistratura! Aquí está la prueba; son apuntes de dos amigos del señor Hayes, Stanley Matthews y Charles Foster. Dan el tono de ciertas conversaciones que tuvieron ambos con el senador John B. Gordon, de Georgia, y el diputado por Kentucky señor J. Young Brown. Es ésta una copia exacta, que ha sido tomada y me ha sido traída por un sirviente de color del señor Foster. Estoy dispuesto a jurar acerca de su autenticidad. Voy a leer:

"Con respecto a las conversaciones que tuvimos ayer con usted, en el curso de la cual se discutió la política del gobernador Hayes acera del status de ciertos Estados del Sur, deseamos expresarle nuestra seguridad, en la fórmula más firme, que nuestro anhelo es hacer que Hay es adopte una política tal que garantice a los ciudadanos de los Estados de Carolina del Sur y de Luisiana el derecho a controlar sus propios asuntos a su propia manera, sujetos solamente a la Constitución de los Estados Unidos y de las leves sancionadas para darle cumplimiento debiendo añadir a lo arriba expuesto que, de las relaciones que man-tenemos con el gobernador Hayes y del conocimiento de sus puntos de vista, abrigamos la más absoluta confianza en que tal será la norma directriz de su gestión administrativa".

-Ahí lo tiene usted, señor Presidente.

-¿Por qué no lleva entonces ese documento al seno de la cámara legislativa? -preguntóle Grant al cabo de un largo silencio.

-Porque no poseo el original, señor Presidente. Porque si bien estoy dispuesto a jurar sobre una pila de Biblias que ésta es la verdad y nada más que la verdad, no puedo hacer que se acepte como prueba en juicio; ni puedo poner la palabra de un pobre anciano sirviente de color contra la del presidente electo de los Estados Unidos. Si fuera a levantarme de mi asiento en la cámara v decir cuanto acabo de decirle, diez de nuestros cultos miembros borbónicos clamarían pidiendo que ese maldito insolente y mentiroso negro sea linchado sin más...

-¿Y por qué he de ser yo quien le crea a usted?

-Porque todo el futuro del país está en la balanza. Porque, cuando la revolución, avanzamos por un camino brillante y límpido, lo que mi gente llama camino de aleluya. Marchábamos con todos los hombres de buena voluntad que confiaban en nosotros, y lo hacíamos dando la cara a Dios. ¿Me oye, señor Presidente? ¿Cuántos habrán de morir todavía

antes de que pueda llamársele a nuestro gobierno, gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo?

-No está la situación desesperada como para tanto... -repuso Grant.

-¡Sí, lo está!

Grant se levantó de su sillón, apoyándose con ambos brazos en el respaldo, se inclinó hasta el círculo formado por la luz de la lámpara, miró a Gideon y luego, apartándose con gesto súbito de la mesa, dispúsose a atravesar la sala a largos pasos hacia la puerta de salida.

-¿Eso es todo? -preguntó Gideon.

-¿Qué quiere usted que haga yo? -preguntó, a su vez, Grant, girando sobre sus talones-. Aun dando por cierto su dislocado cuento de hadas, ¿qué podría hacer yo, en nombre del Señor?

-Todo. Usted es todavía Presidente. Hágalo conocer a todo el pueblo de la república. Llame a una conferencia de prensa mañana mismo; hay diarios con suficiente valentía para publicarlo todo. Deje usted que Hayes se encargue de probar que es falso cuanto he dicho. Arroje esta podredumbre de confabulación a los cuatro vientos y haga que el pueblo se entere de todo. El sabrá qué hacer .. . No somos tan mala gente, al fin y al cabo, aquí en América... ni somos supinamente ignorantes. Hemos sacudido el mundo una vez... hemos hecho cosas malas, pero mayor ha sido el número de las buenas. Preséntese en la Cámara v exija la verdad.

-Gideon... -dijo Grant, moviendo la cabeza.

-¿Usted tiene miedo? -exclamó el negro-. ¿Qué puede perder usted? Quienes recuerden los días en que usted los condujo a la victoria, lo apoyarán. Y los demás... -la voz de Gideon fue alejándose. Recogió los papeles y volvió a metérselos en el bolsillo-. Está bien... es hora de que me vaya.

Después que Gideon se hubo ido, largo rato después, Grant aún permanecía sentado detrás de su mesa, el rostro hundido en sus manos, la mirada fija en la puerta cerrada.

Era tarde cuando Gideon llegó a la estación del ferrocarril. El tren había entrado ya. En la plataforma estaba Jeff, un mozo alto, ancho de hombros, cual espejo de su padre, plantado entre dos valijas de lona y con las manos en los bolsillos. No era cuestión de memoria, ni de cambio...; se observaban, el uno al otro; se habían reconocido al instante, y aunque para ambos habían pasado los años, el parecido entre sí era hoy mayor que nunca. Se acercaron y se estrecharon las manos. Gideon tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Jeff abrió una leve sonrisa, llevando una mano hasta el brazo de su progenitor.

-Usted es más grande de lo que me daba la memoria -dijo.

-Y también tú.

-Me reconoció en seguida.

-Sí, estoy muy contento de verte de regreso, Jeff. Gideon se agachó para levantar las valijas.

-Yo las llevo, deje -dijo Jeff.

-Una cada uno.

-Está bien -repuso el joven con una sonrisa, mirando con ojos curiosos a su padre, midiéndole de arriba a abajo, disimuladamente, pero sin poder evitar que, con todo, Gideon sintiera que estaba siendo examinado. Caminaban padre e hijo hombro con hombro, corpulentos ambos, marchando a pasos lentos, inciertos, tratando cada uno, después de tan larga separación, de reajustar movimientos, pensamientos, inquietudes, a los del otro. Recorrieron así todo el largo de la plataforma y el "hall" de la estación. Al cabo, preguntó Jeff, con un tono de culpabilidad en la voz:

-¿Cómo está mamá?

-Bien... Vamos para viejos todos.

-Usted no lo parece -dijo Jeff.

Gideon había alquilado un coche de plaza, que los aguardaba. Subieron a él, llenando el escaso espacio con sus cuerpazos. La nieve los envolvía como blanca red de pescador.

-Creía que Washington fuera ciudad de clima tibio -dijo Jeff-. Nunca había estado aquí antes...

-No, tú no -exclamó Gideon, pensando en los años que esta ciudad, a orillas del Potomac, había sido parte de su vida. El caballo inició la marcha al trote lento, repiqueteando sobre la calzada sus cascos herrados.

-Desde hace un par de años tengo una casita aquí cerca -dijo Gideon.

-Mamá...

-Quiso quedarse el año pasado -repuso el padre-; pero creo que ha de sentirse más cómoda y feliz en Carwell.

-¿Siguen llamándole Carwell al lugar?

-¿Carwell? -Gideon notóse un tanto intrigado-. Si... nunca hemos pensado en cambiarle de nombre. ¿Estás molesto? -las valijas forzaban contra las rodillas de ambos...

-Al contrario, muy cómodo -contestó Jeff.

-Has de tener hambre, ¿no?

-Sí, un poco.

-Vamos a comer a casa... los dos solos. No he invitado a nadie. Intrigóle a Jeff el motivo de estas palabras de su padre.

Gideon habitaba una casita blanca, de cinco ambientes. Una anciana negra, de rostro apergaminado, la mantenía aseada y le preparaba la comida. Gideon la llamaba mamá Joan.

-Mamá Joan -exclamó-, éste es mi hijo Jeff.

-Qué mozo más guapo había tenido, señor Jackson. Orgulloso ha de estar de él.

-Y bien orgulloso -repuso Gideon.

La comida fue frugal: sopa de frijoles, chuletas de ternera con verduras y mantecadas.

-Son las primeras mantecadas en... -dijo Jeff, sonriente.

-No te servían de éstas en Escocia -observó Gideon.

Desde luego, no podía esperar que todo fluyera de los labios del recién llegado en el momento mismo del encuentro; no faltaría ocasión para todo, a medida que fueran cayendo las barreras existentes aún entre ambos. Siete años es largo trecho en el tiempo; hasta en el hablar diferían, siendo el del Jeff más áspero que el de Gideon y marcado por un curioso acento extranjero.

-Trabajé un año con el doctor Kendrick -comentó Jeff-. Tenía instalado un dispensario gratuito en las minas. He adquirido experiencia allí... accidentes graves, piernas y brazos rotos, quemaduras, v enfermedades caseras también... anginas, sarampión, pequeñeces que, sin embargo, cuesta mucho dominar bien.

-¿Blancos?

-Yo era el único negro en el condado.

-¿Había sentimientos adversos?

-No tanto como aquí. En cierto modo, era objeto de curiosidad. Pero es gente sin complicaciones, y sus temores y suspicacias son de otro orden. Bastaba señalárselos con el dedo para borrárselos de sus mentes para siempre.

Pasaron al estudio de Gideon; cuarto de reducidas dimensiones, lleno de libros, el que también le servía de salita de recibo. Se sentaron con las piernas extendidas hasta junto a las brasas de la estufa de carbón, y tocaron en su conversación diversos tópicos. Como se les iba haciendo más fácil la plática, Jeff pudo decir:

-Le diré, padre, me siento terriblemente orgulloso.

-¿De qué, hijo?

-De que esté en la Cámara de Representantes. No sabría cómo expresarlo, pero... es algo estupendo.

Los ojos de Gideon denotaban preocupación.

-Es obra de las circunstancias... la carrera de uno. Las cosas que habían de hacerme esto o aquello existían desde antes, y sólo se requería ponerlas en acción.

Jeff le hizo luego algunas preguntas acerca de las elecciones, y con hablar plácido al comienzo y apasionado después, Gideon fue relatándole, acontecimiento tras otro, su vida pública de los últimos años, v terminó diciéndole que ese día mismo había sido recibido por el Presidente.

-Y he fracasado, Jeff.

-¿Está usted seguro? ¿Puede creerse que una institución así termine de ese modo, de repente, así como explota una bomba? ¿Es que las cosas suceden de esa manera?

-No de repente -repuso Gideon-. Iba madurando desde hacía tiempo. El Klan llevó una primera incursión a nuestro Carwell, hace más de diez años. Fue un ataque mal organizado, a salto de mata. Quemaron los heniles y nos mataron a un chico. Pero el comienzo va estaba allí... A ese momento hay que remontarse para tomar el hilo del proceso. Ya en aquellos días tenían planeado aniquilarnos, destruirnos. Acababa de terminar la guerra, y los mismos que la habían provocado esbozaban los planes de la segunda... de otro carácter, es cierto; grupos armados que merodean de noche, organización secreta, intimidaciones, amenazas, terror... La etapa preparatoria la tienen concluida a estas horas; va están en pie de guerra.

-No puedo creerlo.

-Si pudiese convencerme de la posibilidad de estar equivocado -continuó Gideon-; pero no lo estoy...

-¿Qué piensa hacer, pues?

-No lo sé todavía; tendré que pensarlo mucho. De cualquier modo, volveré a casa. Quiero estar con ellos -Jeff hizo un signo de aprobación con la cabeza-. Es cuanto me corresponde hacer a mí, creo -señaló Gideon-. Pero lo que está bien para mí, no lo está necesaria-mente para ti. ¿No lo ves así, Jeff?

-No alcanzo a comprender el objeto de su razonamiento.

-Saldré para el Sur dentro de algunos días -aclaró Gideon-. No quiero que regreses conmigo. No hay razones que lo justifiquen. Si las cosas van bien... en la primavera.

-¿Qué diantres está usted insinuando?

-Muy sencillo, Jeff -prosiguió Gideon-. Escúchame.

En un tiempo podía pedirte atención -se levantó de su asiento, se restregó sus largas manos, se inclinó hacia el mozo y, con gesto abrupto, volvió a sentarse. Quedóse allí, mirando fijo delante de sí, en silencio, en tanto la llama de la estufa encendíale en la amplia frente puntos luminosos. Jeff lo observó con atención, deteniéndose en la dramaticidad de la disposición de sus labios, y en sus cansados v enrojecidos ojos. Su padre estaba viejo, mucho más de los cuarenta y cinco que contaba, y fuera de toda lógica y razón. Los anchos hombros que el Jeff niño estuviera habituado a admirar, desnudos al rayo ardiente del sol, húmedos y brillosos de sudor, fuertes, que entonces parecían rodeados por capas superpuestas de flexibles músculos, estaban ahora fláccidos. El cabello motudo que le cubriera la cabeza como ajustada boina, tenía estrías grises.

Jeff no conocía a su padre... nunca lo había conocido; un muchacho de quince años es maleable como arcilla. Nueve años lo habían estirado a Jeff, pero roto, nada; había aprendido, crecido, engrosado un poco, había sido herido en su amor propio... las heridas estaban cicatrizadas; había encontrado su dios en la ciencia, y descubierto que, bajo el microscopio, la piel del hombre no se compone de determinado color, sino de innumerables células maravillosamente vinculadas entre sí. La creación toda era razón. Un hombre llamado Darwin acababa de despejar la bruma que tenía ocultas las edades sin cuento anteriores a la aparición de la vida humana sobre la tierra. Una pierna rota se la componía de tal o cual manera, fuera blanca o negra la piel que la cubría. En una solitaria choza había asistido a una parturienta blanca, le había pegado palmadas con toda su fuerza y habíale oído gritar en la maravillosa agonía del parto. El mundo era comprensible, interpretable, un mero planeta girando en las inmensidades del espacio, en la nada, envuelto suavemente en la protectora capa de la atmósfera. Los hombres eran malos porque ignoraban tales maravillas, pero el que dedicase su vida a la adquisición de conocimientos, en la acepción científica del término, nada debía

Librodot

temer. Era cuanto le había ocurrido a él; pero, ¿y con su padre había sucedido lo propio? Recordábalo, al labrador alto y fortachón que un día emprendiera el camino de Charleston, diputado a la Convención, recorriendo a pie las decenas de millas, cubierta la cabeza con un sombrero de copa alta medio aplastado, en el bolsillo un pañuelo a cuadros de vivos colores. Al regreso habíalo notado cambiado; ¿pero, por qué clase de torturante agonía había pasado entre tanto? ¿Y de qué convulsiones interiores había nacido el tercero, el cuarto, Gideon Jackson?... El hombre de quien dijera el doctor Emery: "Eso es grandeza en la esencia misma de la palabra, Jeff recuérdalo. No hay definiciones científicas. Cuando tengas agotados los preceptos de la lógica, acuérdate de él". Jeff pensaba en estos instantes en el hombre que había ocupado una banca en el Sena-do de Carolina del Sur, en el diputado al parlamento nacional de Washington, en quien, refutando a un representante por Georgia, había pronunciado aquellas palabras que ningún niño ignoraba en los Estados Unidos:

Si, tal como lo señala el señor representante por Georgia, he sido un esclavo hasta hace poco tiempo. Y hoy, como hombre libre, le contesto en el recinto del Congreso de la Nación. Ello es, señores, el testamento de América, mi testamento americano. No quiero pecar de patrioterismo sentimental, pero el hecho mismo de que ocupe yo un puesto aquí, define al país al que sirvo, mejor que cualesquiera palabras que hombre alguno pudiese proferir o escribir."

Declaración que Jeff había visto reproducida en periódicos escoceses. Un miembro de la cámara joven habíala citado en los Comunes; sobre la misma había arreciado un debate acaloradísimo en la cámara francesa durante tres largas horas, y en Alemania, Hungría y Rusia, clan-destinos grupos revolucionarios de trabajadores habían traducido su texto para imprimirlo v hacerlo circular en millares de copias.

Esta noche, observando a su padre, Jeff sentía un complejo hecho de lástima, orgullo, nostalgia, un deseo de acercarse a ese hombre, su padre, comprenderlo y ser comprendido; sentía, además, la noción exacta de sí mismo, como individuo que había trascendido v superado a su padre.

-Le escucharé, padre -dijo-. Sea lo que fuere, seguiré escuchándole.

-Y regreso allá -explicó Gideon, hablando despacio y suavizando el tono de su voz- porque pertenezco por entero al terruño. La esencia de cuanto soy, Jeff, hijo, todo cuanto he sido, está en mi gente. Les pertenezco, porque de ellos he surgido, y son ellos quienes me han dado apoyo y vigor. Me llevó tiempo convencerme de esta verdad; es cierto que yo poseía la virtud de poder aprender, hablar en público, empaparme de nuestros problemas, pero nada había en mí que no fuese parte de ellos. Quiero devolverme a los míos, sabiendo, como sé, que ello me dará la mayor felicidad; y lo natural en un hombre, Jeff, es buscar su felicidad, sea en las pequeñas como en las grandes obras que emprenda. -Y prosiguió-: Contigo es diferente. Has estado ausente varios años; has cursado los estudios de una carrera universitaria, adquirido una práctica profesional y hoy eres médico. Un médico es algo así como un bello libro; tiene reservada una misión superior a la faena y el esfuerzo empleados en su creación. Mi persona nada vale, a no ser el uso de los ingredientes que han contribuido a mi formación. ¿Ves, pues, cómo contigo es otra la perspectiva? Por mal que vayan las cosas, llegado el momento surgirá en nuestra tierra otro Gideon Jackson. Tu porvenir se perfila distinto. Quiero hablarte de hombre a hombre, lo que, por sobre todo, me hace sentir orgulloso y feliz: cuando esta tarde le confiaba al presidente Grant mi aprensión de que ésa sería la última vez, durante muchos años, que a un negro le sería permitido hablar con el Presidente de la Nación, decía algo de lo cual estaba convencido. También creo que no habrá en los próximos años sino unos pocos hombres de color de tu preparación. Quédate aquí; podrás vivir en esta casa... No te faltarán enfermos que curar... sería una pérdida de tiempo para ti regresar a Carwell.

Una vez que Gideon hubo concluido su razonamiento, ambos permanecieron silenciosos durante unos minutos. Jeff vació su pipa, volvió a llenarla, de la estufa tomó con las pinzas una brasa que posó sobre el tabaco suave v fragante. Gideon sirvió un poco de vino en las copas...

Librodot

Tras pasear la mirada por las paredes del cuarto, dijo Jeff:

-Me agrada esta salita, no se siente frío aquí... Me gustaría leer algunos de sus libros.

Gideon asintió con la cabeza.

-Yo me consuelo con el buen propósito de leer mañana; por una causa u otra, hoy nunca hay tiempo para la lectura.

-Hay, sí, tiempo -rebatió Gideon.

-Dígame, padre -prorrumpió Jeff-. ¿Si llega a suceder, del modo que usted cree... lucharía usted?

-No podría asegurártelo.

-Me decía Marcus, en una de sus cartas, que cuando alguien enferma llaman al viejo Leed... quien algunas veces va y otras no. -Por lo general, va.

-Pero si los temores que usted acaba de citar se materializan, va no irá -y Jeff se levantó de la silla, fue hasta la ventana, limpió la humedad que empañaba el vidrio...- Está cayendo nieve todavía. Curioso, tantos años y no me ha sido posible encariñarme con ningún otro lugar. ¿Le ha mostrado Allenby alguna de mis cartas que le enviaba para que le leyera a Ellen?

-El viejo ha muerto el mes pasado; creí que lo sabías.

-No, no lo sabía... Yo me vuelvo con usted, padre.

Las ultimas cosas que dispuso Gideon antes de su partida de Washington, delataban una actitud de camino medio entre la idea de no volver va nunca a la capital y a una esperanza contenida de que acaso estaría de regreso para el período de sesiones de la primavera siguiente. Se afirmaba en esta segunda posibilidad gracias a las palabras de Jeff: "...no puede terminar así como explota tina bomba". Dejó, pues, la casa tal cual como estaba, recomendándole a mamá Joan cuidarla v tenerla aseada. Participó en una reunión de la Comisión de Presupuesto, donde se dejó llevar por su apasionamiento al debatirse una ley relativa a la concesión de tierra para el paso de líneas férreas. Al fin v al cabo, obraba según su manera de ser; se vestía, comía, se afeitaba v dormía sin dejar que las circunstancias influyeran en sus hábitos de vida... Y un día, a poco del regreso de Jeff, entró a avisarle su secretario que el senador Stephan Holms deseaba hablarle.

-Puede decirle al senador Holms -fue la respuesta de Gideon- que estoy sumamente ocupado. Voy a salir de Washington dentro de pocos días, y no doy citas a nadie.

El secretario llevó el recado, pero volvió a poco, manifestando que el senador Holms insistía en su deseo.

-Sea -dijo Gideon-. Haga que pase.

Entra Holms; Gideon no se toma la molestia de levantarse de su asiento ni darle la mano. Sonriente, Holms alisa la pelusa del sombrero, se quita con afectado cuidado el sobretodo, deposita bastón y guantes en un ángulo de la mesa de trabajo de Gideon, y se sienta. -¿Qué es lo que quiere? -preguntóle Gideon.

-Quería verle a usted, Gideon, pues... siendo seres humanos civilizados, como lo somos nosotros dos, debemos discutir las cosas, porque en un mundo lleno de locos, idiotas, hombres viles y mentes mezquinas, usted y yo podemos darle la cara a la verdad, discutirla v hacer las paces con ella, dejándonos de apasionamientos.

-Usted lo cree así ¿verdad? -preguntó Gideon, observando al hombre buen mozo, de fina silueta, que tan a sus anchas habíase arrellanado en la silla, tan inmaculado en su vestimenta, desembarazado en el porte, suave, el cutis lozano, apenas afectado por los años, el rostro ascético ofreciendo un enigma y una invitación a la vez, reaccionando su expresión a cada cambio de tono y a cada palabra de Gideon. Sin duda, era un fino producto de la civilización; y en cierto modo, era también un hombre derecho, singularmente derecho v consecuente en un mundo singularmente desleal e hipócrita. Con todo, sentía hacia él en ese instante un aborrecimiento tal como no lo había experimentado en su vida contra ser viviente alguno; sentía aversión, disgusto, odio; era nada menos que Gideon Jackson quien odiaba, el

que toda su vida, como esclavo primero y hombre libre después, había reaccionado ante el odio, había tratado de comprender lo que hace a un hombre bueno y a otro malo, gentil y bondadoso a uno y rudo a otro, quien, aun con el látigo restallándole sobre el lomo, no había renunciado a querer sentir y comprender la razón de las cosas, la lógica y la verdad, quien había luchado y matado sin sentir odio hacia sus víctimas... Gideon Jackson, en ese instante, hubiera matado, allí mismo, a sangre fría, a Stephan Holms, con la certeza de que no le quedaría cargo alguno de conciencia. Y volvió a preguntar a su interlocutor-: Usted lo cree así, ¿verdad?

-Así lo creo, Gideon -repuso Holms, sereno. Y añadió, esforzándose visiblemente por dar a su voz un tono totalmente sincero-: Y le aseguro, Gideon, que soy uno de los pocos de mi clase que no rehúye con horror el color de la piel de otro hombre. Ya ve, en el fondo, no dejo de ser razonable y lógico; lo mismo que usted. Reconocemos la existencia de ciertos códigos, ciertos prejuicios... Yo poseo el don de poder reírme de todos ellos, de los insensatos v petulantes; amigos míos, lo admito, que miran a todas las criaturas de su raza, y a muchas de las mía, como inferiores. ¡Supiera usted la estima en que los tengo!... Pero me muevo en el mismo plano social en que ellos se mueven, en parte, por circunstancias de nacimiento, en parte, por mi propia voluntad. Miremos de frente los hechos: mi gente ha perdido mucho por causa de la guerra, no sólo poder, lo cual no es de despreciar tampoco, sino bienes materiales, que son producto del poder, y a la vez, un medio de vida. Yo buscaba el reintegro de tales bienes, he luchado por ellos.

-Ahora los tiene.

-En cierto grado, sí -admitió Holms-. Quedan algunos puntos por arreglar, pero, en general, hemos tenido éxito. No necesito simular una situación inexistente; usted sabe, y le consta, por qué Rutherford Hayes va a ser nuestro futuro Presidente, y tampoco ignora que es lo suficiente caballero para cumplir, al menos, la palabra comprometida. En suma, el partido republicano ha hecho las paces con el nuestro, v ciertas cosas se harán, sin duda.

-Usted es hombre veraz y razonable -dijo Gideon, mirando a Holms con verdadera curiosidad-. ¿Se precia usted de serlo, no es así?

-Diría que sí.

-Y usted no ha venido a verme para regodearse malignamente en mis barbas. Es usted demasiado civilizado para ello.

-Demasiado civilizado, Gideon. Al menos, para dejarme impresionar por la ironía de un negro. Y usted, pienso, es demasiado civilizado para echarme de aquí.

-Esperaré hasta saber qué ha venido a decirme -respondió Gideon sin perder la calma.

-No dudaba esto. Dejémonos de indirectas, pues. Lo admiro, Gideon. Le observé durante la Convención y en los años que siguieron a aquella primera asamblea, su progreso ha sido asombroso. Es usted un hombre de gran habilidad, de talento profundo... Tiene lo que se dice... cabeza. El mero hecho de que un ex-esclavo, cuyo lenguaje no pasaba de la parla rústica de tierras adentro, haya de ser el hombre culto con quien yo departo en este momento, resulta increíble. Le he escuchado en el Congreso, con admiración a veces. Su palabra, que reúne aquella rara combinación de ser a la vez racional y emotiva, impresiona eficazmente al auditorio.

-Eso es lisonja -interrumpió Gideon-. Prosiga.

-Pienso que si usted hubiese poseído el original de aquel extraño v estúpido documento que hace días mostró al presidente Grant, habría usted podido ir a la cámara con él y cambiado el rumbo de la historia. O quizá no... Nuestro partido está en mayoría en la cámara, y es difícil que un solo hombre, en virtud de un simple acto como ése, pueda torcer el camino de las cosas.

-¿De modo que también sabe eso? Por lo menos, no se queda usted dormido...

-Hemos tenido que estar alerta, Gideon. Éramos los vencidos; nuestra patria es territorio conquistado...

-¿Y habla usted de ella como de su patria?

-En el fondo, sí. Él país de unos pocos hombres selectos capaces de gobernar. No puede usted dejar de reconocerlo. Ni la envilecida escoria blanca que hemos empleado en el Klan, ni los depravados e infantiles peones negros, han nacido para gobernar. Usted es una excepción... Yo soy otra. Por ello vengo a verlo a usted, armado de sinceridad y lógica. Hay otros caminos, lo sabemos, pero ¡cuánto más simple resultaría si estuviera usted con nosotros, y si también algunos de sus colegas se unieran a nosotros! El negro nos seguirá, como ha hecho siempre... A la larga, nuestro camino es el más cómodo. Me repugna usar de la fuerza y la violencia, créame, Gideon; la emplearé si llegase a ser necesaria, pero ¡cuánto mejor sería si pudiésemos conseguir nuestros fines, sin recurrir a un estado de violencia general! Un país donde la prosperidad v el orden se combinan por el bien de todos, donde el hombre de campo tenga qué comer y dónde dormir, sin preocupaciones acerca del pan que habrá de comer al día siguiente.

-¿Y justamente a mí viene con esta propuesta? -preguntó Gideon, incrédulo.

-¿Aceptaría usted?

-¿Reconducir a mi gente al anterior estado de esclavitud?

-Si quiere decirlo con esas palabras...

-Usted es inverosímil -dijo Gideon, con voz sibilante-. Debí darme cuenta aquella primera vez, la noche que fui a su casa. Pero lo miraba entonces como a un ser humano... a todos los hombres los consideraba humanos. No acertaba a convencerme de que la mente de un hombre pudiese enfermar del mal incurable... No concebía que algunos hombres de mente malsana pudieran infectar al mundo con su propio mal. Todos cometemos errores, ¿verdad? Acabo de convencerme de que ha sido éste el mayor de mi gente... Cuando corrían regueros de sangre, durante la guerra, creíamos que el mal había desaparecido... Pero la sangre de los malsanos, de los perversos, de los infames, ésa no corrió, sino la de los buenos, de aquellos que fueron llevados engaña-dos a los campos de batalla. ¡Os hemos perdonado la vida!...

Era la primera vez que Gideon veía al senador Holms presa de cólera... los labios apretados, líneas verticales surcándole la frente normalmente lisa. El senador Holms se puso el sombrero, tomó los guantes v el bastón del escritorio...

-¿Puedo tomar lo dicho como su respuesta?

-Puede tomarlo como mi última respuesta -contestó Gideon.

Gideon y Jeff partieron con el tren de las tres al siguiente día. No llevaba mucho consigo el senador Jackson: tan sólo una valija de mediano tamaño, una cartera donde había guardado su va ajado ejemplar de los poemas de Whitman, una fotografía autografiada de Charles Summer, obtenida días antes de la muerte del eminente antiesclavista, v una libreta de apuntes. Tenía proyectado escribir un informe acerca del asunto Hayes-Tilden, y pensaba comenzarlo en el tren, para mejor pasar las horas.

Con Jeff al lado, caminó hasta el término de la plataforma, a la cola del tren.

-El último vagón -dijo.

-¿Por qué?

-No lo imaginas, ¿verdad? -preguntó, mirando a su hijo-. ¿Recuerdas cuando te dije que no llegaría como el estallido de una bomba? Ya ves... ha ido desarrollándose.

Subieron al último vagón, viejo y venerable veterano de las líneas férreas. Sucios los vidrios de las ventanas, dos reemplazados por tablas. Sobre la puerta podía leerse: "Negros". Jeff volvióse hacia su padre no bien hubo comprendido.

-¡No, no, es imposible! ¡Es una vergüenza, me oye, vergüenza! Usted... un miembro del Congreso...

-Entra Jeff -dijo Gideon-. No es cosa nueva. Va haciéndose popular... Todo está en acostumbrarse.

Pasaron a sentarse juntos en un duro banco de madera. Otros ciudadanos de color fueron llegando y tomando a su vez asiento. A poco de partir el tren, dijo Gideon a su hijo:

-Mirándolo bien, es sólo cuestión de horas. Pronto estaremos de regreso en Carwell.

Librodot

CAPITULO IX
GIDEON JACKSON REGRESA UNA VEZ MAS A CARWELL, CON SU HIJO

Marcus los esperaba en la estación del ferrocarril, y para Jeff fue como encontrarse con un verdadero extraño frente a este muchachón negro, musculoso y apuesto, de cutis más claro que cualquier otro de su familia. De estatura mediana, le llegaba a su padre hasta el hombro, pero de cuerpo bien proporcionado, fino de cadera, ancho de hombros, moviéndose con desenvoltura v gracia, hízole pensar a Jeff en un animal salvaje, por arrogante, dueño de sí v sin complejos. Vestido de pantalones azules y un saco de cuero marrón, esperaba parado junto a un coche de cuatro ruedas. Sonrió a su padre, saludó con un ademán a su hermano y se dio a examinar con no disimulada curiosidad su persona.

-¡Hola hijo! -exclamó Gideon, y en seguida comenzó a tirar los bagajes dentro del coche. Había entre ellos una intimidad, un trato que Jeff reconoció al punto en la llaneza con que se dieron la mano.

-Eligieron lindo día para la vuelta al pago -observó Marcus, v acto continuo-: Hola Jeff... ¿No me reconoces, verdad?

Has crecido -admitió el hermano mayor. Levantó sus bagajes, que depositó junto a los del padre. Luego se estrecharon la mano v queda-ron mirándose fijo... Marcus, lo hizo con una risita que quería ser burlona. Gideon volvió por detrás del coche, observando a sus dos hijos y disfrutando con el hecho, asombroso, de tenerlos a ambos a su lado, así, guapos... el macizo y serio de Jeff frente a Marcus de sonrisita de bribón.

-Llevo yo las riendas -dijo Gideon.

-¿Sube, doctor Jackson? -preguntó Marcus, sonriente.

-Sí, señor... -repuso Jeff-. Por Dios, ¿qué edad tienes?

-¿Es que también te has olvidado de esto?... veinte.

-Veinte -repitió Jeff.

-Sube -ordenó Gideon.

-Usted primero, doctor -dijo Marcus, inclinándose y extendiendo el brazo.

Los tres apretujados ya en el coche, Jeff pasó un brazo en torno a Marcus.

-¿Qué tal Escocia?

-Solitaria.

-Hablas como forastero; vuelves para quedarte, ¿no?

-Puede.

-Encontrarás las cosas cambiadas -concluyó Marcus-; no hemos estado de brazos cruzados.

Gideon los escuchaba; era para él una sensación inefable estar en el destartalado carricoche con sus dos hijos y tenerle las riendas a la yegüita negra, camino a Carwell. Era un hermoso día de marzo, de diáfano cielo azul, ni fresco ni caluroso... uno de esos heraldos de la primavera que, en Carolina del Sur, sabe ser estupenda. Era de cinco años la yegua, y la había comprado dos veranos antes. Pequeña y ágil, su trote era suave y placentero. A Gideon le encantaba tener las riendas; a través de los largos meses de invierno en Washington, no había dejado de recordar con nostalgia momentos así: sentado en la caja, escuchando el rítmico golpeteo sordo de los cascos. Cuando, saliendo del camino de barro, desembocaron en la calzada de pavimento de base de troncos, dijo con orgullo, volviéndose hacia Jeff:

-Lo construimos hace cuatro años. Acorta en la mitad el camino a la estación del ferrocarril.

-También tenemos hechas otras cosas -agregó Marcus, incapaz de evitar una afectada nota de satisfacción en la voz. Jeff había estado lejos; había realizado las cosas que Marcus hubiera querido para sí. Gideon los miró de soslayo a ambos.

-Jeff viene para quedarse -dijo.

-¿Ah, sí? Pues lo pasará muy aburrido en Carwell.

Gideon prosiguió, contándole al hijo mayor los detalles de la construcción del camino. La mayoría, habiendo trabajado en la construcción de la vía férrea, conocía la técnica del asunto. Solos, habían planificado ese camino, derecho como flecha, sin la ayuda de ningún ingeniero... milla v media de calzada.

-Cuando mencioné el asunto en la Cámara -comenzó Gideon-, la única observación me vino de uno de mis colegas, quien deseaba saber cómo habíamos obtenido el permiso para abrir una ruta en una propiedad estatal.

Marcus miraba fijamente a su padre. Jeff cantaba en voz queda:

-"Mi padre se ha ido de caza. Señor, Señor, Señor, mi padre se ha ido de caza, Señor, Señor, Señor..."

-¿La recuerdas todavía?

-Son tantas las cosas que recuerdo... -repuso Jeff.

Jenny estaba crecida, una mujer ya, sus senos llenos se alzaban bajo la blusa; Jeff tenía en un abrazo a ella y a la madre.

-Qué grande estás.

-He crecido apenas -repuso Jeff sonriente.

Raquel lloraba de alegría; había envejecido más aún que Gideon; no se cansaba de acariciar el rostro de Jeff v de pasar la mano por la cabeza lanuda del flamante médico.

Un tanto alejados del grupo, Marcus se dirigió a su padre:

-He leído en los diarios...

-Sí.

-¿Cómo fue...? ¿Qué quiere decir qué...?

-No sé aún lo que quiere decir -dijo Gideon-. Más tarde habla-remos.

-Poco nos conocen allá en Washington -agregó Marcus-, si creen podernos barrer de un plumazo.

-Más tarde hablaremos.

-Poco nos conocen -repitió Marcus.

Entretanto, fueron guiándole a Jeff por la casa, mostrándole las novedades. De repente, todo habíase renovado. El cuerpo principal era una sencilla estructura de cinco ambientes, encalada por fuera. La chimenea era de ladrillos rojos. "Ladrillos cocidos", dijo Jenny. Raquel lo llevó a la cocina, donde Jeff pudo admirar cacerolas y sartenes estañadas, limpias y lucientes; en fin, toda una batería, de tamaño vario y bien escalonado colgando de las paredes. Y, más admirable que todo el resto: habían instalado una bomba dentro de la misma cocina. Raquel bombeó un poco y llenó un vaso de agua fresca, cristalina.

-Aquí, pruébala, Jeff.

Y Jeff no pudo menos que beber y decir qué riquísima agua era. Luego preguntó:

-¿Son así también las otras casas? Quiero decir... siendo usted miembro del Congreso...

-La casa se parece a quien la habita y difiere como los hombres entre sí. No tenemos motivo para quejarnos. Ésta es buena tierra para quien la quiere y sabe tratarla.

Jeff quiso saber luego qué había sido de las viejas chozas de los esclavos. Respondióle Gideon que allí estaban todavía, en pie, pero deshabitadas.

-¿Nadie vive allí ahora?

-Nadie -repuso Gideon-. Nadie ha comprado la casa grande tampoco, nadie la quiso -había una nota en su voz que hizo que Jeff lo mirara con curiosidad. Rato después, dijo Marcus, que si el doctor disponía de tiempo, podían darse juntos un paseo hasta la casona blanca.

Raquel se debatía en la indecisión entre el deseo de servir la hogaza aún caliente y el pollo que tenía preparado, y mostrarle a Jeff el resto de la casa. Nada diríale aún de las camas con elásticos de acero... eso habría de descubrirlo por sí solo.

Optó por llevarlo a ver los dormitorios.

-¿Dónde vive Ellen? -preguntó el joven.

-Con el Hermano Pedro. Todos los chicos del finado Allenby están con él.

-¿Le afectó mucho la muerte del anciano?

-Se vino con nosotros -dijo Marcus-. Quería quedarse aquí a toda costa.

-¿Y se volvió?

-Sí, se fue de nuevo.

-¿Sabía que debía llegar yo?

-Sí, lo sabía. Todo el mundo está enterado... Ya vendrán más tarde.

Raquel apoyó las manos abiertas sobre la cama y comenzó a imprimirles un movimiento de sube y baja...

-Blanda y suave, como cuna de bebé -dijo-. Siéntate aquí, Jeff. El muchacho hundió en el colchón la mano cerrada en puño.

-Siéntate, siéntate encima.

Jeff obedeció y quedóse mirándola sonriente.

-Vamos, vamos, no te quedes así, quieto, haz saltar ese colchón.

Y Jeff, para complacerla, se mece un instante; luego se levanta de un salto y echa los brazos en torno al cuello de su madre. Raquel no puede resistir ya la tentación de la cocina y lo lleva como torbellino a través de los demás dormitorios, de la salita, cuarto pequeño abarrotado de muebles de estilo victoriano, una mesa y los libros de Gideon. Llegan, al fin, a la cocina, y Jeff sabe halagar a la madre diciéndole cuán rico hace el pan.

-¿No hacen pan de maíz en Escocia? -y Jeff contestó que no, que no había maíz en aquel país. Para agradar a la madre, comió más de cuanto apetecía, y ella, al observarlo, comenzó a llorar de nuevo, con-templándolo y acariciándole las manos.

-Bueno, madre, no hay por qué, ahora, todo está magnífico .. . Pero ella no cesaba de sollozar.

Gideon y Marcus salieron al porche.

-No debería tomarlo así, a las tremendas -dijo Gideon, turbado. En verdad, la sed de cariño, la necesidad de desahogar sus ansias contenidas, jamás se habían mostrado tan irrefrenables.

-Voy a desatar la yegua -dijo Marcus.

-Querrá ir a ver a Ellen.

-¿Crees que sí?

-Claro que irá.

-Bah, ya dentro de poco se vendrán todos para acá. También puede esperarlos... Voy a desatar...

Gideon se limitó a menear la cabeza. Mientras Marcus llevaba el animal, Gideon quedóse en el porche, apoyado contra una de las columnas, un poco triste y un poco solitario. Esto debía ser un comienzo; y sin embargo, era el fin. Sacudió la cabeza con violencia... un loco, tan sólo un loco podría pensar como él en ese instante. Washington era una cosa enfermiza, llena de hombres mezquinos, hambrientos, de ambiciones frustradas; esto era distinto... era su casa, su hogar. Washington no representaba toda Norteamérica; multiplicada un millón de veces, esta casita suya, los sencillos muebles que la llenaban, los frondosos robles v algarrobos que la resguardaban del rigor del sol, las colinas que describían en su torno ancho círculo, los campos donde pronto crecerían el algodón, el maíz y el tabaco, el arado dejado allá en el surco por Marcus, a un centenar de metros de la casa, clavado en el suelo y con la tierra dura y húmeda de marzo pegada en la reja, todo esto era suyo, suyo propio. Para lograrlo había luchado, servido como esclavo, trabajado, soñado y hecho planes;

no es fácil apartarle a uno del terruño alimentado con su sangre, hollado con los pies desnudos. Un hombre tiene los pies atados a su suelo, y allí se queda...

-Ya viene ella -dijo Marcus a su hermano, haciendo con la cabeza una señal por sobre el hombro. Jeff salió de la casa solo. El Hermano Pedro habíase dejado crecer la barba desde que Jeff lo viera por última vez; próximo a los sesenta años, su figura alta y cenceña sugería una dignidad patriarcal. La barba era canosa, el andar vacilante. Gideon dijo que no había estado bien de salud en los últimos tiempos. La ver-dad era que, pasando los cuarenta y cinco, todo pobre negro que hubiese trabajado de esclavo en los algodonales, de poco servía ya para nada; el reumatismo le carcomía los huesos, la malaria le consumía el organismo v el corazón decía de interminables horas de dura faena. Pero la moza a su lado era la misma de siempre., tal como Jeff la recordaba, más madura, más redondas las formas, el cuerpo sin angulosidades y, sin embargo, ¡qué bien la reconocía Jeff!; la cabeza erguida, y el cabello, negro luciente, caíale sobre los hombros en sueltas trenzas.

Al irles Jeff al encuentro, el Hermano Pedro v la muchacha se detuvieron. Jeff vio al anciano inclinarse hacia ella y susurrarle algo al oído. La muchacha se puso entonces rígida como estatua. El anciano sonrió al joven y le dijo:

-Bienvenido a tu hogar, hijo mío.

Jeff se detuvo un instante, a unos pasos del encuentro. El rostro de Ellen estaba vuelto hacia él. Luego anduvo los pasos que los separaban y, tomándole la mano, le dijo:

-¡Hola, Ellen! ¿Es que no me recuerdas?

Ella hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza.

-Me llego hasta la casa a saludar al hermano Gideon -dijo el Hermano Pedro-. Y ustedes dos pueden venir cuando gusten.

Jeff hizo un ademán de conformidad. El anciano se marchó. Jeff estrechaba en su mano la de Ellen, quien seguía inmóvil y rígida. Ella llevaba un vestidito verde de percal y una capa azul echada sobre los hombros, los zapatos y las medias eran negros.

Finalmente, rompió ella el silencio.

-¿Te parezco la misma, Jeff... como tú me querías?

-Exactamente.

-¿Sin ninguna diferencia, Jeff?

-Nunca se puede ser a la medida... pero tú estás como yo quería que fueses.

-Han pasado años, soy más vieja, Jeff.

-Los dos tenemos más años.

Le tomó la mano y comenzaron a andar... Jeff la sostenía, v la precedía por la pendiente hacia el campo sembrado de fresno por Marcus. Al igual que los viejos tiempos, él le describió la puesta del sol. Sentíase lleno de Carwell, jadeante se diría, ante el sensual ímpetu de tantos redescubrimientos, en aquel retorno a la adolescencia. Los cielos, humosos, húmedos y brumosos de Escocia, ya formaban parte de un pasado vago en su recuerdo; aquí, el cielo era de un esmalte azul marceño, franjado de los colores oro y naranja y rosado del ocaso; la tierra era tibia y blanda; ni él ni sus hermanos estaban hechos para habitar estribaciones de desnudos cerros rocallosos. Al fin, había regresado al hogar, y sentía, como su padre, que allí había confortación y amparo. Describióle a Ellen el cielo de ese atardecer, pero nada le dijo de los cielos de Escocia. Se inclinó sobre el arado v desgranó en las manos un terrón de humus, de olor penetrante, y lo estrujó luego contra las palmas de la joven.

-¿Está lejos de aquí Escocia? -quiso saber ella, v él le dijo que, a lo menos, cuatro mil millas. Pero esa distancia trascendía toda su capacidad de concepción; tan sólo distancia sobre distancia, sumándose sin fin...Qué bien que estés de nuevo entre nosotros. Pero eres diferente ahora, Jeff. Eres un hombre. Médico. Mi padre era médico, ¿lo sabías, Jeff?

-Claro que lo sabía.

Rehacían el repecho en dirección a la casa, y se detuvieron en un sitio donde Marcus había armado un rústico banco. La casa semejaba una caja ancha y chata en la oscuridad que la encerraba va. Se acercaba gente; las voces llegaban hasta ellos en oleadas confusas. Oíase

un firme repiqueteo de cascos en la falda opuesta del collado, por el sendero que iba a terminar en la casa. Alguien gritó de allá arriba:

-¡Jeff... oh! ¿Dónde estás?

-Nos llaman -exclamó Ellen.

-Ya vamos... dentro de un rato.

Allí quedáronse sentados ambos hasta bien entrada la noche. Un perro hacía oír sus ladridos. Al cabo, dijo Jeff:

-¿Pensabas en la posibilidad de casarte conmigo cuando yo regresara?

-¿Es que quieres casarte conmigo?

-Sí, quiero -dijo Jeff.

-¿Con una ciega?

-Algún día aprenderé la manera de devolverte la vista.

-Nos llaman -interrumpió ella.

-El le tomó la mano, y juntos se encaminaron hacia el caserío.

Ya todo Carwell estaba allí. Caballos v mulas cubrían, en completo desorden, todo el patio del granero. Las mujeres habían traído a sus hijos; caras nuevas de niños, a quienes Jeff no conocía. La casa estaba llena; la galería no lo estaba menos. La gente le hizo círculo, haciéndole los mayores más preguntas de las que él podía contestar. Los mozos, niños aún al tiempo de su partida, formaban grupo aparte. Las muchachas lo miraban embobadas. Las mujeres lloraban tanto como Raquel. Sorprendióle a Jeff ver tantos blancos, y el despego, la afabilidad con que departían con los negros. Conocía a algunos: el larguirucho pelirrojo de Abner Lait, el chato Frank Carson; otros más que nunca había visto. No faltaban los de su propia edad, muchachones rubios de piel atezada, que lo observaban con curiosidad, pero sin malicia. El nuevo maestro de grados estaba allí también, un yanqui de Rhode Island, Benjamín Winthrope.

Dijo éste:

-Las ventajas de tenerle a usted entre nosotros, doctor Jackson, son inestimables. Espero que no nos abandonara.

-Así lo espero yo- asintió Jeff.

Un blanco, pequeñín, gastado por el trabajo y los años, Fred McHugh, dijo a Jeff:

-Supiera usted cómo sufre mi mujer, la pobre, si usted pudiera correrse un momento hasta casa a verla...

-Podría ir mañana -prometió Jeff.

-Siente un dolor en el vientre como si le royera una culebra.

-Iré.

Marcus tenía un acordeón. Sentado en el pretil del porche, había comenzado a tocar: "Mamá me corrió desde Atlanta..."

-Ven conmigo -dijo Jeff a su hermano, a la mañana siguiente.

-Hay quien tiene tiempo para divertirse, pero nosotros debemos trabajar.

-Para trabajar siempre queda tiempo.

-Vete con él. Yo me encargo del arado -díjole Gideon.

Este había vuelto a ponerse sus zapatos viejos y deformados, los pantalones de brin y la camisa parda-. Vete con él -repitió. Marcus unció la mula al coche, y él v su hermano se dirigieron hacia la escuelita, cuyo único local, de construcción cuadrangular con su campanario al fondo que sobresalía apenas del techo, llenaba la doble función de lugar de congregación y de escuela. Unos treinta, entre muchachos v muchachas de diferentes edades, llenaban los bancos. Enfrentábasele a Winthrope el difícil problema de enseñar las diferentes materias a tono con la extensa gama de edades y preservar, al propio tiempo, la disciplina. Inquieto y ajetreado, la visita tan temprana de Jeff le turbó y halagó a la vez. La presencia del flamante doctor tuvo la virtud de quebrar la disciplina, y el pobre maestro veíase a cada instante obliga-do a interrumpir la explicación de su método didáctico para acallar el alboroto.

Librodot

Mientras el grupo formado por todos los de cierta edad estudiaba -decía Winthrope-, daba clase oral a otro.

-Es difícil -admitía-. Con dos maestros, en aulas separadas, sería mejor el resultado. He descubierto, sin embargo, que en ciertos aspectos resulta ventajoso. Cuando hablo de literatura a los mayores, a los jóvenes no les viene mal escucharme.

-Por cierto que no -exclamó Jeff.

-No olvide que soy relativamente nuevo aquí. El viejo míster Allen-by, que fundó esto, tenía sus propios métodos... v no eran de los mejores que digamos.

-Pero cuando pienso que la sola existencia de una escuelita era, hasta ayer, un sueño...

Los dos hermanos volvieron a subir al coche y reanudaron el viaje.

-Quiero detenerme en la casa de McHugh. ¿Sabes dónde está?

-Sí, sé. ¿Es por la enfermedad de la señora?

-El quiere que la vea.

-De modo que ahora tenemos médico.

-Suelen suceder cosas peores -repuso Jeff.

-Quizás.

Jeff lo miró fijamente, pero Marcus no volvió a hablar. La casa que habitaba McHugh quedaba a la vista de la vieja casona blanca, v era una construcción de dimensiones reducidas, pero bien cuidada, especialmente sus alrededores, donde había plantados arbustos de adorno, detalle raro de ver en esos parajes. Vivían allí él y su esposa. Estaban casi siempre solos; no tenían hijos.

Fueron recibidos por McHugh, y Jeff preguntóle:

-¿Cuánto tiempo hace que está enferma?

-Que comenzó a no sentirse bien, será cosa de un año. En estos últimos tiempos no se ha movido de la cama. Anoche va no gritaba, la pasó entre lamentos v quejidos.

Precedió McHugh a Jeff al entrar al dormitorio, donde una mujer de unos cuarenta años, sin carnes y ya sin color, yacía en su lecho.

-El joven es el hijo de Gideon, Jeff. Es médico... ha estudiado en la madre patria. Es buen muchacho, Sally. Te va a mirar un poco. Vas a dejarlo, ¿no, Sally?

La paciente, sin proferir palabra, inmóvil, continuó mirando el cielo raso.

-¿Quiere salir un momento? -pidió Jeff a McHugh. Pero como la mujer no daba señal de interesarse por el visitante, díjole Jeff-: Señora, soy el médico; haga el favor, quizá pueda hacer algo por usted.

-Si es que puede, hágalo.

Al tocarle el abdomen se contorsionó la mujer v emitió un gemido... McHugh lo esperaba a la salida del cuarto.

-¿La ha visto va el doctor Leed?

-Sí, lo traje una vez.

-¿Y qué le dijo?

-Que se va a morir .. .

-¿Sabe él de qué se trata? -preguntó Jeff.

-Al doctor Leed es inútil hacerle preguntas... A la gente de Carwell no la pasa. Dijo que se va a morir, y asunto terminado.

Marcus, que se había acercado, preguntó:

-¿Tú sabes de qué sufre la señora, Jeff?

-Creo que sí. Ha de ser, a mi parecer, lo que llaman tiflitis, que es una inflamación de parte del intestino. En ciertos casos, por razones que aún nos son desconocidas, se produce una inflamación que, si no se detiene a tiempo, puede degenerar en gangrena. En las primeras fases responde al tratamiento con hielo. Pero esto ha ido mucho más allá.

-¿Quiere decir entonces que se va a morir? -preguntó McHugh.

Jeff hizo un movimiento de desesperanza con la cabeza.

-¿Usted no puede hacer nada? ¡Jesucristo, ni usted puede hacer nada!

-Recuerdo -dijo Jeff- que estando con el doctor Emery vi a un cirujano amputar la parte enferma. El paciente sanó. Fue una operación feliz, pero no he vuelto a ver a ningún otro cirujano repetirla. En Edimburgo se la consideraba enfermedad fatal en todos los casos.

-¿Y tú podrías operar? -preguntó Marcus.

-No sé...

-Bueno, maldito sea todo; se puede probar, ¿sí o no? Se va a morir, de cualquier modo.

-No sé cómo -dijo Jeff-; no se puede hacer una prueba sin saber por dónde se empieza.

-¿Por qué no?

Jeff miraba fijo a Marcus, McHugh los observaba atento. Con los labios que le temblaban dijo:

-Mira, Jeff. Conozco a Gideon... hace tiempo que lo conozco. En un tiempo me decían: no te acerques a ese negro, McHugh. ¿Sabes cómo fue eso? Me mandaron una nota marcada con sangre, diciéndome que no me le acercara. Luego, un día, me vino a ver sobre esto de la compra de la tierra; y yo lo acompañé. Y no le dejé va un momento. Fuimos juntos a Aiken, como fiscales en las elecciones, después de que un blanco fue embreado v emplumado por la turba, por haber votado a un negro. Pregúntele usted a Gideon, pregúntele, si me tiré atrás alguna vez. Pregúntele no más, cómo o le dije hijo de perra a Jason Hugar...

-Muy bien -interrumpió Jeff-; si la dejamos así, no vivirá sino pocos días más, v sufrirá horriblemente entre tanto. Marcus, vuelve con el coche a casa. Tráeme la valija del instrumental v también unas sábanas y toallas limpias. Dile a mamá que se venga contigo en el coche. ¿Tiene un poco de whisky, usted? -preguntó, dirigiéndose a MacHugh. Había whisky-. Bien, comience a darle de beber poco a poco; trate de que no le haga daño. ¿Me comprende bien? No debe emborracharla... No debe tomar, en total, más de media copa. Un momento; encienda el fuego en la estufa y ponga a hervir un poco de agua. ¿En quién tiene más confianza de las vecinas?

-En Hellen Lait -repuso McHugh pálido, aterrado.

-Marcus, tráela de paso. ¿Se tiene en pie esta mujer? ¿Se da usted cuenta cabal de lo que me propongo hacer, McHugh? Voy a abrirle el estómago a su esposa v extirpar el órgano enfermo. Va a causarle mucho dolor... va a ser difícil presenciar la operación... y es menester hacerlo en seguida.

McHugh hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

-Necesito su autorización, quiero que usted me diga que está con-forme con la operación.

-Conforme -contestó McHugh con débil voz.

-¿Comprende usted bien? Voy a realizar algo que nunca he hecho en mi vida. Ni siquiera sé por dónde empezar esta operación. Aun saliendo bien la operación, puede llevársela la gangrena. Este último es un riesgo que va con toda operación, pero aquí, con los medios primitivos de que disponemos, el riesgo será mucho mayor.

-¡Conforme! -repitió McHugh.

Gideon estaba en la galería, esperando, cuando Jeff regresó a su casa. Las primeras luces del alba permitían ver a cierta distancia. -¿Cómo, no durmió usted? -preguntóle el hijo.

-No... tenía tantas cosas que pensar... ¿Vive aún?

-Está durmiendo, ahora; descansa. Está bien, creo... no, estoy seguro. Está muy bien.

-Trata tú de dormir un rato ahora.

Jeff sonrió y movió la cabeza. Se sentó sobre el predio de la galería, junto a Gideon. El día clareaba minuto a minuto. Ya no tardaría en asomar el primer borde de sol. A lo lejos, cantaba un gallo. Como para sí, dijo Jeff:

-¡Dios mío! Cuando pienso que sólo dos hombres en el mundo habían realizado una operación así antes, v cuando pienso lo simple que parece una vez que se sabe hacerlo... Y luego, aquí, con nada, ¿me comprende, padre? ¡Con nada!

-Es lo que o mismo estaba pensando -dijo Gideon.

Librodot

-¿Sabe cuántos mueren por año de tiflitis? Quizá miles. Un doctor de campaña le llama indigestión aguda, o intoxicación alimenticia, o tumor. Pero es tiflitis .

Gideon hizo un movimiento de cabeza v pasó una mano por el hombro de Jeff.

-Y usted quería convencerme de no volver a casa.

-No quería, y tenía mis razones.

-No puede haber razones -repuso el hijo-. ¿Sabe que cuando muchacho le envidiaba a usted? Me parecía un iluminado, un ungido para una misión divina; estaba levantando un nuevo mundo. Bien, ahora va no le envidio; me parece conocerlo. Voy a coadyuvar en levantar este mundo, aquí mismo... a construir...

-Vete a acostar v trata de dormir un rato.

-No podría dormir va -dijo Jeff sonriendo-. ¡Dios mío, cómo podría ahora!

Una semana más tarde, se unían en matrimonio Jeff v Ellen. Todo Carwell se dio cita en la escuelita. El Hermano Pedro, en su nueva casaca negra de diácono, preguntó a Jeff: "¿Acepta usted, Jeff Jackson, a esta mujer por esposa?" Gideon observaba la escena, pensando cuán extraño e inexorablemente avanzaba el tiempo. El se sentía viejo; en cierto modo, hallábase agotado. Con el brazo en torno a la cintura de Raquel, escuchaba la voz del Hermano Pedro, la misma que había resonado en sus propios oídos toda una vida, voz firme, de resonancias broncíneas...

Jeff había elegido para residencia de ambos, un solarcito cercano a la escuela, lote que pertenecía a la comunidad. Estaba reservado para levantar allí la escuela v el cementerio, v, según dijera Jeff en son de broma, le venía bien estar cerca de ambos sitios Gideon tomó a su cargo la construcción de la casa; va era ducho en esa artesanía. No faltaba buena madera; odorantes tablones de pino para los costados y los pisos, machimbrado de roble para el revestimiento interior. Corta-das las tablas en el aserradero propio v traídas allí a carradas. Hanibal Washington, que era hábil albañil, se encargó de las estufas v chimeneas. Jeff se pasó horas enteras trazando planos: una sala para el consultorio, iluminada a pleno sol, con espacio para dos camas, otro ambiente que algún día habría de convertirse en sala de operaciones. Díjole al cabo a Gideon.

-Va a resultar la casa más grande de todo Carwell.

-Lo cual está muy bien.

-¿De dónde vendrá el dinero para tanto?

-Creo que me sobra dinero para esto -dijo Gideon, sonriendo.

-No puedo seguir viviendo a costilla suya. Ya bastante le he costado...

-En tu lugar, no me preocuparía tanto Jeff. ¿Necesitarás el instrumental completo, muebles, camas? ¿Y qué otras cosas?

-Pero cuestan un dineral.

-Ya nos arreglaremos. En Columbia podrías encontrar alguna cosa, pero pienso que será más conveniente ir hasta Charleston. Pronto iremos. -Otras razones tenía para querer ir a Charleston, pero le halagaba la idea de mostrarse acompañado de Jeff. Mientras tanto, Jeff v Ellen vivían en casa de Gideon. Confianza y comunión profundas unían la joven a la madre política, algo que no alcanzaba a compartir Gideon.

Un día, Jeff llegó a preguntar a su padre:

-¿Es que no ves con buenos ojos el que me haya casado con Ellen?

-El hombre debe casarse con la mujer que ama -repuso Gideon. Solía repetirse a sí mismo éstas o parecidas palabras, tratando de persuadirse de su verdad, así como de otras muchas cosas. Según pudo apreciarlo más tarde, el mundo en que vivía en ese marzo de 1879 era un paraíso de tontos; si le resultaba peregrino el creer que el sol se estaba inmóvil, o que el tiempo marchaba vertiginosamente, aún más peregrino resultábale el hecho de que en esas pocas semanas pudiese gozar de tanta dicha, dicha empañada por leves nubecillas, pero dicha al fin. Por primera vez en los últimos diez años, Gideon hizo a un lado los libros; no quería va leer ni estudiar, ni pensar. Habiéndosele pasa-do a Jeff su salita-estudio, convertida cada vez

más en concurrido consultorio, se pasaba los días trabajando en el campo, en compañía de Marcus.

No obstante la diferencia que los separaba en los hechos fundamentales de la vida, él v Marcus se entendían a las mil maravillas. Este no conocía aquella inquietud punzante que tan agitados mantenía a su padre y a su hermano, para quienes el mundo todo constituía un conglomerado desconcertante. Para él, en cambio, era perfectamente circunscripto y comprensible, y, en cierto modo, finito, completo. Marcus era un pecador; el Hermano Pedro lo admitía, triste aunque compadeciente. Marcus apetecía en las mujeres cuerpo, seno y muslo, sin avergonzarse de ello, pero no con lascivia, v una salud toda animal v una sensación innata de libertad le colmaba, como a copa desbordante del néctar de la vida. Pequeño y enjuto como era, resistía más el trabajo que el propio Gideon; bebía a la par de los blancos, igualando al hijo de Leslie Carson, Joe, copa por copa, hasta dar cuenta de medio galón de aguardiente. Le gustaba el baile. Su acordeón remozaba la vieja música; todas las cantinelas de las tierras bajas, cansinas, plañideras de los tiempos de la esclavitud, las tocaba, pero bajo el embrujo de sus dedos adquirían nuevo lustre, ritmos ágiles, nueva vida...

Idolatraba al padre. Conocía bien el algodón, mas sin igualar a Gideon. Trabajando a la forja en el granero, enllantando una rueda del carro, desnudo el torso, Gideon manejaba la maza cual herrero de profesión. Cuarenta v cinco años no habían logrado ablandarle los músculos de los brazos, y el caer repetido de la maza llenaba los alrededores de metálicos sones. "Márcalo", cantaba Marcus, haciendo girar el hierro, "márcalo, márcalo, márcalo", v Gideon continuaba la faena, irrigadas las mejillas por hilos de sudor. También padre e hijo juntos, pasaban todo el forraje que restaba a otro rincón del henil, trabajando con sus horquillas, en acompasada cachaza, y cantando a dúo: "Tengo un calambre en la espalda, estoy viejo y cansado". O limpiaban la maleza en terrenos destinados a algodonales, blandiendo sus hachas de dos filos en golpes cortos v secos; luego, por la noche, volvían al hogar con paso plomizo, riendo, satisfechos de la vida, sucios, pero contentos.

Ese día, Jeff debió decirle a su padre:

-A su edad, no crea que eso le sienta muy bien.

-A mi edad, ¡ja! -contestó Gideon sonriente.

-No es lo mismo que estar haciéndolo toda la vida. Lleva una vida sedentaria la mayor parte del año.

Gideon v Marcus salieron un día de caza, aquél con un rifle a repetición en la esperanza de levantar algún corzo, éste con una escopeta, diciendo que se conformaría con matar conejos.

Llamaron con sendos silbidos a los dos perros de pelaje manchado, se llenaron los bolsillos de hogaza y salieron a campo traviesa una mañana de frío tajante. Cantaban, dulce y alegremente, "Papá se fue de caza, Señor, Señor, Señor, sí....Papá se fue de caza, Señor, Señor, Señor..." Los perros hacían punta y luego tomaban la vuelta a lo largo y a lo ancho de los prados. No hablaban mucho nuestros hombres; en realidad, poco importaba el que padre e hijo tuvieran poco que decirse; se encontraban a gusto.

Anochecía al llegar de regreso. Ni cuerno de corzo había visto Gideon, pero Marcus llevaba en su escarcela un par de conejos bien gordos. Se los llevó al henil para desollarlos y limpiarlos. Completaba la operación echando a los perros, por toda recompensa, las entrañas; Gideon fuese derecho a su casa, donde Jeff lo estaba esperando; su rostro era un bloque de granito, los ojos vítreos, matiz que Gideon no le conocía. Se hizo acompañar hasta la salita de recibo; allí atendía, sentado a Abner Lait, con sus manazas rojizas aferradas en las rodillas.

-¿Qué sucede? -quiso saber Gideon, y como Abner Lait le mirara extrañado, insistió-: Por el amor de Dios, ¿qué ha sucedido?

Jeff hízole un ademán para que pasara al dormitorio, donde vio a Raquel inmóvil, en su rostro una expresión de anonadamiento. En la cama yacía un hombre vendado de pies a cabeza; gemía casi imperceptiblemente y se retorcía sin fuerzas.

-McHugh -llamó en voz baja Gideon.

-Sí, es él -respondió Jeff.

Gideon se acercó a la cabecera del desdichado y lo llamó un par de veces:

-Fred... hola, Fred -pero McHugh seguía ajeno a todo, gimiendo y retorciéndose en su total agotamiento. Gideon le tomó la mano v volvió a llamarlo-: Fred..., soy o, es Gideon.

-¿Lo apalearon? -preguntó ansioso cuando estuvieron de nuevo en la salita, estando va Marcus entre ellos.

-Puede llamarle así... apaleado.

-¿Y su esposa?

-La han matado -repuso Abner Lait-. Aquellos hijos de perras la han asesinado. ¡Bastardos inmundos!... La sacaron de la cama y...

-¿Quiénes? -preguntó Gideon, con voz desfallecida.

Jeff le refirió cuanto había podido saber de boca del pobre McHugh medio enloquecido del dolor. Los habían sacado de la cama, a él y su esposa, a pesar de sus ruegos de que la pobre mujer estaba enferma v que con moverla de su lecho la matarían. Los habían llevado hasta el pajar, los habían atado a una viga con las muñecas cruzadas y azotado sin piedad.

-No creo que ella sufrió mucho -dijo Jeff- debió de perder el conocimiento en seguida. Se le habrá desgarrado la herida v, sin duda, que habrá muerto en el acto. Pero Fred debió presenciar todo aquello amarrado al leño, hasta cerca de las tres, que es cuando lo encontramos.

-¿Vivirá él? -preguntó Gideon.

-Es una pregunta un tanto académica -contestó Jeff, sonriendo de extraña manera-. Está fuera de sí y le han quebrado los brazos. Ya no podrá volver a trabajar nunca.

-Quisiera saber una cosa, Gideon, quisiera saber qué hará usted, ahora -exclamó Abner Lait.

-Es hora de que les diga, ¿no le parece, padre? -dijo Jeff.

-No veía hasta ahora razón alguna...

-Pero es hora de que les diga -repitió Jeff.

-Bien, bien; mañana -dijo Gideon-. Mañana tendremos reunión. Jeff esperaba a Marcus en la galería de la casa. Lo tomó del brazo deteniéndolo.

-¿Marcus?

-Sí.

-¿Qué tienes conmigo? -preguntó Jeff.

-¿Contigo?... Nada, que yo sepa.

-¿Hemos de seguir siempre así?

-Me parece que vamos muy bien -repuso Marcus.

-¿Qué he hecho o de malo?

-Nada has hecho tú, nada..

-¿Es porque o me fui de casa y tú te quedaste aquí? ¿Es eso?

-No...

-¿Qué, entonces?

-Nada -reiteró Marcus-. ¿Cuántas veces he de repetírtelo? ¡Nada!...

-Bueno. No te enojes.

-Es que no estoy enojado.

-Recuerda... cuando éramos chicos no eras así.

-Cuando chicos... todo es diferente ahora...

-¿Crees que soy contrario a... Gideon?

Marcus no respondió.

-Es eso lo que crees, ¿verdad?

Marcus continuó encerrado en su silencio.

-¿Sabes lo que se viene? ¿Te ha dicho lo que nos espera? ¿Lo que él cree que nos espera?

-Ni se lo he preguntado, ni me lo ha dicho -repuso Marcus.

-El teme que esto es el fin de todo, ¿lo sabías?

Marcus hizo un signo negativo.

-¿Qué harás tú, llegado el momento?

-El sabe lo que se ha de hacer -repuso Marcus.

Los hombres llenaban el local de la escuela, negros y blancos, en sus ropas de trabajo... pantalones y mamelucos de brin azul, pesados zapatones de cuero, camisas pardas y rojas. En el caso de los blancos, la línea bronceada terminaba en el cuello y las muñecas; la piel estaba curtida por el viento y el sol. Los negros presentaban una gama de matices que iba del color ciruela al marfil. Contándolo a Winthrope, el maestro, contándolos a los jóvenes de dieciocho y diecinueve años, había más de cincuenta hombres en la sala. Un médico, un ministro del culto, un maestro, un diputado al Parlamento... el resto eran labriegos. El algodón era su renglón principal, pero también cultivaban tabaco, arroz y un poco de maíz; por otra parte, criaban vacunos, cerdos y caballos. La comunidad que habían formado continuaba llamándose Carwell, y cuanto podían ofrecer allí no existía diez años antes, ni tenían su exacta réplica en otro sitio alguno del Sur. Guerra, devastación, muerte, emancipación y el sistema de servidumbre de la gleba los habían obligado a unirse entre sí; de la nada, hablando en el sentido más estricto de la palabra, habían construido todo aquello, y podían mirar en torno y decir que esto, aquello y todo era obra de sus manos. Obra de aquellos hombres allí reunidos; escuelas, casas, molinos, ideas, porque nada así había existido antes. Los largos siglos entre el feudalismo y la democracia, el abismo que separa a ambos sistemas... ellos lo habían salvado de un solo paso gigantesco.

Todo eso recordaba Gideon Jackson en ese instante, instante que le permitía observar a aquellos hombres, aquilatarlos, recordar fisonomía, circunstancias de la vida de cada uno .. . Jeff quería construir... y Gideon tuvo una repentina visión de cómo los hombres saben v pueden construir. Dijo, pues, a sus hombres.

-Todos me conocéis. Os he hablado antes de ahora.

Claro que le conocían: le habían dado su voto; habían hecho rodar sus carros veinte millas a la redonda para decirle a todo el mundo que un voto para Gideon Jackson importaba mucho.

-Sabéis lo ocurrido a Fred MacHugh -prosiguió-. Hemos dado sepultura a su esposa esta mañana. En nuestro incipiente cementerio, junto a este mismo edificio, yacen cuatro hermanos nuestros, muertos por manos asesinas durante estos últimos ocho años. El hecho es de por sí terrible, aterrador. Quitar la vida a una persona es siempre grave; pero vuelve al hombre bestia salvaje cuando mata por sembrar el terror entre ciudadanos libres. ¿Sabéis por qué han apaleado a Fred McHugh y por qué fue torturada su esposa hasta quitarle la vida?... Por una sola y sencilla razón: para hacerles comprender a los blancos de aquí, de Carwell, que ya no podrán vivir ni trabajar juntos con los hombres de color.

"¿Y por qué es tan importante esta siniestra advertencia? ¿Por qué es tan necesario en este lugar que el blanco aprenda a odiar al negro, desdeñarlo, humillarlo, y que el negro, a su vez, aprenda a temer al blanco, rehuirlo, desconfiar de él? ¿Es acaso porque es incompatible que blancos y negros trabajen y vivan juntos? Pero Carwell, mil Carwell a lo largo y a lo ancho de este Sur nuestro, han demostrado lo contrario. ¿Será porque se mezclarán las sangres, degenerará la raza blanca en consecuencia, tal como el Klan lo ha venido pregonando en todo el Sur? Mas nosotros hemos convivido durante casi una década, y nada de ello ha sucedido. Nuestros hijos se han sentado en los mismos bancos en una misma escuela, y nada malo ha sucedido. ¿Pues, cuál es la razón entonces? ¿Cuál el inmenso pecado en que han incurrido blancos y negros en todo el Sur, todas las veces que han puesto sus brazos en un mismo esfuerzo? Es importante comprender con tiempo el motivo oculto detrás de estos hechos, no tanto para los negros como para los blancos.

"Lejos de mí la idea de atemorizaros, amigos míos. Dios es testigo de cuán atemorizado me sentí en Washington... pero al verme de nuevo entre vosotros, aquí, en Carwell, todo

parecíame distinto. Sentí nuevas seguridades; ésta es mi casa; éstos son amigos míos. Me conocían desde cuando o era esclavo, de cuando me zafé de las cadenas de Dudley Carwell, mi amo, de cuando regresé, al igual que tantos otros, a un inmenso solar sin dueño, sin capataces, sin látigos, ni vejámenes. Miré en torno, y vi que aquí moraba la razón, las cosas buenas de la vida; es así que me dije a mí mismo que las desgracias de mis pesadillas no podían ser, no aquí, al menos, no donde hemos creado y construido nosotros. Durante algún tiempo he vivido en este paraíso de tontos que llegué a forjarme.

Aquello ya pertenece al pasado. Ha llegado el momento de que os diga la verdad, de que comprendáis por qué causa Fred McHugh yace en mi casa con los brazos quebrados e inutilizados para siempre, su mente desequilibrada, y por qué está su esposa bajo tierra. He de deciros por qué, cuando mi hijo y yo viajamos hasta aquí desde Washington, se nos obligó a ocupar un vagón señalado con el cartel "NEGROS". He de deciros por qué en todo el Sur, de Texas a Virginia, llenan el aire desgarradores gritos de dolor. Y, por encima de todo, quiero que sepáis que, de hoy en adelante, se pondrá al blanco frente al negro, cual el lobo frente a la oveja; por qué, en fin, si logran su propósito, pasará a la categoría de sueño el que un día hubo un lugar llamado Carwell, tal como hoy lo conocemos.

"¿Por qué nadie aquí, en Carwell, pertenece al Klan? ¿A qué causa se debe que en todo el Sur los labradores honestos y amantes del trabajo no pertenecen al Klan? ¿Quién pertenece al Klan, si esta asociación es, tal como lo pretenden los diarios, la protesta sincera de un Sur sufriente e indignado por el estado de postración en que ha caído? ¿De dónde viene? ¿Quien lo ha organizado? ¿Si es verdad que desea salvar al Sur del negro salvaje, por qué aniquila a dos blancos por cada negro y por qué cae en Carwell para matar a la pobre mujer enferma de Fred McHugh?

"Me llevó largo tiempo comprender qué es el Klan, cómo opera, qué fin lleva en su modo de obrar. Ahora lo sé, tanto como quizá lo sabréis vosotros. El Klan lleva un solo propósito... destruir la democracia en el Sur, desbandar y aniquilar al agricultor independiente, y cavar un abismo, al proceder de tal modo, entre el negro y el blanco. Él negro se convertirá en peón, difiriendo apenas del esclavo anterior a la guerra. Y al adquirir tal condición, esclavo de hecho si no de derecho, el blanco caerá con él. Unos pocos readquirirán posición y riquezas, exactamente como antes, pero tan sólo unos pocos. Para el resto, para nosotros, habrá pobreza, hambre, odios, el odio que será el cáncer de esta nación.

"¿Os dáis cuenta ahora de cuál es el pecado que ha cometido Fred McHugh en Carwell? Ha sido sometido a torturas a fin de que Abner Lait, Jake Sutter, Frank Carson, Leslie Carson, Will Boone... todo hombre blanco, en fin, quede advertido y se disponga a hacer su parte el día de la rendición de cuentas. En vosotros está la decisión; hay una salida que en verdad no es salida. Uníos al Klan, cooperad con el Klan, no resistáis... v os destruiréis a vosotros mismos. Conocéis bien a esos hombres, los inmundos, enfermos, degenerados, canallas que fueron tratantes de esclavos, capataces, torturadores, verdugos, matones, fulleros, estafadores, sheriffs todos guapos cuando tienen un revólver en la mano, pero no tanto como para mirar de frente a la muerte, al modo que lo hicieron miles de bravos sureños, hoy muertos por querer a su patria v a su tierra. No necesito describir esa calaña; al sacar de su lecho a Sally McHugh, colgarla de los brazos y azotarla hasta quitarle la vida, se pintaron solos. Son la escoria, los desechos de esta tierra. Por cada uno de ellos, cientos hay de hombres decentes v buenos en la comarca; pero estos canallas están organizados, y los hombres de bien no lo están. Tienen dinero, tienen mercenarios que defienden su causa en Washington, tienen a plantadores adinerados que los dirigen y aconsejan. Nada parecido tenemos nosotros... y yo, por mi parte, doy gracias de ello a Dios.

"¿Qué hemos de hacer nosotros? Sé cómo quería actuar mi amigo Abner Lait: tomar el fusil e ir a matar a Jason Hugar. No es ése el camino. Perder la cabeza, matar a la manera que matan ellos... no, así no."

-¿Cuál habrá de ser el camino a tomar, pues, Gideon? -gritó Abner Lait-. ¿Por qué no nos dice qué ha sucedido en Washington?

-Yo lo diré. En Washington nos han vendido. Nos ha vendido el partido republicano, nuestro propio partido, el de Lincoln... y el precio ha sido nada menos que la presidencia de la Nación. Los antiguos colonos lo han pagado. En recompensa, cuando Naves asuma el poder serán retiradas las guarniciones de tropas federales de Columbia, Charleston... de dondequiera que estén. Desde ese momento, la única ley será... el Klan.

-¡Y usted lo admite, lo acepta, entonces!

-Lo admito. Os dije que os pondría frente a la verdad. Pero, ¿qué hacer? ¿Perder la cabeza? ¿Asesinar? ¿Abrirnos las entrañas nosotros mismos? ¿Prepararles el trabajo antes de que estén ellos mismos prestos a hacerlo? ¿Es eso lo que vosotros preferís? -Gideon dejó de hablar v fue escrutando los rostros-. ¿Es, pues, eso lo que queréis? -repitió-De ser así, mi presencia aquí está de más... mejor será que me vaya.

Siguió un prolongado silencio, que rompió Frank Carson al decir: -Continúe, Gideon; díganos qué piensa usted del asunto.

-Bien. Recordad que somos todavía fuertes. Cincuenta somos en esta sala; tenemos armas y municiones; nos hemos adiestrado juntos v juntos hemos trabajado. Pienso que nos podremos defender bien, si no perdemos la cabeza. De otro modo, de nada nos serviría defendernos; ni una derrota gloriosa nos serviría. Tenemos que organizarnos en conjunción con otros; miles desean unirse en cruzada al modo que pensamos hacerlo nosotros. Estaba preparándome para bajar a Charleston y ver a Francis Cardozo y a otros líderes de color. Anderson Clay y Arnold Murphy, dirigentes blancos éstos, también están allá. Acaso podamos, juntos, encontrar el medio de adelantarnos a las intenciones siniestras de nuestros enemigos. Nada os prometo, empero; abrigo pocas esperanzas. No sé... pero dejadme intentar. Después de ello habrá tiempo para otros expedientes. Dejadme probar; que siga viviendo Jason Hugar; las cosas no cambiarán con matarlo a él. Si no me malográis esta oportunidad...

Lo habían escuchado atentamente y seguían mirándolo, v algunas cabezas acompañaron una señal de asentimiento con las palabras "está bien"; Abner Lait dijo en voz baja:

-¡Pruebe!

Ellen no podía conciliar el sueño; a lo largo de la noche no dejó un momento de oír los débiles gemidos que le llegaban a través de la pared, quejas de bestia herida de muerte, de Fred McHugh. Era el cuerpo y la vibración y la memoria propios del terror; volvíanle a la mente vivencias que va no quería recordar: el correr a ocultarse en el bosque; la muerte y el grito desgarrante. Quedóse largo rato escuchan-do en un escalofrío, hasta que, incapaz de soportar el tormento, despertó a Jeff.

-¿Qué sucede, querida, qué?

-Tengo miedo.

-Nada hay que temer.

-Tengo miedo... -El cuerpo del joven hércules modelábase bajo la caricia angustiosa de ella; sus recios muslos alargados, su tórax robusto, cual panza de tonel; los haces de músculos en descanso que le recubrían el esqueleto perfecto, cuello, mentón, ojos, boca... En la noche, en la oscuridad, él v ella eran uno sólo, ella acurrucándose junto a él, susurrando:

-Jeff, Jeff, Jeff.

-Ya ves, Ellen, estoy aquí... siempre estaré a tu lado.

Pero el miedo va había hecho presa en la cieguita: escuchaba los lamentos del herido, gemidos cortos y penetrantes que dejaba escapar en su agitado sueño. De pronto, las honduras inmensas de las tinieblas la envolvieron; un pozo abismal, en el que la gente bajaba y subía, figuras espectrales todas, donde Allenby y los demás iban y venían. Se enroscó en el cuerpo de Jeff, en la exaltación extrema de sus fuerzas pero en vano .. .

Díjole Cardozo a Gideon:

-No dejo de reconocer la verdad esencial de sus conclusiones, pero no alcanzó a ver su lado trágico.

-No me interesan las abstracciones, sino la forma en sí. Es ésta que forja los hechos de la vida.

Librodot

Anderson Clay, dijo, a su vez, que estaba de acuerdo con la manera de pensar de Gideon.

Ocho hombres, cinco de color y tres blancos, hallábanse en el estudio de la casa de Cardozo. Cuatro procedían de Carolina del Sur, uño de Georgia, dos de Luisiana y el restante de Florida. Tres horas llevaban debatiendo, y estaban lejos de llegar a una conclusión. Algunos eran militantes, otros, miedosos; la mitad, al menos, de ellos, se valía de la coyuntura para refugiarse detrás de las palabras. Hablaban en círculo; de singulares hazañas propias, de lances de honor, de los negocios, de voluntad y tesón... hasta que Gideon castañeteó los dedos para llamar la atención:

-Todo eso pasó a la historia, les digo. Son cosas muertas ante lo que se nos acerca. Hoy ya de nada valen.

-Pero, ¿y nuestros éxitos, negros por docenas y blancos de condición humilde en Diputados, en el Senado, en los gobiernos de los Estados, y gobernadores?...

-Consientan en escucharme... todo eso ha terminado -rebatió Gideon.

-¿En virtud de qué circunstancias? -preguntó Cardozo con placidez, dando visos de razón allí donde no había ninguna-. Nadie, Gideon, y usted bien lo sabe, le respeta a usted más que o. ¿Pero no le parecen empíricas sus conclusiones... para calificarlas con el término más favorable que ahora me viene a la mente?

-¿Pues porque fulano ha sido linchado, mengano torturado, amenazado zutano, porque el senador Holms llegó a decirme ciertas cosas en confianza, no he de anticipar epílogos? ¿Es eso lo que usted pretende inferir de todo esto? ¿O me habré vuelto alarmista?

-En cierto modo, sí.

-Y, sin embargo, Francis, era usted tesorero del Estado hace sola-mente un año, y ya no lo es. ¿Qué fuerzas obraron para que tal ocurriera? ¿Si digo que no se me permitirá volver a poner pie en la Cámara de Representantes de Washington, es necesario la prueba palpable también de ello? ¿Es que no veo más allá de la nariz? Si así fuera, Francis, sería hoy un esclavo, v conmigo otros cuatro negros.

Capra, un negrito ya entrado en años, representante por Florida años antes, se interpuso para decir:

-Nadie, Gideon, amenaza su integridad personal.

-¡Me importa un bledo mi integridad personal! -contestó Gideon.

-Pero, Gideon, nos dice usted que el partido republicano ha vendido la reconstrucción por unos sufragios. El partido somos nosotros; nuestras vidas mismas hemos dedicado al partido, y él ha luchado por nosotros, nos ha dado la libertad. Usted no tiene pruebas. Dice usted que serán retiradas las tropas de todo el Sur dentro de diez días, ¿trae las pruebas? Dice que habrá una ola de terror, que será destruido cuanto se ha hecho... ¿y las pruebas?

-Ya se están destruyendo -dijo Gideon, acompañándose con ademán cansado-. Mire en torno. No hay negros en este tren, ni en aquella fila de asientos. Blancos, no más que blancos... En aquellas escuelas no entran niños de color; nosotros hemos construido la escuela, pero ya no entran allí nuestros hijos, ni nos dejan formar parte de los jurados... El abogado defensor se opone. El año pasado podía ser juez de paz un hombre de color o un blanco de condición humilde... hoy, es un terrateniente acaudalado o un lacayo suyo el que apoya la objeción de la defensa. Vemos negros en el banquillo de los acusados, pero en el jurado, ¡no!

-Acepto todo eso -dijo Cardozo-. En lo esencial, en el fondo, nos hemos visto forzados a hacer concesiones de compromiso.

-¿A eso llama usted hacer concesiones de compromiso? -exclamó Anderson Clay con una sonrisa-. ¿Privándose del propio aire que respira, Francis? ¿El pan de cada día? ¡Estas cosas son el alma de nuestras vidas! ¡No es posible entrar en componendas con un hijo de perra que quiere chuparle a uno la sangre!

-Usted habla como blanco que es. Pruebe a dirigir la misma pregunta a un negro...

-¡Cansado estoy de oír eso! Cuanto tenemos lo debemos al hecho de que negros y blancos han hecho frente, juntos, a la situación. Razón tiene Gideon; si obramos del modo que usted piensa, vamos a rodar por el mismo despeñadero.

Abels, quien había sido secretario de Estado tres años, preguntó:

-¿Pero por qué, hablando con toda exactitud, el partido habría de habernos vendido? ¿Con qué objeto?

-Porque va hemos cumplido nuestra misión. Hemos sido simples instrumentos, vehículos de una etapa histórica; hemos quebrado la espina dorsal de la colonia latifundista. En los últimos ocho años, nuestro país se ha convertido en la mayor y más poderosa máquina industrial de la tierra. El Norte domina ya el Oeste y el Sudeste; aun aquí, en el Sur, comienzan a levantar grandes fábricas. No importa va que las grandes plantaciones de algodón vuelvan a tener sus siervos; total, el Norte está a salvo.

-¿Y el partido del pueblo?

-No hay partido del pueblo va -gruñó Clay.

-Con todo -dijo Cardozo-, no será posible hacer lo que usted pide, Gideon. Restablecer la milicia de blancos y negros, una vez que ha sido abolida... ¿cómo? ¿En las barbas de la propia Ley?

-La Ley es el pueblo mismo.

-Esa, Gideon, es una concepción más primitiva de lo que o esperaba de usted. La Ley es el pueblo sólo a través de un determinado proceso.

-¡Un proceso que inscribió en la Constitución el derecho del pueblo a llevar armas, a tener una milicia!

-Podríamos llevar el asunto a la Suprema Corte... lo cual nos llevaría meses. Usted sugiere una convención para unir toda fuerza reconstruccionista en el Sur. Eso, y lo afirmo con vehemencia, Gideon, provocaría el estallido de un estado de violencia.

-Ya, va. Si levantamos una voz en defensa de nuestros intereses, provocamos estados de violencia.

-Así es.

¿Y si hubiera violencia -agregó Gideon-, a pesar de todo? ¡Como la ha habido va!

-¿A qué seguir, Jackson? -dijo Abels, moviendo la cabeza-. Ya hemos manoseado bastante tiempo este tema.

-¿Esas palabras suyas -preguntó Gideon- reflejan su verdadero estado de espíritu? - Estaba harto de argumentos; si hay un final para toda situación, a ésta le había llegado-. ¿Hemos terminado, señores? Bien... una cosa es saber que todo diario del país vocea las mentiras, leer sobre las saliveras de oro en que escupimos, los millones que van para adornar nuestras salas legislativas engalanadas con espejos v marcos dorados, los miles v miles que hemos extorsionado de una tierra indefensa, de cómo hemos corrompido la juventud, muchachos y doncellas, de las comarcas sureñas, que comerciantes inescrupulosos, que perversos usureros yanquis tiran los cordeles... todas esas patrañas leo yo en los diarios. Una cosa es esto, repito, señores, y otra es estar aquí v oírles decir a ustedes que no debemos levantar nuestras voces en defensa propia, que no debemos ni siquiera intentar la unión de este dos veces maldito Sur nuestro. Yo quiero a mi patria, señores. No quería hablar en este tono... pero no pude evitarlo. Quiero esta patria mía porque es mía, y ha sido para mí como una madre buena; me ha dado dignidad, coraje, esperanza... ¿Estoy solo en mi causa, señores?

Se mantuvieron mudos. Algunos tenían la mirada fija en el suelo; otros observaban a Gideon con mirada equívoca. La sonrisa afloraba en los labios de Anderson Clay.

-¿He de persuadirme, pues, que todos ustedes están de acuerdo con el señor Abels?

Silencio.

-Y lo más singular de todo esto es -dijo Gideon, sereno- que hasta las mismas cosas a que más se aferran ustedes serán echadas al olvido. Los hombres de color que ocuparon una banca en la casa de representantes, en el Senado, aquellos negros que levantaron escuelas y la bandera de la justicia... todos caerán en el olvido, amigos míos. Ya ni siquiera seremos

Librodot

hombres. Nos machacarán v aplastarán hasta quitarnos cuanto tenemos de humano... hasta llevarnos a odiar a los blancos, con tanta convicción como ellos nos odiarán a nosotros. Nos convertirán con suplicios de todo orden, en un estrato vilipendiado v degenerado como no lo hay otro sobre la faz de la tierra. ¿Y hasta cuándo, amigos míos, antes de que volvamos a vislumbrar un rayo de luz? ¿Hasta cuando? Formúlense ustedes mismos esta pregunta.

Gideon pidió a Anderson Clay, lo acompañase, pues deseaba presentarle a Jeff. Caminaron juntos bajo el ardiente sol de las calles de Charleston, desiertas y flanqueadas de paredes encaladas. Día caluroso de primavera que hizo recordar a Gideon otro, años antes, en la misma ciudad... Los palmitos ostentaban en sus copas, abriéndose en flor, el verde claro de la nueva estación. Los pájaros trinaban y hacían brillar al sol sus vistosos plumajes. El azul del cielo era pálido ese día, con desgarrones blancos esparcidos aquí y allá. Eran las vistas de tantos años, las mismas que daban al ambiente un todo de familiaridad y, a la vez, un mentís a la depresión que había hecho presa en Gideon. La ciudad estaba tranquila y viéndola tan finamente civilizada hacía re-encontrarse al espíritu consigo mismo, sin protestas ni aprensiones.

-Tenía pensado instalarme en esta ciudad, algún día -dijo Anderson Clay.

-Bonito lugar para vivir.

-¿Sabe usted? -dijo Clay, al rato-, en cierto modo, es usted el equivocado y ellos están en lo cierto. Ellos capearán la crisis, pero usted...

-Tirarán adelante, amoldándose poco a poco -repuso Gideon caviloso-. Soportando una mayor presión año tras año viéndose quitar un derecho tras otro... No lo advertirán siquiera. ¿Será mejor así?

-No digo que eso sea mejor.

-Pero usted vio la causa perdida desde el primer instante.

-Comprenda usted, Gideon; es que entonces no sabíamos. Comenzamos de la nada, con tantos tanteos en la oscuridad. Nos guiaba una idea madre: construir... escuelas, juzgados, hospitales, carreteras, y hombres también. Quizá podría decirse que todos nosotros, su gente y la nuestra, obramos en la embriaguez del optimismo de que la libertad tendía una alfombra a nuestro paso, en camino sin término. Pensamos tan sólo en construir. Los demás querían destruir, y se organizaron con ese fin. Diez días no nos bastarán para organizarnos, Gideon... todo un año nos resultaría corto.

-Y entonces, ¿qué?

-Bien; lucharemos -repuso Clay, encogiéndose de hombros-. Lucharemos como lo hemos hecho ya una vez, porque estamos hechos al combate. Pero nuestros enemigos han tenido en cuenta todo ello... Estaremos solos en la arena.

Jeff los estaba aguardando cerca del paseo de Battery.

-Mi hijo, el doctor Jackson -dijo Gideon, presentando a Jeff. Jeff, Anderson Clay, bueno v viejo amigo mío.

Jeff estrechó la mano del blanco.

-Me dicen que ha venido a Charleston, doctor, a comprar provisiones.

-Estamos levantando un hospital en Carwell, modesto, se comprende.

-Pienso ir a Carwell para el próximo año -dijo Anderson Clay. -Va para nueve años que repite la misma promesa -observó, son-riente, Gideon-. Siempre el año que viene...

-Así es, Gideon. El año que viene. -Cruzando hasta el malecón, prosiguieron su paseo, sin prisa. Clay y Jeff iban hablando de Escocia, de medicina, de la falta de toda clase de facilidades sanitarias en el Estado-. Dénos usted tiempo, hijo -dijo Clay.

-Algunas de estas viejas casonas de las antiguas plantaciones, como la de Carwell -dijo Jeff-, están allí vacías, estériles... Eso vendría bien para un hospital vecinal, grande, aireado, limpio.

Gideon miró a Anderson Clay.

-Un estadista sería capaz de cosas peores -continuó Jeff.

Librodot

-Podría -asintió Clay-. Acaban de decirme que hace poco se ha casado usted, doctor. Felicitaciones.

-Gracias -y al instante profirió Jeff-: Curioso; no sé qué ha sido de la reunión... ni sé si me importa gran cosa. Ya ve, tiramos adelante. Un hombre que vende el alma para vivir en la Casa Blanca no puede cambiar esto.

Caminaban sin prisa. El sol poniente impartía al agua de la bahía reflejos tornasolados. Las gaviotas dejaban caerse hasta flor de agua, para volver a elevarse triunfantes. Un letrerito, modesto, tímido se diría, fijado a la baranda advertía: "BLANCOS SOLAMENTE". Un vapor, dejando tras sí una estela de humo, iba siendo piloteado a puerto. Un grupo de muchachos esparcían sus risotadas desde la cubierta de una embarcación a vela. Un carruaje bajaba por la calle con estrépito, v dos muchachitos, detrás de una verja, en un terreno recubierto de fino césped, al lado opuesto de la calle, saltaban la soga.

En Carwell, por primera vez en muchos años, de pronto y con desolador efecto para Gideon, reinaba absoluta quietud. El Hermano Pedro, habiendo ido a visitar a Gideon al día siguiente de su retorno de Charleston, lo encontró sentado en la galería, los codos apoyados en las rodillas, el mentón hundido en el hueco de las manos.

-Hace horas que está así -dijo Marcus.

-¡...lá! -respondió Gideon-, buenas tardes, Hermano Pedro.

-¿Cansado Gideon? -preguntó el Hermano Pedro.

-¡Ya, ya!

El religioso sentóse a su lado, no sin antes recoger las faldas de su sotana de diácono:

-Largo es el camino. Ya no tengo la agilidad de otros tiempos.

-¿No?

-No, y por mucho.

Gideon no respondió. En ese instante Raquel salía a la galería, v como el Hermano Pedro intentara levantarse, ella exclamó:

-Quédese cómodo. Dichosos los ojos...

-Gracias, hermana.

-¿Se quedará a cenar con nosotros?

-Bueno, no me desagrada la idea, y se lo agradezco de corazón. Raquel miró a su esposo, que no había vuelto la cabeza; el diácono hizo un gesto de desesperación. Raquel, después de unos instantes, volvió al interior de la casa. El Hermano Pedro se sentó en el umbral de la galería.

-Dechado de mujer, la hermana Raquel. Es una delicia comer sus platos, y un placer sentarse a su mesa. Pero hay algo que extraño mucho, Gideon... su ausencia de Washington.

-Sí.

-Le hará bien conversar un poco, Gideon... Dé salida a la bilis que lo amarga, hágame caso. ¿Tan mal le fue en Charleston, tan terriblemente mal?

-Más o menos.

-¿Pues, cómo es esto, Gideon? Por mala que resulte una cosa..., el Señor nos, da su bien y el Señor nos lo lleva en la misma medida. A usted le falta fe, Gideon.

-¡Ojalá fuera solamente fe lo que me falta!

-¿Cómo es eso? El hombre viene al mundo desnudo, y desnudo se ha de ir. No le estoy hablando de Dios... hace mucho que he renunciado a hacer de usted un creyente. Tiene usted vigor y energía, pero acaso tendría más... si tuviera fe. Bien, bien, le hablaré de los hombres. Dejemos a Dios a un lado. Poco le importa a El que lo tomemos o no en cuenta. ¿Cree en los hombres, al menos?

-¿En los hombres?

-Eso es, Gideon.

Gideon dirigió al anciano una mirada pensativa, en tanto éste sacaba de su sombrero negro una partícula de tierra. El sombrero era un regalo de sus feligreses; desde hacía cuatro años lo llevaba, excepto en días de lluvia, v estaba nuevo.

-Estaría por decir que creo en los hombres -continuó Gideon-, no sé...

-¿Cómo que no lo sabe? Será que el hombre tiene una carga de pecados en sus hombros, ¿pero cómo es entonces? ¿Que el negro es esclavo un día, y hombre libre al siguiente?

-Y esclavo el subsiguiente.

-¿Usted piensa en eso? Suponga por un momento que muramos todos los que poblamos estos parajes, ¿no cree usted que quedaría, aunque fuese una mera partícula, más de lo que había antes? ¿Desespera, pues, de que resonarán nuevos cantos de aleluya para nosotros?

Gideon no respondió; la tarde oscurecía, el sol se había puesto. Se le acercó Marcus, quien tras mirar a los dos hombres, entró en la casa. Finalmente, dijo Gideon:

-¿Cenará con nosotros, Hermano Pedro?

-Claro que sí. Le diré, conservo bueno el apetito a pesar de mi edad. El mucho caminar me lo trae. Entre, yo le seguiré hermano.

Gideon se incorporó y entró en la casa. Jeff acababa de lavarse las manos en la bomba de la cocina.

Habiendo salido Jeff, Raquel se volvió hacia Gideon y, después de mirarlo un instante, se acercó.

-¿Gideon?

-Sí.

-Puedo soportar cualquier cosa -dijo Raquel con voz susurrante, al tiempo que le apoyaba la mano en la espalda y hacía deslizar la mano, bajándola por el brazo-, pero no puedo verte en ese continuo sufrimiento. Te he sido de poca ayuda últimamente, y comprendo que día a día puedo hacer menos por ti, pero no quiero verte así.

Gideon la tomó en sus brazos. La tenía contra sí, como lo haría un oso, en un momento desesperado, y las palabras salían de la boca de ella entrecortadas:

-Ya no puedo... ya no puedo verte así ...

-Raquel, Raquel querida.

-¿Vas a sonreírme, Gideon?

El sonrió al fin, y ella se mantuvo junto a su cuerpo, crispados los dedos en la camisa de su hombre.

A la mañana siguiente, junto a Jeff y Ellen, Gideon observaba a Hanibal Washington colocando los ladrillos de la chimenea de la nueva casa, cuando llegó Abner Lait, quien volvía del pueblo. Soltando riendas, saltó del carro, y se detuvo al lado de Gideon.

-¿Dónde ha aprendido a manejar así la argamasa? -preguntó a Hanibal Washington.

-De mi padre -repuso el negro-; fue él quien construyó las siete chimeneas en la casona de allá arriba.

-¿En serio lo dice?

-Naturalmente... pero ocurrió hace muchos años.

-¿Y cuándo levantaron aquel caserón?

-Lo menos... cincuenta años hace.

-Parece como si hubiera estado allí siempre -dijo Abner, tirándole a Gideon de una manga.

Gideon lo siguió hasta detrás del carro, donde el blanco le dijo:

-Acabo de ir a la ciudad. Parece que usted tenía razón, después de todo... el Presidente se ha vendido a aquel hijo de perra de Wade Hampton. Las tropas de guarnición en Columbia tiene orden de marcharse... El diez de abril es la fecha fijada para su salida para el Norte.

-¿Quién ha dicho eso?

-Mire lo que dice este diario -dijo Abner, extendiendo la mano dentro de la caja del carro, de donde sacó la hoja, cuyo titular decía: "El Sur consigue su segunda emancipación"-. Ahí tiene usted... toda la historia. Allá se habla de todo... Jason Hugar anda pavoneándose por las calles en uniforme militar... va a todas partes en el desfile de la victoria en Columbia. Usted me recomendó no entrar en lances; bien, puesta, tan sólo me quedé mirando a aquel

hijo de perra, Hugar. ¿Dónde habrá luchado ese tipo? He estado en muchas campañas, pero nunca oí hablar de ningún maldito Hugar.

Gideon estaba leyendo la gacetilla, recorriendo sus líneas, nerviosa y apresuradamente: "...en amigable acuerdo con el gobernador, el presidente Hayes ha puesto su firma al decreto que, al fin, habrá de establecer la democracia y el estatuto local en el Sur. Las últimas tropas federales serán retiradas el día diez de abril . "

-Va a ser un verdadero picnic -murmuró Abner Lait.

-¿Qué?

-Es que, ¿sabe, Gideon? Mi abuelo debía haber ido al Oeste. El viejo Dan Boone se vino hasta aquí para rogarle le acompañara a Kentucky. ¡Por todos los diablos, no! dijo el listo de mi abuelo. Jesucristo, ojalá hubiera ido... a Kentucky, y de ahí a Illinois y no parar hasta cruzar todo este maldito país... hasta las aguas azules del Pacífico, ¡ojalá...!

-Calle usted -interrumpió Gideon, señalándole donde estaba Ellen. Hanibal Washington y Jeff los estaban observando atentamente.

-¿Qué camino piensa tomar ahora, Gideon?

-¿Estamos a seis, verdad? Tenemos cuatro días por delante. Voy a hacerme una escapada hasta Columbia. No sé a qué... trataré de hacer algo, de todos modos.

Terminado de redactar el telegrama, en la oficina de la Western Union, en Sumter Street, en la ciudad de Columbia, Gideon lo alcanzó al empleado, un muchacho de cara granujienta, de unos veinte años de edad.

-Quiere leérmelo, por favor -pidióle Gideon. Y como el mozo no hiciese caso y se quedase mirándolo con ojos insolentes, Gideon insistió-: He dicho que me lo lea, por favor.

El mozo levó entonces:

RUTHEFORD B HAYES CASA BLANCA WASHINGTON, DC
SEÑOR PRESIDENTE RUEGOLE DEMORAR RETIRO TROPAS FEDERALES DE COLUMBIA STOP ABOLICION DE LA MILICIA NEGRA Y BLANCOS HUMILDES DEJA FUERZAS PRO RECONSTRUC-CION MERCED TROPAS FEDERALES STOP TEMENSE DISTURBIOS Y TERROR STOP REPUBLICANOS LEALES AQUI NO COMPRENDEN ABANDONO TODOS ELEMENTOS DE LA UNION EN EL SUR STOP ROGAMOSLE AYUDA Y CONSIDERACION
GIDEON JACKSON REPRESENTANTE POR CAROLINA DEL SUR

-¿Cuánto el importe? -preguntó Gideon.

-Diez dólares -repuso el muchacho, después de un momento de hesitación.

Gideon lo miró un instante, pagó y salió del local. El otro, entonces, se dirigió triunfante hacia el telegrafista:

-Nunca he visto un negro que sepa calcular la tarifa de un telegrama.

-¡Maldito si no te hago echar por eso! ¿Cuánto le sacaste?

-Diez.

-Vamos a medias, si no... ¡Trae aquí! -el muchacho le alcanzó el despacho, cuyo texto el telegrafista recorrió con la mirada. Dejó escapar un silbido de asombro y volvió a leerlo con más atención-. ¿Quién te dio esto?

-Un gigante negro...

-Escucha. Vete corriendo hasta el despacho del juez Clayton. Dile que deseo saber si he de mandarlo o no. ¡Y no digas palabra a nadie de todo esto!

Al cabo de veinte minutos estuvo de regreso el muchacho.

-El juez se ha guardado el telegrama y me ha dado encima un dólar.

-A medias.

-Me ha dicho que no divulguemos esto, y que él sabe por qué.

Al salir de la oficina del telégrafo Gideon fuese a ver al coronel J. L. Williams, comandante de las fuerzas federales, quien, muy atareado ese día, tardó hora v media en dar audiencia al negro. Cuando lo vio en su despacho, le dijo:

-Representante, lamento mucho la demora. Todo el mundo, en este bendito Sur, quiere hablar hoy conmigo.

-Lo comprendo -dijo Gideon meneando la cabeza-. No sé en qué diferirá mi caso del de los demás... Tengo aquí copia del telegrama que acabo de enviar al presidente de la República. La respuesta podrá tardar un día como diez... hasta entonces, le ruego no deje partir los trenes con sus tropas.

Leído el telegrama, el coronel movió la cabeza.

-Mis órdenes . -Sé que tiene usted órdenes que cumplir, coronel. No le pido un favor personal. Esto es asunto de vida o muerte para muchísima gente.

-No puedo -dijo el coronel-, lo lamento.

-¿Se da usted idea de lo que vendrá el día que sus tropas salgan para el Norte?

-No es cuestión de lo que yo piense que sucederá -repuso el coronel-, se trata de obedecer órdenes. ¿Por qué no va a verlo al general Hampton, comandante del distrito?

-Sería inútil. Tampoco haría nada. Sé bien qué son las órdenes militares. He estado en el ejército, coronel...

-No viene al caso.

-No comprende usted que el Presidente no puede dejar de tomar en cuenta el telegrama.

-Podrían someterme a corte marcial.

-Cuento con ciertas influencias en Washington.

-¡Es que no puedo hacerlo! -dijo el coronel, alzando el tono de la voz-. Créame, señor, por mucha que sea mi voluntad de ayudarle, no puedo. ¿O cree que no tengo ojos para ver? Pero soy soldado, ¡no soy un político!

Gideon quedóse delante del coronel con los nervios tensos, el terror en los ojos, agobiado; luego exclamó:

-Lo lamento mucho.

-Yo también -dijo el general.

Gideon salió a la calle .. .

Permaneció en Columbia hasta el día diez de ese mes, intensificando sus visitas a la oficina del telégrafo. El día nueve envió un segundo despacho. El mismo día diez estuvo contemplando cómo la tropa marchaba hacia la estación del ferrocarril... y se volvió a Carwell.

La tarde del quince de abril, la gente de Carwell fue sobresaltada por gritos de mujer. Gritos desgarrantes que penetraron por todos los rincones de la aldehuela y trajo gente a la carrera desde todas direcciones. Un muchacho salía del monte, el terror en los ojos, sollozando. "Ha vuelto el caballo, ha vuelto él." La gente siguió al muchacho, Juddy Hale, hasta la finca de su padre. Este Zeke Hale, era un negro fornido, pacífico hombre de familia, buen cultivador, quien obtenía de sus cosechas de algodón un producto tan alto como el que más. Allí encontraron a Franny Hale, su esposa, gritando en la locura de la desesperación. Ahí cerca había un carro con el caballo uncido... v cuando se acercaron y miraron dentro del vehículo, debieron apartar la mirada horrorizados.

Trataron de reconstruir la tragedia. Zeke Hale había ido al pueblo a comprar un par de zapatos nuevos para su hijito, que iba a cumplir diez años. Evidentemente, gozando con la hermosa tarde de primavera, no se apresuraría en el camino de regreso. De todos modos, siempre había preferido mandar el caballo a paso de andadura cuando quiera que el tiempo se lo permitía, sobre todo cuando éste iba para caluroso.

En algún lugar del camino, alguien debía de haber subido al carro v disparado los dos caños de una escopeta a quemarropa en la nuca del pobre Hale. El estrépito del doble tiro debió de espantar al animal, el que al encabritarse en el primer arranque, hizo que el cuerpo de la víctima cayera hacia atrás, dentro del carruaje. Al llegar el caballo a la casa, después de una carrera desenfrenada, la pobre Franny Hale pudo ver lo que pueden hacer de una cabeza humana dos perdigonadas disparadas a quemarropa.

Dieron sepultura a Zeke Hale, y desde el día siguiente, por primera vez desde hacía nueve años, los hombres de Carwell iban al campo, a realizar sus faenas diarias, con el fusil al hombro.

CAPITULO X
GIDEON JACKSON LUCHA POR LA BUENA CAUSA

Era la mañana del dieciocho de abril de 1877, en Carwell. La niebla se tendía sobre el valle, estirándose como blanca leche por entre los cipreses. Cuatro perros de punta y vuelta; después de casi toda una noche de caza, regresaban jadeantes, dejando atrás los pinares. El quiquiriquí chillón de los gallos mañaneros les iba al encuentro, y los cuervos aleteaban pesadamente, emitiendo sus graznidos enemigos del alba. Los hombres, en las diferentes fincas, que ordeñasen o estuviesen dedicados a otra faenas propias del amanecer, seguían los mismos pensamientos que desde tiempos inmemoriales preocupaban a los madrugadores: ¿haría un lindo día, o sería húmedo y caluroso?; ¿Nelly intentaría patear el cubo, como siempre lo hacía?; ¿aquel tonto de perro del otro lado del valle se cansará algún día de desgañitarse con sus ladridos huecos?; ¡qué lindo graznido del cuervo, tan el mismo v tan nostálgicamente placentero mañana tras mañana!; ¿habrá tocino o pollo saltado con las hogazas esta mañana; ¿el ternero enfermo continuará vomitando de ese modo toda la mañana?; ¿ese reumatismo que se empeña en paseárseme por el lomo reanudará hoy sus andanzas?... ningún pensamiento complicado, ninguno muy importante, pero tampoco de echar a un lado con desdén. El sol, encaramado ahora en la cresta de una colina, echa raudales de luz. En terrenos ondulados, la luz chapotea sobre una vertiente de la altura, en tanto deja a la otra en sombra. La neblina se agita y desvanece, salvo en el caso de anclar en el fondo líquido de algún estanque o pantano. Las culebras v otras alimañas van arrastrándose, con agradecida cachaza, hacia la luz tibia; los galápagos salen al rayo del sol; los conejos se internan en las matas, se pasean las ardillas por troncos y ramas del viejo nogal americano, v los cervatos se internan en el bosque para echarse a descansar en sus escondites.

Mañana de Carwell; después de las faenas tempraneras, hallaba a los hombres sentados a la mesa del desayuno: tortas calientes, melaza, manteca, fría y salpicada de alguna rígida gota de agua, tocino, buñuelos, huevos, algunas veces pollo saltado a la sartén, o pescado frito, cuajada, leche fresca, papas fritas, amarilla polenta cortada en rebanadas y frita en grasa de panceta, todos ingredientes que, alternadamente, se entiende, constituían el desayuno en Carwell, y no ha de considerarse superfluo nada de ello para hombres que han trabajado dos o más horas.

Llama la campana de la escuelita; se acercan los niños por atajos; no puede haber camino hecho para ellos. A las ocho de la mañana, llenos de vida, arando con los pies hasta el tobillo la tierra blanda, hucheándose los unos a los otros, lanzando exclamaciones al subir un repecho, recogiendo piñas del suelo y arrojándoselas entre sí al atravesar un pinar... La energía violenta, incalculable, de estos adolescentes hacía que los días de Benjamín Winthrope fueran de aventura. Prendíase éste de parte de la soga de la campana para

Librodot

infundirse coraje, filosofando acerca de cuánto más grato fuera enseñar a estudiantes dóciles y bien nacidos. Pensaba en la hija de Frank Carson, de dieciséis años, mirándole descarada el día entero con sus redondos ojos de color azul claro, y pensaba en cuántas cosas se movían con ellos. El Servicio Educativo Congregacional, que lo había destacado a Carwell, habíale hablado de esta misión cual obra de Dios, y sólo después de varios meses de estada llegaba a darse cuenta de por qué Dios había delegado a otros la tarea... Confortábanle algunos estudiantes modelos; el hijo de Hanibal Washington, Jaime, la hija de Abner Lait, y dos o tres más. Hoy presentaría los alumnos de las clases más aventajadas a Emerson. "Emerson - repetíase a sí mismo, parado delante de la escuelita, escuchando la algarabía y dejando a los ojos pasearse por la campiña bañada de sol-. ;Emerson!"

Al desayuno, hablando con Marcus, vagaba el pensamiento de Gideon acerca de cuán adaptable es el mecanismo humano, cuán fácil-mente logra tornarse normal lo extraño y cuán completo es el acomodamiento a poco menos que cualquier condición.

-Casi plantaría un acre más de tabaco, en vez de algodón. -Hablaba con toda naturalidad, a su lado los dos fusiles, apoyados contra una jamba de la puerta, listos para la salida al campo. -Esta no es tierra de tabaco.

-Con todo -prosiguió Gideon-, no es mala la hoja. No tan buena como en Piedmont o Virginia, lo admito, pero el mercado no la desdeña. Esta novedad a que llaman cigarrillos va a traer más fumadores v aumentará la demanda.

-Empobrece mucho el suelo.

-Lo mismo ocurre con el algodón. El suelo se agota en ambos casos, a menos que se alternen los cultivos o se dejen los campos en barbecho. Estoy pregonando todo esto desde hace años.

-Si en mí estuviera -interpuso Raquel-, sembraría maíz.

-No somos ganaderos.

-¿Es preciso seguir en la huella del abuelo?

-Quiero ir de compras esta tarde -interrumpió Jenny.

-¿Al pueblo?

-Sí.

Marcus movió la cabeza, desaprobando el propósito de la hermana.

-¿Por qué?

-A fines de semana piensa ir también un grupo de nuestra gente - explicóle Gideon.

-Pero hoy es lindo día.

-Usted se queda aquí -exclamó Marcus.

-Después de todo, usted no es quien me dará órdenes. No he de quedarme donde usted me diga, ¿sabe?

-¡Usted se queda, he dicho!

Jenny comenzó a sollozar. Ellen, sentada junto a la cuñadita, la tomó de la mano para consolarla. Gideon se levantó de la mesa; le siguió Marcus. Al disponerse a salir del cuarto, Gideon echó una mirada adonde los fusiles, y, después de titubear un instante, se echó uno al hombro.

A las diez estaba Jeff en la casa de Marion Jefferson, a cuya esposa, Luisa, le aquejaba un molesto sarpullido en las manos; no era nada serio, pero la picazón le causaba molestias y no le permitía dormir tranquila. Jeff le explicó cómo preparar una pasta suavizante y quedóse luego con Marion en la galería de la casa, pasando el rato. De muchacho, Jeff había sido el favorito de ese hombre; ahora, médico, era como un dios a sus ojos. Estaban allí hablando de cosas intrascendentes, cuando llegó corriendo Trooper desde su finca. Se detuvo, jadeante, tragó fuerte y hondo, hasta poder decir:

-Jeff, acabo de ver a Jason Hugar y al sheriff Bentley dirigiéndose hacia la casa de tus padres. Les he seguido los pasos desde la loma, y estoy seguro de que era el sulky del sheriff. El otro es Jason Hugar, se lo juro.

-Bueno, ¿qué hay de alarmante en todo eso? -dijo Jeff.

-No se fíe mucho -dijo Marion-. ¿Qué le parece si nos vamos hacia allá en su coche? -Entró, pues, en la casa, de donde salió armado de su fusil. Su esposa, asustada, le preguntó:

-¿Qué sucede? ¿Qué piensas hacer ahora?

-Nada, no tengas miedo -dijo sonriente-. Es el sheriff, que va para la casa de Gideon... Queremos ver qué pasa.

-No te metas en líos, Marion. Ya hemos tenido bastante...

-Cierto que hemos tenido -repuso calmoso-. Esto no está para bochinches, de ninguna manera. De todos modos, convendría te llega-ras hasta la casa de Abner Lait para decirle no más que el sheriff va a casa de Gideon.

Derribando de raíz un pino de alto tronco, cavando primero amplio hoyo en torno, para luego cortar con el hacha los raigones gordos y jugosos, había tenido ocupados a Gideon y Marcus desde que dejaran la mesa del desayuno. Era placentera faena para una mañana más bien fresca; hacía que se dejara uno ir con el hacha, dando así curso, contra objetos inanimados, a tanta rabia contenida, seguro de que no habría de provocar resentimientos. Caído el tronco, se dejaba allí durante la primavera v el verano, para que al caer las hojas del otoño, listo para ser cortado en trozos de cuatro pies, ardiera como heno.

Ya comenzaba a bambolearse, el largo fuste va no vibraba al embate del hierro, cuando Marcus divisó el sulky del sheriff, que subía la cuesta en dirección a la casa de los Jackson. Dejó caer el hacha v señaló con la mano.

-¿El sheriff? -preguntó Gideon.

-Por lo menos, el sulky parece el suyo. Voy a ver.

Ambos alzaron el fusil y, apretando el paso, se encaminaron hacia la casa. Cuando la cresta de la loma los resguardaba del camino rompieron a correr, y, jadeantes aún, llegaron instantes después del sulky. Jason Hugar y el sheriff habíanse sentado uno al lado del otro, arre-mangados, ambos luciendo chalecos de piel y sendas escopetas sobre las rodillas. Raquel estaba en la galería de su casa, nerviosa, atormentada v exhaló un suspiró de alivio cuando vio asomar a Gideon v Marcus.

-Buenos días, sheriff -dijo Gideon. Jenny y Ellen salieron a la galería, ubicándose detrás de Raquel. Fracus, el perro de pelaje a manchas, se prodigó en aspavientos en torno de Marcus, hasta convencerse de que no hacía falta. Entonces se echó v se limitó a observar. Marcus, de pie, con el fusil al brazo, apuntando hacia el suelo, tenso, ligeramente encorvado hacia adelante; sólo Raquel sabía allí que su hijo era cual carga de pólvora, firme, pero pronto a estallar. Señalando el fusil de Gideon, dijo el sheriff:

-¿De caza, Gideon?

-¡Puede ser! -exclamó Marcus-. Y cuando habla a mi padre, le llama míster, ¿comprende?

-Míster -refunfuñó Jason Hugar-, míster.

-Así.

-Muy bien, míster -agregó sonriendo, Hugar.

-¿En qué puedo servirlo, sheriff? -preguntó, gentil, Gideon.

-Ahí, tiene usted -dijo Bentley, moviendo la cabeza-. Por mi dinero, es usted hombre razonable, y válgame Dios si no es virtud ésta en los días que corren. No vale la pena perder la cabeza. Teniendo una misión que cumplir, me llego hasta aquí en asunto de negocios, poca cosa... y me encuentro con que amenazan al representante de la ley con fusiles. Jesucristo, Gideon, eso no es para negros, lleva derecho a...

-¡Calle esa maldita bocaza! -gritó Marcus.

-Mira, hijo -dijo Hugar-, mira, negro hijo de perra -y así diciendo, hacía correr el dedo sobre los dos gatillos de la escopeta-; si mueves otra vez ese cachorro de fusil, te voy a sacar esas malditas tripas...

Raquel echó un grito, casi un gemido; Gideon apoyó su manaza en el hombro de su hijo con tal fuerza, que el muchacho sintió como garras de hierro hundiéndose en sus carnes.

-No lo tome a las tremendas, señor Hugar -dijo Gideon-. No hay motivo para tanto. El sheriff Bentley lo sabe; sabe que somos gente de ley y nunca le dimos dolores de cabeza. Si llevamos armas, no es en son de desafío ni por falta de respeto a la ley, sino porque hace pocos días dieron muerte a un vecino nuestro.

-Voy a decirle algo, Gideon -dijo Bentley-. Cuando a un negro se le suben los humos, molesta. Como la cuentan ustedes, de que el negro iba tranquilo por su camino y alguien le disparó a quemarropa, por la espalda, eso, por Dios, no tiene sentido, es absurdo...¿Cómo sé o en qué andaba ese tipo? Le das a un negro un dedo y se te lleva la mano.

-Es por eso que hemos venido hoy -advirtió Hugar.

-¿Por qué están, pues, aquí? -preguntó Gideon.

-¡Maldito seas, estamos nosotros para preguntar!

-Bueno, bueno, cálmate, Jason -dijo el sheriff, más sereno-. Gideon tiene derecho a hacer preguntas; estamos en su terreno; es asunto que la ley define. Pero también nosotros tenemos derecho a hacerle preguntas. Queremos arreglar con toda calma, y a las buenas, el asunto por el que nos hemos costeado hasta aquí. Ayer tarde, Gideon, tres negros entran por la puerta trasera de la casa de Clark Hastings. Clark está en el negocio; Sally v la hijita, en la trastienda. Dulce como un melón, dice uno de los negros: "Por favor, señorita Sally, tenemos hambre, ¿tendría un pedazo de pan para darnos?" Bien, usted sabe que Clark nunca negó un mendrugo a negro ninguno, y Sally va en busca de alguna cosa, sin sospechar siquiera. Entretanto, la chica de Clark, de nueve años, se queda allí, vigilando a los negros .. .

En ese instante, Jeff, Trooper y Marion Jefferson asomaron arriba del coche. Gideon sintióse más seguro al verlos llegar. Marion v Jeff baja-ron primero; Trooper se quedó arriba, empuñando su Spencer, el mismo que había llevado en los años de guerra. Con su voz plácida, de bajo profundo, exclamó:

-Quita ese dedo del gatillo, Hugar.

El rostro del ex negrero se puso como pimiento; una vena fue dibujándole una banda vertical en la frente; todo su cuerpazo de percherón se acercó de pronto.

-Quita ese dedo, rápido -insistió Trooper.

-No hagas locuras -aconsejó el sheriff Bentley a su compañero-; haz lo que te ordena. -Abner Lait acaba de acercarse enhorquetado en su caballo, con el fusil al hombro-. Obedécele -repitió Bentley.

Los dedos de Hugar se enderezaron.

-Ponga ese fusil en el suelo -prosiguió Trooper-. También usted, sheriff.

-No puedes hablar...

-¡Al suelo, he dicho! -señaló Trooper.

Las escopetas fueron a parar a los pies de sus dueños. Abner Lait unióse al grupo en torno al sulky. El carro de Frank Carson doblaba en ese momento la curva del camino, subiendo la cuesta desde los cenagales.

Hugar dijo:

-No nos olvidaremos de ciertas cosas, Lait.

-Más cosas tengo o que recordar.

-Nos estaba diciendo el sheriff -interrumpió Gideon- el motivo de su presencia aquí. -Repitió cuanto el sheriff acababa de decir-. Prosiga, señor -instóle Gideon-, deseamos saber el fin.

Frank Carson engrosaba, entre tanto, el grupo, Bentley, mirándolos a todos con los ojos entrecerrados, continuó:

-Está la niña allí, observándolos, y uno de los negros se le va encima, le rasga el vestido a la criatura, que rompe a gritar, sale la madre de adentro corriendo... Uno de los otros negros golpea a Sally, y ella se arrastra hasta el mueblecito donde Clark tiene guardado el revólver, que es cuando los tres se dan a la fuga.

-¿De qué modo tiene eso que ver con nosotros? -preguntó Gideon. -Es que los negros fueron reconocidos... los tres venían de aquí, de Carwell.

El silencio que reinó unos instantes quedó roto por la risa de Abner Lait.

-De todas las patrañas... -comenzaba a decir Jeff, cuando el padre le mandó callar:

-Cállate, déjame hablar a mí.

-¿Qué quieren, pues? -preguntó Gideon a Bentley.

-Queremos a los tres negros, Gideon.

-¿Acusados de...?

-De intento de estupro y agresión. Hanibal Washington, Andrew Sherman y otro negro a quien Sally dice haber visto otras veces entrar en la tienda en compañía de otros de Carwell, pero cuyo nombre no recuerda.

-Muy bien -dijo Gideon-. No discutiremos la verdad de este cuento suyo; no me concierne. Pero ninguno de los dos que acaba de nombrar ha estado en el pueblo en toda la semana. Todo ayer estuvo Washington trabajando en la escuela, levantando la chimenea. Andrew Sherman estuvo arando, y puedo presentar veinte testigos para probar-lo. Estos hombres aquí presentes pueden desmentirme: nadie ha salido de Carwell ayer.

-Nos nos sirven los negros como testigos -dijo Hugar.

Gideon apretó los labios en un esfuerzo por contenerse.

-Yo no soy negro, Hugar. Mírame bien -interpuso Abner Lait, adelantándose hacia el sulky.

-Tampoco queremos tu testimonio.

-Hace mucho tiempo que me había dispuesto a matarte, puerco hijo de perra -dijo entonces Abner, sin perder su aplomo.

-Con esa clase de lenguaje no llegamos a ningún lado. No son líos lo que queremos, Gideon.

-Tampoco nosotros.

-Pero vamos a llevarnos a esos hombres. Tendrán los testigos de ley en su descargo, y también un proceso en forma.

-Aquí tiene usted los testigos de ley.

-Voy a llevar a cabo un arresto. ¿Es que me lo va a impedir usted?

-Llámelo así si lo prefiere -repuso Gideon.

-Así lo llamaré, pues. Hemos venido en misión pacífica, en nombre de la ley y el orden. Ustedes nos rodean y nos presentan una resistencia armada. Es un asunto muy serio, Gideon-.

Ustedes se vuelven sin esos hombres -mantuvo Gideon-. Si lo quiere, sheriff, allá va; usted está mintiendo. Le repito, nadie podría creer-le ese cuento de vieja que se ha traído. He dicho.

-Le oigo bien -rebatió el sheriff, moviendo la cabeza-, al negro lo oigo yo venir desde cinco millas... le siento la catinga. Me llevaré esos hombres, Gideon, aunque me cueste movilizar toda la gente del con-dado.

-O fuera de él -añadió Gideon-, v todo rufián degenerado de la calaña de Hugar. Entre tanto, sálgase de Carwell, Bentley. Está usted en nuestra propiedad. ¡Fuera de aquí y al infierno, le digo!

Formaban un compacto grupo aquellos hombres, siguiendo con la mirada el sulky que salía de regreso. Luego, Abner Lait comenzó a blasfemar y maldecir, con gusto, sin expresiones de rabia, pero de corazón.

-Pienso si no habrás dicho más de la cuenta -dijo Jeff a su padre.

-No hubiera hecho ninguna diferencia -interpuso Frank Carson, encogiéndose de hombros-. Hace tiempo que se le veía venir, y una cosa así no se la cambia con palabras.

-Cada mañana, al levantarme, toda esta semana, me la figuraba como ésta -dijo, caviloso, Gideon-. Toda una semana pensándolo, todos los días y luego una buena mañana se te aparece.

Librodot

Fuera del aula, sumisos, desorientados al no alcanzar a comprender el motivo de habérseles desalojado a media lección, los alumnos observaban a los hombres que iban entrando en la sala. Algunos de los de mayor edad se confundieron con los adultos; no se los detuvo. Los hombres, no todos, sentados en los bancos, llevaban alguna clase de arma; sus movimientos eran lentos, propios de cuando no se pueden conciliar pensamientos, acciones y esperanzas. Benjamín Winthrope habíase hecho a un lado en la sala, observando el desfile de intrusos; mostrábase molesto a la par de asustado. Era todavía joven; descendía de una acomodada familia de Nueva Inglaterra, gente religiosa que remontaba su linaje hasta aquel gobernador famoso, aunque escribían el apellido de diferente manera; y viniendo de tal familia, que diríamos completa en sí misma, el amor que debía sentir por su propia gente había de ser más abstracto que real. Habíale costado derroche de fuerza de voluntad, y una tenaz lucha consigo mismo, el quedarse allí entre esa -para él- gente extraña, violenta, por temperamento, aunque pacífica. Ahora, viéndolos reunidos, dábase cuenta, tan bien como ellos, de que todo había terminado. El había cumplido con su misión; se iría a la estación a tomar el tren, el mismo día, de serle posible...

El Hermano Pedro abrió la sesión con estas palabras:

-Hermanos, nos reunimos hoy aquí con sentimientos de angustia y de ira. Que nos ayude Dios en escoger el recto camino... y si en verdad escogemos éste, que El nos ayude y nos dé fuerzas para llegar a buen término. ¿Nos va a dirigir la palabra, Gideon?

-No es asunto para mí solamente -repuso Gideon, poniéndose de pie desde uno de los bancos del fondo-; no lograré hablar mejor que cualquier otro. No sé mejor que mi vecino lo que hemos de decidir y hacer... Propongo que cada uno diga su opinión.

Volviéronse todas las cabezas hacia Gideon. Parecía más viejo que nunca en ese instante.

Habló Hanibal Washington.

-Convendrá que hable usted por todos, Gideon. Un hombre sale de entre nosotros, o no; usted es de los nuestros, Gideon. Nunca nos ha dejado. Tiene sus faltas, ¡sabe Dios!, pero no es orgulloso, Vamos.

-No hay mucho que decir-dijo Gideon-. Todos aquí sabemos lo sucedido. Y también conocemos el porqué. No ignoran ustedes que si se llevan tres de los nuestros v los cuelgan, sería solamente el comienzo de nuestro fin.

-No queremos causar tantos trastornos a todos -dijo con voz fastidiada Andrew Sherman-. Ya hemos tenido de sobra. Quizá no llegarán al extremo de colgarme. Suponiendo que yo me presentara al pueblo... La gente me ve, y dice: No, ése no es el negro. ¿Cómo van a poder decir que fui o el negro que hizo esas cosas, si no salí de aquí todo ayer, ni la semana pasada?

-Lo ahorcarán -dijo Abner Lait-, tan cierto como que hay Dios, lo ahorcarán.

-Sí, lo ahorcarán -asintió Gideon-. De hoy en adelante, no seré yo quien tome las resoluciones. Estarán en manos de ustedes. Si luego de ello quieren que o los dirija, no me rehusaré. Pero resuelvan ustedes. El cuento que se han traído... bueno, con algo tenían que empezar; debían buscar un pretexto que tuviera visos de legalidad. Al fin y al cabo, son apenas ocho días que están en el poder y ocho días no son bastantes para echar por tierra cuanto hemos levantado en ocho años.

-Bien, Gideon, ¿qué vamos a hacer? -preguntó Frank Carson.

-Eso han de decidirlo ustedes. Temo que volverán esta noche... y si no esta noche, mañana, pero volverán, no dos, sino muchos. Será entonces el punto de partida para nuestro aniquilamiento, y a poco que anden, ya no necesitarán de medios legales. En cuanto a lo de hacer, hay muchos modos de encarar la situación. Pueden quedarse ustedes en sus casas y esperar que los asesinen a mansalva de a dos y a tres .. . No todos, claro, pero algunos saldrán con vida. Pueden huir, y encontrarán trabajo en alguna plantación... no les faltará un pedazo de pan y tocino ni un lugar para dormir, y si saben tener la boca cerrada, nadie los molestará. Para los blancos cambia un tanto la situación: pueden reunirse con Jason Hugar, aunque no sé

si serán recibidos... Me temo que no ha de tratar de mejor manera ni siquiera a los de su mismo color. O si no, pueden estrechar filas y luchar.

-¡Esto es todavía los Estados Unidos de América! -gritó Jeff-. ¡La ley y los fueros no han sido suprimidos! ¡Vive Dios! ¿Hemos de destruirnos entre nosotros?

-No es que lo debamos hacer -rebatió Gideon-. Estoy enumerando alternativas. No estoy indicando un solo camino. Estos últimos días la ley ha sido la de la violencia; los tribunales ya no son nuestros... ¡y sólo porque esto es América poseemos el poder de luchar en nuestra defensa! ¿Destrucción? ¡No, sé!... Cuando el viejo Osawatomie Brown abordó el "ferryboat" de Harper con sólo diecinueve hombres, contaba con fuerzas y probabilidades menores que las nuestras, pero sacudió a la nación entera... la despertó, hizo que los hombres vieran la verdad. No propongo luchar hasta morir; quiero hacerlo para seguir viviendo. Quiero la lucha para que el país todo vea lo que está sucediendo aquí.

-Ha de haber otro camino -dijo Jeff.

-¿Cuál otro camino?

-¿Si regresara usted a Washington?

-He golpeado en aquella puerta, en vano -repuso Gideon.

-¿Si volviera a golpear?

-Sería en vano una vez más, y es tarde ya, de todos modos. Mañana mismo será tarde.

-Supongamos -dijo Will Boone con su voz plácida y perezosa que se decida por la lucha, Gideon. Yo haré mi parte; es la mejor salida, según veo o. Pero, ¿con qué medios? No somos un ejército... tres mil quinientos acres de tierras, contándolas todas. Es muy poco.

-He pensado en eso -asintió Gideon-. He ido aún más allá. Si nos decidimos por pelear, querrá decir que habremos de llevar a las mujeres y a los niños a un sitio alejado del peligro, hasta que, por lo menos, pase este infierno. Tenemos un lugar con suficiente capacidad, fácil de defender, cerca de aquí... me refiero a la casa de los Carwell. Allá, en lo alto de la loma, domina los alrededores... He dicho ya bastante -concluyó Gideon-. Decidan ahora ustedes.

No había transcurrido una hora y la decisión estaba tomada, sacando fuerzas de flaqueza, del temor y la indignación, de las heridas y el dolor y la memoria de tantos sufrimientos. Abner Lait, al hablar luego que la algazara de voces hubo amainado un tanto, dijo:

-Pelearemos, Gideon. ¿Va a estar con nosotros?

-Si me aceptan... -repuso Gideon.

-A usted queremos.

Gideon, luego de mirar en torno suyo en la sala, hizo un signo de asentimiento con la cabeza. Sus pies se arrastraban un tanto al dirigir-se al frente. El Hermano Pedro tenía enrojecidos sus ojos por la llama del dolor. Gideon, mirando el reloj, dijo:

-Van a ser las tres de la tarde. Sea cual fuere la decisión, debemos tomarla antes de que caiga la noche. No sé si volverán esta noche, acaso tarden días. Propongo lo siguiente: llevar nuestras familias a la casa grande, y también provisiones de boca y ropa de abrigo. Podemos dejarlos allí con una guardia durante el día, mientras nosotros trabajamos en los campos. Al menos sabremos que están a cubierto de sor-presas. Usaremos la campana de la escuela para dar la alarma, pero no usaría la escuela para... -volvióse hacia Benjamín Winthrope-; no sé cual será su manera de sentir en este trance, señor Winthrope. Por cierto que a usted no le conciernen mayormente estas cosas. Tendremos, como ve, que interrumpir las clases por el momento.

-No soy partidario de la violencia -replicó Winthrope, restregándose las manos, incómodo-. No apruebo cuanto se proponen hacer, aunque no es asunto de mi incumbencia. Pero no es posible que dejéis a los niños enloquecer encerrándolos todos juntos en un solo sitio...

-No hay otro partido que tomar.

-Me quedaré unos días -prosiguió el maestro con un aire resigna-do-, hasta que esto se tranquilice un poco. Al comienzo, son inevitables estos sobresaltos...

Librodot

-Si quiere usted quedarse con nosotros, será bienvenido -Gideon se volvió hacia el grueso del auditorio-: lleven cuanta pólvora y munición puedan cargar hasta la casona, y harina v tasajo... todo cuanto puedan.

Salieron de la escuela como habían entrado, a paso lento, sin hablar casi; cada uno recogiendo sus chicos al marcharse de regreso a su propia casa. Sobre el umbral, Trooper detuvo a Gideon para decirle:

-Yo no voy a salir de mi casa.

-¿Por qué?

Aquel hombrachón de negro, centímetros aún más alto que el propio Gideon, más fornido, masa humana de movimiento pesado, meneaba la cabeza.

-No me muevo de mi casa, Gideon.

-Eso está en usted -repuso Gideon.

Palabra tras otra, Trooper fue diciendo el motivo de su empecina-miento:

-Yo no soy como usted, Gideon. Cuando esclavo, el látigo me caía con más fuerza que a cualquier otro. "Usted, negrote hijo de perra, negro estúpido, bastardo maldito", me decían. Y siempre eso, siete días de la semana. Mister Dudley Carwell me compró en un remate en Orleáns. Me pagó más caro que ningún otro esclavo. Me hizo trabajar más fuerte, también. Trabajando mañana, mediodía y noche. Nunca vi una alborada alegre, nunca una noche estrellada feliz; cuando había latigazos, el viejo capataz decía: "Déle a aquel grandote de negro para escarmiento, que no le va a hacer daño". ¡Míreme el lomo, Gideon! -dijo, quitándose la camisa. En tanto, el Hermano Pedro v algunos otros se habían detenido a escuchar... y ver; el torso del pobre hombre estaba cubierto de cicatrices, como mapa en relieve-. No me muevo de mi casa, Gideon. Ni o ni ella. Nos agotamos moviendo aquella tierra. Ahora es nuestra, toda nuestra. Sin patrón, sin capataz. A veces siento como necesidad de arrodillarme v besar el suelo, se lo aseguro. Una casa propia; sentarme allí, y la mujer que me trae de comer. No es choza de esclavo, no es celda de reclusión... es mi propia casita. Allí me quedo, Gideon. Nadie va a sacarme...

-¿Y los chicos? -preguntó el Hermano Pedro.

-También se quedarán conmigo. Nada les podrá pasar a ellos. Ocho años atrás, Gideon habríase inquietado y afanado por persuadirles a desistir del intento. Dijo, en cambio:

-Está bien, Trooper. Si es eso lo que usted quiere, no hay más que decir.

Toda la tarde de ese dieciocho de abril, la gente de Carwell la empleó en mudarse de sus casitas rústicas a la blanca casona de los ex amos. Las mujeres llenaban los carros de cobijas, ollas, provisiones de boca, algunos preciados enseres domésticos, un almanaque, un libro o una Biblia, un costurero, un-yeso, una reproducción de Currier o Ives. Ya no se hablaba del éxodo... ¡y pensar que no habían estado hablando de otra cosa durante semanas! Los propios niños, bien que colmados de expectación por el singular acontecimiento, en su manera simple y lenta de vivir la vida, sentíanse cohibidos y desalentados. Era como si la paciencia hubiera desaparecido de pronto de entre las virtudes humanas. Los hombres se entregaban a estallidos de mal genio por futezas; una herramienta fuera de sitio, un chico en el camino. Las mujeres se enfurecían por nada... mientras que el hecho simple y aterrador era aceptado sin comentario, sin lágrimas siquiera. Una familia entera, en una carreta, marchando a paso lento hacia la colina, saludaba a otra que convergía hacia allí desde otra dirección... Uno tras otro, concurrían vehículos a la casona solariega, y, al fin, estuvieron todos reunidos en el antiguo edificio enjalbegado, donde el sol poniente lucía bajo su galería los colores rosa y oro.

Gideon llevó consigo algunos libros, no muchos, Jeff, por su parte, no olvidaba su instrumental y algunos medicamentos que comprara en Charleston. Prepararon una litera en el carro grande de acarrear el heno, buscándole así al pobre Fred MacHugh un viaje menos penoso. Lleváronse, desde luego todas las armas; el Spencer del ejército de Gideon, la carabina de caballería de Marcus, dos escopetas y un grueso revólver Cok, de cañón largo, adquirido por Gideon en Washington el año anterior. También se llevaron las mejores

Librodot

cazuelas y ollas, así como la mayor parte de la lencería. Raquel quería dejarla allí, tan delicada era; durante años se la había estado comprando Gideon, de a poco a la vez, sabiendo cuánto ella disfrutaba, acariciando la suave tela blanca de las sábanas y fundas. Pero Jeff le pidió llevarlo todo, sin darle ninguna explicación.

-¿Qué te parece? -decíale entre tanto Abner Lait a Jimmy, su hijo de diecinueve años-. Estos no son los tiempos de hace diez años. Me quedo con Gideon, porque se ha hecho en mí un hábito va. Tú no tienes por qué.

Hacía apenas un año que Gideon habíale ayudado a Abner a comprar un predio de cien acres para cuando Jimmy se casara v pusiera hogar. El muchacho se lo recordó al padre.

-No es necesario que me lo recuerdes.

-Voy contigo, padre.

Abner, a la vez que hacía un gesto de aprobación, pasó el brazo por los hombros del hijo... ¡singular demostración de afecto! El muchacho sacudió la carga v entró en la casa a ayudar a la madre.

El Hermano Pedro v los muchachos de Allenby fueron de los primeros en llegar a la casona. Los años habían cambiado apenas el aspecto exterior del edificio, salvo los efectos naturales del tiempo. A la distancia, la edificación conservaba su altanera hermosura, sin par en la comarca; más bastaba acercarse para notar que las ventanas estaban desvencijadas, las hierbas lo habían cubierto todo en torno, las puertas estaban fuera de quicio. Los muebles habían sido vendidos en subasta, pero el vacío no lograba desplazar enteramente el ostentoso pasado.

La enorme escalera central, con sus barandillas de caoba y peldaños de roble, agregaban vetustez a la desolación. Hojas enterizas des-pegadas v tiras del empapelado pintado a mano colgaban de las paredes aunque el color conservaba su frescura casi prístina. Las primorosamente labradas molduras de nogal parecían esperar pacientemente servir de apoyo a muebles, sillas y sofás y, aquí y allá, los pisos de madera dura delataban años de desaseo, hojas muertas acumuladas e inmundicia traída por los muchachos, que habían estado jugando en los aposentos vacíos.

Sin muchos enseres que llevar consigo, el Hermano Pedro había podido mudarse sin pérdida de tiempo. Los tres muchachos que habían estado viviendo en su casa desde la muerte de Allenby, llegaron con él, y juntos no tardaron en iniciar el trabajo de limpieza. Luego fueron llegando otros. Los desechos acumulados en doce años de abandono tardan en desaparecer, mas ya iba haciéndose habitable el lugar cuando comenzaron a menudear las llegadas de los improvisados moradores. Gideon tomó a su cargo el ubicarlos. Bien que sobrepasaba de veinte el numero de ambientes, aquélla no pasaría de ser una vida en común. Los hombres dormirían en la que en otros tiempos fuera gran sala de recepción. Sin separar a los miembros de una misma familia, distribuyó a las mujeres y a los niños entre los numerosos dormitorios. En casos como el de Jake Sutter, donde la familia contaba con abuela, esposa, una hermana v tres hijas, le asignó un cuarto para sí. Los hombres que aún restaban por ubicar dormirían en el comedor, junto con los muchachos; de día, llenaría la sala su función específica de comedor, y serviría de improvisada aula. Las provisiones de boca fueron almacenadas en una despensa anexa a la cocina, v Gideon nombró un comité de mujeres para distribuir y preparar las viandas. Otro grupo tendría a su cuidado el aseo de la casa. Los hombres fueron supliendo con papeles la falta de vidrios en las ventanas, y Hanibal Washington, acompañado de dos más, bajó al pozo para limpiarlo y volver el agua nuevamente potable. Desde que el pozo quedaba resguardado por las dos alas traseras de la casa, a un paso de la puerta de la cocina, Gideon no vio razón para que no recibiera toda la provisión de agua necesaria, en lugar de almacenarla en tinas en el interior de la casa. Limpio ya a la hora de la puesta del sol, Hanibal Washington formó una escuadra de muchachos para llenarlo con agua. Entre tanto, Gideon había dispuesto que una media docena de carros fuesen por leña.

Librodot

Algunos entre quienes tenían niños de tierna edad en la familia habíanse traído una vaca v forraje para varios días. Como los pajares y los establos de Carwell habían sido incendiados, Gideon dedicó al ganado, vacuno v caballar, el espacio entre los dos pabellones principales del edificio, v, alineando los carros a lo largo del frente abierto, hizo con ellos un cerco que había de servir de barricada.

Pasmaba observar cuánto estaba hecho va a la caída de la tarde, y esa sola circunstancia animaba inmensamente a los flamantes mora-dores. Con excepción de Winthrope, no había allí extraños; aquellos que no se conocían desde la infancia, habían vivido en Carwell al menos durante años. De esa suerte, hábitos y costumbres que pudieran parecer raros y molestos a otros, no lo eran para aquella comunidad. La novedosa circunstancia de compartirse recíprocamente los problemas, de poder quedarse más horas de tertulia por la noche, los reconfortaba. Los antiguos candelabros de los Carwell colgaban aún de los techos; Gideon quiso ser pródigo, por esta primera noche al menos, en ceras, v para ello mandó encender dos docenas en cada candelabro mayor, y la luz brillante que centelleaba en los brazos y los caireles de cristal tallado, conferían al lugar una atmósfera alegre y alentadora.

Gideon repartió los hombres en varios comités. Diez habían de bastar para guardar la casa, lo cual significaba que, incluyendo a los muchachos más crecidos, cada hombre debería prestar ese servicio un solo día por semana. No era cuestión de hacer planes para mucho tiempo, al adentrar el pensamiento en un mañana lejano, una mortaja deprimente asfixiaba los espíritus; se conformaban, pues, con el mañana inmediato... Un comité se encargaría de cuidar la caballada, otro llenaría funciones directoriales en el recinto de la propia casa. Todo había de ir bien esa noche, la primera, pero con el transcurrir de los días, este prolongado habitar alteraría los nervios de la gente, y menudearían las disputas y reyertas. No era tampoco de desdeñar la ayuda de los chicos: pequeños quehaceres los alejarían, además, de travesuras dañinas.

Con tablas de cajones viejos, Gideon se construyó una rudimentaria mesa. Muchos habían traído consigo sillas, indispensables para una comodidad elemental. Pasada la confusión de la primera comida en común. Gideon se sentó a escribir una serie de telegramas; uno, el primero, iría dirigido al editor del New York Herald. Bennet despachaba periodistas a cualquier rincón del mundo, a la pesca de noticias, que al lado de éstas eran cosas de niños. Otro, al presidente de la Nación, otro, al secretario de Estado, v uno, a Frederik Douglass, el anciano y venerable líder negro. A Cardozo, poniéndole al tanto de la precariedad de la situación, dirigíale un último llamado, encaminado a aunar fuerzas en pro de una acción conjunta de todos los hombres decentes del Sur. Decíale así a Cardozo; "Le ruego, Francis, recuerde que no somos nosotros los únicos en esta situación, que a miles de hombres, buenos y amantes de las leyes, en el Sur, tanto negros como blancos, puede resultarles inspirada y aleccionadora la gesta de nuestra gente de Carwell, que ha rehusado aceptar la tiranía y el terror como curso ineluctable de los acontecimientos." También dirigió un despacho a Ralph Waldo Emerson, para que el anciano alzase su voz, una vez más, en demanda de justicia. A medida que iba redactando, hacía circular los despachos entre los circunstantes, que leían v comentaban. Luego llamó a Marcus aparte y le dijo:

-Hijo, necesito de ti un servicio importante.

Marcus asintió con un movimiento de cabeza.

-Quiero que vayas a Columbia. Debes ir esta misma noche, y podrás estar allá por la mañana, cuando abra sus puertas la oficina de la Western Union. Toma la yegua, Abner te dejará llevar su silla de montar. Pase lo que pase, trata de que los despachos se cursen, y vuelve luego aquí sin pérdida de tiempo.

-Volveré -aseguró Marcus.

Gideon lo acompañó afuera. Marcus calzaba botas altas de montar v llevaba el grueso revólver Colt en el mismo bolsillo del saco, donde también había guardado los despachos. Habíase despedido de su gente sin ceremonias, confiado en su soberana destreza para hacer las cosas. Sentíase animado v picado por lo arriesgado de la misión en esta clara noche de

luna, muy apropiada para una cabalgata hasta Columbia. La yegua, menuda v ágil, sabía correr como el viento; nada, pues, lo detendría, nadie lo bajaría de su cabalgadura, y, dentro de breves horas, el pueblo de los Estados Unidos habría de enterarse de lo que ocurría en Carwell. Gideon estaba observándolo con orgullo: era su propio hijo ese mozo de miembros alabastrinos, impávido, desembarazado, altivo, testimonio de lo que fuera él mismo.

-No tienes miedo, ¿verdad? -preguntó a Marcus, y el mozo se limitó a sonreír.

-¡Buena suerte! -le deseó Jeff, que acababa de salir de la casa y al pronunciar las palabras le apretó cariñosamente el muslo.

-Gracias, doctor -exclamó Marcus, en su voz la nota equívoca, parte sarcasmo, parte mal disimulado respeto-. Te traeré una caja de píldoras. -Y se alejó encaminando su yegua hacia el valle, pasando por las ruinas de lo que fuera la negrería del tiempo de la esclavitud.

Rato después, echábase Gideon a dormir en un jergón de la sala. Extraña sensación causábale estar allí, en medio del respirar ronco y de los movimientos de fastidio de los numerosos hombres en torno suyo. El resplandor plateado de la luna añadía al lugar una pátina fantasmagórica. Lo retrotraía a los días, tan superados ya, de soldado, lejos de Carwell, lejos de su entonces joven y bella Raquel, lejos de los chicos que dejara... porque llega un momento en que le urge al hombre hacer lo que debe. Enfrascado en tales pensamientos, acerca de tiempos idos, se durmió para sentirse despertado, sin noción de la hora de la noche, por disparos que se multiplicaban en ecos por el valle. Disparos reiterados, esporádicos, hasta que de nuevo se hizo el silencio.

Katie, la esposa de Trooper, no se atrevía a mencionárselo; lo amaba a la vez que lo temía. Era más hombrachón v más fuerte que cualquiera en Carwell, y sabía ser gentil con una mujer, sin embargo; con pareja facilidad podía movérsele a brotar lágrimas de emoción que montar en furiosa cólera. Katie lo aceptaba todo como parte inseparable de su esposo; su vida con él le satisfacía plenamente; era la esposa grácil v sencilla, pero Trooper era bueno con ella, jamás había pecado con otras mujeres, cuidaba el hogar v jamás le había levantado la mano, ni a ella ni a los chicos. Verdad que tenía sus caprichos; si se le metía en la cabeza una cosa, podía uno renunciar a persuadirle a cambiar de idea. Cuando dijo que no, que no se iba a dar un apellido a la manera de los demás, no hubo quien le convenciera a reconsiderar aquello. Trooper era ya su nombre, y continuaría a llevarlo; no había más. Cuando dijo que no saldría de su finca para mudarse a la casona, Katie aceptó el hecho resignada. Se lo comunicó a sus dos hijitas: "Vamos a quedarnos aquí..." Aunque sentía como si le apretujaran el corazón viendo cómo las demás familias pasaban delante de su casa camino de la loma, ¿qué podía hacer ella? Y al caer la noche, la casita de Trooper parecía sumirse en un pozo de soledad. Katie fue sintiendo todo el peso del terror, bien que ocultara su estado de ánimo a los ojos del marido.

Esa noche no durmió. Despierta, aguzaba el oído junto al cuerpo de Trooper; él dormía; él sentíase seguro. Esta, su casa le pertenecía. ¿Quién se atrevería a quitársela? En tanto, ella pensaba en todas las fuerzas que podrían alineársele en contra, y en un instante de esos, de los tantos minutos y horas de la vigilia, ovó algo v despertó a su esposo:

-¡Escucha!

-¿Qué pasa?

Tendiendo el oído, pudo escuchar el repicar parejo de cascos en el suelo. Saltó del lecho, se puso los pantalones, se apoderó de su Spencer al claror plateado de la luz lunar y sé precipitó afuera, descalzo.

-¿Adónde vas? -preguntóle Katie en voz baja.

-Afuera, a ver. ¡Quédate ahí!

En el patio de su casita se detuvo expectante, empuñando nerviosa-mente su Spencer. Recordando que no llevaba cartuchera, volvió adentro y se llenó los bolsillos de cartuchos. Los chicos se agitaban en el lecho; Trooper los acarició, inclinándose sobre sus cabecitas inocentes. Katie lo observaba sobrecogida. El salió de nuevo y retomó su posición expectante.

Librodot

A la luz lunar, podía vérsele, gigante de hombre, desnudo de torso, los músculos macizos mostrándose en lentos escarceos.

Ora cesaba el sordo tableteo de cascos: ora se reiniciaba, procedente de la casa de Gideon; ora se tornaba aún más apagado al sumirse el camino en el pinar. Rato más tarde, por donde el camino desemboca en un repecho, bañado en la luz clara de esa noche, divisó Trooper un grupo de por lo menos treinta hombres, todos ellos envueltos en sábanas blancas y embozados con la caperuza puntiaguda del Klan. Retuvo el aliento, echó una maldición con voz apagada, pero no se movió de su posición. Ahora el camino se perdía en un recodo; cesó a poco el repiqueteo de cascos. Debían de estar junto a la casa de Hanibal Washing-ton... tan cerca va que Trooper alcanzaba a oír murmullo de voces. Reinician la marcha... su casa es la inmediata en el camino de los merodeadores. Recoge todas sus fuerzas, planta los pies separados... rehincha ligeramente el pecho...

No tardaron en desembocar por el camino tapizado por las sombras negras de los árboles que lo flanqueaban. El perro de Trooper comenzó a ladrar, perro de punta y vuelta, que se dio a cargar temeraria v estúpidamente a la masa compacta de caballos. Avanzaban cautelosos y sin prisa, a paso corto, que redujeron aún más cuando divisaron a Trooper. Le vieron cual azabachada extraña columna humana. Toma-ron nota del fusil que le llegaba a la altura de la cintura. Se detuvieron un solo instante; ahora avanzaban, muy lentamente.

-¿Qué andan buscando? -preguntó Trooper, su voz de bajo con resonancias de odio y rabia. Katie se acercó al umbral de la puerta; viendo a los encapuchados, rompió en sollozos histéricos.

-Venimos por Hanibal Washington, Andrew Sherman y por ti -dijo el hombre que venía en cabeza.

-Aquí me ven -repuso Trooper.

-¡Baja ese fusil!

-Aquí me ven -repitió Trooper, dando a su voz un tono fuertemente airado-. ¡Ustedes en mi terreno! ¡Que el infierno se los lleve, hijos de perras, salgan de mi casa!

El perro, atento a la nota de la voz del patrón, comenzó a ladrar furioso v echar dentelladas a uno de los caballos. Al encabritarse el caballo, alguien exclamó: "¡Callen al maldito perro!", y un disparo de revólver mandó al animal patas arriba. Trooper, su rostro desfigurado por contorsiones de rabia, levantó el fusil e hizo fuego. Uno de los encapuchados se bamboleó en su silla unos instantes, se ladeó sobre un costado y se deslizó hacia el suelo, quedándole un pie prendido en el estribo. Los caballos piafaban nerviosamente... una media docena de fusiles hicieron fuego a la vez... las balas parecían martillos en el torso de Trooper. Con todo, tuvo fuerzas para dar algunos pasos adelante. La sangre, en menudos regueros, comenzó a correr, formando dibujos en el pecho macizo del negro. Su esposa daba alaridos histéricos. Alguien gritó:

-¡Ultimen a ese bastardo!

Otro tiro y Trooper trastabilló. Los caballos lo rodeaban por todos lados. Levantó el fusil; el brazo que se alzó en actitud de pararlo se rompió como rama seca. Volvió Trooper a levantar el arma, y esta vez la culata se astilló en la clavícula del atacante, hundiéndole el hueso en el pecho. Era difícil apuntar al negro ahora que, estando en círculo y tan próximos, podían herirse entre sí. Trooper bajó a otro jinete de su cabalgadura espantada y zarandeó al desgraciado como lo haría un perro con una rata. Pero otro se escurrió por la grupa de su caballo, apoyó la boca de su escopeta contra el dorso de Trooper e hizo fuego. El gigantesco cuerpo del negro se tornó rígido, para desplomarse en seguida, como saco vacío. El hombre a quien acababa de desmontar yacía en el suelo entre ayes de dolor; el del brazo v la clavícula rotos comenzó de pronto a lanzar alaridos salvajes e inhumanos. Los demás seguían descargando sus armas sobre el cuerpo ya inerte de Trooper. Descendieron a tierra dos. Katie se lanzó corriendo de la casa tratando de socorrer a su marido, pero la detuvieron y le desgarraron el leve camisón que cubría su desnudez. La tendieron luego en el suelo, y hundiéndole los dedos lúbricos en los muslos, trataron de separárselos. La desdichada logró

zafarse en un supremo arranque, pero uno de los embozados, ebrio de lascivia, le asestó un culatazo en la cabeza. Cedió el cráneo; al caer, ya estaba muerta. Los miembros, sueltos, se desparramaron sin sentido...

Un desaforado gritó:

-Lo echaste a perder todo, ¡maldito hijo de perra!

Algunos formaron círculo en torno de la mujer, mirándole el cuerpo desnudo, ya inútil. Otros rodeaban al infeliz con el hombro roto. Aquel a quien Trooper había disparado un tiro, estaba muerto; éste estaba en las últimas... Quedáronse observando cómo le salía la sangre a borbotones de una arteria seccionada.

Le tocaba el turno a la casa, donde todo era silencio. Uno de ellos fue hasta el pajar, de donde volvió con una horconada de heno, que echó adentro por la puerta abierta. Alguien arrojó un fósforo encendido .. . v fueron alimentando las llamas con nuevas horconadas, hasta que a poco todo el frente de la casa era presa de ellas.

Los gritos de los chicos no tardaron en hacerse oír desde dentro. Su espanto, contenido en sus cuerpecitos hasta ese momento, estalló en la desesperación gemebunda de quienes sienten horror sin saber el origen. Aquellos hombres se miraron entre sí, fastidiados.

-Hay chicos ahí dentro -dijo alguien.

-Ya hay demasiados de estos malditos, de todos modos –observó otro.

-¿Dónde se han metido todos los demás bastardos de negros?

-¿Lo pregunta? Están todos allá arriba, en la casa grande de los

Carwell.

-Vuélvete al pueblo -dijo el que había hablado en primer término- v pregúntale a Bentley cuándo diablos llega el grupo que debía venir del condado de Calboun. Iba a reunir doscientos hombres aquí, esta noche... ¿dónde diablos están todos? -Y añadió en seguida, como salvando un olvido-: Y dile que Matty Clark y Hep Lawson han muerto.

Luego se volvió a observar la casa en llamas.

Todos los hombres alojados en la que fuera la sala de recepciones fueron despertados por los disparos. Se apiñaron contra los ventanales para proyectar sus miradas más allá de la ladera blanquecina de la loma, donde parecían resonar los repetidos ecos de los tiros. Salieron, armas en mano, a la galería esforzándose por descubrir algún indicio a través de la palidez brumosa de esa hermosa noche lunar. Las mujeres, a gritos desde el piso alto querían saber de qué se trataba. Los menores, también despiertos, hablaban entre sí, excitados.

Algunos dieron una vuelta alrededor de la casa, sin encontrar nada.

El primer pensamiento de Gideon había sido para Marcus pero eran ya las tres de la madrugada y su hijo debía de haber llegado a esas horas a muchas millas de Carwell.

-¿De dónde cree usted que partían los tiros? -preguntó a Abner Lait.

-Parecían venir de allá, del fondo del valle, de donde vive Trooper.

-¡Trooper! Recordaron al negro y se miraron entre sí.

-Jesucristo -dijo Frank Carson, con voz sobrecogida. Hanibal Washington exclamó, señalando con el dedo:

-¡Miren allá!

En la noche, iba dibujándose con creciente brillo una rojez que, al comienzo, les pareció un pajar en llamas, pero luego, al divisar lamientes lenguas de fuego alzándose en el cielo, convenciéronse de que aquello procedía de algo más grande que una pila de leña. El resplandor se elevaba inequívocamente ya, hasta que alguien profirió lo que todos habían estado pensando:

-La casa de Trooper.

-Sus dos hijos... Varios, hicieron por salir corriendo hacia el lugar, pero la voz de Gideon los detuvo:

-¡No pierdan la cabeza! ¡Por el amor de Dios, no pierdan la cabeza! ¡Quédense aquí! Hanibal, ¿quiere usted darse una escapada a ver qué ha sucedido?

Hanibal Washington hizo una señal de asentimiento con la cabeza y salió a escape. Hubo unos instantes de silencio tras la partida; algunos miraban a Gideon.

-De ahora en adelante, unidos todos -dijo Gideon-. Me han elegido para dirigirlos, pues entonces acaten mis órdenes o búsquense a otro.

-Muy bien, Gideon -dijo Abner Lait, sin aspereza en su voz.

-James, Andrew, Ezra, colóquense cada uno en un ángulo de la casa, distanciados unos treinta metros de las paredes, y griten si notan algo sospechoso.

Los tres enviados fueron a apostarse a sus sitios. Algunas mujeres salieron a la galería y se acercaron a hablar al oído a sus hombres; fueron mandadas entrar a la casa, diciéndoles que pusieran a dormir a los niños. Mas ya no había manera de conciliar el sueño esa noche en Carwell. A medida que transcurrían los minutos y nada sucedía, los hombres fueron separándose, formando pequeños grupos, discutiendo, y, entre roncos cuchicheos, haciendo conjeturas acerca de la situación. Hubo quienes se sentaron en la ancha escalinata, en tanto otros se apoyaban contra la columnata dórica que, en la noche, formaba una línea majestuosa. Pero todos escrutaban la ladera de la loma por donde habíase alejado Hanibal Washington, hasta que al cabo, después de una hora, divisaron un bulto que se acercaba.

-¿Hanibal?

Llegó jadeante, empapado de rocío de pies a cabeza; debió tomar el resuello antes de poder referir los horrores que habían visto sus ojos.

-¿Los chicos?

-Carbonizados, supongo -dijo moviendo la cabeza-. Me arrastré todo lo cerca que pude... he visto los cuerpos... He oído hablar a los del Klan.

-¿Qué oyó? -preguntó Gideon, deprimido.

-Están esperando unos doscientos hombres que han de venir del condado de Calboun. Es la rama del Klan más al Sur de nosotros, acaso de Georgia, que mandará hombres. Saben que estamos reunidos en esta casa.

Un muchacho de diecisiete años comenzó a vomitar, arqueándose sin cesar en un rítmico movimiento convulsivo. Iba apagándose el resplandor, pero ya algunos dirigían sus miradas hacia otra dirección. Allí, por sobre las negras copas de los árboles, surgía un nuevo resplandor flamígero; como fue tomando dimensiones, los hombres volvieron la cabeza, uno tras otro, hacia Abner Lait. Allí estaba él, erguido en el portal, sus rojas manazas cerradas en puño, mordiéndose el labio inferior hasta correrle un hilo de sangre por la barbilla. Luego, sin que una sola línea se moviera en su rostro atezado, rompió a llorar. Apenas se le oían las palabras que pronunciaba.

-¡Bastardos... cuanto tenía, todo cuanto quise tener en mi vida, que los maldiga Dios, bastardos, malditos... la vida de un hombre, trabaja, construye, hace planes, sueña... malditos!...

-Gideon -dijo Hanibal Washington-, ¿por qué no los detenemos antes de que quemen todas las casas?

-Es por eso mismo que les ponen fuego -observó Gideon-; quieren vernos salir de aquí.

-Voy hasta allá -dijo Abner Lait.

-Usted no irá. Le hemos dejado a Trooper, v ahí está el pobre, tendido en el suelo al lado de su esposa.

-Voy, Gideon.

-Usted no irá... -la voz de Gideon era de fría serenidad.

Algo sucedía va. En la voz de Ezra Golden había alarma; y todos alcanzaban a oír el sordo ruido de cascos de numerosos caballos marchando a paso lento. Pronto, a través de la humedad humosa de la madrugada, fueron asomando las siluetas fantasmales de los emboza-dos. Se detuvieron, compacta masa de encapuchados de blanco, a una distancia de ciento cincuenta yardas. Eran más de veinte.

-¡Hola!

Librodot

-¿Que desean? -preguntó Gideon en voz alta-. ¿Quiénes son ustedes? -Las palabras flotaban en la noche, subiendo, bajando.

-¡Bien lo sabes, Jackson! ¡Queremos a esos hombres!

-No vale la pena contestar -repuso Gideon-. No vale la pena.

-¡Venimos por ellos Jackson! ¡O se entregan, o quemaremos hasta la última casa!

-¡A desplegarse -ordenó Gideon con voz áspera- alrededor de la casa! ¡Ocultos entre los yuyos! ¡No disparen hasta que los tengan a cincuentas yardas! -Así se esparcieron, acurrucándose entre las matas. Los que se quedaban en la galería echaron cuerpo a tierra. Gideon, Abner v el Hermano Pedro se guarecieron detrás de una columna. Gideon miró a Abner, quien estaba apuntando con su Sharps a percusión de cañón largo, viejo, pero de buena puntería. Estaba inmóvil como roca, aunque las lágrimas seguían surcándole las mejillas.

-Que Dios nos perdone -invocaba el Hermano Pedro-, que Dios nos perdone.

Gideon levantó su Spencer y apuntó a su vez; ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que viera por última vez a un hombre a través de aquella mira? Nada hay en la faz de la tierra tan insensato, tan irracional, como matar, y, sin embargo, era el último recurso para el triunfo de la verdad. La línea blanca fue perfilándose más densa, a trote ligero al comienzo, más lento luego. Estaban a cien yardas cuando llameó el largo cañón del fusil de Abner Lait v un hombre se desplomaba del caballo. Los encapuchados soltaron entonces una primera ráfaga. A setenta yardas, la respuesta fue un repiqueteo de los hombres aposta-dos en torno de la casa, a pesar de la advertencia de Gideon. Otro hombre a tierra; otro, soltando un ¡ay! desgarrante... La opaca línea blanca se detuvo en un instante de vacilación, para en seguida desaparecer al galope en el claro lunar.

Los que estaban apostados en el pórtico avanzaron cautos. Dos de los embozados yacían entre las hierbas; dos de los de Carwell se inclinaron sobre ellos y les quitaron las capas. Estaban sin vida, desconocidos... en Carwell no habían visto nunca aquellos rostros.

Nadie de la colonia había resultado herido en este primer ataque, mas sea cual fuese la alegría que pudieron sentir por ese hecho, había de desaparecer no bien fueron relumbrando en el cielo las manchas rojizas de nuevos fuegos. Eran casas y pajares que uno tras otro se convertían en piras ardientes, señalando cada una la ubicación de la ruina, la desesperación y la angustia de otro hombre. Las mujeres y los niños formaban un grupo compacto, apretujado, observando atentamente la conflagración. Al alba, las casas ardían todavía, despidiendo tenues columnas de humo gris.

Las mujeres prepararon el desayuno. Todos comieron, pero en silencio.

El único pensamiento consolador en Gideon, era que Marcus ya tendría despachados los telegramas.

Este había llevado su caballo al paso hasta el llano, v de allí, toman-do un atajo, había atravesado la pradera donde antaño pacieran finos caballos de montar. Esquivó de ese modo la calle nueva, y pudo desembocar en el camino real. La yegüita tomó un trotecillo suave y descansado, que era capaz de mantener durante horas. El camino, pálidamente alumbrado, estaba desierto; en noche tal, con el viento frío que le ganaba a uno en la carrera, se podía galopar al mismo infierno y volver sin encontrarse con alma viviente. A unas ocho millas de Carwell, en un instante en que había detenido su cabalgadura para darle un resuello, ovó Marcus mido de muchos caballos en marcha. Se desmontó y llevó a ocultar la bestia en un montecillo de pinos, murmurándole palabras y acariciándole el testuz para tenerla quieta. Los vio pasar: eran veinte jinetes, encapuchados característicos del Klan, y una vez que se hubieron alejado y perdido de vista, volvió Marcus a montar para proseguir su camino.

Le tenía inquieto el encuentro con los merodeadores. No le cabía ninguna duda de que se dirigían a Carwell, y tuvo la idea de volver, cortando camino, del modo que lo había hecho al venir, dándole a la yegüita toda la rienda posible, en la esperanza de llegar a tiempo para poner en guardia a los suyos. Mas desistió al razonar que veinte hombres eran pocos para tomar por asalto la casona, que su padre estaría bien alerta y que de decidirse por regresar, corría el riesgo de ser acorralado v ultimado a tiros. Con el pensamiento en estas cosas, fue

Librodot

instigando a la yegua, echando el pecho adelante, medio dormitándose a ratos, bajo la caricia fría del viento y acunado por el trote rápido v deslizante de la cabalgadura. El suelo se le escurría debajo y las horas volaban. Con la rozagante juventud que le hizo olvidar muy pronto la situación en Carwell, halagado por la misión que cumplía, Marcus le hablaba a la bestia contento: "Eres un encanto, yegüita, y eres hermosa también; tienes un corazón como carga de pólvora, como un sol grande en la alborada..."

Cuando el alba fue dispersando las sombras, Marcus echó la bestia al paso, y después de andar otro trecho, salió a un lado del camino para darse un descanso, él y su cabalgadura, en una pradera lindera. La yegua había comenzado a resollar ruidosamente y él se sentía muy cansado. Amarrándose las riendas en la cintura, se tiró un momento a descansar, tan sólo para retomar el aliento, ya que mal podía echarse a dormir en el suelo húmedo del prado. Cerró los ojos por lo que le pareció un minuto... y fue despertado por los tirones de las riendas. El sol, ya alto en el horizonte, quemaba. Al levantarse Marcus del suelo, la yegua le fue al encuentro, bajando el testuz para recibir una caricia. El reloj le marcaba las ocho pasadas; había dormido más de una hora. Volvió a enhorquetarse en su cabalgadura y apretó el paso; poco después de las diez entraba en la ciudad de Columbia.

La gente lo observaba curiosa a su paso por las calles residenciales de extramuros. Flotaba un aire singular en el ambiente, una advertencia precautoria. Fuese derecho a la oficina de la Western Union, ató la yegua a la baranda de hierro y entró. La siesta no le había despabilado gran cosa; sentíase cansado; quería despachar cuanto antes el asunto, salir de la ciudad, encontrar algún umbroso pinar a la vera del camino y echarse allí a dormir. No estaba en la oficina el muchacho del mostrador; lo atendió el mismo operador, hombre tosco, de unos cuarenta años de edad, trigueño. Observó a Marcus unos instantes antes de levantarse de su asiento para dirigirse al mostrador.

-¿Qué quieres, muchacho?

-Envíe todos éstos, por favor -dijo Marcus, desplegando los despachos delante del empleado.

-Pero esto es mucho dinero, muchacho -observó el operador, mirando las numerosas hojas de papel.

Marcus sacó de sus bolsillos cinco billetes de diez dólares, que depositó en el mostrador.

¡Diablos! Eso es más de lo que tendría que tener siquiera en sueños cualquier negro.

Gideon habíale dicho a Marcus que enviara los despachos y que confiaba en que lo haría bien. Esforzándose, pues, por ganarse la voluntad del empleado, díjole:

-Es encargo del representante Jackson. El me dio el dinero.

-¡Ah! ¿Sí?

-Por favor, señor, le aseguro que me lo dio él.

El operador comenzó entonces a leer los despachos, miró fijamente a Marcus, a su ropa polvorienta y salpicada de barro, v finalmente a la yegua. Marcus llevó la mano al bolsillo del saco, cerrándola en torno de su Colt.

El operador levó otros telegramas, para al cabo levantarlos todos v decir:

-Muy bien, muchacho, los enviaré.- Extendió la mano por los cincuenta dólares.

-Envíelos ahora, mientras... yo espero -dijo Marcus.

-Mira muchacho -exclamó el hombre, con un filo tajante en su voz-, esto de despachar un telegrama lleva tiempo, y no quiero que ningún negro venga a decirme cómo debo cumplir con mi deber. Te sales de aquí y no te preocupes más por estos papeles.

-Le he pagado. Envíelos en seguida -insistió Marcus.

-¡Fuera de aquí!

-Marcus sacó el revólver y lo posó en el mostrador, con la boca del cañón a pocos centímetros del pecho del empleado, y su propio cuerpo de pantalla, para impedir ser visto por algún paseante; el índice, enganchado sobre el gatillo.

-Envíelos ahora mismo -repitió Marcus-. ¡Siéntese ahí junto al manipulador, y vamos!

-Muchacho -balbuceó el operador, palideciendo un poco, en tanto podían observarse contracciones espasmódicas en su labio inferior-, no se trata de un maldito...

-¡Vamos! -reiteró Marcus-, y no intente ninguna maña. Yo sé lo que está enviando.

Sin apartar los ojos del negro, el operador se dirigió a su mesa. Desplegó los telegramas, y apretó el manipulador. En seguida inició el mensaje: "Atención... estación central... calle Sumter Columbia in-forma negro asalta estación telegrafíe operador ferrocarril informar policía atención..."

El operador continuó repitiendo la señal .. . Al cabo de un rato, dan-do a entender que ya había enviado el primer telegrama, lo apañuscó y lo tiró al canasto. Comenzaba con el segundo, cuando entró en la oficina un rubio de cara granujienta. Marcus, echándole una mirada, le hizo un ademán con el revólver de pasar tras el mostrador y ponerse contra la pared. Obedeció éste, boquiabierto, aterrado. El manipulador continuaba su clic, clic, "atención central estoy obligado a seguir enviando..." Había terminado con el tercer despacho. Un hombre de mediana edad entró entonces, y, a su vez, debió obedecer la orden de tomar un lugar al lado del muchacho, contra la pared. Ya el cuarto telegrama iba a parar al canasto... continuaba el clic, clic... siguieron el quinto y sexto.

-Ya está -dijo, al fin, el operador con voz ronca.

-Quédense ahí -les dijo a los tres, Marcus, en tanto retrocedía-. Ahí donde están. No se muevan. -Siempre retrocediendo, traspuso el umbral, sin soltar el revólver. En esto oyó un disparo de fusil, y a la vez que el estallido, sintió un dolor desgarrante en el brazo izquierdo, cual mazazo candente, que le dejó el brazo inútil. El dolor no se parecía a nada que hubiera experimentado hasta entonces. Logró ponerse en pie, sin embargo, pero dejó caer el revólver al suelo. Atinó a dirigir sus pasos vacilantes hacia la yegua. La desató e intentó encaramarse en su grupa. Dos hombres armados de fusil venían corriendo hacia él por medio de la calzada. Uno de ellos se detuvo a apuntar con el arma.

Esta vez fue en un muslo; sintió Marcus el escozor desgarrante... Cuatro hombres más, también armados, brotaron del ángulo opuesto... lo rodeaban de todas direcciones...

Marcus se aferró en la silla, pasó una pierna sobre la grupa y gritó a la yegua, "corre, chica, corre". Cruzado sobre la silla, la cabalgadura rompió su habitual trotecito suave y parejo calle abajo. Los perseguidores ya no corrían; habíanse detenido formando fila y disparaban a mansalva. Estallido tras otro resonaron en la calle alborotada, y una tras otra fueron incrustándose balas en el torso de Marcus. Una hirió a la yegua, la que, al enredársele las manos, cayó al suelo, tirando a Marcus. Entre relinchos salvajes, el animal, vuelto a ponerse en pie, salió a escape.

Los perseguidores fueron acercándose al mozo, lentamente, siempre disparando, deteniéndose a cada tantos pasos para meter más cartuchos en sus fusiles. Al cabo, convencidos de que estaba muerto, se acercaron; uno de ellos dio vuelta al cuerpo inerte con el pie calzado con bota de montar.

Después del primer desayuno en la casa solariega de los Carwell, Gideon llamó a Benjamín Winthrope aparte:

¿Se siente usted con ánimos para quedarse aquí entre nosotros? Acaso le dejen pasar, si quiere irse.

-Lo he estado pensando toda la noche -dijo Winthrope, que estaba sin afeitar y veíanse pronunciadas señales en su rostro de cansancio v zozobra-. Me quedaré, si me lo permiten. Espero poder ser de alguna ayuda.

-Gradas. Ruego a Dios no haya de arrepentirse.

-Lo he pensado bien -repuso Winthrope-. Siempre que me decido por una cosa, no es para lamentarlo luego.

-¿Si quisiera llevarse los chicos arriba a improvisar alguna forma de lección? -sugirió Gideon-. El Hermano Pedro le ayudará. Es que, ¿sabe? Enjaulados aquí todo el día, no les hace ninguna gracia a los chicos, y peor aún en este trance, sin poderse explicar el porqué de

cuanto está pasando. Si usted pudiera, claro que en términos accesibles a la mentalidad de esas criaturas, explicarles en qué estamos embarcados, haría un gran servicio.

-Haré lo mejor que pueda -dijo Winthrope.

-No los asuste. Muéstrese optimista... Yo creo que la situación no es desesperada.

Winthrope asintió con un movimiento de la cabeza y se dirigió hacia el Hermano Pedro. La mayor parte de las mujeres estaban reunidas en el comedor. Gideon les habló, señalándoles, en términos simples v directos, cuál era la situación.

-Nada hay en lo que está ocurriendo que hubiéramos podido evitar -dijo-. Debemos mantenernos unidos. Trooper quiso obrar según su propia voluntad, y ya saben ustedes el resultado. Nuestra única esperanza es salir de esto juntos, rehacerlo todos juntos, y luego hacer algo duradero y grande que valga el precio que estamos pagando. Abrigo muchas esperanzas. El lugar nos favorece mucho. Disponemos de víveres para muchos días, agua en abundancia, medicamentos, un médico. El señor Winthrope ha decidido quedarse con nosotros, y seguirá enseñando a los niños. Creo que esto es muy importante; pienso que las clases deben continuar, suceda lo que suceda. En cierto sentido, formamos una comunidad en esta casona, y nuestro mayor problema es saber si nosotros, las numerosas familias que aquí habitamos, podemos convivir por esta vez, días o semanas, y resolver los problemas que vayan presentándose. Creo que saldremos triunfantes. En el pasado, hemos encarado problemas más difíciles aún, y juntos los hemos resuelto. Somos en la casa en proporción de dos o más de color por cada blanco; no pienso que ello constituye obstáculo. Hemos aprendido a vivir y trabajar juntos, a respetarnos los unos a los otros.

"Todo cuanto hemos realizado se ha basado en la premisa de que en este Estado, donde blancos y negros viven en el mismo ambiente, debemos trabajar juntos y construir juntos. Los de afuera niegan este hecho, y han quemado nuestras casas para probar al mundo que ellos representan la verdad v la justicia. Disponemos de mejores expedientes para lograr que brille la verdadera justicia. No creemos en el terror, el asesinato, la destrucción. Pelearemos solamente en defensa de nuestras vidas y nuestras tierras, y daremos a la nación un ejemplo de un pueblo ordenado, disciplinado y amante de la libertad.

"Ayer contábamos en nuestros planes con poder continuar labrando nuestra tierra. Por el momento, tendremos que abandonar tal propósito, por imposible. Nadie deberá salir de esta casa sin permiso. Los hombres tendrán sus tareas que cumplir; aparte de mantener llena la cisterna, cuidar del ganado y de que haya suficiente leña para quemar, custodiarán la casa. La administración propiamente dicha de la casa, la dejamos a ustedes las mujeres. Repartirán ustedes los víveres y responderán de su cuidado. Atenderán a los enfermos y los heridos. Se ocuparán, pues, de todas las múltiples tareas que forman parte de la administración del hogar.

"Finalmente, les ruego no dejarse llevar por la desesperación. Podrá parecernos estar solos aquí, pero no es así. Formamos parte de un gran país y de todos los buenos ciudadanos que componen la nación. Ellos no nos abandonarán.

Durante toda la mañana, Gideon y los demás estuvieron observando los bultos humanos que se movían en el linde de los montes, allá donde terminaban los campos labrantíos. Se mantenían fuera de tiro, y daban la impresión de moverse sin orden ni objeto. Se veían encapuchados, pero la mayoría habíanse desvestido de sus sábanas y capuchas blancas. Después de lo visto la noche anterior, y de cuanto podían distinguir ahora, calculaban en alrededor de doscientos los efectivos dispuestos a atacar a Carwell. Luego, cerca de las once de la mañana, fueron a unírseles unos cincuenta más, que llegaron a caballo desde el Sur. Algunos de éstos dieron un rodeo a la casa, observando con evidente curiosidad el collado donde estaba emplazada.

En Carwell, los adultos y los muchachos de más edad fueron divididos en seis grupos, de a ocho en cada grupo.

Los grupos eran mandados por capitanes, montaban guardias de cuatro horas, repartidos cada grupo en dos hombres a cada lado de la casa. Gideon tenía el mando supremo, siguiéndole Abner Lait y Hanibal Washington. Los capitanes de grupos eran veteranos de la

pasada conflagración. A Leslie Carson, trompeta en la guerra, y todavía dueño de un muy abollado clarín, le fue encomendado dar la alarma. En la parte posterior de la casa, entre las dos alas, los carros fueron volcados con las ruedas al aire, a fin de que ofrecieran una barricada menos vulnerable. Un angosto paso habría de permitir entrar y salir por ahí el ganado.

Poco antes del mediodía, estaban Gideon v Abner en la galería cuando vieron que un hombre subía la cuesta, acercándose a la casa. Venía a pie, llevando una blanca funda de almohada atada a la punta de un palo. Cuando se había acercado a poco más o menos cien yardas, se detuvo y gritó:

-¡Hola, Jackson! ¿Puedo acercarme?

-Es Bentley -dijo Abner Lait.

-¡Venga no más! -respondió Gideon.

Numerosos hombres y varias mujeres salieron del interior del edificio; formaron así un grupo compacto en un extremo de la galería, observándolo a Bentley, sus rostros recelosamente curiosos, como si la quemazón y la matanza hubieran conferido nuevo y siniestro aspecto al carácter de este hombre. Bentley se sentó en la escalinata. No cabían dudas acerca del coraje de este rufián; estaba frente a los mismos hombres cuyas casas acababa de reducir a cenizas, cuyos vecinos había asesinado, y se venía allí solo y desarmado. Díjole a Gideon:

-Hablemos como personas sensatas, sin rodeos. No tenemos por qué hacer una guerra por esto. Yo me llego hasta aquí para arrestar unos hombres, ¡y mire usted lo que ha sucedido!

-Yo sé bien lo que ha sucedido -dijo Gideon.

-Bien, entonces; supongamos que usted me entrega esos hombres.

-¿Y luego? -preguntó Gideon.

-Luego los dejamos en paz -repuso Bentley.

-Y nosotros volveremos a nuestros hogares, ¿no es verdad? ¿O habremos de vivir al abierto, en el campo, como bestias? ¿O tendremos que irnos de Carwell para siempre?

-¡Bueno, bueno! Mire, Gideon -dijo Bentley, sin perder su aplomo-, usted no tiene derecho a hablar de ese modo. Han matado a dos hombres anoche. Podría mandar a proceso hasta el último morador de Carwell. Sin embargo, estoy dispuesto a considerar lo sucedido un accidente, y conformarme con llevarme a esos hombres.

-¿Y necesita trescientos para arrestarlos?

Bentley hizo un gesto de súplica en un intento por robustecer su persuasiva.

-El Klan es una cosa, Gideon. Yo no pertenezco al Klan; bien sabe usted eso. Jason Hugar tiene su propio hueso que roer. Donde saben que van a encontrar un poco de agitación, ahí corren los muchachos v a veces pierden la cabeza. Pero lo hecho está.

-Y los dos hijitos de Trooper dejados morir entre las llamas -dijo Gideon con aire tétrico.

-Eso fue un accidente. Los muchachos perdieron la cabeza, ya lo he dicho.

Will Boone, quien se había mantenido atrás en la galería exclamó con voz firme v clara:

-No vale la pena hablar. ¿Por qué no le pegamos un tiro a este hijo de perra, Gideon?

-Me acordaré de ti, Will -dijo Bentley, lanzándole una fiera mira-da a Boone.

-Le diré cómo veo yo este asunto -prosiguió Gideon-. Creo que si usted está vivo en este momento, Bentley, es porque le rodeamos gente civilizada, respetuosa de las leves. Eso lo ha de saber bien usted, desde luego, pues es cualidad de su lava poseer una comprensión instintiva, aunque incipiente, de cuanto significa civilización. ¿Me comprende?

-Sí, le comprendo -repuso Bentley, con forzada sonrisa.

-Necesito que conciba en toda su profundidad cuanto voy a decirle. ¿Conoce usted cuáles son los derechos de los ciudadanos de este Estado y de nuestro país todo, Bentley? Yo los conozco muy bien; estuve en la Constituyente que dio forma a la ley fundamental de este Estado. Usted no arrestará a persona alguna de esta casa. Por otra parte, oportunamente,

Librodot

llamaremos a usted y a todo individuo de esa gavilla suya que se mueve allá abajo, a responder de todo esto. Le acusaremos del asesinato de Trooper y de su esposa, y del ejemplo de salvajismo, inaudito hasta ahora aun entre el propio Klan, de quemar vivas a dos inocentes criaturas. Le acusaremos de la insensata quemazón de las casas de toda una aldea, y de la muerte de la señora McHugh, de haber torturado a Fred McHugh, del asesinato de Zeke Hale y de Annie Fisher... de todos los apaleos y crímenes cometidos en Carwell. De todos estos hechos serán llamados a responder usted y su banda, Bentley. Hemos sido pacientes; hemos venido formando algo muy grande e importante, y no pensamos torcer el rumbo que nos hemos trazado. Continuaremos con nuestros afanes constructivos. Y acabaremos, no sólo con usted, sino con todo cuanto usted y sus amigos representan. Es todo cuanto tenía que decir, y le aseguro que expreso el sentir de mi gente. Vuélvase v dígaselo a sus amigotes. Dígales que derribaremos, a quienquiera se acerque, a tiro de fusil.

-¿Es todo cuanto tiene que decirme, Jackson? -preguntó Bentley.

-Todo.

-Muy bien.

El sheriff se levantó, sacudió el polvo de sus pantalones, paseó la mirada desafiante por las caras de todos los circunstantes, deteniéndose más en los blancos. Luego se alejó cuesta abajo.

Al anochecer de ese mismo día se produjo el primer ataque serio. Unos doscientos del Klan, sin capas ni capuchas, que pudieran trabar sus movimientos, comenzaron a subir agachados, por el lado oeste de la altura. Dispusieron el ataque con astuta táctica, eligiendo justamente la hora del día en que el sol, ya bajo sobre la línea del ocaso, bombardeaba con sus rayos rojizos los ojos de los defensores, dificultándoles así la buena puntería. Gideon destacó tres compañías hacia aquel lado de la casa, el de la barricada entre las dos alas traseras del edificio. Los restantes dieciocho se hicieron cargo de los otros tres lados. Tomaban la puntería resguardándose los ojos como mejor podían. En el piso alto, a mujeres y chicos se les ordenó echarse sobre el pavimento. Los atacantes se acercaban tratando de no ser descubiertos, valiéndose de cada mata o desnivel del terreno.

-¿Quisiera saber cuántos de esos héroes estaban en Gettysburg? -exclamó Frank Carson, recordando cómo fila tras fila, en orden cerrado, habían marchado entonces desafiando un infierno de fuego.

A trescientas yardas, Hanibal Washington, bizqueando a lo largo de su Spencer, humedecido que hubo las miras, probó un primer tiro. "Errado", exclamó, moviendo la cabeza con gesto de desaprobación. Los del Klan abrieron fuego. Sus proyectiles se incrustaban en la tierra o, ya sin fuerza iban a estrellarse, casi apagados, en los carros o contra las paredes de la casa. Marion Jefferson, que hasta entonces se había estado rígido detrás de su viejo fusil, hizo fuego, y debió de dar en el blanco, pues en seguida partió un agudo gemido de dolor del campo opuesto. Otros dispararon, apuntando con cuidado y sin apresuramiento. Cuando hubieron llegado a cien yardas, los del Klan se levantaron y se fueron a la carga. El sol, que había caído hasta sobre la misma línea del horizonte, ya no encandilaba, y, en cambio, el rosa pálido de su fulgor dibujaba perfectamente el contorno de los atacantes. Toda la parte trasera de la casa, entre las dos alas, ardía bajo el fuego graneado. Habíanse acercado hasta unas veinte yardas de la barricada, cuando se quebró el ímpetu de la arremetida, y los atacantes se desbandaron, dejando unos veinte de los suyos en el terreno. El resto fue bajando a salto de mata por la ladera de la loma, algunos rengueando, otros arrastrándose.

-¡Basta! -ordenó Gideon-. ¡Que cese el fuego!

El silencio que de pronto se hizo lastimaba los sentidos. Detrás de la barricada, alguien gemía, otro llamaba a Jeff. El espacio entre las dos alas del edificio estaba en espesa sombra. Un hombre se presionaba un hombro con la mano, en un intento por contener un chorro de sangre. El de los gemidos, Lacy Douglass, tenía destrozada la clavícula. Jeff, después de hacerle un torniquete en el brazo, ordenó que nadie lo moviera de la posición en que se encontraba. Los hombres, observando en torno v por la ladera del monte, trataban de

Librodot

comprender todo el daño que se acababa de hacer. Marion Jefferson no se movía de su sitio, rígido sobre su arma. Cuando Will Boone le tocó un hombro, el cuerpo del negro se volteó inerte, mostrando una entrada de bala en el entrecejo. Algunos formaron círculo en torno del muerto, mirándose sin hacer aspavientos. A poco, una voz comenzó a hacerse oír desde la ladera penumbrosa de la colina, voz espasmódica. Jeff, levantando la vista del herido en la clavícula, preguntó:

-¿Por qué no hacen algo? Hay un hombre herido allá abajo. Nadie dio un paso. Luego, Will Boone se quitó el saco y cubrió con él el rostro de Marion Jefferson. Gideon, tocándole un hombro a Hanibal Washington, le dijo:

-Haga que le acompañe alguien v váyase a buscar a aquel hombre. Hanibal dio un paso; luego se detuvo, indeciso.

-Déjelo ahí -exclamó Abner Lait.

-Vamos, no se detenga -insistió Gideon, aunque sin aspereza en su voz.

Jeff había aprestado por anticipado una sala a manera de hospital de sangre. Habiéndola dotado de las mejores lámparas de que pudo disponer, había logrado convencer a Eva Carson y Hanna Washington a que actuaran de improvisadas enfermeras. Con tales lámparas sostenidas en alto, intentaba ahora localizar un proyectil en la pierna del enemigo herido. En realidad, eran dos las heridas que éste acusaba; la otra, en el estómago. Era remota la posibilidad de que sobreviviera. Jeff, habiendo dado con el plomo, lo extrajo. El herido, que tenía una carita rojeante y ojos de un color azul marino, trataba de decir algo que Jeff no alcanzaba a entender.

-¿De dónde eres? -preguntábale Jeff-. ¿Cómo te llamas?

-Screven -balbucía aquél-, Screven, Screven... -pero Jeff jamás pudo saber si se trataba de su apellido o del nombre de un condado en Georgia.

Lacy Douglass se debatía en tormentos, mas nada podía hacer Jeff para aliviarle el dolor. Compuesta la rotura, aun si llegaba a salvarse de la gangrena, debería mantenerse en cama durante semanas. El otro sólo había sufrido una herida superficial, y lo único serio en él era la pérdida de sangre.

A medida que Jeff se prodigaba en la curación de los heridos, sentíase embargado por una creciente amargura y sensación de frustración. Lo había querido Gideon, pues, de acuerdo con su idea, pero era locura. ¿Qué podía resultar de la lucha entre hombres, sino desolación, muerte v ruina?

Depositaron el cuerpo yacente de Marion Jefferson en uno de los cuartitos del fondo del edificio, y allí acudieron a llorarle su esposa, sus hijos, su hermana y su anciana madre. Los lamentos de aquella pobre gente penetraban por toda la casa. No faltó la presencia del Hermano Pedro, quien trató de consolarlos con palabras de resignación tomadas del Evangelio. "El Señor nos concede la vida, v así nos' la quita", decía, pero no sabía explicarse el porqué.

Su grey no se parecía a la de otros ministros de su propia religión. Había estado junto a estos desdichados a lo largo de todas las etapas de la vida; nacimiento, niñez, adolescencia, juventud v madurez, y los veía ahora en la muerte, no ya cual ella habría de llegar, serena, plácida, natural, hombre o mujer reclinando la cabeza al exhalar el último suspiro, sino una muerte destructora y terrible en su violencia. No alcanzaba a comprenderlo. Habíale dicho una vez a Gideon: "Usted es como un chico. Dispuesto. Hace falta llenarlo, como cubo de los que se usan para sacar agua del pozo. Espere y verá." Eso era cuanto había dicho un día a Gideon, pero hoy ya no lo entendía. Gideon acababa de tornarse cruel y extraño, y seguro de sí en cuanto hacía; al entrar al cuarto transformado en capilla ardiente, había mirado al finado sin que siquiera uno de los músculos de su cara delatara el estado de ánimo que en que se debatía. No demoró allí más de cinco minutos, sin apartar un momento la mirada de Marion Jefferson, para al cabo retirarse, tras un desesperante movimiento de la cabeza. Ni una palabra de confortación a Luisa, ni una frase al religioso, ni una caricia a los niños...

Librodot

Gideon, Hanibal Washington y Abner Lait estaban en la galería ha-blando de los sucesos del día y de lo que habría de venir, de las cosas que se habían hecho y de las providencias a tomar. Era otra noche de luna, otra en que los prados y los campos en torno de la casona estaban bañados en radiaciones plateadas. Allá en el llano, fuera de las arbole-das, se distinguían las fogatas encendidas por los del Klan. Dibujaban un círculo en torno de la casa, pero quedaban entre sí extensos espacios oscuros. Todas esas primeras horas de la noche, Gideon había estado pensando en Marcus. De haberle ido todo bien, el muchacho no tardaría en regresar, salvo que se hubiese detenido a dormir en algún sitio. A él no le sería difícil escurrirse por entre el enemigo. Marcus sabía de mañas, a la par de cualquier animal de la floresta. ¿Abandonaría la yegua para pasar mejor sin ser visto a través del cerco? Parecíale al padre más propio del carácter de su hijo lanzarse por entre las filas enemigas v ganar al galope la cresta de la loma. Gideon había advertido a los centinelas. Se le helaba la sangre de sólo pensar en la posibilidad de que le hubiese sucedido algo a su hijo dilecto. Jamás había podido explicar a nadie, ni siquiera a Raquel, qué sentía por Marcus, carne de su carne, sangre de su sangre; los momentos de mayor felicidad de su vida habían transcurrido junto al muchacho, cazando con él, trabajando a su lado, escuchando las notas de su acordeón. No era lo mismo con Jeff. También en este caso, él solo sabía cuán diferente era con Jeff.

-Un solo muerto -dijo Abner, rompiendo el silencio-. No es para desesperarse, Gideon, contra catorce de ellos.

-Un muerto que es el jefe de una familia -repuso Gideon.

-No me parece que irán a atacar de nuevo.

-Son estúpidos -interpuso Hanibal Washington-, pero recuerde lo que o le digo, van a recibir una buena lección. Están asustados. Ya no les quedan agallas para venirnos a atacar de nuevo, pero recibirán refuerzos. Se traerán quinientos, seiscientos hombres, ya encontrarán la manera de hacer algo.

-No hemos reparado en un detalle -dijo Gideon-. Sería mejor si nosotros nos ubicásemos en el piso alto, haciendo fuego desde arriba. No les sería tan fácil parapetarse tras los montecitos de tierra. Las mujeres, por otra parte, estarán más seguras en la planta baja.

Nadie preguntaba por Marcus, pero Abner Lait lo dejó adivinar al decir:

-No creo que me sería difícil darme una escapada hasta Columbia, Gideon.

-Será mejor que esperemos.

-Voy a enseñarles a estos hombres nuestros -dijo entonces Abner Lait, cambiando de tema- cómo tirar. Por Dios, tendrán que cuidar de no hacerlo a ciegas, como hoy. Parecían descargar sus fusiles como tantos muchachos en la celebración de un Cuatro de Julio.

-Quiero que los muertos sean enterrados esta misma noche -dijo Gideon.

-¿Marion?

-Los otros. No quiero que los chicos vean sus cuerpos mañana –y después de un instante, preguntó-: ¿Cuántas cargas de municiones nos quedan, en total?

-¿Contando los cartuchos para escopeta?

-Balas solamente.

-Alrededor de dos mil.

-Luego de esto agregó-: Marcus estará de vuelta esta noche, estoy seguro.

Rato más tarde salió Raquel hasta el portal, donde Gideon había quedado solo, y llamó en voz baja:

-Gideon.

-Sí.

-Déjame estar aquí contigo, Gideon -dijo ella, acercándosele y estrechándosele contra un costado. El le pasó un brazo por la cintura.

-Marcus ha de volver pronto -dijo él.

-¿Por qué lo mandaste, Gideon?

-Porque le tengo tanta confianza como a mí mismo -dijo él.

-¿Desde qué punto -preguntó Raquel, al rato de estar allí los dos-asomará, si llega?

-No sé decirte...; por donde le sea más fácil.

-¿Crees que vendrá, Gideon?

-Pienso que sí.

-Lo que tú digas, Gideon... así habrá de ser.

-Raquel -exclamó él, rodeándola con el brazo hasta tener los rostros de frente-, te quiero, querida.

Ella levantó el rostro para rozar la mejilla de su esposo.

-Créeme, Raquel, suceda lo que suceda, siempre te he querido. Me he convertido en lo que nunca quise ser. Nuestra gente necesitaba algo, v yo fui lo que ella quiso que fuese, y desde entonces me torné en algo extraño para ti. No pude evitarlo; quizá, si fuera yo otro hombre, mejor, más fuerte...

-Tú eres bueno, Gideon -susurró ella.

-Soy instrumento de una situación. Acaso ha sido el poder del mismo pueblo el que ha podido enseñarme a hacer lo que debía hacerse... y qué sé o. Ni sé cuál es el mejor camino, ahora. Algún día... habrá hombres que sepan, capaces de comprender por qué han de suceder cosas como la que vemos allá abajo, hombres que puedan trabajar juntos, y proyectar y construir casas a las que no haya luego que prenderles fuego...

-Gideon, niño querido -díjole ella, como en los días de la juventud.

No tardó Raquel en dormírsele en los brazos, allí en el portal mismo. Gideon comenzó a dormitar también, v, tras cabecear un rato cavó dormido. Estaba aterido cuando Hanibal Washington fue a despertarlo. Ya era de día.

Entonces, cual frío y doloroso acero, atravesó el corazón de Gideon la idea de que Marcus no volvería jamás.

Ese día, el segundo, los del Klan apretaron filas. Habíanse reunido entre quinientos y seiscientos de ellos, y parecían estar mejor disciplinados. Fueron arrastrándose hasta aproximarse a tiro de fusil de los defensores, v cavaron hoyos en el suelo, en tanto mantenían un fuego intermitente de fusilería. A dos mulas y una vaca, alcanzadas por las balas, detrás de la barricada de carros, hubo que sacrificarlas, pero no se registraron otros daños. A mujeres y niños se les hizo pasar a la planta baja, en la gran sala de recepciones, donde colchones y gruesos tablones fueron arrimados a las paredes. Gideon dio orden de que nadie contestara el fuego, fuera de Will Boone y Hanibal Washington, los dos tiradores de mejor puntería. Ambos subieron al techo y echados en el pavimento, codo con codo, apuntaban hasta cinco minutos en un blanco, para al cabo apretar el gatillo con paciencia y exactitud pasmosas. Will Boone no cesaba de hablar de su bisabuelo; que su bisabuelo podía bajar una ardilla a cien metros, que su bisabuelo sabía hacer esto y aquello, hasta que al fin, agotada la paciencia de su compañero éste le preguntó:

-¿Y quién diablos sería este bisabuelo suyo?

-¿Cómo, quién otro podía ser, negro bobo, con el nombre que yo llevo?

Pero su actividad de francotiradores no tardó en llamar la atención de los atacantes, y dos o trescientas bocas apuntaron a una hacia el techo de la casona. Las balas daban en la base de la balaustrada, lanzándoles esquirlas en el rostro. Unos diez minutos de fuego graneado se necesitó para que Hanibal Washington, tras un leve suspiro, se reclinara sobre su Spencer. Will Boone le tocó con el codo... v continuó haciendo fuego, profiriendo en voz baja un rosario de maldiciones. El cañón del fusil le ardía al tacto. Poco más tarde, habían silenciado también a Will Boone...

Los sitiados enterraron sus muertos en el claro del terreno donde habían recogido el ganado. Particularidad extraña, nadie lloraba esta vez; los presentes observaban la piadosa ceremonia con los rostros secos, transfigurados en viejos y duros... los propios rostros de los niños estaban avejentados. El Hermano Pedro leyó el libro de los salmos: "En mi desgracia, dirigí mi plegaria al Señor, y El me ovó".

Gideon, observando, escuchando, trataba de recordar un solo día sin la presencia constante de Hanibal Washington, diminuto como un gnomo, negro como el carbón, gentil, talentoso, valiente, hombrecito lleno de grande e increíble dignidad, el de las manos de oro, el de todos los oficios, paño de lágrimas de las desgracias y las quejas y los problemas

de la aldehuela. Ahora reposaba en la tibia tierra de Carolina, al lado de un blanco cuyo bisabuelo fuera Daniel Boone.

El fuego continuó toda la noche, pero cesó a primera madrugada. Los sitiados tomaron su desayuno, Benjamín Winthrope leyó a los chicos La Leyenda del Valle del Sueño; Jeff estuvo inclinado sobre el enemigo herido, el hombrecito de rostro rojeante, viéndole morir sin llegar a saber su nombre, ni de dónde venía, ni qué extrañas inquietudes le habían llevado hasta allí.

En el silencio de la tregua, Bentley se acercó a la casa, llevando en alto una bandera blanca.

-¿Puedo avanzar? -preguntó a voz en cuello.

No hubo respuesta. Continuó avanzando hasta una distancia de cincuenta yardas de la casa, vocenado entonces su mensaje. Los defensores de Carwell tenían un médico, Jeff Jackson. El viejo doctor Leed estaba borracho como un odre desde hacía una semana. Ellos, los del

Klan, tenían heridos. Uno con una pierna rota, que se le estaba abotagan-do... había que cortársela o el hombre moriría. ¿Quisiera Jeff Jackson bajar a curar los heridos? El, Bentley, tenía comprometida la palabra de los sitiadores de que lo dejarían regresar.

Abner Lait miró fijo a Gideon, v éste, sonriendo amargamente dijo:

-¿Ve usted?, nos conocen. Conocen nuestros sentimientos mejor de lo que nosotros los suyos.

Bentley se alejó, Jeff salió a la galería.

-¿Lo has oído? -preguntó Gideon- Jeff hizo una seña de afirmación con la cabeza.

-Deje -interpuso Abner Lait- que se les mueran todos los malditos heridos.

-Yo juro por Dios -añadió Frank Carson- que si se acerca ese hijo de perra, le meto un plomo en el pecho.

-Yo iré allá -dijo Jeff.

Gideon le aferró del brazo con violencia, y haciéndole girar media vuelta, le dijo:

-¡Grandísimo estúpido, e hijo mío, por añadidura! ¿Cómo habré de hacerte comprender que no estamos tratando con gente civilizada, v que no estamos frente a enemigos en el sentido cabal de la palabra? ¡Esos bellacos quieren aniquilarnos, destruirnos! ¡No son seres humanos en la acepción que estamos acostumbrados a dar al término! ¡Su palabra nada significa! Lo bueno y lo malo no existe para ellos. ¡Tienen las facultades racionales degeneradas! Es porque hemos errado en la apreciación de su decencia, porque hemos sido tan tontos de considerarlos obligados por las normas de la convivencia humana, porque les hemos puesto delante, en bandeja de plata, la decencia, la razón y la justicia, que hoy hemos caído en esta situación. ¡Es así cómo llevan las de ganar! ¡Por esa misma causa, en toda la extensión de este Sur nuestro, yacen amilanados, divididos, desorientados tantos hombres y mujeres de buena voluntad y amantes de la decencia!

-Yo iré allá -repitió Jeff-. Me he juramentado a curar al herido, juramentado a recomponer las cosas que quiebran los hombres...

-No -dijo Gideon-. He perdido un hijo ya, pero al menos él comprendía, sentía nuestra causa.

-Y usted tendrá que matarme para impedirme cumplir con mi apostolado -repuso Jeff, serenamente.

-Que Dios me perdone... -comenzó a decir Gideon, cuando le interrumpió Abner Lait, instándole a dejarlo partir.

Concluida la amputación, se llevaron al hombre que gemía, casi inconsciente. Mientras se lavaba las manos, Jeff iba diciendo al grupo de curiosos que habían estado observando la operación:

-Ahora necesita reposo. La naturaleza se encargará del resto. Cuando suelten, formando costra los tejidos muertos, las suturas se saldrán solas. Para saberlo, basta con tironearlas un poco, muy suavemente, pues son dolorosas. Una vez sacadas las suturas, ya está echada la base de la cicatrización. Cualquier médico puede seguir el tratamiento... a menos que se gangrene. Es el único peligro.

Estaba cansado; un tablón en medio del campo, al rayo ardiente del sol, no es lugar para operar. Había practicado curaciones a una docena de hombres.

-Bien. Me iré, ahora -dijo Jeff.

-Señor.

Estaba inclinado sobre la valija del instrumental, tratando de cerrarla; volvió hacia arriba la cabeza para saber quién le dirigía la palabra. Era un hombrazo ancho de espaldas, de rostro curtido por el sol, que empuñaba un revólver.

-He dicho que ahora me vuelvo.

-Señor.

Jason Hugar, de pie al lado del sheriff Bentley, dijo:

-Eres un doctor, Jackson. Son cosas que" suceden... Cuando un negro se pone de doctor, tenemos que aguantar las malditas consecuencias que el hecho trae.

Jeff le lanzó una mirada, y luego hizo accionar el cierre de la valija. Acto seguido se dispuso a emprender el camino de su casa. Jason Hugar se le plantó en el camino.

-Señor -repitió.

-¿Qué quiere usted? -preguntó Jeff.

-¡Quiero que obres como cuadra a una basura de negro! ¡Di señor cuando te dirijas a gente de mayor rango!

Jeff miró al hombre, mitad curioso, mitad extrañado. Sentía miedo v horror a la vez; pero por sobre todo ello privaba la lógica curiosidad que lo aguijoneaba a pesar suyo, un deseo de juzgar en racional juicio a este hombre, a la luz de cuanto le dijera el padre antes de su salida.

-Usted desea que o le llame señor, ¿no es así?

-Eso es.

-Señor -dijo entonces Jeff, inclinándose levemente, y en seguida agregó-. Si me permite, ahora me retiraré, señor.

Bentley echó una risotada. Jason Hugar exclamó:

-No te irás de aquí, Jackson.

-¿Qué quiere decirme?

-Que no volverás más, allá, eso es todo.

-Mañana -interpuso Bentley- no habrá ya necesidad de tu presencia entre esa gente, Jackson. Mejor es que te quedes aquí.

Jeff los volvió a mirar a todos; todavía el miedo era tan sólo una fracción de su curiosidad. Lo imposible no tiene cabida en el método científico. Siempre ha de haber una razón, una causa.

-Estoy aquí -dijo- porque sentí que era deber mío acudir a aliviar al herido y al enfermo. ¿Comprenden eso, ustedes? Estoy aquí porque ustedes pidieron que viniera. Como médico, no podía rehusarme. ¿De qué manera pueden, pues, justificar la pretensión de que me quede?

-¡Señor, maldito negro, hijo de perra!

Jeff meneó la cabeza.

-Me voy. -Apartó de su paso al hombrazo insolente. Fue su postrera sensación: memoria que dejaba de ser memoria, un fragor que cesó en el acto mismo de producirse... Yacía en el suelo, la valija bajo su cuerpo... el de las anchas espaldas se limitó a decir...

-¡Negro maldito!

Raquel y Jenny estaban sentadas junto a Ellen, pero nada tenían que decirle a la joven. Su ceguera abarcaba el mundo entero ahora; no tenían confín sus tinieblas...

Aquella noche, decíale Abner Lait a Gideon:

-¿Sabe usted algo de Marcus?

-Sí, sé.

-Acaso nunca envió los despachos.

-Acaso no -repuso Gideon-. Hay un límite más allá del cual ya no duele la herida.

-Alguien habrá de enviarlos -dijo Abner llanamente-. ¿Cómo diablos habrá de enterarse el mundo de que estamos nosotros en este infierno? ¿Qué maldito mortal llegará nunca a saber lo que está sucediendo aquí? ¿Sabemos lo que está pasando fuera de aquí, acaso? Han puesto un cerco de fuego a este lugar. Es posible que todo el Sur esté en las mismas condiciones... que nadie sepa nada.

-Es posible -dijo Gideon.

-Escriba esos telegramas de nuevo. Los llevaré a Columbia o mismo, v los haré enviar.

-¿Y si no quieren despacharlos?

pe-Entonces los llevaré directamente a Washington.

-Muy bien. Siendo así no tengo nada que objetar.

Abner sacó el mejor caballo; un hermoso ejemplar de bao que perteneciera a Hanibal Washington. Quererlo hacer a pie equivalía a no llegar nunca; la única salida era desafiar el cerco, que no era imposible.

No era imposible, pero le derribaron el caballo de una certera bala cuando sólo se había alejado media milla de la casa, y Abner -Lait quedó debajo del animal con una pierna rota. Lo sacaron de ahí y lo incorporaron para que Jason Hugar pudiera espetarle:

-Hay un trato especial para quienes quieren a los negros; a Fred McHugh le ha de haber quedado el regusto.

-Vete al infierno -repúsole Abner.

Abner Lait no volvió a hablar. Lo ataron de las manos y lo azotaron durante toda la noche. Jason Hugar dióle su dosis de latigazos.

-Le haré hablar al hijo de perra éste -decía.

Pero Abner no despegó los labios. Lo dejaron allí suspendido todo el día siguiente, pero ya había perdido el conocimiento; no comprendía siquiera que su fortaleza era parte de la de muchos, ni tenía conciencia de la bella lucha que había sostenido, del hermoso mundo del que había alcanzado a vislumbrar una parte, de los excelentes camaradas que había conocido.

Gideon Jackson vio al día siguiente como arrastraban y emplazaban un mortero a menos de un kilómetro de la casa. Al principio, no alcanzó a discernir bien qué cosa era aquello. Mas el solo hecho de no haber-se disparado un tiro en veinticuatro horas inclinábale a temer algo extraño. Esta sería una de las posibles explicaciones.

-Han de haberlo sacado de algún arsenal -dijo Carson.

-Así somos de importantes -observó Gideon con amargura. No tenía más nada que decir. Pasmosamente calmo estaba cuando le dijo a Benjamín Winthrope que bajara con toda la gente menuda al sótano de la casa. El haber tratado de demorar el fin luchando, esperando, era un mero proceso. A través de la cerrazón del terror, no había dejado de comprender que algo existía fuera de todo eso, trascendiendo el fin inevitable... tendíale un vínculo con los otros, los pequeños, los hombres valientes aún en el dolor de la tortura, aquellos que habían tenido erguida la cabeza hasta en la seguridad del fin inevitable.

-Ya me arreglaré -había dicho Benjamín Winthrope-. Cantaremos... los tendré alegres - aún tenía puestos los anteojos de aros de oro.

-Gracias -habíale contestado Gideon.

Quedóse en la galería de la casa con Frank Carson, Leslie Carson, Ferdinand Lincoln, observando cómo trataban de ajustar el tiro.

-¡Malos artilleros! -exclamó Leslie Carson, desdeñoso.

Librodot

La primera granada pasó por un costado de la casa y fue a estallar a unas cien yardas. Cuatro mas cayeron lejos del blanco. Gideon llamó a los hombres para que se retiraran al interior de la casa. Todos se acurrucaron detrás de los colchones y planchadas, disparando, sin esperanza de hacer blanco, tiros largos a los artilleros. Sin cuidar va las municiones, disparaban porque sentían la necesidad de replicar de algún modo. La primera granada en dar en la casa estalló en el piso alto, cubriéndolos a todos con los escombros.

-Icen la bandera blanca -gritó Gideon-. Bandera blanca, y trataremos de sacar las mujeres y los chicos de aquí.

Jake Sutter salió al pórtico con una sábana desplegada. Allí se mantuvo flameándola, en tanto los del Klan lo observaban y rectificaban un tanto el tiro. La próxima granada estalló en el pórtico, en el propio sitio donde estaba él.

El Hermano Pedro, en medio de su grey, entre las mujeres y las muchachas, v los niños y los muchachos recién entrados en su agitada v maravillosa etapa de la adolescencia, entre las doncellas cuyos capullos de senos, frescos v firmes, se muestran cuales maduras manzanas debajo de los percales, entre las abuelas y los de tierna edad, entre los niños de pecho y aquellos otros que comienzan a aprender los misterios de los primeros balbuceos, les dice: "El Señor es mi roca y mi salvación, ¿a quién he de temer, entonces?"

La primera granada estalló encima de sus cabezas. Winthrope abrió los brazos, en actitud de amparar a un negrito v a una niña cuya cabellera era rubia como los rayos del sol...

-¿De quién he de ser, pues, temeroso? -preguntaba el Hermano Pedro.

"Amén", respondían todos.

-El Señor es la fortaleza de mi vida...

El postrer destello en la memoria de Gideon fue de los comienzos; la gente esclava, comprada y vendida cual ganado, su condición humillante para aquellos otros cuya piel no era negra, pero que también se ganan el pan con el sudor de su frente. En esta tierra poco había ya que esperar, a pesar de lo cual, se alimentaban ilusiones...

En el postrer destello de su mente, al estallar la granada, en Gideon Jackson flotaba la idea de la fortaleza de esta gente de su tierra, blancos y negros, la fortaleza que le había llevado a través de una larga guerra, que le había capacitado a construir, sobre ruinas, una promesa para el futuro. De esa fortaleza, los puntales, singulares cuanto simples, eran el pueblo, su hijo Marcus, su hijo Jeff, su esposa Raquel, su hija Jenny, el anciano a quien llamaban Hermano Pedro, el larguirucho de Abner Lait, el pequeñín apergaminado que fuera Hanibal Washington... tantos eran, de tan variados matices y colores, algunos fuertes, otros débiles, algunos talentosos, otros tontos; todos constituían ese último relumbrón en la mente de Gideon Jackson, que brilló indefinible e inasible.

Los hombres que rodeaban la casa de Carwell, sus rostros resguardados de los rayos del sol por capuchones blancos, presenciaban el incendio del viejo edificio. Puertas, ventanas, escaleras, estaban resecas, v una vez cebadas las llamas, nada hubiera podido detenerlas. Ardió la casa el día entero, y al anochecer no quedaban sino las siete chimeneas que muchos años antes levantara el padre de Hanibal Washington.

EPÍLOGO

Uno puede preguntarse, y con razón, ¿hay algo de verdad en el relato? Y si la hay, ¿por qué no ha sido escrito antes?

En cuanto a la primera pregunta, todos los detalles esenciales del relato son tomados de la realidad. No hubo sólo un Carwell en el Sur en aquel período, sino miles, grandes y pequeños. Los acontecimientos de Carwell se repitieron como en un calco en muchos otros lugares. Blancos y negros hacían vida en común, trabajaban unidos, y unidos levantaban

edificios, tal cual ha sido escrito en este libro. En muchos, muchísimos lugares, murieron juntos, defendiendo cuanto habían construido. Sobran piezas documentales para quienes deseen verificar los hechos.

Acerca de la Conspiración del Ku Klux Klan, existe el testimonio que nos ofrece el "Joint Select Committee", nombrado precisamente para investigar las condiciones imperantes en los últimos Estados insurrectos. Son trece volúmenes de un material cuajado de hechos increíbles. Está luego el informe de la Comisión del Senado, encargada de investigar las elecciones en Misisipí, en 1875 -dos volúmenes; el informe de Carl Schurtz al Congreso de la Nación; acerca de "Las Condiciones en Carolina del Sur. Georgia, etc". Tenemos también el libro intitulado: El negro como Soldado en la Guerra de Rebelión, de Hollowell, y Carolina del Sur durante la Reconstrucción, por Simkins y Woody. Y esto es tan sólo el comienzo están los diarios de la época, los debates en el Congreso; están los editoriales de los diarios, tanto del Norte como del Sur del país, que no dejan lugar a dudas acerca de la matanza general y el ensañamiento destructor que arreció en esa época.

En cuanto a Gideon Jackson, es la combinación de varios estadista negros de aquella época. Todos los rasgos, de carácter y de obras, que aquí le atribuimos fueron compartidos por más de uno de estos hombres.

Carwell es nombre ficticio. Los personajes de Carwell, en cambio, su-puestos sus nombres para los fines de este libro, vivieron en la realidad. Muchos de los demás caracteres también pertenecen a personajes de la vida real, aunque algunos han sido presentados bajo nombres ficticios.

La respuesta a la segunda de las preguntas, esto es, por qué no se ha relatado todo esto antes, no es cosa complicada. Cuando fue barrido todo lo realizado en los años de libertad y de cooperación de negros y blancos en el Sur, la destrucción fue total. No sólo se arrasó con los objetos materiales y se asesinó al pueblo en masa, sino que se borró hasta el recuerdo de lo que existiera.

Fuerzas poderosas consideraron que el pueblo de los Estados Unidos de América no debía enterarse de que había existido tal experimento social... ni del éxito de tal experimento, ni que un día habíasele permitido al negro vivir en el seno de esta sociedad cual hombre libre, sobre un mismo pie de igualdad con sus vecinos, que se le había concedido el derecho de labrar-se su propio destino, trabajando hombro con hombro con el blanco desheredado dé las comarcas sureñas, ni que en un período de ocho años, dedicados por entero á labrarse ese destino, había creado una magnífica civilización, justa y realmente democrática.

FIN